Ray Bradbury

Los muertos no resucitan

y otros relatos policíacos

Esta antología recoge el lado menos conocido de Ray Bradbury, tanto cuentos clásicos como joyas desconocidas, algunos de los cuales se han convertido en episodios de las series de televisión *Alfred Hitchcock Presenta* y *The Ray Bradbury Theater*, incluido un cuento que el mismo autor definió como «uno de los mejores relatos de cualquier género que he escrito jamás».

Viajeros en el tiempo, siniestros circos de seres peculiares, autómatas vivos… ¿y detectives? ¿Puede considerarse un asesinato matar a un robot con aspecto humano que habla, piensa y siente como una persona? ¿Puede ser incriminado un ventrílocuo por el testimonio de su muñeco? ¿Puede un viajero en el tiempo evitar que su yo más joven asesine a la mujer que ambos aman? ¿Y puede el hermano superviviente de unos siameses investigar el asesinato de su hermano? Ningún escritor ha podido competir jamás con la imaginación y el talento narrativo de Ray Bradbury, y los veinte relatos inolvidables que componen esta antología constituyen una prueba de la singular capacidad del autor para moverse por diversos registros, de su influencia y de su poder para conmovernos.

Ray Bradbury

Los muertos no resucitan y otros relatos policíacos

ePub r1.2
Titivillus 08.06.2022

Título original: *Killer, Come Back to Me*
Ray Bradbury, 2020
Traducción: Simón Salto Navarro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Prólogo: La caja parlante: la literatura negra de Ray Bradbury

Una nota de petulancia

La mujer que gritaba

La dama del baúl

¡No soy tonto!

¡Asesino, vuelve conmigo!

Los muertos no resucitan

Donde todo acaba

Circo de cadáveres

Y así murió Riabúchinska

¡Ayer vivía!

El pueblo en el que nadie se bajaba

Toda la ciudad duerme

A medianoche, en el mes de junio

Los sonrientes

La fruta en el fondo del tazón

El pequeño asesino

Marionetas, S. A.

Castigo sin crimen

Algunos viven como Lázaro

El crimen totalmente perfecto

Epílogo

Sobre el autor

Notas

La caja parlante: la literatura negra de Ray Bradbury

Jonathan Robert Eller

«Cogí todas estas hojas y las metí en mi caja parlante. Es una caja que siempre tengo junto a la máquina de escribir, donde voy metiendo mis ideas, que me hablan todas las mañanas… para que yo escriba mis historias». A principios de la década de 1980, Ray Bradbury recurrió a la caja parlante para escribir *La muerte es un asunto solitario*, un experimento de carácter autobiográfico que fue el fruto de varias décadas de relatos negros y de suspense plagados de giros inesperados y vividas metáforas oscuras. Si como lector está interesado en comprender de qué manera Ray Bradbury adquirió la fuerza para escribir esa novela y sus secuelas, debe leer los relatos reunidos en este volumen titulado *Los muertos no resucitan*.

Si echamos la vista atrás en este año 2020 en el que se celebra el centenario del nacimiento del autor, el significado de estos relatos siniestros es inequívoco. Son tan importantes en sus dos primeras décadas como escritor (las más prolíficas de su carrera como narrador) como las obras de fantasía y de ciencia ficción que aportó a la literatura universal. De hecho, la ficción negra con su marca personal gozó de una gran popularidad en la literatura barata de detectives mientras él perfeccionaba su magistral estilo en el ámbito de la ciencia ficción, que alcanzaría su momento culminante en las revistas del género de la posguerra.

Las patologías criminales de Bradbury también desbordaban las páginas de la revista *Weird Tales*, en cuyos seis números bimensuales de 1944 apareció nuestro autor. El relato «Los sonrientes», que se publicó en el número de mayo de 1946 de *Weird Tales*, es un claro ejemplo, pero para entonces Bradbury ya

se había ganado un nombre en el género de la literatura barata de detectives que prosperaba en el seno del grupo de comunicación Popular Publications. En algunos de sus relatos negros había suficientes ingredientes horripilantes para participar con cinco cuentos en *Dime Mystery*, una de las revistas dedicadas al suspense de Popular, que seguía el modelo de la tradición de la visualización del terror del Grand Guignol. Entre ellos estaban «Los muertos no resucitan», «Circo de cadáveres» y las consecuencias de un trauma que encontramos en «El pequeño asesino», todos ellos incluidos en este volumen.

Los redactores de Popular Publications Mike Tilden y Ryerson Johnson enseguida se entusiasmaron con el personal estilo de Bradbury y el fuego emocional de su prosa y aceptaron en total ocho relatos para su publicación en las revistas menos truculentas de Popular *Detective Tales* y *New Detective*. Este registro de Bradbury está representado en el presente libro con los relatos «¡Asesino, vuelve conmigo!», «La dama del baúl» y «¡No soy tan tonto!». El jefe de redacción de Popular, Alden Norton, estaba cansado de la insistencia de Bradbury en que los personajes de sus obras contaran su historia en primera persona, aun así publicó «¡Ayer vivía!» en *Flynn's Detective Fiction* justo antes de que el racionamiento del papel como consecuencia de la guerra terminara con todas aquellas respetables revistas de género. A pesar de que Ray Bradbury nunca se sometió a las convenciones lógicas de la literatura negra, su temprano dominio del género es evidente en dos de sus primeras publicaciones de 1944, «La dama del baúl» y «¡Ayer vivía!», unos relatos fervientemente elogiados por los mentores de Bradbury, Leigh Brackett y Henry Kuttner.

En los primeros años de la década de 1950, las novedosas ideas de Bradbury para el género negro y el suspense impregnaron las narraciones de ciencia ficción que el autor describía como sus relatos sobre «marionetas». Dos de estos, «Marionetas S. A». y «Castigo sin crimen», aparecen en la segunda mitad de este volumen. A esas alturas, Ray Bradbury ya era un reputado escritor que publicaba sus relatos en las revistas con mayor tirada del país, donde sacaba a sus asesinos de los típicos escenarios de la literatura negra para colocarlos en pequeñas ciudades del Medio Oeste, cuya vida recordaba de su propia infancia. «Toda la ciudad duerme»,

quizá el relato de suspense más famoso de Bradbury, animó al jefe de redacción de *Ellery Queen* Frederic Dannay a solicitarle la secuela, «A medianoche, en el mes de junio». Ambas narraciones forman parte de esta antología, acompañadas por otros relatos del género negro escritos durante la década de 1950 y principios de los años sesenta, pero que no se publicaron con frecuencia hasta algunos años después.

Lo cierto es que no tiene importancia cuándo se publicaron estos relatos; en la cabeza de Bradbury ya formaban parte de los cimientos que lo habían erigido como uno de los narradores más conocidos de nuestro tiempo; un magistral explorador de los rincones más oscuros del género fantástico; un reconocido guardián de la libertad de la imaginación; una presencia habitual en Hollywood; y un visionario de la era espacial. Pero Bradbury era, por encima de todo, un explorador de todo aquello que nos hace humanos, y su penetrante creatividad alcanzaba las regiones más recónditas de la mente humana. Tal vez en mayor grado que todos los demás aspectos de su obra, la ficción negra de Bradbury revela lo que Damon Knight definió como el principal campo de interés de Bradbury: «los miedos prerracionales fundamentales, los anhelos y las aspiraciones: la rabia por haber nacido, el deseo de ser amado, el ansia de comunicarse; el odio de padres y hermanos, el miedo a todo lo que no es uno mismo».

La labor de selección de los relatos que conforman esta antología resultó ser un desafío que afronté con entusiasmo. Una antología anterior, apropiadamente titulada *Memoria de crímenes*, reunía bastantes de los relatos publicados por las revistas de Popular Publications a mediados de los años cuarenta. El editor de Hard Case Crime Charles Ardai, el agente de toda la vida de Bradbury Michael Congdon y yo finalmente decidimos ampliar el período abarcado para reunir las mejores obras de género negro escritas por el autor en los años cincuenta y principios de los sesenta. Durante ese proceso seleccionamos tres relatos que no habían formado parte de la recopilación anterior: «La fruta en el fondo del tazón», «¡Asesino, vuelve conmigo!» y «Donde todo acaba», la narración, inédita durante mucho tiempo, que fue el germen del hito dentro de la novela de detectives que es *La muerte es un asunto solitario*.

La imaginaria caja parlante de esa novela, que representa el

pozo del que brotan lo misterioso y lo impredecible de lo más hondo del subconsciente del autor, es lo más cerca que llegaremos jamás al enigmático origen de las ideas de Ray Bradbury. El autor veía la vida como una larga cuerda «que tenía un extremo en el momento en el que nacíamos y se extendía hasta la hora de nuestra muerte». Los instantes que había en medio se convertían en historias que exploraban el pasado o quizá nos ofrecían un atisbo del futuro. *Los muertos no resucitan* empieza con «Una nota de petulancia», el relato de un posible futuro oscuro; la segunda narración, «La mujer que gritaba», gira alrededor de un recuerdo crucial del pasado. Esta nueva antología de los relatos negros de Ray Bradbury nos invita a visitar el pasado, el presente y el futuro. El lector puede aceptar el ofrecimiento si lo desea.

Jonathan Robert Eller es profesor honorario de Lengua y Literatura Inglesas y director del Centro de Estudios de Ray Bradbury de la facultad de Humanidades de la Universidad de Indiana. Sus libros sobre la vida y la obra de Bradbury incluyen la trilogía Becoming Ray Bradbury, Ray Bradbury Unboundy Bradbury Beyond Apollo.

Una nota de petulancia

Una noche, por lo demás, como otra cualquiera de mayo, a una semana de su vigésimonoveno cumpleaños, Jonathan Hughes conoció a su destino, que volvía a casa desde otro tiempo, otro año, otra vida.

En un primer momento no lo reconoció, por supuesto. Su destino subió al tren a la misma hora que Hughes en la estación Pennsylvania y se sentó a su lado durante el viaje a la hora de la cena a través de Long Island. Fue el periódico que ese destino suyo disfrazado de un hombre mayor que él sostenía lo que hizo que Hughes se lo quedara mirando y finalmente dijera:

—Caballero, disculpe que le moleste, pero su *New York Times* parece diferente del mío. La tipografía de la primera página parece más moderna. ¿Es una edición posterior?

—¡No! —exclamó el hombre. Se quedó callado un momento y tragó saliva, hasta que por fin consiguió decir—: Sí. Es una edición muy posterior.

Hughes echó un vistazo a su alrededor.

—Perdone que insista, pero… todos los demás ejemplares son iguales. ¿Ese que tiene usted es una copia de prueba para un futuro cambio?

—¿Futuro? —repuso el hombre sin apenas mover los labios. Todo su cuerpo pareció marchitarse dentro de su ropa, como si hubiera perdido peso con una simple exhalación—. Ya lo creo. Un futuro cambio. Dios mío, esa sí que es buena.

Jonathan Hughes observó con sorpresa la fecha del periódico:

2 de mayo de 1999.

—Mire lo que pone ahí… —protestó, y sus ojos bajaron hasta un

pequeño artículo con una fotografía minúscula que había en la esquina superior izquierda de la primera página:

MUJER ASESINADA
LA POLICÍA BUSCA A SU MARIDO
El cuerpo de Alice Hughes fue encontrado sin vida y con heridas de bala…

El tren traqueteó estruendosamente al pasar por un puente. Al otro lado de la ventana se alzaban millones de árboles que blandieron sus ramas zarandeadas por el viento y luego cayeron como si los hubieran talado.

El tren entró en una estación como si no hubiera pasado nada.

En el silencio que siguió, el hombre más joven devolvió su atención al artículo:

Jonathan Hughes, de profesión contable, con domicilio en el número 112

de la avenida Plandome, Plandome…

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Lárguese de aquí!

Pero fue él quien se levantó y corrió unos metros antes de que el otro hombre pudiera moverse. El tren dio una sacudida que lo empujó a un asiento vacío desde el que vio, con los ojos desorbitados, un río de luz verde que se precipitaba detrás de la ventana.

«Por Dios —se dijo Hughes—. ¿Quién haría una cosa así? ¿Quién querría hacernos daño… a nosotros? ¿Qué clase de broma es esta? ¿Quién se burlaría de una pareja de recién casados y de una esposa tan maravillosa? ¡Maldita sea! —De nuevo, temblando, exclamó para sus adentros—: ¡Maldita sea!».

El tren tomó una curva y la fuerza del giro volvió a ponerlo en pie. Como un hombre ebrio, con el gesto grave y dominado por la ira, Hughes avanzó tambaleándose y regresó a su asiento para enfrentarse con el hombre mayor, que estaba encorvado con la cabeza metida entre las hojas del periódico, escondiéndose en las letras impresas. El hombre joven apartó el periódico de un manotazo y agarró al mayor por los hombros. El hombre, sobresaltado, levantó la mirada. Tenía las mejillas surcadas de

lágrimas. Los dos hombres se quedaron inmóviles mientras el tren volvía a traquetear ensordecedoramente. Hughes sintió que su alma se elevaba para abandonar su cuerpo.

—¿Quién es usted?

Alguien debía haber gritado eso.

El tren se balanceó como si fuera a descarrilar.

El hombre mayor se levantó como si hubiera recibido un disparo en el corazón y, sin mirar, puso algo en la mano entreabierta de Jonathan Hughes antes de alejarse por el pasillo y pasar al siguiente vagón.

Hughes abrió la mano, giró la tarjeta que había en ella y lo que vio escrito hizo que se dejara caer pesadamente en el asiento para releerlo:

JONATHAN HUGHES, CONTABLE DIPLOMADO
679-4990. PLANDOME.

—¡No! —gritó alguien.

«Soy yo —se dijo el hombre más joven—. Es imposible… Ese hombre soy yo».

Había en marcha una conspiración, no, varias conspiraciones simultáneamente. Alguien había ideado una broma sobre un asesinato y estaba poniéndola en práctica con él. El tren continuó deslizándose estrepitosamente por las vías con quinientas personas que volvían a casa después del trabajo y se balanceaban como si fueran intelectuales ebrios escondidos detrás de sus libros y papeles. Mientras tanto, el hombre mayor pasaba de un vagón al siguiente como si huyera del mismísimo diablo. Jonathan Hughes ya estaba completamente fuera de sí cuando el hombre mayor se lanzó como si hubiera tropezado al rincón más alejado del tren especial.

Los dos hombres volvieron a encontrarse en el último vagón, que estaba casi vacío. Jonathan Hughes se plantó delante del hombre, que no levantó la cabeza para mirarlo. Estaba llorando desconsoladamente, de manera que era imposible mantener una conversación con él.

«¿Por quién llorará? —se preguntó el hombre joven—. Pare, por favor, pare».

El hombre mayor se incorporó como si obedeciera una orden y se enjugó los ojos, se sonó la nariz y comenzó a hablar con un hilo

de voz que obligó a Jonathan Hughes a acercarse y finalmente sentarse para escuchar lo que decía en susurros:

—Nosotros nacimos…

—¿Nosotros? —exclamó Hughes.

—Nosotros —repitió el hombre mayor desviando la mirada hacia el crepúsculo, que se deslizaba como brasas y humo al otro lado de la ventana—, sí, usted y yo, nacimos en Quincy, en el año 1950. El veintidós de agosto…

«Sí», pensó Hughes.

—… Y vivíamos en el número 49 de Washington Street. Hicimos la primaria en el colegio Central, con Isabel Perry…

«Isabel Perry», repitió mentalmente el hombre joven.

—Nosotros… —murmuró el hombre—. Nuestro… —susurró—. A nosotros. —Y continuó su relato—: Nuestro profesor de carpintería era el señor Bisbee. La profesora de historia era la señorita Monks. Cuando teníamos diez años nos rompimos el tobillo derecho patinando sobre hielo. Con once años estuvimos a punto de ahogarnos. Papá nos rescató. A los doce años nos enamoramos de Impi Johnson…

«En séptimo. Una señora encantadora. Hace mucho tiempo que murió, Dios mío», pensó el hombre joven sintiéndose viejo.

Y eso es lo que pasó. Durante el siguiente minuto, los dos siguientes, los tres, el hombre mayor habló y habló, y a medida que lo hacía rejuvenecía gradualmente, sus mejillas adquirían un aspecto lozano y sus ojos brillaban, mientras que el hombre joven se hundía bajo el peso de los recuerdos que el otro hombre desenterraba en su asiento y su palidez aumentaba, de manera que, a mitad de la conversación, mientras uno hablaba y el otro escuchaba, se convirtieron en hermanos gemelos. Hubo un momento en el que Jonathan Hughes tuvo la descabellada certeza de que, si se volvía a mirar la ventana, vería reflejados en el vidrio a dos hermanos gemelos idénticos en un mundo que sucumbía a la noche.

No se volvió a mirar.

El hombre mayor concluyó su relato. Tras la conversación, después de desenterrar unos recuerdos que habían caído en el olvido hacía mucho tiempo, tenía la espalda más recta y la cabeza erguida.

—Eso es el pasado —dijo.

«Debería pegarle —pensó Hughes—. Acusarlo. Gritarle. ¿Por qué no estoy pegándole, acusándolo, gritándole?».

Porque…

El hombre mayor intuyó lo que el joven estaba preguntándose y dijo:

—Sabes que soy quien digo ser. Lo sé todo sobre nosotros. Ahora… el futuro.

—¿El mío?

—El nuestro —le corrigió el hombre mayor.

Jonathan Hughes asintió con la mirada fija en el periódico que su interlocutor tenía en la mano derecha. El hombre lo dobló y lo soltó.

—Poco a poco prosperarás en el trabajo. ¿Por qué? Quién sabe. Nacerá y morirá un niño. Tendrás una amante y la dejarás. Serás bastante feliz con tu mujer. Y al final, oh, créeme, será un proceso muy lento…, cómo decirlo…, acabarás odiándola. Vaya, veo que te he dado un disgusto. Será mejor que no siga hablando.

Permanecieron en silencio un largo rato y el hombre mayor volvió a envejecer, y el joven con él. Cuando había envejecido hasta la edad adecuada, el joven le hizo un gesto con la cabeza al mayor para que continuara hablando y le escuchó sin mirarlo.

—Imposible. En efecto, solo llevas casado un año. Ha sido un año maravilloso, el mejor de tu vida. Cuesta creer que una sola gota de tinta pueda teñir toda el agua cristalina de una jarra. Y luego el mundo entero cambiará, no solo tu esposa, no solo la mujer hermosa, el sueño maravilloso.

—Usted… —Jonathan hizo una pausa—. Usted… ¿la ha matado?

—Nosotros, lo hemos hecho nosotros dos. Pero, si consigo convencerte, ninguno de los dos la matará, ella vivirá, y tú envejecerás para convertirte en un yo más feliz, en una mejor persona. Rezo para que eso ocurra. Lloro para que ocurra. Aún hay tiempo. Mi intención es hacerte entrar en razón a lo largo de los años, cambiar tu carácter, tu mentalidad. Dios mío, si la gente supiera lo que es un asesinato… Es una cosa tan absurda, tan estúpida… Tan fea. Pero aún hay esperanza, porque de algún modo he llegado aquí, te he conmovido, ha comenzado a producirse el

cambio que salvará nuestras almas. Escucha. Reconoces que somos la misma persona, que los gemelos del tiempo viajan en este tren a esta hora de la noche, ¿verdad?

El tren chifló para despejar la vía de un obstáculo de años.

El hombre joven asintió de la manera más imperceptible posible. El hombre mayor no necesitó más.

—He huido. He venido corriendo hasta ti. Es todo lo que puedo decir. Solo lleva muerta un día. ¿A dónde puedo ir? No puedo esconderme en ningún sitio salvo en el Tiempo. No hay nadie a quien suplicar, no hay juez ni jurado, ni testigos aparte de… ti. Solo tú puedes limpiar la sangre de mis manos, ¿no te das cuenta? Tú me has atraído. Tu juventud, tu inocencia, tu próspero presente, tu maravillosa vida todavía inmaculada, fueron la máquina que me puso sobre tu pista. Mi cordura depende de ti. Si me das la espalda, oh, Dios mío, estaré perdido… No, los dos estaremos perdidos. Compartiremos una tumba y nunca nos levantaremos de ella, y nos sepultarán para siempre en la miseria. ¿Quieres que te diga lo que tienes que hacer?

El hombre joven se puso en pie.

—¡Plandome! —gritó una voz—. ¡Plandome!

Bajaron al andén y el hombre mayor corrió detrás de él mientras el joven, con la sensación de que sus extremidades podrían echar a volar en cualquier momento, chocaba con las paredes y tropezaba con la gente.

—¡Espera! —gritó el hombre mayor—. ¡Ah, por favor!

El hombre joven continuó caminando.

—¿No te das cuenta de que estamos juntos en esto? Tenemos que pensar en ello juntos, arreglarlo juntos, para que tú no te conviertas en mí y yo no tenga que ir en tu busca. ¡Oh, esto es una locura, un disparate, lo sé, lo sé, pero escúchame!

El hombre joven se detuvo en el borde del andén, donde estaban entrando los trenes con gritos de alegría o saludos mudos, breves bocinazos, salvas de motores y luces que se desvanecían. El hombre mayor agarró del hombro al joven.

—Dios mío, tu mujer, la mía, llegará en cualquier momento. Aún tengo que contarte muchas cosas. Tú no puedes saber lo que yo sé. ¡Hay veinte años de información desconocida para ti de la que tenemos que hablar, que debes entender! ¿Estás escuchándome?

¡Dios mío, no me crees!

Jonathan Hughes estaba mirando la calle. A lo lejos se veía un coche que se acercaba poco a poco.

—¿Qué ocurrió en el desván de mi abuela en el verano de mil novecientos cincuenta y ocho? Nadie lo sabe excepto yo. ¿Y bien?

El hombre mayor dejó caer los hombros. Su respiración se tranquilizó y recitó como si leyera una pizarra:

—Nos quedamos escondidos allí durante dos días, solos. Nadie se enteró. Todo el mundo pensó que nos habíamos escapado y nos habíamos ahogado en el lago o caído al río. Pero estuvimos escondidos allí arriba todo el tiempo, llorando porque pensábamos que nadie nos quería… Oíamos el viento y queríamos morirnos.

Por fin el hombre joven se dio la vuelta y fijó la mirada en su yo mayor con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tú me quieres?

—Más me vale —repuso el hombre mayor—. Soy lo único que tienes.

El coche se detuvo al llegar a la estación. Una mujer joven sonrió y saludó con la mano detrás del parabrisas.

—Rápido —dijo en voz baja el hombre mayor—. Llévame a tu casa. Observaré, te mostraré las cosas que fueron mal, te enseñaré a corregirlas, quizá pueda hacer que tengas una vida feliz para siempre. Llévame…

Sonó el claxon del coche y la mujer se asomó por la ventanilla.

—¡Hola, cariño! —gritó. Jonathan Hughes soltó una carcajada y echó a correr como un poseso hacia el coche—. ¡Hola, preciosa…!

—Espera.

El hombre joven se detuvo y se dio la vuelta para mirar al hombre mayor con el periódico, que se había quedado de pie en el andén, temblando. El hombre mayor le hizo un gesto inquisitivo con la mano.

—¿No olvidas algo?

—A ti… —dijo Jonathan Hughes tras un breve silencio—. A ti… El coche tomó una curva y se adentró en la noche. La mujer, el hombre mayor y el joven se inclinaron con el giro del vehículo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó la mujer por encima del ruido del motor y de la velocidad mientras dejaban atrás campos y carreteras.

—No lo ha dicho —se apresuró a responder Jonathan Hughes.

—Weldon —dijo el hombre mayor, pestañeando.

—¡Qué casualidad! —exclamó la mujer—. Ese era mi apellido de soltera.

El hombre mayor soltó un inaudible gritito ahogado, pero se recuperó.

—¡Pues sí que es curioso! —repuso.

—¿No seremos parientes usted y yo…?

—Fue profesor mío en el instituto Central —explicó rápidamente Jonathan Hughes.

—Y aún lo soy —observó el hombre mayor—. Aún lo soy…

Llegaron a la casa.

No podía dejar de mirarla. Durante la cena, el hombre mayor pasó casi todo el tiempo con las manos vacías y mirando a la encantadora mujer que estaba sentada a la mesa enfrente de él. Jonathan Hughes no paraba quieto y hablaba elevando mucho la voz para llenar los silencios; apenas comía. El hombre mayor continuaba mirando como si estuviera produciéndose un milagro cada diez segundos. Contemplaba la boca de Alice como si fuera una fuente que arrojaba diamantes, sus ojos como si contuvieran toda la sabiduría desconocida del mundo y se desvelara por primera vez. A juzgar por la expresión de asombro de su cara, se diría que el hombre mayor había olvidado por completo por qué estaba allí.

—¿Tengo comida en la barbilla? —preguntó de repente Alice Hughes—. ¿Por qué estáis mirándome todos?

Tras lo cual, el hombre mayor rompió a llorar para estupefacción de sus anfitriones. Parecía incapaz de parar, hasta que Alice dio la vuelta a la mesa y le puso una mano en el hombro.

—Le ruego que me disculpe —dijo el hombre mayor—. Es que es usted tan adorable. Por favor, siéntese. Le pido perdón.

Terminaron el postre y Jonathan Hughes soltó el tenedor y se limpió solemnemente la boca con la servilleta.

—¡Estaba delicioso! —exclamó—. ¡Te amo, esposa mía! —Besó a su mujer en la mejilla, pero se lo pensó mejor y le dio otro beso en los labios—. ¿Ve? —dijo mirando de reojo al hombre mayor—. Amo a mi esposa.

El otro hombre asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Lo recuerda? —exclamó Alice mirándolo fijamente.

—¡Un brindis! —se apresuró a proponer Jonathan Hughes—. ¡Por una mujer fabulosa, por un futuro maravilloso!

Su mujer rio y levantó la copa.

—Señor Weldon. ¿Usted no bebe…?

Fue extraño ver al hombre mayor en la puerta del salón.

—Mira esto —dijo. Cerró los ojos y se movió con seguridad y sin vacilar por la estancia—. Aquí está el soporte para las pipas. Aquí, los libros. En el cuarto estante contando desde arriba hay un volumen de *The Star Thrower*, de Eiseley. En el estante de encima hay una copia de *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, un libro de lo más apropiado. Y aquí está el sillón especial, y yo sentado en él.

Se sentó. Abrió los ojos.

—No vas a ponerte a llorar otra vez, ¿verdad? —dijo Jonathan Hughes mirándolo desde la puerta.

—No, ya no voy a llorar más.

Los dos hombres se volvieron hacia la cocina, desde donde llegaba el ruido de platos y la voz de Alice, que tarareaba una canción mientras los fregaba.

—¿Llegará un día en el que la odiaré? —preguntó Jonathan Hughes—. ¿Llegará un día en el que la asesinaré?

—Parece imposible, ¿eh? He estado observándola durante una hora y no he encontrado nada, ni un indicio, ni una prueba, ni el más leve punto, punto y coma o signo de exclamación mal puesto, ni un pelo fuera de lugar en ella. También te he observado a ti para comprobar si la culpa era tuya, nuestra, en todo este asunto.

—¿Y? —preguntó el hombre joven mientras servía jerez para los dos y le pasaba una copa a su interlocutor.

—En resumen, podría ser que bebes demasiado. Fíjate.

Hughes vació su copa de un trago.

—¿Qué más?

—Supongo que debería darte una lista y pedirte que la conserves y la mires todos los días. Una serie de consejos del viejo loco para el joven inconsciente.

—Recordaré todo lo que me digas.

—¿De verdad? ¿Durante cuánto tiempo? Un mes, un año… Después, como ocurre con todo, lo olvidarás. Estarás demasiado

ocupado en vivir. Poco a poco irás convirtiéndote en… mí. Y ella se convertirá lentamente en alguien que habría que eliminar del mundo. Dile que la quieres.

—Todos los días.

—¡Prométeme que lo harás! ¡Es importante! Tal vez ese fue el fallo que cometí yo, que cometimos nosotros. ¡Todos los días, sin falta! —El hombre mayor se inclinó hacia delante y su rostro se encendió mientras hablaba—. Todos los días. ¡Todos los días!

Alice apareció en la puerta ligeramente alarmada.

—¿Pasa algo?

—No, no. —Jonathan Hughes sonrió—. Estábamos intentando decidir a quién de los dos le gustas más.

Ella rio, se encogió de hombros y se marchó.

—Creo… —empezó a decir Jonathan Hughes, pero hizo una pausa y cerró los ojos mientras se obligaba a seguir hablando— que ha llegado el momento de que te vayas.

—Sí, ha llegado el momento de irme —repuso el hombre mayor, aunque no se movió. Su voz sonaba extraordinariamente cansada, exhausta, triste—. Estoy sentado aquí y me siento derrotado. No he sido capaz de encontrar ningún error. No veo dónde está el fallo. No puedo darte ningún consejo. ¡Dios mío, qué estúpido soy! No debería haber venido para darte este disgusto y molestarte cuando lo único que puedo ofrecerte son unas vagas sugerencias, unas necias advertencias de perdición. Hace un momento, mientras estaba sentado aquí, he pensado: «La mataré ahora, me libraré de ella ahora, asumiré mi culpa ahora, como un hombre mayor, así el joven, tú, podrá tener un futuro sin ella». ¿No es una tontería? Me pregunto si saldría bien. Es un caso de la vieja paradoja de los viajes en el tiempo, ¿no? ¿Alteraría el curso del tiempo, el mundo, el universo? No te preocupes, no, no, no me mires así. No voy a asesinar a nadie en este momento. Todo ocurrirá en el futuro, dentro de veinte años. El hombre mayor ahora abrirá la puerta y huirá de esta locura sin haber hecho nada, sin haber sido de utilidad alguna.

Se levantó y volvió a cerrar los ojos.

—Permíteme comprobar si soy capaz de encontrar la salida a ciegas.

El hombre mayor se puso en movimiento. El joven abrió el

armario de la entrada, sacó el abrigo del otro hombre y se lo puso sobre los hombros.

—Sí has sido de utilidad —afirmó Jonathan Hughes—. Me has dicho que le diga que la quiero.

—Sí, eso es cierto, ¿no?

Se volvieron hacia la puerta.

—¿Tenemos alguna esperanza? —preguntó el hombre mayor de un modo repentino y feroz.

—Sí, yo me aseguraré de que así sea —respondió Jonathan Hughes.

—Bueno, bueno. ¡Casi me lo creo!

El hombre mayor abrió la puerta sin mirarla.

—No me despediré de ella. No soportaría mirar esa cara tan adorable. Dile que el viejo loco se ha marchado. ¿A dónde? Calle arriba. Estaré esperándote. Algún día llegarás allí.

—¿Para convertirme en ti? No lo creo —replicó el hombre joven.

—Nunca dejes de decir eso. Y… Dios mío… Ten. —El hombre mayor hurgó en el bolsillo y sacó un pequeño objeto envuelto en un papel de periódico arrugado—. Será mejor que lo guardes tú. Ahora mismo no soy alguien en quien se pueda confiar. Podría hacer una locura. Cógela. Cógela.

Puso el objeto en las manos del hombre joven.

—Adiós. ¿No es una abreviación de «a Dios seas»? Pues, eso, adiós.

El hombre mayor enfiló con paso ligero por la calle y se adentró en la noche. El viento agitó los árboles. A lo lejos se atisbaba un tren moviéndose en la oscuridad, aunque no había manera de saber si llegaba o partía.

Jonathan Hughes se quedó en la puerta un rato, intentando discernir si era real la persona que desaparecía en la oscuridad.

—¡Cariño! —gritó su mujer desde el interior de la casa.

Jonathan Hughes comenzó a desenvolver el pequeño objeto.

Ella se había detenido junto a la puerta del salón, detrás de él, pero su voz sonó tan lejana como los pasos cada vez más apagados en la calle penumbrosa.

—No te quedes ahí parado. Estás dejando entrar el frío.

Jonathan Hughes se quedó paralizado cuando terminó de

desenvolver el objeto. En la mano sostenía un pequeño revólver.

Muy lejos de allí, el tren lanzó un último chirrido que rápidamente se llevó el viento.

—Cierra la puerta —insistió su mujer.

Él tenía la cara fría. Cerró los ojos.

Esa voz… ¿No había en ella una levísima nota de petulancia?

Jonathan Hughes se dio la vuelta con lentitud y ligeramente desequilibrado. Rozó con el hombro la puerta, que se movió una pizca, y el viento la empujó para terminar de cerrarla con un golpetazo.

La mujer que gritaba

Me llamo Margaret Leary y tengo diez años, y voy a quinto en el colegio Central. No tengo hermanos ni hermanas, pero tengo un padre y una madre muy buenos, excepto que no me prestan demasiada atención. En cualquier caso, nunca se nos pasó por la cabeza que alguna vez tendríamos algo que ver con una mujer asesinada. O casi, mejor dicho.

Cuando vives en una calle como en la que vivimos nosotros, no piensas que puedan pasar cosas terribles, como tiroteos, apuñalamientos o que haya gente enterrada prácticamente en el patio de tu casa. Y cuando resulta que pasan esas cosas, no puedes creerlo, y sigues untando mantequilla en la tostada y haciendo pasteles.

Voy a contaros cómo sucedió. Era mediodía de un día de mediados de julio. Hacía calor y mi madre me dijo:

—Margaret, ve a la tienda y compra helados. Es sábado, así que papá vendrá a comer y nos daremos el capricho.

Oí a la mujer que gritaba.

Me quedé parada y agucé el oído.

Los gritos venían del suelo.

Había una mujer enterrada bajo piedras, tierra y cristales y estaba gritando de una manera desesperada y horrible para que alguien la sacara de allí.

Yo me quedé paralizada, asustada. Ella seguía chillando. Su voz sonaba apagada.

Y entonces eché a correr. Me caí, me levanté y seguí corriendo. Llegué a la puerta con mosquitera de casa y allí estaba mi madre, tan pancha, como si nada pasara. Ella no sabía lo que yo sabía, es

decir, que había una mujer enterrada viva detrás de nuestra casa, a solo un centenar de metros, gritando que iba a morir.

—Mamá —dije.

—No te quedes ahí fuera con los helados.

—Pero, mamá…

—Mételos en el congelador.

—Escucha, mamá, hay una mujer gritando en el descampado.

—Y lávate las manos.

—No paraba de gritar…

—Veamos… Sal y pimienta —dijo mi madre completamente absorta en su quehacer.

—Escúchame —insistí elevando la voz—. Tenemos que desenterrarla. Está sepultada debajo de toneladas de tierra y, si no la sacamos, se asfixiará y morirá.

—Estoy segura de que puede esperar hasta que acabe de hacer la comida —repuso mi madre.

—¿Es que no me crees, mamá?

—Claro que te creo, cielo. Ahora lávate las manos y llévate esta fuente con carne para tu padre.

—No sé quién es ni cómo ha llegado allí —dije—. Pero tenemos que ayudarla antes de que sea tarde.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre—. Mira el helado. ¿Qué has hecho? ¿Te has quedado parada al sol hasta que se ha derretido?

—Bueno, el descampado…

—Ahora, va, venga, haz lo que te digo.

Entré en el comedor.

—Hola, papá. Hay una mujer gritando en el descampado.

—No conozco a ninguna mujer que no grite —repuso mi padre.

—Hablo en serio —insistí.

—Sí que estás seria.

—Tenemos que ir a buscar picos y palas y excavar como si fuera una momia egipcia.

—No me apetece jugar a los arqueólogos, Margaret —dijo mi padre—. Pero en octubre, cuando los días sean más frescos, aceptaré tu oferta.

—Pero no podemos esperar tanto —protesté casi gritando. Sentía que el corazón me iba a explotar. Yo estaba nerviosa y asustada y aterrorizada y allí estaba mi padre, sirviéndose carne en

el plato, cortándola y masticándola sin prestarme atención.

—¿Papá?

—¿Mmm? —respondió él masticando.

—Papá, después de comer sal conmigo y ayúdame —dije—. ¡Papá, papá, te daré todo el dinero que tengo en mi hucha de cerdito!

—Vaya —repuso mi padre—. Así que es una propuesta de negocio, ¿eh? Debe ser importante si estás ofreciéndome tus ahorros. ¿A cuánto me pagarás la hora?

—Tengo cinco dólares que he tardado un año en ahorrar. Son todos tuyos.

Mi padre me dio un golpecito en el brazo.

—Es muy conmovedor. En serio. Quieres que juegue contigo y estás dispuesta a pagarme por mi tiempo. Sinceramente, Margaret, haces que tu viejo padre se sienta un poco mezquino. Te diré qué haremos. Después de comer saldremos fuera y escucharé a tu mujer que grita completamente gratis.

—¿Sí? ¿Ah, sí? ¿De verdad?

—De verdad, señorita, eso es lo que haremos —dijo mi padre—. Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Si salimos, tienes que prometerme que primero te lo comerás todo.

—Te lo prometo.

—De acuerdo.

Mi madre entró en el comedor, se sentó a la mesa y comimos.

—Más despacio —me reprendió mi madre.

Empecé a comer más despacio, pero enseguida volví a engullir la comida a toda prisa.

—Ya has oído a tu madre —dijo mi padre.

—La mujer que grita —les recordé—. Tenemos que darnos prisa.

—Yo —aseveró mi padre— pienso permanecer sentado a esta mesa, en silencio, poniendo toda mi atención y mi interés primero en este filete, luego en las patatas y en la ensalada, por supuesto, y después en mi helado. Y luego voy a tomarme un largo café helado, si no te importa. Es posible que me esté una hora disfrutando de él. Y otra cosa, jovencita, si vuelves a mencionar a esa no sé qué que grita una sola vez más en esta mesa, no saldré contigo a escuchar su

recital.

—Sí, señor.

—¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —repetí.

La comida duró un millón de años. Todo el mundo se movía a cámara lenta, como en esas películas del cine. Mamá se levantó muy despacito y volvió a sentarse muy lentamente, y los tenedores, los cuchillos y las cucharas se movían muy despacio. Incluso las moscas que había en el comedor se movían perezosamente. Y las mejillas de mi padre se movían muy despacio. ¡Qué lento era todo! Yo quería gritar: ¡Rápido! ¡Oh, por favor, rápido, levantémonos, salgamos, vamos fuera corriendo!

Pero, no, yo tenía que quedarme sentada, y mientras nosotros estábamos sentados, comiendo lentamente, fuera, en el descampado (la oía dentro de mi cabeza, ¡gritos!) estaba la mujer que gritaba, completamente sola, mientras el mundo comía y el sol abrasaba y el descampado estaba vacío como el cielo.

—Ya está —dijo mi padre cuando por fin terminó.

—¿Ahora saldrás conmigo a ver a la mujer que grita? —pregunté.

—Antes un poco más de café helado —respondió mi padre.

—Hablando de la mujer que grita —dijo mi madre—. Charlie Nesbitt y Helen, su mujer, volvieron a discutir anoche.

—Eso no es noticia —observó mi padre—. Siempre están riñendo.

—Si quieres saber mi opinión, Charlie no es una buena persona —añadió mi madre—. Aunque ella tampoco.

—Bueno, no lo sé —dijo mi padre—. A mí ella me parece bastante agradable.

—Eso son prejuicios. Después de todo, estuviste a punto de casarte con ella.

—¿Vas a sacar eso otra vez? —refunfuñó mi padre—. Al fin y al cabo solo estuvimos prometidos seis semanas.

—Demostraste tener una pizca de sentido común al romper con ella.

—Oh, ya conoces a Helen. Siempre le gustó el teatro. Quería recorrer el mundo con una maleta. Yo no lo veía claro. Eso puso fin a nuestra relación. De todos modos era una chica muy dulce. Dulce

y amable.

—¿Y para qué le ha valido eso? Ha acabado con un marido bruto como él solo.

—Papá —dije.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Charlie tiene un carácter terrible —dijo mi padre—. ¿Recuerdas cuando Helen consiguió el papel protagonista en la obra de graduación del instituto? Estaba preciosa. Incluso compuso algunas canciones para la obra. Fue aquel verano en el que me escribió una canción.

—¡Ja! —repuso mi madre.

—No te rías. La canción estaba bien.

—Nunca me habías hablado de esa canción.

—Era una cosa entre Helen y yo. A ver… ¿Cómo era?

—Papá.

—Más vale que vayas con tu hija a ese descampado antes de que le dé un ataque —dijo mi madre—. Ya me cantarás luego esa canción tan bonita.

—Está bien. Vamos —dijo mi padre, y lo saqué corriendo de casa.

El descampado aún estaba vacío y seguía haciendo mucho calor, y las botellas de vidrio diseminadas por el terreno emitían destellos verdes, blancos y marrones.

—¿Y bien, dónde está esa mujer que grita? —preguntó riendo mi padre.

—¡Hemos olvidado las palas! —exclamé.

—Ya iremos a buscarlas luego, después de escuchar a la solista —dijo mi padre.

Lo llevé hasta el lugar.

—Escucha —dije.

Escuchamos.

—No oigo nada —dijo mi padre al cabo de un rato.

—¡Chsss! —espeté—. Espera.

Escuchamos un poco más.

—¡Hola, mujer que grita! —chillé.

Oímos el sol y el cielo. Oímos el viento en los árboles, muy silencioso. Oímos un autobús a lo lejos. Oímos un coche que pasaba.

Eso fue todo.

—Margaret —dijo mi padre—, sugiero que te acuestes y te

pongas un paño húmedo en la frente.

—¡Pero estaba aquí! —grité—. La he oído. Gritaba, gritaba sin parar. Mira, aquí es donde han excavado. —Señalé frenéticamente el suelo—. ¡Hola, mujer que está ahí abajo!

—Margaret —dijo mi padre—. Aquí es donde el señor Kelly excavó ayer un hoyo muy grande para enterrar desechos y basura.

—Pero durante la noche alguien ha aprovechado el agujero del señor Kelly para enterrar a una mujer —sugerí—. Y luego ha vuelto a taparlo.

—Bueno, yo voy a volver a casa y me voy a dar una ducha con agua fría —declaró mi padre.

—¿No vas a ayudarme a excavar?

—No te quedes aquí mucho tiempo —me advirtió mi padre—. Hace demasiado calor.

Mi padre se marchó. Oí cómo se cerraba la puerta de nuestra casa.

Pateé el suelo.

—¡Caray!

Volvieron a sonar los gritos.

La mujer gritaba sin parar. A lo mejor había estado descansando y ahora gritaba de nuevo solo para mí.

Estaba sola en el descampado, al sol, y tuve ganas de llorar. Corrí a casa y aporreé la puerta.

—¡Papá, está gritando otra vez!

—Claro, claro —dijo mi padre—. Ven conmigo. —Me llevó a mi cuarto en el piso de arriba—. Entra. —Me obligó a acostarme y me puso un paño frío en la cabeza—. Ahora, relájate.

Me puse a llorar.

—¡Ah, papá, no podemos dejar que se muera! Está enterrada, como ese personaje del cuento de Edgar Allan Poe. Piensa en lo horrible que es gritar y que nadie te preste atención.

—Te prohíbo que salgas de casa —aseveró mi padre con evidente preocupación—. Te quedarás aquí acostada toda la tarde. —Salió de mi cuarto y cerró la puerta con llave.

Le oí hablar con mi madre en la habitación de enfrente. Al cabo de un rato paré de llorar, me levanté y fui de puntillas hasta la ventana. Mi cuarto estaba en la primera planta, así que me parecía mucha altura.

Quité una sábana de la cama, la até a un poste de la estructura y la dejé caer por la ventana. A continuación bajé por ella hasta que toqué el suelo con los pies. Luego corrí hasta el garaje, cogí un par de palas y fui corriendo al descampado. Hacía más calor que antes. Me puse a cavar y mientras tanto la mujer no paraba de gritar.

Era un trabajo duro. Palada a palada fui sacando piedras y trozos de vidrio. Sabía que me mantendría ocupada toda la tarde y que aun así quizá no acabaría a tiempo. ¿Qué podía hacer? ¿Ir corriendo a contárselo a otras personas? Pero, como mi padre y mi madre, nadie me prestaría atención. Así que continué cavando sola.

Al cabo de unos diez minutos, Dippy Smith apareció en el sendero que cruzaba el descampado. Era un chico de mi edad que iba a mi colegio.

—Hola, Margaret.

—Hola, Dippy —dije jadeando.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Cavando.

—¿Por qué?

—Hay una mujer gritando debajo del suelo y voy a desenterrarla.

—Yo no oigo los gritos —dijo Dippy.

—Si te sientas a esperar un rato, la oirás gritar. O, mejor aún, ayúdame a cavar.

—No pienso cavar si no oigo antes un grito —afirmó Dippy.

Esperamos.

—¡Escucha! —exclamé—. ¿Lo has oído?

—Oye —dijo Dippy lento de reflejos. Le brillaban los ojos—. Vale. Hazlo otra vez.

—¿Qué quieres que haga otra vez?

—Grita.

—Tenemos que esperar —repuse, desconcertada.

—Hazlo otra, vez —insistió tirándome del brazo—. Venga. —Sacó una esfera de ágata marrón del bolsillo—. Toma. —Me la tiró —. Te doy esta canica si lo vuelves a hacer.

Salió un grito del suelo.

—¡Jolines! —exclamó Dippy—. ¡Enséñame a hacerlo! —Se puso a bailar a mi alrededor como si yo fuera alguna clase de milagro.

—Yo no… —comencé a decir.

—¿Tienes el libro de ventriloquia de la tienda de magia de Dallas? —preguntó Dippy—. ¿Te has puesto en la boca uno de esos artilugios metálicos de ventrílocuo?

—Sssí —mentí porque quería que me ayudara—. Si me ayudas a cavar, después te enseñaré.

—Genial —dijo Dippy—. Dame una pala.

Cavamos juntos, y la mujer gritaba de vez en cuando.

—Caramba —exclamó Dippy—. Suena como si estuviera enterrada en el suelo. Eres increíble, Maggie. —Luego añadió—: ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La mujer que grita. ¿No le has puesto un nombre?

—Ah, sí, claro. —Pensé un momento—. Se llama Wilma Schweiger, y es una anciana rica. Tiene noventa y seis años y la ha enterrado un hombre llamado Spike que falsificaba billetes de diez dólares.

—Sí, señor —repuso Dippy.

—Y hay un tesoro enterrado con ella, y yo soy una ladrona de tumbas que he venido para desenterrarlos a ella y el tesoro —añadí resollando y cavando con entusiasmo.

Dippy entrecerró los ojos para poner cara de misterioso.

—¿Yo también puedo ser un ladrón de tumbas? —Tuvo una idea mejor—. ¡Imaginemos que es la princesa Ommanatra, una reina egipcia, cubierta de diamantes!

Continuamos cavando y yo no dejaba de pensar que íbamos a rescatarla, íbamos a conseguirlo. ¡Solo teníamos que seguir cavando!

—¡Sigue cavando! —animé a Dippy—. ¡No podemos parar!

—Estoy haciendo un letrero. Mira. ¡«CEMENTERIO DE LA TIERRA DE LOS SUEÑOS»! Podemos enterrar pájaros y escarabajos en cajas de cerillas, y otras cosas. Iré a buscar mariposas.

—¡No, Dippy!

—Así será más divertido. Tal vez consiga también un gato muerto…

—¡Dippy, coge la pala! ¡Por favor!

—Oh… —respondió Dippy—. Estoy cansado. Creo que me iré a casa a echarme una siesta.

—No puedes hacer eso.

—¿Quién lo dice?

—Dippy, hay una cosa que quiero contarte.

—¿Qué?

Dippy dio una patada a la pala.

—Hay una mujer de verdad enterrada ahí abajo —le susurré en el oído.

—¡Claro que sí! —exclamó él—. Ya me lo has dicho, Maggie.

—¿Tú tampoco me crees?

—Cuéntame cómo haces eso de la voz y seguiré cavando.

—No puedo contártelo porque yo no hago nada —dije—. Mira, Dippy. Ahora yo me quedaré aquí quieta y tú escucha desde ahí.

La mujer que grita volvió a gritar.

—¡Eh! —exclamó Dippy—. ¡Hay una mujer de verdad enterrada en el suelo!

—Eso es lo que estoy intentando decirte.

—¡Cavemos! —dijo Dippy.

Cavamos durante diez minutos.

—¿Sabes quién es?

—No.

—¿Y si es la señora Nelson, o la señora Turner, o la señora Bradley? Me pregunto si será guapa. ¿De qué color tendrá el pelo? ¿Tendrá treinta años? ¿Noventa? ¿Sesenta?

—¡Cava!

Los gemidos sonaron más agudos.

—¿Crees que nos dará una recompensa por desenterrarla?

—Seguro que sí.

—¿Te imaginas que nos da un cuarto de dólar?

—Seguro que nos da más. Apuesto a que nos da un dólar entero.

—Una vez leí un libro sobre magia —recordó Dippy mientras cavaba—. Había un indio sin ropa que entraba en una tumba y se quedaba allí dentro sesenta días, sin comer ni nada, sin malta, sin chicles ni caramelos, sin aire… Así durante sesenta días. —Se puso serio—. Dime, ¿no sería terrible que solo fuera una radio enterrada y estuviéramos trabajando tan duro para nada?

—Una radio estaría bien. Sería solo nuestra.

Entonces una sombra nos cubrió.

—Eh, niños, ¿qué os creéis que estáis haciendo?

Nos dimos la vuelta. Era el señor Kelly, el dueño del terreno.

—Ah, hola, señor Kelly —dijimos.

—Os diré lo que quiero que hagáis —dijo el señor Kelly—. Quiero que cojáis esas palas y echéis toda esa tierra que habéis sacado donde estaba para tapar ese hoyo que habéis hecho. Eso es lo que quiero que hagáis.

Se me aceleró el corazón otra vez. Quise gritar.

—Pero, señor Kelly, hay una mujer gritando y…

—No me interesa. Yo no oigo nada.

—¡Escuche! —grité.

El grito.

El señor Kelly escuchó y negó con la cabeza.

—No oigo nada. ¡Ahora, venga, tapad el hoyo y volved a casa si no queréis que os eche de aquí de una patada!

El señor Kelly, con los brazos cruzados, no se movió de allí mientras nosotros rellenábamos el hoyo y la mujer gritaba, aunque el señor Kelly hacía como que no la oía.

—Volved a casa —dijo el señor Kelly cuando terminamos y él ya se marchaba del descampado—. Y como os vea otra vez por aquí…

Miré a Dippy.

—Ha sido él —le susurré.

—¿Eh?

—Ha matado a la señora Kelly. La ha enterrado aquí después de estrangularla, dentro de una caja, pero ella se ha despertado. ¿No te has dado cuenta de que no le ha hecho caso mientras ella gritaba?

—¡Eh! —exclamo Dippy—. Es cierto. Nos ha mentido.

—Solo hay una cosa que podemos hacer —repuso—. Llamaremos a la policía para que detenga al señor Kelly.

Corrimos hasta el teléfono de la tienda de la esquina.

La policía llamó a la puerta del señor Kelly cinco minutos después. Dippy y yo nos escondimos detrás de los arbustos para escuchar la conversación.

—¿Señor Kelly? —dijo el agente de policía.

—Sí, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Está en casa la señora Kelly?

—Sí, señor.

—¿Podríamos verla, señor?

—Por supuesto. ¡Anna!

La señora Kelly apareció en la puerta.

—¿Sí?

—Le ruego que nos disculpe —dijo el agente—. Nos habían informado de que estaba usted enterrada en un descampado, señora Kelly. La persona que llamó parecía un niño, pero teníamos que comprobarlo. Disculpen las molestias.

—Han sido esos condenados niños —espetó furioso el señor Kelly—. ¡Como los pille les arrancaré los brazos y las piernas de uno en uno!

—¡Maldición! —exclamó Dippy, y echamos a correr.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—Yo me voy a casa —dijo Dippy—. Caramba, nos hemos metido en un buen lío. Va a caernos una buena.

—Pero ¿qué pasa con la mujer que grita?

—¡Al demonio con ella! —respondió Dippy—. Más nos vale no volver a acercarnos a ese descampado. El señor Kelly estará esperándonos afilando la navaja con el asentador para despellejarnos. ¡Acabo de acordarme, Maggie! ¿El señor Kelly no es un poco duro de oído?

—¡Ah, Dios mío! —exclamé—. ¡Por eso no oía los gritos!

—Hasta luego —se despidió Dippy—. Seguro que tu maldita voz de ventrílocuo nos dará problemas. ¡Ya nos veremos!

Me quedé sola en el mundo, sin nadie que me ayudara ni me creyera. Solo quería arrastrarme por el descampado y meterme en aquella caja con la mujer que gritaba. Ahora la policía me buscaba por haberles mentido, aunque yo sabía que no era mentira. Seguramente mi padre también estaba buscándome, o lo haría en cuanto descubriera mi cama vacía. Solo quedaba una cosa que podía hacer, y la hice.

Fui de casa en casa por toda la calle, llamando a los timbres. Cada vez que se abría una puerta preguntaba: «Perdone que la moleste, señora Griswold, pero ¿falta alguien en su casa?» o «Hola, señora Pikes, está muy guapa hoy. ¡Me alegra verla en casa!». Y una vez que comprobaba que la señora de la casa estaba bien, charlaba un rato para no ser maleducada y me iba a la siguiente casa.

Pasaron las horas y comenzó a hacerse tarde. No podía dejar de pensar que no debía haber mucho aire en aquella caja enterrada con la mujer dentro y que ella se asfixiaría si no me daba prisa. De modo que continué llamando a las puertas y cada vez se hacía más

tarde. Cuando ya estaba a punto de darme por vencida y regresar a casa, llamé a la última puerta, que era la del señor Charlie Nesbitt, que vive al lado de nosotros. Llamé varias veces.

En vez de la señora Nesbitt, o Helen como la llamaba mi padre, para mi sorpresa me abrió el propio señor Nesbitt, Charlie.

—Ah —dijo—, eres tú, Margaret.

—Sí. Buenas tardes.

—¿Qué puedo hacer por ti, hija?

—Bueno, me gustaría ver a su mujer, la señora Nesbitt —respondí.

—Ah.

—¿Está en casa?

—Bueno… Ha salido un momento a comprar.

—La esperaré —dije, y me introduje en su casa.

—¡Oye!

Me senté en una silla.

—Madre mía, qué calor hace hoy —dije intentando mantener la calma mientras pensaba en el descampado, en el aire agotándose en la caja y en los gritos cada vez más débiles de la mujer.

—Escucha, hija —dijo Charlie acercándose a mí—. No creo que sea buena idea que te quedes a esperarla.

—Claro que sí —dije—. ¿Por qué no?

—Bueno, porque mi mujer no va a volver.

—¿Eh?

—Es decir, hoy no. Ha ido a comprar, como te he dicho, pero luego irá directamente a visitar a su madre. Eso es. Va a visitar a su madre en Schenectady. Volverá dentro de dos o tres días, o quizá una semana.

—Qué pena.

—¿Por qué? —preguntó el señor Nesbitt.

—Porque quería contarle una cosa.

—¿Qué?

—Quería contarle que hay una mujer enterrada en el descampado, gritando bajo toneladas de tierra.

El señor Nesbitt dejó caer el cigarrillo que estaba fumando.

—Se le ha caído el cigarrillo, señor Nesbitt —dije señalándolo con el pie.

—Ah, ¿sí? Es verdad —masculló—. Bueno, cuando Helen vuelva

le contaré tu historia. Le gustará oírla.

—Gracias. Es una mujer de verdad.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber el señor Nesbitt.

—La he oído.

—¿Cómo… cómo sabes que no es la raíz de una mandrágora?

—¿Qué es eso?

—Bueno, ya sabes, una mandrágora. Es una planta, hija. Gritan. Lo leí hace tiempo. ¿Cómo estás tan segura de que no es una mandrágora?

—No se me había ocurrido.

—Pues piénsalo —dijo. Encendió otro cigarrillo e intentó adoptar un aire despreocupado—. Dime, hija, ¿se lo has contado a alguien más?

—¡Ya lo creo! A un montón de gente.

El señor Nesbitt se quemó los dedos con la cerilla.

—¿Y alguien ha hecho algo? —preguntó.

—No —respondí—. Nadie me cree.

El señor Nesbitt sonrió.

—Claro. Es normal. Solo eres una niña. ¿Por qué iban a hacerte caso?

—Ahora voy a volver al descampado para desenterrarla con una pala.

—Espera.

—Tengo que irme —dije.

—Quédate un rato más —insistió él.

—Gracias, pero no puedo —contesté frenéticamente.

Me agarró del brazo.

—¿Sabes jugar a las cartas, hija? ¿Al veintiuno?

—Sí, señor.

Cogió una baraja de cartas que había en un escritorio.

—Juguemos una partida.

—Tengo que ir a cavar.

—Para eso hay tiempo —dijo en voz baja—. De todos modos, quizá regrese mi mujer. Seguro. Eso es. Espérala. Espera un rato.

—¿De verdad cree que va a regresar?

—Claro que sí, hija. Dime, esa voz, ¿grita muy alto?

—Cada vez suena más débil.

El señor Nesbitt suspiró y sonrió.

—Los niños y vuestros juegos. Bueno, juguemos una partida al veintiuno. Es más divertido que la mujer que grita.

—Tengo que irme. Ya es tarde.

—Quédate. No tienes nada que hacer.

Sabía lo que pretendía. Quería que me quedara en su casa hasta que cesaran los gritos. Quería impedir que ayudara a la mujer.

—Mi mujer estará aquí dentro de diez minutos —dijo—. Seguro. Diez minutos. Espérala. Siéntate.

Jugamos a las cartas. El reloj hacía tictac y el sol descendía en el cielo. Estaba haciéndose tarde. Dentro de mi cabeza los gritos sonaban cada vez más débiles.

—Tengo que irme —dije al fin.

—Otra partida. Quédate a esperar una hora más, hija. Mi mujer está a punto de llegar. Espérala.

Al cabo de una hora, el señor Nesbitt volvió a mirar su reloj.

—Bueno, hija, creo que ya puedes irte.

Yo sabía cuál era su plan. Amparado en la oscuridad de la noche, desenterraría a su mujer todavía viva y se la llevaría para enterrarla en otro lugar.

—Hasta luego, hija. Hasta luego.

Dejó que me marchara porque pensaba que ya se habría agotado el oxígeno dentro de la caja.

Cerró la puerta en mis narices.

Volví al descampado y me escondí detrás de un arbusto. ¿Qué iba a hacer? ¿Avisar a mis amigos? No me habrían creído. ¿Llamar a la policía para denunciar al señor Nesbitt? Él me había dicho que su mujer había salido de viaje. ¡Nadie me creería!

Observé la casa del señor Nesbitt y no lo vi. Corrí hasta el lugar donde estaba enterrada la mujer que gritaba. Los gritos habían cesado. El silencio era absoluto, así que pensé que nunca más volvería a oírla gritar. Todo había terminado. Me dije que había llegado tarde.

Me agaché y pegué la oreja al suelo.

Y entonces la oí, debajo de mí, a mucha profundidad, tan débil que era casi imperceptible.

La mujer ya no gritaba… Estaba cantando.

La canción decía algo así como «te amé con el corazón, te amé con locura».

Era un canción triste. Apenas se oía o se oía entrecortada. Todas aquellas horas enterrada dentro de la caja debían haber hecho enloquecer a la mujer. Solo necesitaba respirar un poco de aire fresco y comer y se pondría bien. Pero continuó cantando; ya se había rendido y había renunciado a gritar, y ahora solo cantaba.

Escuché con atención la canción.

Luego di media vuelta, atravesé el descampado, subí los escalones de la entrada de mi casa y abrí la puerta.

—Papá —dije.

—¡Estás aquí! —gritó mi padre.

—Papá.

—Te va a caer un buen castigo —espetó mi padre.

—La mujer ya no grita.

—¡No quiero volver a oír hablar de esa mujer!

—Ahora canta.

—¡Eres una mentirosa!

—Papá, se morirá si no me haces caso. Está enterrada ahí fuera y está cantando. —Tarareé la melodía y repetí las palabras que había oído—: «Te amé con el corazón. Te amé con locura…».

Mi padre se puso pálido. Me agarró del brazo.

—Repite eso que has dicho.

Volví a cantar:

—«Te amé con el corazón. Te amé con locura».

—¿Dónde has oído esa canción? —espetó mi padre.

—En el descampado… Ahora mismo.

—¡Pero esa es la canción de Helen, es la canción que compuso para mí hace años! —bramó mi padre—. Es imposible que la conozcas. Nadie la conoce salvo Helen y yo. Nunca se la he cantado a nadie, ni a ti ni a nadie.

—Ya lo sé.

—¡Oh, Dios mío! —gritó mi padre, y salió corriendo de casa en busca de una pala.

La última vez que lo vi estaba en el descampado, cavando, con muchas otras personas que cavaban con él.

Me sentí tan feliz que me entraron ganas de llorar.

Marqué un número en el teléfono.

—Hola, Dippy —dije cuando me contestó—. Va todo bien. Todo ha salido a las mil maravillas. La mujer que gritaba ya no grita.

—Genial —dijo Dippy.
—Te veo en el descampado dentro de dos minutos —dije.
—¡Tonto el último! —gritó Dippy—. ¡Hasta ahora!
—¡Hasta ahora, Dippy! —dije, y salí corriendo.

La dama del baúl

Johnny Menlo se quitó los zapatos y se dejó caer en el primer peldaño de la escalera del desván. Su profesora, su institutriz especial, finalmente no iba a venir, así que no habría nadie en casa para ocuparse en exclusiva de él.

Abajo la fiesta estaba en su apogeo, y hasta arriba llegaban como para mofarse de él los sonidos de la diversión: las risas, el tintineo de las cocteleras, la música. Johnny había pensado que allí arriba, sentado a solas, se libraría del alboroto. La tutora tenía que haber ido ese día, pero no lo había hecho.

Sus padres, demasiado ocupados en beber con los invitados, miraban a Johnny como quien viera su sombra.

Johnny subió la escalera para refugiarse en el interior del abandonado desván, donde flotaba un intenso olor a cerrado. Incluso allí arriba, el ruido de la fiesta agitaba el polvo y resquebrajaba el silencio de la cálida tarde.

Johnny miró a su alrededor. En los penumbrosos rincones, cubiertos por telarañas, había cuatro baúles. Por una pequeña y sucia ventana entraba un haz de luz que iluminaba los objetos para los curiosos ojos azules de Johnny.

Por ejemplo, el baúl que se encontraba en el rincón más al norte de la casa. Siempre estaba cerrado, y la llave, escondida en algún lugar. Ahora tenía los cierres bajados, pero la aldaba de bronce del centro estaba levantada, abierta.

Johnny se acercó al baúl y abrió los cierres y levantó la tapa. De repente hizo mucho frío en el desván.

Ella estaba dentro.

Su cuerpo, hecho un ovillo, era joven y hermoso, y su rostro

afilado parecía esculpido en tiza sobre el fondo de pizarra de su cabello. Johnny dio un grito ahogado y se agarró al borde del baúl. Solo su perfume seguía vivo. Parecía tan sola y abandonada como se sentía él. Se compadeció de ella. Los desvanes eran los lugares donde terminaban las cosas que ya no se querían y se olvidaban.

Al parecer había muerto por asfixia. Alguien había bajado la pesada tapa que cerraba herméticamente el baúl sobre su belleza ensortijada. Su mano parecía un fragmento blanco de su hermosura recortada sobre el vaporoso vestido de fiesta de color rosa.

Un momento después encontró la arrugada bola de papel en el suelo. Solo era un fragmento de una nota más extensa que la mujer había escrito a mano:

> … la manera como me han tratado… Tienes que arreglarlo. No debería ser difícil. Podría ser la institutriz de Johnny. Así a nadie le extrañaría mi presencia en la casa. Ellie.

Johnny contempló su belleza muda. Era como si se hubiera quedado dormida en mitad de la fiesta y la hubieran subido al desván y metido en el baúl hasta que despertara.

La penumbra del desván se agitó alrededor de Johnny y lo zarandeó. La quietud regresó y Johnny, paralizado, dijo en voz alta:

—¿Eres mi institutriz? ¿Eres la profesora que iba a tener para mí solo? Pero… ¿te han matado? ¿Por qué iba nadie a matar a mi institutriz?

Un segundo pensamiento arrinconó al anterior: Él, Johnny Menlo, de la familia Menlo, había encontrado un cadáver, ¿no? Claro que sí. Puso los ojos como platos. Mamá y papá tendrían que prestarle más atención a partir de ahora.

Incluso la abuela dejaría de jugar al ajedrez todo el día con el tío Flinny mientras bebe brandy, lo miraría a través de los gruesos vidrios de las gafas y gritaría: «Dios Santo, hijo mío, tanto fisgonear por fin ha dado sus frutos, ¿eh?».

¡Seguro! ¡Seguro! Johnny pestañeó repetidamente. Se le iba a salir el corazón del pecho.

¡Podría ser que el primo William incluso se desmayara al oír la noticia!

Él, Johnny Menlo, había encontrado el cadáver. ¡Los periódicos publicarían su foto en vez de la de su madre radiante en las columnas de sociedad!

Guardó la nota en el bolsillo, echó un último vistazo a las bellas pestañas, los labios rosados y el cabello negro de la dama del baúl y bajó la tapa sobre el cuerpo de la durmiente.

Gritaría… Eso es, desde lo alto de la espléndida escalinata. ¡Gritaría hasta que el cielo se derrumbara y con él, la fiesta! ¡Gritaría!

No se le daba mal del todo gritar.

Abajo, abriéndose paso por el salón con sus gritos a través de los sobresaltados invitados, Johnny llegó hasta el rutilante vestido de fiesta de su madre y se asió con fuerza a él.

—Johnny, Johnny, ¿qué haces aquí abajo? ¿Qué sucede? Ya te he dicho que… —El rostro aniñado de su madre se quedó mirando las brillantes lentejuelas.

Johnny volvió a agarrarse al vestido y gritó:

—¡Hay un cadáver en el desván!

Como en un estadio de fútbol, todos los rostros se habían vuelto hacia ellos y los observaban. La madre se puso tensa un momento y luego se relajó.

—Suéltame el vestido, cielo. Vas a ensuciarlo. Mírate las manos. Están llenas de telarañas y de qué se yo. Ahora sé buen niño y vuelve corriendo a tu habitación. —Le dio unas palmadas en la cabeza.

—¡Pero, mamá! —suplicó aullando Johnny—. Hay un cadáver…

—Dios mío —murmuró alguien—. Es igualito que su padre.

Johnny se dio la vuelta hecho una furia.

—¡Usted cállese! ¡Hay un cadáver!

Su madre no lo vio, pues había devuelto su atención a los invitados, y Johnny solo alcanzó a ver su hermoso cuello de cisne, su mentón firme y palpitante y sus dedos arreglándose el lustroso cabello castaño que le caía sobre las orejas.

—Por favor, les ruego que disculpen a Johnny —estaba diciendo —. Los niños tienen una imaginación inagotable, ¿no es verdad?

Su madre bajó la cabeza. En sus ojos azules no había brillo alguno.

—Te recomiendo que vuelvas arriba, Johnny.

—Oh, pero, mamá…

Su mundo se desmoronó. Las lentejuelas resbalaron entre sus dedos. De repente odió a todos los asistentes a la fiesta que lo miraban.

—Ya has oído a tu madre, general.

Era la voz atronadora del padre, y eso era señal de que se había perdido la batalla. Johnny se dio la vuelta, lanzó una última mirada fulminante a la gente y subió corriendo la escalera con lágrimas en los ojos.

Giró el pomo de bronce de la puerta de la habitación de su abuela. Estaba sentada frente a la gran ventana, jugando al ajedrez con el tío Flinny. La luz del sol se reflejaba en sus gafas. Apenas levantó la mirada cuando Johnny entró.

—Perdona que te moleste, abuela, pero…

La abuela se golpeó la rodilla huesuda con el bastón.

—¿Sí?

—Hay un cadáver en el desván y nadie me cree…

—¡Largo de aquí, Johnny!

—Pero… ¡Hay un cadáver!

—¡Ya lo sabemos, ya lo sabemos! ¡Ahora ve corriendo a llevarle al primo William una botella de coñac! ¡Fuera de aquí! ¡Venga!

Johnny fue a buscar una botella de coñac a la bodega y dio unos golpecitos en la puerta del cuarto del primo William. Le pareció oír una respiración detrás del panel de madera. Entonces el primo William preguntó con un atropellado cuchicheo:

—¿Quién es?

—El coñac.

—¡Oh, fantástico, fantástico! —La cara de conejo con la barbilla fofa del primo William asomó por el hueco de la puerta entornada y sus manos blandas le arrebataron la botella con el licor—. Gracias a Dios. ¡Ahora lárgate para que pueda emborracharme en paz!

La puerta se cerró con un golpetazo, pero Johnny atisbo fugazmente el interior atestado y desordenado del estudio de diseño del primo William: rígidos maniquíes envueltos en brillantes sedas cortadas fijadas a ellos; dibujos a acuarela de capas, sombreros y trajes colgados en las paredes de yeso con chinchetas; montones de ovillos de lana brillante y carretes de hilo… El primo William cerró con llave la puerta y abrió la botella con dedos nerviosos al otro

lado del reluciente pomo.

Johnny, cada vez más furioso, lanzó una mirada al teléfono del pasillo. Se imaginó a su padre y a su madre bailando en el salón, al tío Flinny y a la abuela jugando su eterna partida de ajedrez, al primo William bebiendo… y se vio a sí mismo como un extraño en aquella casa enorme y resonante. Agarró el teléfono.

—Esto… Quería… Sí… Póngame con la comisaría de policía.

Una voz grave interrumpió a la operadora.

—Cuelga ahora mismo, Johnny. Cuelga y vete a la cama.

Era la voz retumbante y refinada de su padre.

Johnny colgó lentamente. ¿Esta era la recompensa que recibía por encontrar un cadáver? Se sentó y se puso a llorar de frustración. Se sentía como la dama del baúl, ¡a quien cinco personas habían bajado la tapa en la cara para encerrarlo! ¡Encerrarlo!

Estaba revolviéndose en la cama cuando el tío Flinny abrió sigilosamente la puerta de su habitación y asomó su gran cabeza con el cabello suave y ensortijado. Tenía unos ojos redondos y negros, afables y benevolentes. Entró con movimientos lentos y suaves, se sentó en el borde de la silla que había junto a la cama como si fuera un pajarito muy silencioso. Dobló sus dedos de pájaro.

—Como te has acostado temprano —dijo el tío Flinny—, he pensado que debería venir antes a contarte el cuento de todas las noches. ¿Te parece bien?

Johnny se sentía demasiado cansado para cuentos. Puesto que había crecido en una casa llena de adultos y con escaso contacto con otros niños, y había recibido una educación avanzada para su edad en la que abundaban las conversaciones maduras con personas maduras, sentía que era demasiado mayor para los cuentos. Sin embargo, se resignó, suspiró y dijo:

—Vale, tío Flinny. Adelante. Empieza.

El tío Flinny se agarró los pantalones negros perfectamente planchados a la altura de las rodillas como si hubieran reventado e inició el cuento con voz pausada.

—Bueno, había una vez una joven muy hermosa…

«¡Oh, oh!». Johnny había oído mil veces aquella historia. Se revolvió en la cama. ¿Un cadáver en el desván y tenía que oír eso?

—Y —continuó el tío Flinny—, esta hermosa joven se enamoró

de un joven caballero y se casó con él. Vivieron felices durante muchos años, hasta que un día el Oscuro secuestró a la bella mujer y huyó con ella. —El tío Flinny tenía una expresión triste y avejentada en el rostro.

—Entonces el marido volvió a casa —dijo Johnny.

El tío Flinny no lo oyó y continuó hablando con una extraña voz monótona:

—El marido se adentró en las Tierras Oscuras en persecución del Oscuro, pero, a pesar de sus ruegos y de sus esfuerzos, nunca consiguió dar alcance a su presa. Había perdido a su esposa para siempre. Para siempre.

La respiración del tío Flinny era irregular. Sus ojos se oscurecieron y le temblaron los labios. No era el de siempre, sino otra persona que se había internado millones de kilómetros en las Tierras Oscuras. Se asió con fuerza las rodillas y se inclinó hacia delante.

—Pero el marido no cejó en su búsqueda. Se juró que algún día encontraría al Oscuro y lo mataría, ¡y milagrosamente cumplió su juramento! Mató al Oscuro, pero ¡oh, Dios mío, después de acabar con él se dio cuenta de que el Oscuro tenía el aspecto de su bella esposa! Y descubrió para su horror que él estaba volviéndose cada vez más oscuro…

Fin. Johnny albergó la esperanza de que la historia concluyera en ese momento. El tío Flinny permaneció sentado, inmerso en la atmósfera que había creado a partir del cuento. Se había olvidado de la presencia de Johnny. Le temblaban las manos y respiraba con dificultad. Se limitó a quedarse sentado.

Johnny se puso a temblar sin poder explicarse por qué.

—Gracias. Muchas gracias, tío Flinny —dijo—. Me ha gustado mucho el cuento.

El tío Flinny se volvió hacia él con la mirada perdida.

—¿Eh? —Se relajó al reconocer a Johnny—. Oh, claro. Te contaré un cuento siempre que quieras. Siempre que quieras.

—Seguro que algún día te cansarás.

El tío Flinny abrió sigilosamente la puerta.

—Buenas noches, Johnny.

—¡Ah, tío!

¿Si?

Johnny se contuvo.

—Nada. No importa.

El tío Flinny salió sin hacer ruido de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

Johnny se incorporó bruscamente en la cama.

—¡La de cosas que he tenido que hacer últimamente! Escuchar al tío Flinny, esperar a la abuela, no acercarme a mamá, obedecer a papá… ¡Y ayudar al primo William a emborracharse! ¡Buah!

Estaba harto de todos ellos. ¿Por qué no podía ser él el centro de atención por una vez? Oía el jolgorio de la fiesta que continuaba celebrándose abajo. Bajó de la cama y pegó la oreja a la puerta.

Durante los siguientes minutos estuvo oyendo toda clase de pasos en la escalera, como si fueran latidos de corazón. Los vigorosos movimientos de la abuela y los bastonazos con los que tanteaba la altura de los objetos. Los pasos arrastrando los pies del tío Flinny. Las zancadas amplias y ágiles de su padre. Los andares ligeros de su madre. Los pasos nerviosos e intranquilos del primo William.

Y se oían voces. Algunas discutían; otras apremiaban; otras eran histéricas; la del padre era tranquila; la madre criticaba; la abuela hablaba con un tono severo; el primo William sollozaba; la voz queda del tío Flinny. La puerta del desván crujió un par de veces.

Nadie se acercó al cuarto de Johnny. La fiesta continuaba abajo, al margen de aquel alboroto. La noche transcurría rápidamente con un frío otoñal.

Por fin regresó el silencio. Johnny subió corriendo la oscura y polvorienta escalera del desván con el corazón en un puño. ¡Se lo enseñaría!

El baúl era extrañamente ligero. Se podía arrastrar con facilidad hasta la escalera que bajaba al descansillo. Un empujoncito más por la escalera hasta el salón. ¡Ahora tendrían que creerle!

Johnny inclinó el baúl.

La gente charlaba. Salía música de la radiofonógrafo. Papá y mamá estaban perdidos en las llamas alrededor de las cuales batían sus sofisticadas alas las polillas de la sociedad.

En ese contexto, la vocecita de Johnny hizo una especie de declaración desde la parte superior de la escalinata del gran salón.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó a pleno pulmón.

Todo el mundo se volvió hacia él como en una recepción.

La mujer se precipitó por la escalera.

Alguien gritó. Sonó casi como la voz del primo William. Pero todo el mundo miró, retrocediendo, a la mujer que bajaba por la escalera con su vaporoso vestido de fiesta. Bueno, no bajó exactamente, más bien rodó.

Escalón a escalón, con los brazos rígidos, las piernas rígidas, con su cabeza balanceándose y su oscuro cabello sacudiéndose a un lado y a otro, sin articulaciones, sin huesos, sin vida. Cuando llegó abajo, Johnny comenzó a descender la escalera.

—¡Te lo dije, madre! ¡Papá, la he encontrado! ¡La he encontrado!

Johnny siempre recordaría la cara de su madre y la manera como dijo su nombre.

—¡Johnny…!

También la bofetada con la que le cruzó la cara.

—¡Hay que llamar a la policía! —gritó alguien.

Otra persona ya tenía el teléfono en la mano. La cara de papá estaba húmeda y cenicienta, con una expresión de calma. De repente parecía muy cansado y viejo. Johnny retrocedió al recibir el bofetón de su madre y se agarró a la balaustrada. «Nunca me había pegado —pensó—. Jamás. Siempre ha sido cariñosa y buena, a veces, quizá, no me ha hecho mucho caso, pero nunca me había pegado como hoy».

Y entonces ocurrió. Todo el mundo se puso a reír. Alguien, con la cara roja y riendo a carcajadas, señaló el cadáver. Papá también reía, con todo su cuerpo menos con los ojos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó alguien—. ¡Ese es el cadáver que el chico ha encontrado arriba!

—¡Es un maniquí! —gritó otra persona.

—¡Claro! ¡Es un maniquí de escaparate! Es normal que un niño lo confunda con una persona muerta.

Más risas interminables.

—Un maniquí. —Las carcajadas se amontonaban unas sobre otras.

Johnny, temblando, se inclinó y tocó la mano estirada del cuerpo. Encogió el brazo. Volvió a tocarla y percibió el plástico duro y frío.

—Este no es el cadáver —dijo levantando la mirada del maniquí, atónito. Negó con la cabeza y se apartó de él—. Este no es el cadáver —repitió—. El otro cuerpo era diferente. Estaba caliente y blando. ¡Era una mujer de verdad!

—¡Johnny!

Papá había dejado de reír. Mamá apretó un puño con los nudillos blancos.

—¡Me da igual! ¡Este no es el cuerpo! —insistió Johnny. Se puso a llorar y sus lágrimas parecían gotas de lluvia en el parabrisas de un coche que dividían el mundo en porciones húmedas—. ¡Me da igual! ¡Estaba muerta y no era de plástico!

Entrada la noche, llegaba ruido desde todos los rincones de la casa. Había gente conversando en habitaciones cerradas con llave. Discusiones. En una ocasión, a Johnny le pareció oír los gimoteos del primo William. Pasos que subían la escalera, interruptores que encendían y apagaban luces. Por fin todo el mundo se acostó y Johnny se sentó en la cama, se destapó. Ese ruido era la puerta del primo William, que estaba girando dos veces la llave. ¿Por qué? ¿Porque había alguien deambulando por la casa?

Johnny se sobresaltó. El pomo de su puerta estaba girando. La puerta se abrió un par de centímetros y alguien, envuelto en la oscuridad, echó un vistazo dentro sin entrar. El corazón es errático. Como el mercurio. Se escurre por el interior de una persona. El corazón de Johnny era como el mercurio.

La puerta permaneció abierta y la sombra continuó mirando el interior del cuarto de Johnny. Este no dijo nada. Luego la sombra retrocedió y la puerta se cerró.

Johnny se apresuró a correr el pestillo, exhaló un suspiro y se quedó temblando apoyado en la puerta. Un instante después notó una presión desde el otro lado de la puerta, de la sombra que había retrocedido. Al encontrar la puerta cerrada con el pestillo, la sombra se marchó.

Johnny regresó a la cama sigilosamente y temblando.

—¡Mamá! Mamá —dijo para sí—, ¿estás enfadada conmigo por haber montado una escena delante de toda la sociedad? ¿Vas a matarme, mamá? ¿Había algo entre la dama del baúl y papá, algo que no te gustaba y por eso la mataste? ¿Qué me harás cuando volvamos a cruzarnos? ¡Oh, mamá, no puedes haber sido tú!

—Papá —dijo en el mismo tono—, tú me obligaste a colgar el teléfono. ¿También te da miedo que se sepa? ¿Temes por tus negocios, tu dinero, tu reputación en el club, eh, papá? ¿Eras tú el que se ha asomado desde la puerta, silencioso, oscuro, pensativo? Siempre has sido mi miembro favorito de la familia. Pero ahora, hoy, estás tan callado, y ni siquiera me has mirado.

El primo William. Él podría haber cambiado los cuerpos para intentar engañar a Johnny. Él podría haber puesto uno de los maniquíes en el baúl. ¿Era la novia del primo William? ¿Había empezado a causarle problemas? ¿O el primo William también temía por su reputación? Él y sus maniquíes, y sus famosos y caros vestidos para mujeres caras. ¿Era él el que había girado el pomo de la puerta de su cuarto?

A lo mejor había sido el tío Flinny con sus cuentos antes de dormir y sus ademanes sigilosos. Quería mucho a mamá, su hermana. Haría cualquier cosa por ella, o por papá, o por la abuela, o por el primo William. ¿Sería capaz de asesinar para mantener intacta, inmaculada, la reputación de mamá, o de papá, o de la casa?

La abuela. Jugaba al ajedrez todos los días mientras bebía brandy. Su vida siempre había consistido en procurar que la familia avanzara unida. En su vida solo existían la sociedad, la posición y el buen gusto. ¿Y si alguien entraba en la familia e intentaba arrebatarle ese control? ¿Qué sería capaz de hacer?

«¡Todos! ¡Todos!».

Johnny se encogió en la cama, temblando. Una mujer había entrado en una vieja mansión que apestaba a naftalina y de repente todo el mundo estaba asustado. Una simple mujer.

Johnny buscó a tientas en la mesilla que había junto a su cama y cogió la nota que había encontrado en el polvoriento desván. Volvió a leerla mentalmente mientras la acariciaba con los dedos.

> … la manera como me han tratado… Tienes que arreglarlo. No debería ser difícil. Podría ser la institutriz de Johnny. Así a nadie le extrañaría mi presencia en la casa. Ellie.

Johnny se dio la vuelta en la cama.

—Ellie, mi institutriz…, ¿dónde estás ahora? —preguntó a la oscuridad—. ¿Sola y abandonada en el estudio del primo William con el resto de los maniquíes de plástico? ¿Jugando al ajedrez con la abuela, aunque sin moverte? ¿En el sótano frío y oscuro como las cubas de vino guardadas durante años? Tienes que estar en algún lugar de esta enorme casa. Pero quizá mañana ya no lo estés. A menos que te encuentre antes…

Detrás de la casa grande había un vasto terreno de varios acres de extensión con árboles frutales, un jardín botánico, la piscina, los vestuarios y los aposentos del servicio. Los rayos de sol se filtraban a través de la hilera de sicómoros y la alta valla verde que separaba el terreno de la calle. Había un roble del que colgarse por las tardes, y un agente de policía pasaba por debajo del árbol, al otro lado de la valla, durante su ronda. Johnny trepó al árbol y esperó.

El agente pasó por debajo y Johnny agitó las ramas.

—Hola, hijo —dijo el agente levantando la mirada—. Ten cuidado. Podrías caerte.

—Me da igual —respondió Johnny—. Tenemos una mujer muerta en casa y todo el mundo lo guarda en secreto.

El agente sonrió.

—Claro, claro.

Johnny cambió de postura en el árbol.

—La encontré en un baúl. Alguien la había matado. Anoche intenté llamar a la policía, pero papá no me dejó. Volqué el baúl y ella cayó por la escalera, pero se había convertido en una muñeca de cera. Resultó que no era la mujer.

—¿Y? —El agente rio entre dientes. Estaba disfrutando de la historia.

—Pero la otra mujer era real —insistió Johnny.

—¿Qué otra mujer?

—La primera que encontré. El primo William es diseñador de moda. Él cambió los cuerpos. Tendría que haber visto a toda la familia mientras desayunaba esta mañana. Esforzándose para parecer felices. Como en las películas. Pero a mí no me engañan. No son felices. Mamá parece muy cansada y está muy susceptible. No sé durante cuanto tiempo más podrán guardar el secreto sin estallar.

El agente frunció el ceño.

—Palabra de honor que hablas como mi hijo. Él y sus

desintegradores de Buck Rogers y sus tebeos. Palabra de honor que tiene delito lo que os dan para leer a los chicos de vuestra generación. Os estropean el cerebro. Asesinatos. Cadáveres. ¡Ay!

—¡Pero es verdad!

—Hasta luego —se despidió el agente, y reanudó su ronda.

Johnny se quedó colgado del árbol, que tembló al recibir la embestida del viento. Luego se dejó caer en el lado de la calle y echó a correr detrás del agente de policía.

—¡Tiene que entrar a echar un vistazo! ¡Si no viene, se la llevarán lejos… y ya nadie la encontrará nunca!

El agente era un hombre paciente.

—Mira, chico, no puedo entrar en ningún lugar sin una orden judicial. ¿Cómo sé que no mientes? —preguntó tomándole el pelo.

—Tiene que creerme… Eso es todo.

El agente le tendió una mano.

—Ven aquí.

Johnny se la cogió.

—¿A dónde vamos?

—A ver a tu madre —respondió el agente.

—¡No! —Johnny se revolvió con frenesí—. ¡No servirá de nada! ¡Me odiará por esto! ¡Mentirá!

El agente lo escoltó sujetándolo firmemente hasta la puerta principal y llamó al timbre. Primero apareció una doncella en la puerta y luego su madre, pálida como la leche; sus labios parecían una mancha roja en la blancura de su tez. Llevaba el peinado ligeramente torcido y debajo de los ojos repentinamente apagados se distinguían unos cercos azules.

—¡Johnny!

—Le recomiendo que se quede en casa, señora —dijo el agente tocándose levemente la gorra—. En la calle terminará haciéndose daño.

—Gracias, agente.

El agente la miró y luego miró a Johnny. Este empezó a hablar, pero de su boca solo salió un gimoteo. Dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas cuando la puerta se cerró con el agente en la calle.

La madre de Johnny no le dijo nada a su hijo. Ni una palabra. Simplemente se quedó quieta de pie, perdida y pálida, retorciéndose los dedos. Eso fue todo.

Horas después, Johnny lo anotó todo en una libreta. Todo lo que sabía sobre la dama del baúl, el primo William, mamá, papá, el tío Flinny y la abuela. Humedecía el lápiz y lo escribía todo con frases como las siguientes:

«La dama del baúl amaba a papá. Papá la mató cuando ella vino a casa. —Johnny hizo un mohín después de escribir esto—. Eso o mamá la mató. —Todos los asesinatos que había visto en las películas a lo largo de los años pasaron por su mente—. Aunque, claro, la abuela o el tío Flinny podrían haberla matado porque veían amenazados su autoridad y su control». —Sí. Johnny escribía sin parar. Ahora, veamos—. ¿Y el primo William? A lo mejor era amiga suya. —Johnny esperaba acertar en eso. Su opinión sobre el primo W. no era objetiva—. Quizá… quizá había algo en el pasado de la abuela. O del tío Flinny. —Vale, ¿y si…?

—¡Johnny!

La voz de la abuela. Johnny dejó el cuaderno.

La abuela entró por la puerta y condujo a Johnny a través del vestíbulo hasta su dormitorio, utilizando el bastón con él como si fuera una aguijada. Le obligó a sentarse delante del tablero de ajedrez y señaló con la cabeza las piezas claras.

—Esas son las tuyas. Yo juego con las negras. —Cerró los ojos mientras meditaba—. Yo siempre juego con las negras.

—No podemos jugar —dijo Johnny. Señaló el tablero y añadió —: Faltan dos de tus piezas.

La abuela abrió los ojos.

—Otra vez el tío Flinny. Siempre se lleva alguna de mis piezas. Siempre. Siempre. Bueno, jugaremos de todos modos. Utilizaré lo que tengo a mi disposición —dijo apuntándole con un dedo huesudo.

—¿Dónde está el tío Flinny?

—Regando las plantas del jardín. Mueve —ordenó la abuela. Siguió con los ojos los dedos de Johnny y se inclinó lentamente sobre las relucientes piezas—. Aquí todos somos buenas personas, Johnny. Hemos llevado una buena vida en esta casa durante veinte años. Tú solo has estado aquí una parte de esas dos décadas. Nunca nos hemos metido en problemas. No nos los crees tú ahora, Johnny.

Johnny escuchaba sentado en la butaca. Una mosca revoloteaba en el cristal del gran ventanal. Se oía el agua que salía de un grifo

muy lejos de allí.

—Yo no quiero… problemas —balbuceó el niño.

El tablero de ajedrez se desdibujó y se dispersó delante de él como agua tintada.

—Papá estaba blanco y muy raro esta mañana, en el desayuno. ¿Por qué se pondría así por una muñeca de cera, abuela? Y mamá… parece fuera de sí, como un resorte dentro de un reloj a punto de saltar del mecanismo. Nadie se pone así por una muñeca de cera, ¿no?

La abuela meditaba con la mirada fija en su alfil, escondida como un cangrejo ermitaño en su concha de encaje.

—No había ningún cadáver. Solo fue cosa de tu imaginación. Tienes que olvidarlo. Olvídalo. —Miró fijamente al niño como si él fuera el responsable de todo—. A partir de ahora, ándate con ojo, hijo. Mantén la boca cerrada, no te metas en los asuntos de nadie y olvídalo. Alguien tenía que decírtelo. No entiendo por qué siempre me toca hacerlo a mí. ¡Pero olvídalo!

Jugaron al ajedrez hasta que anocheció. Entonces la oscuridad volvió a inundar rápidamente la casa. Todo el mundo cenó a toda prisa y se acostó temprano.

Johnny oyó cómo el reloj daba puntualmente una hora después de otra. Se entreabrió la puerta de su cuarto.

—¿Quién es?

—Soy el tío Flinny.

—¿Qué quieres, tío Flinny?

—Es la hora del cuento, Johnny.

—Ah, bueno… Esta noche no me apetece, por favor, tío Flinny.

—Sí, por favor. Se trata de una historia muy especial. Esta noche toca el cuento más especial de todos.

Johnny esperó un momento.

—Estoy cansado —dijo al fin—, tío Flinny. Otro día, ¿vale? Esta noche no, por favor.

El tío Flinny se marchó y poco después el reloj volvió a dar la hora. Eran las diez. Siguió pasando el tiempo. Las once. Pasó más tiempo. Eran casi las doce.

Johnny abrió la puerta.

Todos los habitantes de la casa dormían profundamente. No se veía moverse sombra alguna a la clara luz de la luna que entraba

por las ventanas y bañaba la escalera del largo y silencioso vestíbulo.

Johnny cerró la puerta tras salir de su habitación. Desde algún rincón de la silenciosa casa llegaba la respiración anhelante de la abuela, acostada en su robusta cama de gruesos postes. Se oyó un tintineo, apenas perceptible, como si detrás de la puerta del primo William entrechocaran suavemente unas botellas de vidrio.

Johnny se detuvo al llegar a la escalera. Solo tenía que volver a la cama y olvidarlo todo, creer que había sido un error y que no tendría más problemas. El asunto se olvidaría y la vida se reanudaría como si no hubiera pasado nada.

Mamá reiría en sus fiestas. Papá volvería a ir al despacho y regresar de él con su maletín. El primo William clavaría alfileres en sus maniquíes y el tío Flinny continuaría contándole antes de dormir sus cuentos febriles y absurdos.

Sin embargo, no era tan sencillo. Ya no había vuelta atrás. Solo se podía seguir adelante. No era posible olvidar. Papá, su único amigo, era un extraño ahora… desde el incidente. Mamá estaba peor que nunca; tenía los ojos como si se hubiera pasado la noche llorando. Debajo de todo el brillo, ella también tenía que vivir. Y la abuela, se bebería dos botellas de brandy a la semana en vez de una. Y el primo William, cada vez que clavara un alfiler en un maniquí pensaría en la dama del baúl, pálida, encogida, y rompería a llorar sobre su copa de coñac.

Y ella, la adorable extraña de pelo oscuro metida en el húmedo baúl…, ¡qué sola y desamparada parecía cuando la encontró en el desván! Tan solitaria. Había un vínculo entre ellos. Ella era una extraña en la casa, y por eso la habían matado. Johnny también era un extraño en ella. Por eso quería encontrarla otra vez. Eran casi hermanos. Ella necesitaba que la encontrara; necesitaba que la recordaran, que no la dejaran caer en el olvido.

Johnny bajó uno a uno los escalones con sumo cuidado, deslizando los dedos por el barandal de la balaustrada. La dama ya no estaría en el desván ni en ninguna de las habitaciones de la primera planta. ¿Cómo podía dormir su familia con el cadáver tan cerca? Abajo, quizá. En algún rincón de la casa tomada por la noche. Descartó que estuviera en los aposentos del servicio.

En cuanto llegó al pie de la escalera oyó que una de las puertas

de la planta superior se abría lentamente y volvía a cerrarse. Después no se oyó nada más, pero alguien caminó sin hacer el más mínimo ruido hasta la escalera y miró abajo.

Johnny se quedó helado. Se pegó a la pared como si fuera una sombra. El sudor brotó en su cara y en las palmas de sus manitas. No veía quién era. El desconocido se había quedado parado delante de la escalera y miraba en completo silencio, aguardando.

No podía abandonar ahora. No podía regresar a la cama y olvidarlo todo. Johnny no podía olvidar como si nada a la desconocida, a la dama del baúl, en su postura de muerte solitaria. El asesino tampoco podía olvidar con facilidad que había un niño en la casa excesivamente curioso, excesivamente incauto.

Johnny respiraba lentamente. Esperó un momento. Entonces, cuando vio que la persona que había en la escalera no bajaba, recorrió a toda velocidad el vestíbulo y entró en la cocina, y de allí salió por la puerta trasera al jardín iluminado por la luna.

La piscina era un cuadrado radiante y piano en el que se reflejaban las estrellas. Detrás de ella había un puñado de árboles. Los vestuarios quedaban cerca, y a derecha y a izquierda se extendían los parterres del jardín. Un poco más lejos estaban el invernadero y el cobertizo para las herramientas de jardinería. Johnny echó a correr.

La sombra del cobertizo le proporcionó un refugio temporal. Echó un vistazo atrás y no advirtió movimiento en la casa, ni luz. Lo más probable era que el cadáver estuviera en alguno de aquellos edificios secundarios.

Johnny echó de menos su cama y el pestillo de la puerta de su cuarto. Estaba temblando como el agua de la piscina. De repente vio a alguien en la ventana del vestíbulo del primer piso. Apenas se atisbaba la figura que estaba allí, mirando abajo como lo había hecho desde lo alto de la escalera. Pero entonces… desapareció.

Sonaron pasos en el sendero de grava que rodeaba la casa. Alguien venía desde la parte delantera, rodeando el edificio bajo las copas de los sicómoros. Alguien se movía en las sombras proyectadas por los árboles, sigilosa e imperceptiblemente.

Entonces, de repente salió ella a la semipenumbra del jardín. ¡Ella! No mamá ni la abuela. Con medio cuerpo bañado por la luz de la luna y el otro medio oculto en las sombras, apareció la dama

del baúl.
Miraba a Johnny desde el otro extremo del jardín sin decir nada.

Johnny tragó saliva para deshacerse el nudo de la garganta y pestañeó. Se encogió y hundió los dedos en sus muslos y en sus rodillas. Se agachó y miró a la aparición con una incredulidad absoluta. Un viento nocturno agitó las hojas de los árboles. A lo lejos se oyó la bocina de un coche como si fuera el ululato de un búho solitario.

Después de todo no estaba muerta. Su familia había querido tomarle el pelo. Había sido una broma extraña que Johnny no alcanzaba a comprender. Estaban todos en su contra. ¡Su institutriz estaba viva! ¡No había habido un asesinato! ¡Nadie había muerto! ¡Allí estaba, solo para él! ¡Cuando más solo se sentía, allí estaba ella!

Johnny echó a correr bajo la luz de la luna. Jadeando, sin gritar, sin reír, corrió hacia ella por el césped, por las baldosas que rodeaban la piscina, en dirección a los sicómoros.

Ella lo esperaba con los brazos extendidos para fundirse en un dulce abrazo. Las sombras de los árboles se agitaban sobre su vestido de fiesta y le conferían un movimiento casi onírico.

—¿Eres tú, Ellie?

Llegó al borde de las sombras y chilló. El universo pareció explotar. El vestido de fiesta se remolinó arrebatadamente y la mujer perdió el equilibrio como si estuviera ebria. La dama del baúl se inclinó y se oyó un jadeo bronco. Estaba desmayándose.

¡No! ¡Iba a caerse! Una sombra le golpeó la cara una vez, dos, tres veces. Johnny cayó de rodillas al suelo y, antes de que pudiera volver a levantarse, unos dedos que lo entumecieron le apretaron la boca sollozante para impedirle abrirla.

¡Madre!

¡Ese pensamiento lo golpeó! Madre, con el vestido de fiesta de la dama del baúl, atrayéndolo hacia sus brazos, tomándole el pelo.

¡Madre, no me mates! ¡No me mates! Intentó llorar. ¡Siento haber hablado con la policía! Madre, amas a papá…, ¿por eso mataste a Ellie? ¡Madre, suéltame! ¡Madre, te pareces mucho a ella a la sombra de los sicómoros!

Pero las manos que lo sujetaban no lo soltaban. Un cuerpo se apretó contra él y se produjeron unas sacudidas. ¡Qué fuerza tenían

aquellos dedos! Eran mucho más gruesos de lo que cabía esperar. ¡Mucho más gruesos! Johnny chilló para sus adentros mientras el aire entraba por su boca sollozante con un espantoso silbido.

La casa se inclinaba sobre él como si fuera a desmoronarse y aplastarlo en su caída. La casa grande y vieja llena de gente durmiendo, ajena a la lucha silenciosa que estaba teniendo lugar junto a la superficie resplandeciente de la piscina.

De repente, Johnny se dio cuenta de que no era su madre, ni la dama del baúl. Los dedos eran demasiado fuertes. ¿Quién era más fuerte que su madre, más severo, más ágil y duro?

¿La abuela, tal vez?

El cuerpo se apretaba con una fuerza exagerada contra él. Johnny consiguió zafarse a medias y vio a la luz de la luna el vaporoso vestido de fiesta tendido en el suelo, abandonado, y la mano de un maniquí bañada por la luz. El maniquí yacía en el suelo, sin vida, de plástico, frío. Otra persona estaba detrás de Johnny sujetándolo, forcejeando con él.

¡El primo William!

Pero no olía a coñac. Las acciones eran propias de un hombre sobrio. La respiración era limpia y clara, acelerada, casi sollozante.

¡Papá!

Intentó gritar: «¡Papá! ¡No, por favor, no lo hagas!».

Entonces una voz le habló. Algo negro y pequeño repiqueteó en las baldosas que había al lado del agua agitada de la piscina y Johnny de pronto lo supo. En las manos y en la voz había tensión cuando susurró:

—¡Has hecho daño a tu madre!

«¡Ha sido sin querer!», gritó Johnny para sus adentros.

—¡De no ser por ti, tu madre nunca se habría enterado de la muerte del Oscuro! —añadió la voz susurrante.

«Yo no quería encontrar a la dama del baúl», contestó dentro de su cabeza Johnny mientras forcejeaba con el desconocido.

—Esto la matará, no superará este disgusto. Si ella muere, yo no quiero vivir. ¡Es lo único que tengo desde hace veinte años, cuando sucedió todo!

La voz continuó hablando:

—Ellie vino a la fiesta. Intentaron engañarme, hacerme creer que era otra persona. Pero yo lo descubrí. Subió al primer piso con

su vestido de fiesta y le di una copa de brandy en la que había echado unos polvos para dormir. Luego la metí en el viejo baúl para que siguiera durmiendo dulcemente. Nadie se habría enterado si tú no hubieras mirado dentro del baúl. Ellie habría desaparecido para siempre. ¡Solo la abuela y yo habríamos sabido lo que había hecho! ¡Pero tú también eres Oscuro, eres Oscuro, como Ellie! —susurró la voz—. ¡A veces, cuando te miro veo su cara! Así que ahora…

El Oscuro. Johnny empujó dolorosamente la cabeza para liberarse. ¡El tío Flinny!

«El tío Flinny —pensó—. ¿Por qué llamas a Ellie el Oscuro? ¿Por qué? Los cuentos que me contabas antes de dormir, tío Flinny… Me has contado el mismo cuento durante años, la misma historia extraña sobre el Oscuro y la hermosa mujer, y ahora el Oscuro iba a ser mi profesora. ¿Por qué la has asesinado? ¿Qué te había hecho? ¿Por qué la llamas el Oscuro? ¿Qué significa el cuento? No lo sé».

—No me mates, tío Flinny. El agua está fría y resplandece esta noche. No quiero hundirme en el resplandor frío.

Johnny se agarró al cuerpo que había detrás de él y cayó de cabeza. Los dos se precipitaron al agua chillando. Johnny sintió náuseas al sumergirse. Los dedos que lo apresaban lo soltaron y se produjo un forcejeo en la húmeda oscuridad. El agua se introducía en sus fosas nasales y de sus labios brotaban burbujas.

Cuando Johnny consiguió salir a la superficie oyó un estruendo de aire que ascendía desde las profundidades, un débil oleaje de un anciano que bregaba con la perezosa marea. El hombre no volvió a emerger del agua. Hasta la superficie solo llegaban burbujas…

Johnny lloraba y se gritaba mientras salía trabajosamente de la piscina y vio el maniquí tirado en el suelo, con su vestido de fiesta, tan sola y cansada… Luego golpeó con el pie algo oscuro y pequeño que rodó por las baldosas que rodeaban la piscina. Lo recogió. Era una de las piezas negras de ajedrez que el tío Flinny siempre estaba sustrayendo de la habitación de la abuela.

Johnny la sujetó fuertemente, aunque mantuvo la mirada fija en la piscina y las ondas que surgían en la superficie del agua justo encima del cuerpo inmóvil del tío Flinny. Le parecía una locura tan grande que no pudo soportarlo.

Se volvió hacia la casa con los ojos empañados, temblando como un perro enfermo. Por toda la casa se encendían luces y las

ventanas se convertían en recuadros amarillos y anaranjados. Papá estaba bajando corriendo la escalera, gritando. La puerta trasera se abrió justo cuando Johnny se derrumbaba sollozando sobre las baldosas duras y frías…

Mamá estaba sentada en un lado de la cama. En el otro estaba papá. Johnny había llorado todo lo que podía llorarse y ahora permanecía tumbado. Miró a su padre, luego a su madre.

—¿Mamá?

Ella no dijo nada y se limitó a sonreírle débilmente y apretarle con fuerza las manos.

—Mamá, oh, mamá —dijo Johnny—. Estoy tan cansado… Pero no puedo dormir. ¿Por qué? ¿Por qué, papá? —Volvió a mirar a su padre—. Papá, ¿qué ha pasado? No sé qué ha pasado.

—El tío Flinny estuvo casado hace veinte años —explicó su padre a pesar de la dificultad que le suponía hacerlo—. Su mujer murió al dar a luz a su hija. El tío Flinny amaba a su esposa. Era una mujer muy guapa y buena. El tío Flinny odiaba al bebé. No quería saber nada de él. Pensaba que era un asesino. Puedes comprender cómo se sentía, ¿verdad? ¿Puedes comprender cómo me sentiría yo si mamá muriera?

Johnny asintió débilmente, aunque no estaba seguro de comprenderlo del todo.

—El tío Flinny abandonó al bebé en la casa de alguna muchacha. No quiso decirnos dónde exactamente. La niña creció, amargada, alimentando un odio profundo por el tío Flinny por haberla tratado de un modo tan injusto. Después de todo, ella no había pedido nacer. ¿Lo entiendes, hijo?

—Sí, papá.

—Pues bien, hace un mes, Ellie, el bebé, ya crecida, descubrió dónde vivíamos. Envió una carta. Le ofrecimos un trabajo como institutriz tuya, pues pensamos que era lo correcto y lo menos que merecía. Queríamos mantenerlo en secreto para que el tío Flinny no se enterara. Cuando Ellie vino y subió la escalera durante la fiesta, el tío Flinny descubrió quién era en realidad.

El padre tuvo que hacer una pausa, incapaz de continuar el relato. Cerró los ojos.

—Entonces… —prosiguió finalmente su padre— tú la encontraste en el desván. Intentamos mantenerlo en secreto,

obligarte a olvidarlo. Fue en vano. Nosotros mismos no podíamos olvidarlo. Estaba destinado a descubrirse. Sin embargo, había mucho en juego… Nuestras propias vidas. Intentamos resolver el problema sin hacer ruido. Cosas como el dinero, la reputación, los negocios y el miedo a lo que pudiera decir la gente nos hicieron actuar así, hijo… Y… la verdad, ¡nada de todo eso vale un pimiento!

Johnny desvió la mirada de su padre.

—Y yo seguía metiendo las narices en…

—Supongo que eras nuestra conciencia. Un símbolo que nos mostraba lo que debíamos hacer. Tú mantenías la agitación dentro de la casa. El tío Flinny creía que estabas haciendo daño a tu madre. Tu madre, su hermana, era lo único que tenía después de la muerte de su esposa.

—De modo que intentó que pareciera que me había ahogado en la piscina…

La madre se inclinó bruscamente y apretó a Johnny entre sus brazos.

—Lo siento, Johnny. A veces estamos ciegos a la realidad. Nunca pensé que sería capaz de hacer una cosa así.

—¿Y la policía?

—Les hemos contado la verdad, que el tío Flinny la asesinó y luego se suicidó.

La voz de la madre sonaba lejana, agitada y cansada. Johnny se oyó decir:

—El tío Flinny solía contarme un cuento antes de dormir, mamá. Todavía no comprendo su significado. Era sobre un Oscuro y una bella esposa, y…

—Algún día, cuando seas mayor, lo comprenderás. Pobre Ellie. Ella siempre fue el Oscuro.

Lo que había sucedido comenzaba a desdibujarse en la cabeza de Johnny. Todo había terminado ya.

—Se acabaron los cuentos antes de dormir, mamá, por favor, ¿vale?

—Se acabaron los cuentos —respondió su madre desde las tinieblas de la extenuación.

Johnny se dio la vuelta en la cama y se le cerraron los ojos de puro agotamiento. Su mano izquierda se abrió y una pequeña pieza

negra de ajedrez cayó, repicó en el suelo del dormitorio y rodó por él. Johnny se sumió en un sueño profundo antes de que el caballo negro se quedara quieto.

«¡No soy tan tonto!»

Oh, no soy tan tonto. No, señor. Cuando aquellos hombre en Spaulding's Córner dijeron que había un muerto en los alrededores, ¿pensáis que fui corriendo a la oficina del sheriff para informar de ello?

Nada de eso. Di media vuelta y me alejé de aquellos hombres, echando un vistazo atrás cada dos por tres para comprobar si sonreían mientras me miraban y si atisbaba en sus ojos el brillo del que está gastando una broma, y fui a ver con mis propios ojos el cadáver antes de hacer nada. Se trataba del señor Simmons, que estaba muerto en la casa vacía y resonante de su granja, donde las hierbas habían crecido descontroladamente durante años y había una espuela de caballero, proliferaban los azulejos y los deslumbrantes rayos del sol matinal bordeaban el camino. Enfilé con mis andares pesados hasta la puerta y llamé. Cuando nadie contestó, empujé la puerta chirriante y eché un vistazo dentro.

Solo entonces fui a ver al sheriff.

Por el camino, algunos niños me tiraron piedras y se rieron de mí.

Me encontré con el sheriff antes de llegar a su oficina. Cuando le conté lo que había visto me dijo que sí, sí, que ya estaba enterado, y que me perdiera. Me fui de allí un poco asustado y dejé al señor Crockwell con su olor a granja, al señor Willis con su olor a bisagras, a Jamie MacHugh con su olor a jabón, y al señor Duffy con su olor a cerveza rancia.

Cuando regresé a la aislada casa gris ellos ya estaban dentro, encorvados como si fueran una cuadrilla de obreros cavando una zanja. Pregunté si podía entrar y ellos me respondieron gruñendo

que no, no, que me largara de allí, «solo serás un estorbo, Peter».

Siempre me pasa lo mismo. La gente me echa de los sitios y se ríe de mí. ¿Sabéis qué esperaban que hiciera los tipos que me contaron lo del muerto? Esperaban que llamara al sheriff sin comprobar primero si era mentira o no. Pero yo no soy así, ya no. Me di cuenta de lo que pasó la pasada primavera cuando me enviaron a buscar un gancho a la costa por vigesimoséptima vez en veintisiete años, mientras recorría sudando la costa hasta el muelle Wembley para coger una llave inglesa pentagonal que jamás encontré en todos mis intentos desde que tenía diecisiete años hasta el día de hoy.

Así que esta vez fui más listo que ellos y antes de correr a pedir ayuda fui a comprobarlo.

El sheriff salió de la casa media hora más tarde con aire abatido, negando con la cabeza sucia de polvo.

—Pobre señor Simmons. Tiene la cabeza aplastada como la superficie oxidada de una estufa de hierro.

—¿Eh? —pregunté.

El sheriff me lanzó una mirada aviesa mientras se arreglaba el bigote que le crecía sobre el labio superior.

—Maldita sea. Tenías razón.

—Un asesinato misterioso, ¿eh?

—Yo no lo calificaría de misterioso —dijo el sheriff.

—¿Ya sabe quién lo hizo? —pregunté.

—No exactamente, y cierra la boca —espetó el sheriff mientras giraba un cigarrillo entre los dedos. De una sola calada convirtió en ceniza la mitad del cigarrillo—. Estoy pensando.

—¿Puedo ayudar? —me ofrecí.

—¿Tu? —resopló el sheriff. Miró de arriba abajo el saco de huesos que era mi cuerpo—. ¿Ayudar tú? ¡Ja!

Todo el mundo se echó a reír agarrándose las costillas como si sujetaran un haz de palos, con las mejillas hinchadas y con sus ojos, astutos y brillantes, vidriosos. ¡Ayudar yo!, eso sí que tenía gracia.

El señor Crockwell, el granjero, reía; y el señor Willis, de la ferretería, y un hombre duro como uno de esos clavos que se usan para fijar el raíl a la traviesa, también reía como si golpeara un trineo contra una viga de hierro; y la lengua de color rosa del señor Duffy, el irlandés dueño del bar, se movía dentro de su boca

mientras reía; y Jamie MacHugh, que salía corriendo cuando le hacías «¡uh!», también reía.

—He estado leyendo a Sherlock Holmes —dije.

El sheriff se me quedó mirando.

—¿Desde cuándo lees tú?

—Sé leer, no se preocupe —respondí.

—Y te crees capaz de resolver misterios, ¿eh? —espetó el sheriff —. ¡Lárgate de aquí antes de que te eche yo de una patada en el trasero!

—Déjelo, sheriff —dijo sin parar de reír Jamie MacHugh, haciendo gestos con la mano. Chasqueó la lengua con la vista fija en mí—. Eres un sabueso de primera, ¿verdad, Peter?

Pestañeé seis veces sin despegar los ojos de él.

—Sabueso, detective, Sherlock Holmes… —explicó Jamie MacHugh.

—Ah —dije.

—Vaya, vaya —rio Jamie MacHugh—. ¡Apostaría mi dinero por el gran Peter ahora mismo y en cualquier momento! Es un tipo fuerte y robusto, sheriff. Podría resolver este caso con un simple movimiento de su enorme zapatón izquierdo, ¿no pensáis como yo, amigos?

El señor Crockwell guiñó un ojo al señor Willis, y este soltó una carcajada que sonó como si limpiara la pipa golpeándola contra una piedra plana. Todos lanzaron una mirada maliciosa al sheriff al mismo tiempo que se daban unos a otros suaves codazos en las costillas y reían entre dientes.

—¡Ya lo creo, apostaría mi dinero por Peter en cualquier estación del año! ¡Aquí van cincuenta centavos a que Peter resuelve el caso antes que el sheriff! —exclamó Jamie.

—¡Lo que hay que ver! —exclamó el sheriff poniéndose recto.

—Yo apuesto setenta a lo mismo —dijo con voz cansina el señor Willis.

Aparecieron las monedas brillantes y los billetes verdes revolotearon como alas en las manos peludas de los hombres.

El sheriff dio una patada furiosa al suelo.

—¡Maldita sea! ¡Ningún gigantón sin cerebro resolverá el caso antes que yo!

Jamie MacHugh se balanceó sobre los talones.

—¿Asustado?

—¡Por las puertas del Cielo, para nada! ¡Pero todos vosotros estáis buscándome las cosquillas!

—Es lo que queríamos. Aquí está nuestro dinero. ¿Acepta la apuesta, sheriff?

El sheriff gruñó que no faltaría más y que la aceptaba. Todos rompieron a reír y sus carcajadas sonaron como una fanfarria de bombos y trompetas. Alguien me dio una palmada en la espalda, pero no la noté. Otro me gritó que entrara en la casa y se lo demostrara. «Peter, demuéstraselo», pero todo me llegaba como desde un lugar muy lejano. Los oídos me palpitaban como si mi sangre llevara puestas unas botas rojas y me golpeara el cerebro una y otra vez como si fuera una pelota de fútbol desinflada.

El sheriff me miró. Yo le sostuve la mirada con mis pesadas manos caídas a ambos lados de mi cuerpo. Rompió a reír.

—¡Por Dios, voy a resolver este caso antes de que Peter tenga tiempo de abrir la boca para escupir!

El sheriff no me dejaría quedarme en la sala con el cadáver a menos que me pusiera a la pata coja y levantara las dos manos en el aire, así que no me quedó más remedio que hacerlo. Los demás dijeron que era justo. Debí permanecer así la mayor parte del tiempo que estuvimos charlando, a la pata coja y haciendo equilibrio con los brazos. Ellos reían disimuladamente cuando veían mis dificultades para no caerme.

—Bueno —dije mirando el cadáver—, está muerto.

—¡Brillante! —Jamie MacHugh se atragantó con sus propias carcajadas.

—Y le han aplastado la cabeza —añadí—. Con un objeto pesado.

—¡Colosal! ¡Maravilloso! —exclamó Jamie arrastrando las palabras.

—Y no ha sido una mujer —declaré—. Porque una mujer no tiene el peso ni la fuerza para hacer algo así.

La risa de Jamie perdió fuerza.

—Eso es cierto —dijo, y lanzó una mirada a los demás con las cejas enarcadas y ligeramente temblorosas—. Es verdad. Eso no se nos había ocurrido a nosotros.

—Eso descarta a todas las mujeres —sentencié.

El señor Crockwell provocó al sheriff.

—Eso lo ha pensado él, ¿eh, sheriff?

Saltaron chispas del cigarrillo del sheriff como si fuera un molinillo de pirotecnia del 4 de Julio.

—¡Yo iba a decirlo ahora mismo! ¡Maldita sea, cualquiera se daría cuenta de que no lo ha hecho una mujer! ¡Peter, vete a ese rincón mientras hablas!

Fui a la pata coja hasta el rincón.

—Y… —añadí.

—Cierra el pico —me interrumpió el sheriff—. Tú ya has hablado, ahora me toca a mí. Se tiró de la cintura de los pantalones para subírselos. Silencio. El sheriff frunció el ceño—. Bueno, como ha dicho él, el hombre está muerto, con la cabeza aplastada, y no ha sido una mujer, y…

—¡Ja, ja! —rio el señor Crockwell.

El sheriff lo fulminó con la mirada. El señor Crockwell se tapó la boca con la mano.

—Y lleva muerto veinticuatro horas —dije yo, y sorbí por la nariz.

—¡Eso lo sabe cualquier lerdo! —espetó el sheriff.

—Pero usted no lo había dicho —señaló James MacHugh.

—¿Es que tengo que decirlo todo, no puedo reservarme algunos pensamientos que tenga?

Eché un vistazo a mi alrededor. El señor Simmons era un hombre extraño. Vivía solo en una casa sin muebles, únicamente había alguna que otra alfombra aquí y allá y un catre en el piso de arriba. No quería gastarse el dinero en objetos. Lo ahorraba.

—No hubo mucho alboroto ni lucha —dije—. No hay nada tirado. Debió asesinarlo alguien en quien confiaba.

El sheriff comenzó a maldecir, pero Jamie MacHugh le pidió que me dejara hablar; le dijo que lo que estaba diciendo era interesante. El resto también lo pensaba. Sonreí. Cerré los ojos y sonreí ligeramente. Volví a abrirlos y todos me miraron por primera vez en mi vida como si yo fuera digno de estar a su lado.

Avancé lentamente desde el rincón y me agaché junto al cuerpo del señor Simmons mientras lo miraba. Estaba rojo. El sheriff me imitó rápidamente y se arrodilló al lado del cadáver. Estudié con detenimiento el cuerpo. El sheriff también lo estudió con detenimiento. Examiné la alfombra. El sheriff examinó la alfombra.

Alisé la manga derecha del señor Simmons. Adivinad quién alisó la manga izquierda. Hice un ruido con la garganta que sonó como si tocara un peine envuelto en un pañuelo de papel. El sheriff hizo rechinar sus dientes. Los demás permanecían de pie y sudando en el silencio del tórrido verano.

—¿Qué es eso de que lo ha asesinado un amigo? —quiso saber el señor Crockwell.

—Estoy seguro —dije—. Alguien en quien confiaba. No hay señales de alboroto.

Todos dijeron que era verdad, ciertamente.

—Bien —añadí—. ¿A quién le caía mal el fiambre?

—Había mucha gente a la que no le caía bien el señor Simmons —dijo el sheriff con una voz chillona que rezumaba irritación—. Siempre estaba discutiendo con la gente. Era un tipo irascible.

Miré a los hombres que me acompañaban para tratar de detectar al asesino. Paseé la mirada por Jamie MacHugh. Jamie siempre había sido un tipo asustadizo. Si perdías la caja de cerillas y le mirabas a él, Jamie gimoteaba con un tono autoinculpatorio: «Yo no la he cogido». Si se te caía una moneda de cinco centavos y no la encontrabas, Jamie decía: «¡Yo no la tengo!».

Curioso. Había algo que lo asustaba como si fuera un niño siempre que se sentía culpable de algo, lo fuera realmente o no. Así que no pude evitar recorrerlo con la mirada y pensar en lo nervioso que era y en la facilidad con la que perdía la cabeza. Justo lo opuesto a Willis, el dueño de la ferretería, que se quedaría quieto como una piedra mientras los rayos caen a su alrededor.

—Oí a Jamie decir que el señor Simmons merecía morir —dije.

Jamie abrió los ojos con sorpresa.

—Yo nunca he dicho eso. Y si lo he hecho, ya sabéis que a veces decimos cosas que no pensamos.

—En cualquier caso, te oí decirlo.

—Vale, vale, vale —dijo Jamie—. Tú… tú… tú no eres el sheriff de esta ciudad. Así que cierra el maldito pico.

El sheriff esbozó una sonrisa astuta.

—¿Qué te pasa, Jamie? Hace un momento animabas a Peter a que investigara, estabas emocionado con él.

—No me gusta que me acusen, eso es todo —dijo Jamie. Y, mirándome, añadió—: ¡Y tú, pedazo de vago, vuelve al rincón a la

pata coja!

—Te oí decir que el señor Simmons tendría que estar muerto —repetí sin pestañear.

—Pareces un poco nervioso, Jamie —apuntó el sheriff.

—Lo recuerdo —intervino el señor Willis—. Lo dijiste, Jamie. Vaya, Peter, tienes buena memoria. —Me hizo un gesto con la cabeza.

—Apuesto a que hay huellas dactilares de Jamie por la casa —dije.

—Claro —exclamó Jamie pálido—. Claro que las hay. Ayer a primera hora de la tarde estuve aquí porque quería recuperar los treinta dólares que me debía ese sinvergüenza que está tirado tieso en el suelo, ¡maldito elefante!

—¿Veis? —dije—. Estuvo aquí. Sus huellas están por todas partes, como las hormigas en un pícnic. —Y añadí—: Apuesto a que si miramos en su bolsillo encontraremos la cartera del señor Simmons llena de dinero. Apuesto a que sí.

—¡Nadie va a mirarme los bolsillos!

—Yo lo haré —dije.

—No —espetó Jamie.

—Sheriff —dije.

El sheriff me miró y luego miró a Jamie.

—Jamie —dijo.

—Sheriff —repuso Jamie.

—¿Quién me ha elegido a mí para resolver este caso? —pregunté—. Fue Jamie, Sheriff.

El cigarrillo del sheriff colgaba apagado de sus labios.

—Eso es verdad.

—¿Por qué quería que lo resolviera yo, sheriff? —dije, y yo mismo respondí—: Porque creía que yo solo liaría más las cosas, que le sacaría de sus casillas, sheriff, y así solo lo confundiría más.

—Maldita sea, ¿quién iba a imaginar una cosa así? —murmuraron los otros, retrocediendo.

El sheriff entrecerró los ojos.

—Peter, tengo que reconocer que tiene sentido lo que dices. Jamie ha insistido mucho en meterte en este asunto. Ha sido él el que ha empezado con lo de las malditas apuestas. Ha estado molestándome contigo hasta que no he sido capaz de distinguir las

judías del desayuno.

—Así es —dije.

—Bueno, pues yo no he matado a nadie. Y no he metido en esto a Peter con esa intención. Sheriff, oh, no, se lo aseguro —afirmó Jamie MacHugh. El sudor brotaba de su cabeza como de ese moderno sistema de aspersión colocado en las cabezas de hormigón de las estatuas de hermosas mujeres desnudas del parque.

—Deja que Peter te registre —dijo el sheriff.

Jamie respondió que no. Le sujeté las muñecas con una de mis enormes manos y metí la otra en el bolsillo trasero de su pantalón. Saqué la cartera del muerto.

—No —susurró Jamie como un fantasma.

Lo solté. Se dio la vuelta tambaleándose y farfullando, abrió violentamente la puerta de la casa y salió gritando antes de que alguien pudiera impedírselo.

—¡Ve a por él, Peter! —gritaron todos.

—¿De verdad queréis que vaya? —pregunté—. ¿No estáis tomándome el pelo como cuando me enviáis a buscar algo que no existe?

—¡No, no! —gritaron—. ¡Ve a por él!

Salí corriendo de la casa y perseguí a Jamie bajo el sol inclemente por una colina verde y a través de un puñado de árboles. «¿Y si Jamie consigue escapar? —pensé—. No, no podrá. Yo correré más rápido».

Alcancé a Jamie justo en la entrada de la ciudad.

No debería haberse enfrentado conmigo.

Crac.

Así que ahora la gente se sienta alrededor de la oficina del sheriff en las tardes de verano, con los pies colgándoles en el aire ligeramente entrelazados, y comentan relajadamente, mientras echan humo por sus bocas, cómo el sheriff me dejó resolver el caso. Y el sheriff asegura que no le importa, que se alegra tanto de que yo haya atrapado al asesino como si lo hubiera hecho él. Aunque el sheriff se estremece siempre que lo dice.

Los niños ya no me dan patadas en las espinillas ni me tiran piedras cuando me ven en la calle, y vienen a pedirme que les dé la mano mientras caminamos. Me piden que les cuente cómo lo hice. Incluso las damas con bonitos vestidos azules o verdes se asoman

detrás de las vallas y me piden que se lo explique. Y yo exhibo la abollada estrella de plata que el sheriff había tenido guardada en un cajón durante veinte años, prendida de mi pecho, donde brilla, y le cuento a todo el mundo una y otra vez cómo resolví el caso Simmons y atrapé al asesino Jamie MacHugh, que se rompió el cuello al intentar zafarse de mis manos.

Ya nadie me pide que vaya a buscar cosas que no existen, como un destornillador para zurdos. Piensan que cuando estoy callado es porque estoy pensando. Los hombres me saludan con la cabeza desde los coches y dicen «hola, Peter» sin reírse. Me admiran un poco, y justo esta mañana me han preguntado si voy a resolver más casos.

Soy muy feliz. Más feliz que nunca en mi vida. Claro que me alegro de la muerte del señor Simmons, porque me dio la oportunidad de atrapar a Jamie MacHugh. No hace falta decir que todo el mundo habría seguido metiéndose conmigo si eso no hubiera pasado.

Y, si me lo prometéis, si me juráis por vuestra vida escupiendo por encima del hombro izquierdo que no vais a decírselo a nadie, os contaré un secretito.

Yo maté al señor Simmons.

Entendéis por qué lo hice, ¿verdad?

Como dije al principio, no soy tan tonto.

¡Asesino, vuelve conmigo!

Capítulo uno
La mujer de Ricky Wolfe

Voy a contaros lo que se hace en una autopsia por si acaso nunca habéis asistido a una. Te abren en canal; no todo, solo lo suficiente para ver lo que hay dentro de tu cuerpo desde las clavículas hasta los riñones. Después de levantar las dos solapas de carne con las resplandecientes pinzas quirúrgicas, se examinan concienzudamente los órganos expuestos. Luego se van extrayendo con un corte experto con el escalpelo y apartando para someterlos a un análisis químico. El cerebro se saca con facilidad levantando previamente la porción del cráneo que queda por encima de las orejas, tras hacer un corte circular alrededor de la cabeza.

Si la delincuencia es lo vuestro, escuchadme con atención: por dentro no os diferenciáis demasiado de cualquier otra persona, pero los médicos siguen investigando, como si esperaran encontrarse por fin algún día con el cuerpo de un delincuente sin corazón.

Esta mañana ha llegado a nuestro laboratorio un caso realmente interesante. Han traído el cadáver de un tal John Broghman. En el pecho y en la región pélvica tenía unos pequeños tatuajes azules. Si bien, en un examen más detenido te dabas cuenta de que no eran tatuajes sino orificios de entrada de balas.

Me gustaría contar la historia de John Broghman de la misma manera que vi por primera vez su cuerpo: frío y desnudo en una mesa de autopsias. No es azúcar. Es fenol y cianuro. Es un corazón que latía como un subfusil Thompson, cada vez más rápido, hasta

que, bueno…

Tenía unos pulmones grandes y buenos músculos. Tenía unos sacos esponjosos dentro de la caja torácica que tal vez en el pasado aspiraban el aire del mundo y disfrutaban con ello. A juzgar por la constitución del cuerpo, era evidente que procedía de una ciudad pequeña donde esos pulmones pudieron crecer y desarrollarse. También se puede ver dónde murieron su padre y su madre; se puede ver que tenía un hermano menor que no era de gran ayuda; se pude ver que se fueron a vivir con una tía y un tío que no los querían; y se puede ver que el tío obligó a trabajar (duro) a (un todavía demasiado joven) Johnny Broghman en una mina de carbón.

Luego, si miras el estómago frío e inerte de Broghman, ves los moratones que le hizo la mano del hambre. Aquí, ¿veis?

Y ahora, si miráis detenidamente en este cerebro frío y arrugado, encontraréis una especie de tumor, una pústula, producido por el odio, la incomprensión y los anhelos de Johnny Broghman. Y dentro de ese cerebro descubriréis…

Broghman estaba de pie en una esquina de aquella pequeña ciudad polvorienta, observando la cortina de saltamontes que cubría el cálido cielo azul.

El banco se encontraba al otro lado de la calle. Un coche robado, con el motor encendido, estaba aparcado delante. Él mismo lo había aparcado allí y luego había cruzado la abrasadora calzada de asfalto para colocarse en aquella esquina, sudando, pensativo, consciente de que delante de él tenía algo que deseaba.

No sabía con certeza qué era exactamente. Tal vez fuera el banco. Quizá estuviera relacionado con las armas, el poder, el peligro y… algo más.

Notaba el peso del arma en la pistolera de cuero que le colgaba debajo del brazo.

Algo que deseaba desde hacía mucho tiempo. ¿Qué era? Algo que deseaba.

Una mujer pasó caminando lentamente y con el gesto concentrado por delante de él. Lo atravesó con la mirada y luego lo miró de arriba abajo. Sus labios se despegaron como si supiera lo que Broghman se proponía hacer. Broghman tragó saliva y miró a otro lado.

La mujer continuó mirándolo con los ojos entrecerrados. Luego giró lentamente, puso un pie delante del otro como si siguiera un ritmo cuidadosamente medido y continuó caminado con el cabello convertido en una llamarada encima de la nuca y los ojos como dos ascuas metálicas capaces de atrapar las emociones y encerrarlas en ellas.

Los músculos del estómago de Broghman se relajaron como si fueran unas fieras que se tumbaran a reposar y él echó a andar. Cruzó la calle y subió el alto bordillo de la acera. Aguzó el oído y oyó el motor del coche, todavía murmurando debajo del capó. Entró en la fresca cueva del banco. Frío mármol por todas partes. Jaulas relucientes que contenían animales domesticados cuyos pálidos dedos domesticados sujetaban fríos billetes verdes.

Broghman levantó el peso muerto de su pistola y la empuñó con la mano callosa.

A partir de ese momento todo transcurrió con gestos farragosos y lentos, como si se realizaran debajo del agua, y la gente parecía suspendida en una película proyectada a cámara lenta. El rostro de Broghman adquirió perezosamente un tono blancuzco debajo de la palidez natural de su tez. El cajero tendió lentamente una mano hacia el dinero amontonado en estratos verdes, lo sacó poco a poco y lo puso lánguidamente, con una angustiosa ausencia de gravedad, en la palma de la mano de Broghman, que se lo guardó en el bolsillo. Pareció tardar tres minutos en hacerlo.

A partir de ese momento todo comenzó a suceder al triple de la velocidad normal. El sonido de la alarma fue como una inyección de adrenalina que causó una confusa precipitación. El eco de la alarma resonó en los acantilados de mármol a modo de advertencia.

Broghman recorrió a la carrera kilómetros de piedra lisa. La gente gritaba. Todo se arremolinó delante de sus ojos cuando lo golpeó el resplandor cegador de la luz del sol al salir a la calle.

No supo si fue el sol o no, pero cuando abrió la puerta del coche dio una sacudida hacia atrás y lanzó un grito ahogado.

Ella estaba esperándolo dentro del coche.

La mujer con el cabello como una llamarada y los ojos como metal al rojo vivo que se había cruzado con él solo unos minutos antes, que había mirado en su alma y luego había seguido caminando. Sujetaba el volante con tanta fuerza que tenía los

nudillos blancos.

Broghman se recuperó tras la sorpresa, se dejó caer de lado en el asiento y la apuntó con el arma.

—¡Arranca!

—No —dijo ella sin asomo de vacilación en la voz.

Broghman apretó la boca del cañón del arma contra la blusa blanca de la mujer.

—¡He dicho que arranques!

La mujer metió la primera marcha, pisó el acelerador y el coche se despegó del bordillo de la acera con un chirrido de neumáticos. Puso el coche a más de cien kilómetros por hora antes de que Broghman se diera cuenta. Vio pasar a toda velocidad árboles y señales de tráfico.

—¡Conduzco yo! —gritó la mujer—. ¡Vamos adonde tú quieras, pero conduzco yo!

Sus prominentes pómulos adquirieron un color vivo. Broghman echó un vistazo atrás, hacia la calle principal que dejaban a su espalda.

—Solo te pido que corras. Coge la autopista 43.

—¿Eres tonto o qué? —espetó ella—. Esa carretera será nuestra tumba. Yo elegiré la ruta. Conozco este maldito pueblo como la palma de mi mano.

Broghman se dio cuenta de que estaba temblando y tuvo que sujetarse las rodillas. Se inclinó hacia delante para aliviar el dolor que sentía en el estómago, como si le hubieran disparado.

—¿Qué te pasa? —preguntó la mujer—. ¿Te han disparado?

—No. —Broghman se puso derecho—. Estoy bien. Solo son imaginaciones mías. El estómago. Me quema como si tuviera un agujero…

¡Ay!

Mientras iban poniendo kilómetros de por medio, Broghman guardó silencio, atormentado por su dolor. En una ocasión levantó la mirada y se fijó en el contorno con aristas de la cara de la mujer recortado sobre el cielo, los árboles verdes y las resplandecientes gasolineras que pasaban a toda velocidad al otro lado de la ventana. Sus labios rezumaban tozudez y estaban duros como los dientes perfectos que se escondían detrás de ellos. Su rasgo más llamativo eran los ojos, que parecían arrancados de un felino lujurioso e

incrustados en su cara asombrosamente blanca. Parecían fuera de lugar. Sobre todo con aquella cascada de fuego en la cabeza que caía libremente sobre sus hombros, como dedos pintados, sujetos detrás de unas orejas casi masculinas.

Pasados unos cinco minutos, la mujer dijo:

—Los hemos perdido. —Aun así no redujo la velocidad mientras atravesaban el tórrido desierto—. ¿Cuánto dinero has conseguido?

Broghman lo contó.

—Setecientos.

—Eso es calderilla.

Broghman vio que el esbelto tobillo de la mujer se ponía tenso al pisar el acelerador. Le acarició la curva de la pierna con los ojos azules y fue subiendo por la falda de lana marrón hasta sus pequeños pechos y el cuello abierto de la blusa blanca, donde los músculos de su cuello se habían puesto rígidos, aunque de una manera hermosa.

—Detén el coche —ordenó en voz baja.

Ella no le hizo caso.

—¿Quién demonios eres? —espetó acaloradamente—. ¿Qué haces paseándome en el coche? ¡Este era mi golpe!

—Ahora también es mío. —Le lanzó una mirada fría como el acero—. Sé que no eres un asesino. Se te ve en la cara. Abres demasiado los ojos para ser un asesino.

—Detén el coche.

La mujer aparcó el vehículo.

—Me he metido yo solita —dijo como si hablara a la carretera, con la mirada fija al frente—. He estado fuera una temporada, pero he vuelto.

Broghman le arrancó las manos del volante y la obligó a girar el cuerpo hacia él.

—Ya lo creo que estás metida en esto.

La besó de una manera tan brutal que fue dolorosa para ambos. El mundo desapareció a su alrededor. No habrían oído el estruendo de una sirena ni el estampido de un disparo. En ese momento para Broghman solo existían los labios de cínica tozudez de la desconocida moviéndose debajo de los suyos.

Ella se apartó de él con los ojos rebosantes de ira y… perplejidad.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió serenamente. Hizo chirriar de nuevo los neumáticos—. ¡Soy yo la que hace esas cosas! ¡A partir de ahora ya lo sabes!

Esta vez fue él el que se quedó perplejo.

—Vale, vale.

Por las ventanas del coche entraba el aire abrasador y lacerante del desierto.

La mujer detuvo el vehículo para pasar la noche en un estrecho camino de tierra provisto de estrellas, una luna y luces de los ranchos que moteaban las estribaciones montañosas.

Se apeó del vehículo y se oyó el roce de sus zapatos en las zarzas secas.

—¿Por qué te has montado en mi coche?

Ella tenía la respuesta preparada.

—Ibas directo al depósito de cadáveres. Te he obligado a dar un rodeo. Necesitas a alguien que te enseñe. Esa manera que tienes de caminar, de hablar, de empuñar una pistola… Cuando te vi parecías un niño haciendo cola en un cine de barrio para comprar una entrada.

—Ya.

—Déjame acabar. ¿Sabes quién es Ricky Wolfe?

—Sí, claro.

—Estuve con él —dijo ella—. Cinco años.

El nombre de Ricky Wolfe lo golpeó como un martillo. Ricky Wolfe, el delincuente con mayúsculas. Tocaba todos los palos, aunque nadie había podido demostrar nada contra él. Era legendario su aguante para la ginebra y la sangre.

—Hace seis semanas lo mataron, en Iowa —continuó la mujer—. Arrojaron su cuerpo al río. Solo pudieron identificarlo por su cartera. Nunca habían podido tomarle las huellas dactilares. —Respiró hondo—. Así que decidí volver al oeste, aquí, a California. He estado trabajando de camarera para pasar desapercibida…

—Y entonces te cruzaste conmigo.

—Ajá. En cuanto te vi me di cuenta de que acabarías muerto antes de tiempo sin alguien que te enseñara. Ricky era diferente. Él ya se las sabía todas cuando lo conocí. Pero siempre he tenido curiosidad por saber qué sería capaz de hacer con un principiante. —Se volvió hacia él—. Serás todo lo bueno que lo sea la mujer que

está a tu lado. Si ella es impredecible, una quejica y una caprichosa, acabarás bajo tierra antes de que te des cuenta. —Le mostró sus dedos duros y blancos—. Llevo las uñas cortas. No soy una gata que te arañará la espalda. Ahora… la decisión es tuya. ¿Quieres morir mañana o dentro de cuatro años?

—¿Así están las cosas?

—Así están las cosas.

De repente, Broghman se derrumbó y, sin darse cuenta, se encontró abrazándola y con el cuerpo tembloroso.

—Me alegro de que te hayas cruzado en mi camino. Esta noche no me apetecía estar solo.

Ella le besó, casi con torpeza, y él creyó notar en los huesos los temblores de la mujer. Pero entonces ella lo abofeteó dos veces, con fuerza.

—¡Los besos son para una cosa! ¡Las bofetadas para otra! ¡Ya no eres un niño! Tenlo presente si vas a quedarte conmigo. ¡Madura!

Él dejó de temblar.

El olor limpio y cálido del cuerpo de la mujer, sin un perfume barato que estropeara su pureza, inundó sus fosas nasales.

Broghman esperó a que ella diera el primer paso.

—Ya no soy un niño…

Los pies de ambos removieron la arena seca.

Capítulo dos
El jefazo de Los Angeles

Lo buscaban. Por primera vez en su vida había alguien que quería encontrarlo. Era la misma gente que lo había arrojado al vertedero de la sociedad, que había matado de hambre a sus padres, que se había olvidado de él cuando trabajaba en la mina, que no había querido relacionarse con él… Ahora esa gente era consciente de su existencia y estaba aterrorizada, preocupada por su bienestar y por lo que Broghman hacía día sí y día también. Por supuesto. Por supuesto.

Broghman montó en cólera e hizo trizas la edición matutina del periódico.

Julie dejó una taza humeante de café encima de la mesa de la habitación del motel Inn.

—Bébetelo —le ordenó—, y deja de leer los periódicos. Solo

escriben mentiras.

Broghman se frotó las grandes manos morenas y acarició la pistola reluciente que había encima del mantel.

—Por Dios, Julie, no soy un criminal. Soy un ser humano.

—Claro. Los dos lo somos. Es una cuestión de supervivencia, ¿entiendes?

Aprendió a caminar recto, sacando pecho y metiendo barriga. Julie le enseñó a hablar más deprisa y a sacar el arma de la manera más rápida y segura, pegada al cuerpo para que no la viera más gente de la cuenta. Aquella mujer podría haber escrito un libro sobre bancos. Compartió con él todo lo que sabía. Le enseñó que había una manera de dejar inconsciente a otra persona golpeándola con el filo de la mano como si fuera un cuchillo, que era tan eficaz como un golpe con la pistola. Apareció un bigotillo rubio encima de su labio y el cabello empezó a cubrirle el cuello y siguió creciendo hasta donde ella le dijo.

Estaba actuando, ensayando para un papel importante.

En sueños oía la voz de Julie repitiéndole: «¡No, no, Johnny! ¡Así no, así!».

El día que Julie compró el coche nuevo y condujo hasta Victorville, Broghman estaba sudando como un cerdo en la minúscula habitación rectangular del motel. Se había puesto a husmear en la cosas de Julie y había encontrado varios pañuelos, un pintalabios y un sobre con fotos.

Sacó las fotos y las colocó una al lado de otra encima de la colcha de la cama, a la luz del sol. En un primer momento no comprendió lo que estaba viendo.

A primera vista el hombre que salía en las fotografías parecía él.

Ese tipo trajeado junto al sedán… Había algo extraño en la ropa oscura que envolvía el cuerpo musculado y de huesos largos y algo sugerente en su postura. Y en esa otra fotografía; casi era él, con los pantalones de montañismo y el sombrero gastado ladeado, cubriendo el cabello rebelde. Y en la última… En ella salía Julie rodeando con el brazo a aquel hombre que no se parecía en nada a Johnny Broghman y al mismo tiempo era igual que él.

Tuvo la extraña sensación de tener un cuerpo en dos lugares a la vez.

—Maldita sea —dijo entre dientes.

La puerta se abrió un par de minutos después, mientras él seguía mirando las fotos. La silueta de Julie apareció recortada en el cuadrado de luz del hueco de la puerta. En los músculos de sus mejillas se produjo un leve temblor que delató su sorpresa. Luego cerró la puerta y se puso una mano en la cadera.

—¿Te reconoces?

—Ese no soy yo.

—Es lo suficientemente tú para conseguir cien de los grandes si actuamos rápido. Un millón si aguantamos un par de años. Esas fotos se tomaron cuando eras un jefazo en Los Ángeles, cuando pensabas que las cosas se habían puesto feas si no te sacabas veinte de los grandes al mes.

Broghman se quedó sentado donde estaba, a la espera.

Julie avanzó. Sus ojos despedían una luz intensa y extraña.

—Ricky Wolfe ya no está muerto —dijo con una voz cantarina —. Ha vuelto de la tumba y ahora está sentado en esta habitación, pero él no lo sabe. Va a regresar. Volverá a Los Ángeles para ser el jefazo otra vez. —Miró detenidamente las facciones de Broghman con los ojos convertidos en dos brillantes ascuas—. ¿Qué te parece la idea, Ricky Wolfe?

Johnny comprendió lo que quería hacer Julie y se sintió como si le dieran una patada en los dientes. Se apartó de ella.

—¡Sé lo que estás tramando! —gritó—. ¡No saldrá bien!

—Sí que saldrá bien. ¡Tiene que salir bien!

—¡No se puede engañar a la gente! Eso solo ocurre en los sueños, en los libros… Nadie se creerá que soy él. ¡No me parezco a él! No nos saldremos con la nuestra. ¡Nunca!

—¡Claro que sí, Ricky Wolfe! ¡Claro que sí!

—Ni lo sueñes. —Johnny empezó a levantarse.

Julie le cruzó la cara de una bofetada. Tres veces. Le temblaban los labios y tenía los ojos desorbitados.

—¡Claro que sí!

El traje oscuro nuevo le quedaba como un guante. Tenía uno de los lados un poco abultado, pero esa era la complexión de Ricky. Unos tacones en los zapatos aumentaban la estatura de Broghman. Aprendió a hablar con un ligero ceceo al mismo tiempo que mordisqueaba un cigarro. Sin embargo, insistió a Julie:

—Te repito que no saldrá bien. No me parezco a él. Sí, a primera

vista puede colar, si hay poca luz o eres un poco cegato. Estás loca. ¡Tú quieres que nos maten a los dos!

—Cierra el pico —espetó ella con los dientes apretados—. O seré yo quien te mate ahora mismo.

Johnny mordió el cigarro con furia.

Había listas de hechos, nombres y coartadas que debía memorizar. Julie las recitaba para que se quedaran grabadas en su memoria. Las hojas del calendario caían como arrancadas por una fuerte racha de viento, hasta que un día, por fin, Julie levantó una jarra de cerveza, amarilla como sus ojos, y dijo en voz baja:

—Mañana es el gran día. Los Ángeles, allá vamos. —Tomó un trago de cerveza—. ¿Qué se siente al ser Ricky Wolfe?

A Johnny le temblaron las manos. Miró el reflejo distorsionado de su cara en la botella medio vacía. El cigarro. El bigote. Quiso gritar: «¡No saldrá bien! ¡Sus amigos no se tragarán un truco tan viejo como este!». Pero entonces vio la expresión en los ojos de Julie, abrasadores como oro líquido en ebullición, y se mordió la lengua.

—No podría decirte lo que sentí cuando te vi aquel día delante del banco —continuó ella, casi hablando para sí—. Estabas allí y vi algo en tu postura, en tu cara… Parecías Ricky, solo que con un envoltorio nuevo. Dios mío, me dio un vuelco el corazón.

Chocó su jarra con la de Julie. Le parecía el gesto adecuado.

—Bebamos por nuestra nueva vida —propuso—, juntos.

Ella montó en cólera.

—No —espetó Julie—. Esas cosas las digo yo. ¡Ya te lo he repetido muchas veces!

Johnny bebió dócilmente sin despegar los ojos de ella, intentando desentrañar el funcionamiento de aquel cerebro calculador y extraño que había dentro de una cabeza recubierta por un cabello rojo como el fuego.

Ninguno de los dos objetó que ella condujera todo el camino hasta Los Angeles. Hacía un día de postal. Julie pisó a fondo el acelerador y ya no redujo la velocidad hasta que llegaron a su destino. Su cabello ondeaba como un banderín escarlata. Giraron para entrar en Spring Street y luego en la Tercera. Aparcaron y caminaron en dirección al garito de las apuestas. Sus figuras enfundadas en trajes oscuros se reflejaban en los escaparates de las tiendas. Johnny no lo

veía claro. Era una locura… pero lo cierto era que estaba disfrutando.

Broghman conocía el lugar solo por la descripción detallada que le había hecho Julie. El local era una enorme librería que apestaba a revistas baratas antiguas y libros viejos apilados formando mohosas pirámides. Dentro, la iluminación era escasa, y varias figuras encorvadas deambulaban por el espacio penumbroso. A lo lejos, en la veintena de pasillos y los centenares de mesas, los teléfonos no paraban de sonar.

En aquel lugar polvoriento, donde las bombillas agonizaban colgadas directamente de los cables del techo alto, la mayor estafa relacionada con las carreras de caballos de toda la ciudad de Los Angeles acumulaba beneficios y atraía a los primos que se dejaban engañar.

Era la puerta del infierno. Broghman notó cómo se le aceleraba el corazón. ¿Y si olvidaba hechos, personas, palabras, nombres…?

Julie le hizo entrar de un empujón. Los ojos de Johnny tardaron unos segundos en habituarse a la oscuridad tras dejar atrás la claridad de la calle.

Las caras que vio dentro eran apenas unas manchas borrosas. Los tacones de sus zapatos repicaban en el suelo como si lo golpeara con los nudillos mientras seguía a la pelirroja hosca que caminaba con un movimiento bamboleante delante de él.

La mayoría de los hombres que estaban sentados dieron un respingo. Muchos de los que estaban leyendo se mordisquearon la lengua y los que estaban fumando dieron una calada al cigarrillo. Fue como tirar una piedra en una charca y observar el movimiento de las ondas en su superficie.

—¡Ricky! ¡Por el amor de Dios, chicos, es él!

—¡Ricky!

—¡No puedo creer lo que ven mis ojos!

Se produjo un alboroto de cuerpos que se movían y de sombras que se agitaban.

—Ese no es Ricky Wolfe —dijo una voz. Repitió—: Ese no es Ricky.

Era una afirmación rotunda.

Broghman notó que la pistola resbalaba en su mano como si fuera un animal asustado. El aire que aspiraba entraba

ruidosamente en sus fosas nasales. Se quedó completamente inmóvil en el silencio que siguió, solo roto por el tamborileo de los tacones altos de Julie en el suelo de madera, que también cesó lentamente, como si un terror cerval la hubiera paralizado.

Broghman se dio la vuelta. Un tipo demasiado bien vestido apareció de las sombras. Tenía un alargado rostro equino, un cerco rojo alrededor de los ojos cansados y las mejillas sudorosas, además de una calvicie incipiente. Sus rasgos actuaron como un acicate en la mente de Broghman. Julie le había descrito a aquel tipo. Era Merritt, de los viejos tiempos. Uno de los secuaces de Ricky, un matón algo celoso. Merritt. No podría tener un nombre más adecuado.

Johnny detectó algo en la expresión de Julie. Era casi miedo. No era normal en ella. Parecía desorientada, como si estuviera perdida; perdida y llorando en la oscuridad. Su mano se deslizó por el bolso oscuro apenas rozándolo.

Broghman sabía que era inútil, completamente inútil.

—Es verdad —dijo alguien—. Ese no es Ricky Wolfe. —Su voz transmitía asombro, extrañeza, casi decepción.

—¿Qué intentas, listillo? —preguntó Merritt—. ¿Qué buscáis tú y la pelirroja?

A Broghman se le puso tensa la mandíbula.

—No —confesó—. No soy Ricky.

Oyó el grito ahogado de Julie.

—No soy Ricky Wolfe —continuó Johnny—. Claro que no lo soy. No necesito ser él. Yo soy yo. ¡Soy yo! ¡Y tú, Merritt, no eres nadie!

La oscuridad comenzó a agitarse en el interior del local. La voz de Broghman dejó paralizado a todo el mundo, como a la expectativa.

—No os saldréis con la vuestra con un truco tan viejo como este —replicó rápidamente Merritt—. ¿Qué sois intentando esta tontería…? ¿Unos niños?

Broghman sacó la pistola. La penumbra se oscureció aún más a su alrededor. Delante de él solo tenía a Merritt. Los demás aguardaban el desenlace. Johnny maldijo para sí y disparó tres tiros.

Merritt se plegó al recibir los disparos y ayudó a las balas a introducirse en su cuerpo acompañándolas con unos dedos solícitos

y curiosos. Se desplomó de cabeza en el suelo, jadeando.

—¡Ricky! —gritó Julie.

Johnny atisbo cómo se abrían las fauces metálicas de su bolso. Julie hurgó en su interior con una mano enguantada como si fuera una ardilla blanca y sacó un pequeño revólver azul.

—¡Ahora mando yo! —gritó Broghman. El modo como lo dijo transmitía una sensación de poder. Dio la impresión de que su cuerpo crecía y se ajustaba mejor al traje que llevaba puesto. Todo el mundo se lo quedó mirando sin moverse, como si fuera el mismísimo diablo, del que era imposible escapar.

Broghman miró uno a uno los rostros que lo observaban. Nombres, fechas, hechos, descripciones que le había hecho Julie. Ese de ahí, un tipo con la cara roja y gorda cuyo aliento apestaba a cerveza.

—¡Kelly! —bramó sacudiendo la pistola—. Ya sabes lo que hay que hacer. ¡Saca de aquí el cuerpo!

—¡Claro, jefe! —Kelly puso en movimiento su enorme barriga, sus fuertes hombros y sus brazos largos y gordos.

Broghman echó un vistazo a su alrededor.

—Tú, Rhodes, ayúdale. Lleva tu coche al callejón de atrás. ¡Vamos!

Rhodes vaciló.

—¿A qué esperas?

—Claro, claro, jefe —se apresuró a responder Rhodes.

Otras sombras se transformaron en hombres para echar una mano a los demás. Alguien agarró los pies de Merritt y otro le cogió los brazos; sonó un ruido de pasos que corrían por la oscura oficina, luego se oyeron más órdenes y más tacos.

Hay que mantener ocupada a la gente para que no tenga tiempo para pensar. No era el momento de hacer tonterías, pensó Broghman. Tenía que mantenerlos activos, obligarles a fijar la vista en cualquier cosa que no fuera él, así conseguiría mantener el engaño.

En menos de un minuto desapareció el cuerpo por la puerta trasera que daba al callejón. Fuera se oyó el rugido de un coche y una pequeña muchedumbre se congregó en la puerta principal de la tienda.

—¡Dispersadlos! —bramó Broghman. Lanzó la pistola por el aire —. ¡Tuya, Sammy! —Sammy se escabulló de la oficina con el arma.

Broghman se volvió luego a los quedaban y los inspeccionó brevemente—. Si alguno de vosotros quiere largarse, que lo haga ahora. Si a alguno no le caigo bien, que lo diga. Ahora mando yo.

Kelly regresó de la parte de atrás resollando y secándose el sudor de su enorme cara rubicunda.

—Todo controlado, Ricky. —Hizo una pausa—. Es decir… —Se quedó esperando oír un nombre.

Broghman se lo dio.

—Si vas a sentirte mejor…, llámame Ricky también.

Kelly se sintió mejor y sonrió.

—De acuerdo, Ricky. Nosotros siempre nos llevamos bien, ¿verdad? —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. Casi siempre… Supongo.

La policía estaba al caer. Broghman sacudió la cabeza y Julie, Kelly y él entraron en la oficina que había en el fondo del local junto con otros dos hombres. Antes de cerrar la puerta, Johnny clavó un dedo en un chaval llamado Knight.

—Dile a la policía que todo ha sido un error. Aquí no ha pasado nada. Tú no sabes nada.

Cerró con un portazo. Habían empezado a temblarle las manos, así que las escondió en los bolsillos.

Julie no le había quitado el ojo de encima en todo ese tiempo; había estado examinando su rostro mientras aferraba el bolso con las dos manos.

—Ocurrió —dijo—. Ocurrió cuando disparaste a Merritt.

—¿Qué quieres decir?

Julie no tuvo que responderle. Un espejo agrietado que colgaba de la pared mugrienta lo hizo por ella. Johnny vio sus ojos reflejados en él y le recorrió un escalofrío. Recordó las palabras que le había dicho Julie una vez: «No eres un asesino. Se te ve en la cara. Abres demasiado los ojos para ser un asesino».

Ahora, en el espejo, sus ojos entornados tenían una expresión dura.

Tal vez hubiera más de una manera de ser Ricky Wolfe. Quizá no había que parecerse físicamente a él, sino actuar como él. El carácter era lo que marcaba la diferencia. Y… los ojos.

Apartó la mirada del espejo.

—En marcha. Vamos a Brentwood. Allí está mi casa, la que tiene

la piscina, ¿no, Julie?

—Sí, sí, claro —dijo ella en voz baja.

—Pues pongámonos en marcha. Ven tú también, Kelly. Y tráete a tus chicos. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—Claro, jefe.

Esas palabras, «claro, jefe», tenían un gran significado.

Se marcharon todos juntos.

Capítulo tres
Las pistolas están pasadas de moda

La casa de Brentwood era enorme e impresionante. Si ibas despistado podías caerte a la piscina; los cuartos de baño tenían las puertas de vidrio. Toda ella resplandecía.

Mientras recorrían el vasto jardín que rodeaba el edificio, Broghman iba pensando que todo había salido bien. Merritt siempre había sido un tipo que caía antipático. Nadie había ocupado el hueco que Ricky había dejado como cabecilla en las semanas que habían pasado desde su muerte y todavía reinaba la confusión.

De manera que muchos habían deseado el regreso de Ricky, y cuando deseas algo con todas tus fuerzas al final lo consigues. Aunque sea en tu imaginación. Así que Broghman había cumplido su parte. Era lo suficientemente parecido al original, así que los demás lo aceptaron como una especie de réplica del antiguo jefe. Parecía extraído de un manual de psicología. Sin duda era digno de ser estudiado por los psiquiatras. Instinto de manada, instinto de líder, deseo de poner en un pedestal… Qué demonios. Ahora mandaba él. Eso era lo que importaba. ¿Qué más daba cómo lo explicara un psiquiatra? La ilusión de un deseo cumplido, la aceptación de un nuevo modelo creado a partir de un molde antiguo… ¡Ahora mandaba él!

Pero al ver ahora la casa y el jardín, una vez pasada la excitación inicial, Johnny se dio cuenta de que aquello no significaba nada para él. Absolutamente nada. ¿Qué demonios quería entonces? Aun así, había algo que tenía que ver con Julie que…

Había que organizar una fiesta.

Así la ciudad de Los Ángeles conocería a un tipo llamado Broghman.

Compró un ramillete para que Julie lo llevara en la fiesta. Se lo dio metido en una caja de celofán y observó su reacción cuando abrió el regalo. Ella estrujó la caja e hizo trizas las flores y las dejó caer al suelo.

—Esto no es lo que quiero. Estoy harta de repetírtelo. No vuelvas a darme una cosa así —dijo, y se marchó.

Johnny recogió las flores destrozadas y las olió. Su fragancia no era el problema. Negó con la cabeza.

El humo de los cigarrillos colmaba la casa formando bancos de niebla de nicotina que se deslizaban por el aire. Las caderas de vidrio de las botellas entrechocaban y las copas siempre estaban llenas de champán. Todo el mundo hablaba sin parar. Era viernes por la noche. Merritt había muerto y se había hecho desaparecer su cuerpo el miércoles. Broghman se encontraba en el centro del alboroto. Aquel era el circo que Julie había organizado para él y en el que hacía de maestra de ceremonias para que todos los grandes leones conocieran a su nuevo domador, le mostraran su respeto, lo saludaran con envidia y tal vez le estrecharan la mano. Todo transcurría sin sobresaltos. Julie se encargó de que los tipos de poca monta se quedaran en los márgenes y los peces gordos estuvieran cerca. De estos había muchos.

—¿También te llaman Ricky?

La pregunta venía de un anciano con el pelo blanco llamado Vanning. Al parecer tenía relación con uno de los abogados más importantes. Su rostro rosado y alargado, ligeramente arrugado, tenía una expresión inteligente, y fumaba sin parar puros de importación.

—Me gustaría que nos viéramos después de la fiesta, Ricky —dijo en voz baja.

—¿Para qué?

Vanning rio entre dientes.

—Su aparición nos ha sorprendido a todos, Ricky. Somos respetables hombres de negocios. Es como si tuviéramos un fantasma entre nosotros. Pero debo reconocer que ha sido inteligente. Ha utilizado un truco basado en la psicología. Muy bien hecho.

—Continúe.

—A pesar de que ha demostrado cierta originalidad en la

manera como ha ocupado el lugar de Ricky Wolfe, sigue siendo un gánster de la vieja escuela. Es de esa clase de personas que atracan un banco a punta de pistola…

—¿Qué tiene eso de malo?

—Es poco científico. Nosotros somos… hombres de negocios. Hacemos nuestro trabajo con insinuaciones, mensajes, ejerciendo una leve presión aquí y allá. Son transacciones silenciosas. También recurrimos a la psicología, la empleamos todo el tiempo. —El anciano se peinó hacia atrás con la mano el ralo cabello cano—. Ahora, présteme atención. Actualmente la delincuencia se realiza sentado detrás de un escritorio. Es una tendencia que existe desde hace tiempo, pero ahora se ha impuesto para quedarse. Gracias a la ciencia ya no es necesario salir a la calle y exponerse. La gente no lo tolerará.

—¿De qué quiere que hablemos después de la fiesta?

—De cómo va a hacerlo para pasar desapercibido, jovencito. Usted llama la atención. Está anclado en el pasado, hace demasiado ruido.

—¿Quiere que cambie?

—Le proporcionaremos una oficina en el centro de la ciudad…

—¡Yo no estoy hecho para eso!

El anciano continuó sonriendo con los ojos brillantes.

—De vez en cuando, si las circunstancias lo exigen, podríamos recuperar el gansterismo de vieja escuela, eso ya se lo puedo confirmar. Podemos asesinarlo, legalmente, en cualquier momento y vanagloriarnos de haber prestado un servicio a la comunidad. ¿Ve lo inteligente que somos?

Broghman estudió a Vanning un momento, con los ojos entrecerrados y el corazón aporreándole el pecho.

Vanning miró a los ojos a Broghman.

—Hill Street con la Sexta. En el Edificio Leighton. Pasada la medianoche.

—Lo pensaré.

Cuando Vanning se marchó, el rostro de Julie le decía que no a Broghman, entre signos de exclamación. Pero el alcohol y la sensación de poder le nublaban la mente y apenas si reparó en ella.

El resto de la fiesta ni siquiera fue digno de recordarse. Todo transcurrió envuelto por una nebulosa de agitación que lo

acompañaba desde el mismo momento que había conocido a Julie. Era como si dentro de su cabeza estuviera retumbando constantemente un bombo, cada vez más fuerte.

La puerta se cerró después de despedir a los últimos invitados. Julie mantuvo la mano alrededor de la manilla un momento. Toda su dureza parecía haber escapado por una válvula secreta. Ya no parecía un felino con una salud de hierro. Estaba temblando.

Subieron juntos la escalera de la casa repentinamente silenciosa sin decirse una palabra. Cerraron la puerta del dormitorio de Julie y lo primero que ella dijo fue:

—No irás a ver a Vanning esta noche. Sabe que no puede mangonearte. Te tiene miedo, ¡así que te matará!

Él la besó en los labios carnosos y obstinados. Su olor resultaba refrescante después de la nicotina y el alcohol. La besó en el cuello, en las orejas, en las mejillas y otra vez en los labios, y ella le correspondió. Fue un beso largo.

Julie le clavó los dedos en los brazos.

—Oh, Ricky, Ricky —dijo con la voz entrecortada.

Él la soltó y retrocedió como si Julie le hubiera dado una bofetada.

Ella levantó la mano como si quisiera capturar sus palabras. Pero ya era tarde; no era posible retirarlas.

Él se la quedó mirando como si fuera invisible.

—¿Cómo me has llamado?

—Yo no quería…

—¡Me has llamado Ricky! ¡Me has llamado Ricky!

En un susurro, aturdido, Johnny repitió sus palabras y añadió:

—Le amabas. Amas a un hombre muerto. Debería haberlo imaginado. Pusiste todo tu empeño en hacer que me pareciera a él, incluso arriesgaste tu vida. Has hecho que tenga su aspecto, que camine y hable como él, ¡para que él volviera a abrazarte, volviera a besarte, volviera a hacerte daño!

—Por favor… Johnny…

Johnny volvía a tener los ojos completamente abiertos.

—Tú no me quieres. Has intentado sacar a Ricky de su tumba. Debería haberlo imaginado cuando la banda reaccionó como lo hizo en la librería. Ellos también querían que Ricky volviera. Tenían tantas ganas de recuperar el original que aceptaron de buena gana

una imitación. En cuanto a lo demás…

Buscó a tientas la puerta, como si fuera un ciego.

—No querías que yo te besara. Tú me besabas. Así era con Ricky. Lo hacías todo por él. Cuando yo hago algo por propia iniciativa protestas, me abofeteas. Porque no está en el guion, no es propio del personaje. No es Ricky. No quisiste el ramo que te regalé. Ricky nunca te regalaba flores. Y si te digo algo bonito te pones hecha una furia…

Julie se puso delante de la puerta con la respiración jadeante.

—¡No puedes ir! ¡Vanning te matará!

—¿Tienes miedo de que me mate? ¿Tienes miedo de que Ricky vuelva a morir?

A Julie le dolieron esas palabras como si le hubiera dado un puñetazo. Johnny buscó con la mano entumecida la pistola que llevaba enfundada debajo del brazo.

—¡Tienes miedo de que Ricky vuelva a morir! No lo soportarías, ¿verdad? No soportarías que le mataran otra vez.

—No —dijo ella escuetamente, con un hilo de voz—. No lo soportaría. Lo siento, Johnny, pero es así.

Julie sacudió la cabeza como si quisiera salir de un sueño.

—¿No te das cuenta, Johnny? Tú y yo somos iguales. Yo no soy Julie. Tú no me quieres. Tú quieres… una madre. Quieres alguien a quien poder aferrarte, alguien que cuide de ti. La madre que nunca tuviste, Johnny. Y yo… yo quiero a Ricky. Nos conocimos delante de un banco, Johnny. Ambos queríamos algo, y hemos intentado conseguir lo que perseguíamos y al final se ha hecho trizas delante de nosotros. —Agarró a Johnny mientras hablaba compulsivamente —. Oh, Ricky, abrázame…

¡Ricky! Ese nombre era como un hierro hundido en su cerebro que removía todas las dudas y los anhelos que lo devoraban. No dijo nada, pero, todavía con la mente confundida por el alcohol, no podía parar de repetirse: «¡Soy Johnny Broghman! ¡Yo soy yo! ¡A la mierda todos, no necesito una mujer en la que apoyarme! ¡No necesito una madre, ni a Julie, ni a nadie…! Soy Johnny Broghman… ¡Y no existe nada más fuerte que yo!».

Intentó quitarse de encima a Julie, pero ella se asió a él con más fuerza, como la sanguijuela que era; se alimentaba de él, intentaba convertirlo en otra persona que no era Johnny Broghman. Como si

Johnny Broghman no fuera lo suficientemente bueno…

Su pistola hizo por él lo que sus manos no podían.

No era lo que quería exactamente, pero ahí estaba. Sus ojos estaban casi completamente cerrados, al estilo de Ricky. La pistola escupió dos balas y Julie salió impelida hacia atrás. Johnny notó cómo sus manos lo soltaban después de haberlo sujetado hasta el último momento y Julie se derrumbó; su cuerpo quedó inmóvil en el suelo, con las piernas y los brazos abiertos.

Johnny se apoyó en la puerta y tragó saliva. Se frotó los ojos empañados. Luego bajó por la escalera todavía con la pistola en la mano. Sentía cómo aumentaba su fuerza a cada paso que daba. Ahora era libre. No necesitaba una mujer en la que apoyarse y acababa de demostrarlo.

Ya había matado dos veces y volvería a hacerlo. El anciano con la cara rosada, Vanning. El que se consideraba un hombre de negocios y creía que podría convertir a Johnny Broghman en un cobarde que se escondiera detrás de un escritorio. Vanning, que pensaba que podría mangonear a Johnny Broghman como lo había hecho con Ricky Wolfe. Pero Johnny Broghman era mejor de lo que podría haberlo sido jamás Ricky Wolfe. Julie lo había averiguado.

Broghman abrió la puerta principal… Lo alcanzaron antes de que hubiera recorrido la mitad del camino de entrada de la casa. Los hombres de Vanning lo acribillaron con sus metralletas desde el coche negro aparcado a la sombra nocturna de los árboles. Las ráfagas de balas lo hicieron plegarse como un hombre que se topa con un muro invisible.

Las metralletas continuaron tableteando hasta mucho tiempo después de que Johnny Broghman se derrumbara como un niño que se tumba en el césped para echarse una siesta…

Bueno, esta ha sido la historia de Johnny Broghman, la creáis o no, con o sin la ayuda del escalpelo. Está todo en la mesa de autopsias.

Ahora cogeré el corazón de Johnny Broghman y volveré a meterlo en su cuerpo, donde nunca tuvo la oportunidad de amar, donde solo era un tipo en una celda. Volveré a colocar todo dentro de Johnny, donde corresponde. Todo el dolor, el odio y la rabia de Johnny regresarán a la cueva fría de su cuerpo destrozado por las balas y se lo suturaré con aguja e hilo. Puntada a puntada lo coseré para que lo entierren. Luego me ocuparé de otros cuerpos, pero no

podré escribir una historia sobre ellos como he hecho con Johnny. No podré diseccionar sus cerebros con el escalpelo para averiguar cómo latían sus corazones o cómo sus estómagos se revolvían de dolor.

Johnny Broghman era mi hermano.

—Acérqueme el instrumental de sutura, enfermera.

—¡Siguiente!

Los muertos no resucitan

Cuando Sherry se puso a gritar agarré con fuerza el volante y empecé a sudar. Distinguí su olor dulce en el asiento de atrás entre el hedor de Willie y el fuerte olor de Mark. Mi olfato también advirtió el olor de Hamphill. Hamphill, sentado delante a mi lado, olía a jabón, y le había cogido la mano a Sherry y le hablaba para intentar tranquilizarla.

—Es por tu bien, Sherry. Por favor, escúchame. Te hemos sacado de casa justo a tiempo. Los hombres de Finlay, los mismos que te amenazaron, iban a secuestrarte hoy. Te lo juro. Por el amor de Dios, Sherry, solo estamos protegiéndote.

Sherry no creía a Hamphill. Vi sus oscuros y brillantes ojos clavados en el espejo retrovisor, completamente desorbitados y arrebatados. El coche iba a más de cien kilómetros por hora. «Escúchale, Sherry —pensé—. ¡Él te quiere, dale una oportunidad de demostrarlo!».

—¡No! ¡No te creo! —exclamó ella—. ¡Vosotros también sois unos gánsteres! ¡Ya os conozco!

Sherry intentó saltar del coche en marcha. Quizá no era consciente de la velocidad a la que íbamos. La calzada pasaba como una mancha borrosa agitada por el viento. Forcejeó. Mark la sujetó. Hubo más gritos, un alarido repentino, y silencio…

Sherry se calmó de repente en el asiento de atrás. Willie debía haberse quedado mirándola como un pasmarote, sin entender lo que estaba pasando.

—Para el coche —dijo Hamphill dándome un golpecito en el codo.

—Pero, jefe… —respondí.

—Ya me has oído, Hank. Para.

Cuando apagué el motor solo se oía el gemido del océano a lo largo de la escabrosa costa. Estábamos junto al borde del acantilado. Hamphill se volvió hacia el asiento trasero.

—Se ha quedado dormida, jefe —dijo Willie con voz apagada—. Supongo que estaba cansada.

Yo no me volví. Miré las nubes grises en el cielo y las gaviotas que lo estriaban con sus vuelos sinuosos y chillaban… También miré la cara alargada y demacrada de Hamphill junto a mí, pálida hasta lo enfermizo; parecía una máscara de madera abandonada al sol en la arena.

Las olas rompieron en el acantilado una vez, dos, tres veces. Cada vez que lo hacían, Hamphill inspiraba por los diminutos y estrechos orificios de su nariz. Luego buscó el pulso en las muñecas de Sherry y cerró los ojos al no encontrarlo.

Yo mantuve la vista fija al frente.

—Un poco más adelante está la casa del acantilado, jefe. Será mejor que vayamos allí por si acaso Finlay y sus hombres nos han seguido. Apuesto a que están furiosos con nosotros por esta jugarreta…

Hamphill no sabía que yo estaba vivo. De repente parecía tan viejo como la mansión antigua y erosionada por el viento, con la fachada pintada, que se alzaba junto al borde de los rocosos acantilados.

Su amor por Sherry lo había rejuvenecido durante una temporada. Ahora el viento salado del mar hacía mella en él, le apelmazaba el pelo sobre las orejas y menoscababa su juventud recobrada. La marea le removía las tripas y le absorbía el entendimiento.

Los cuatro entramos en la casa cargados con el cuerpo de Sherry. La escalera crujió bajo nuestro peso.

En el piso de arriba, en una habitación con vistas orientada al oeste, depositamos el cuerpo de Sherry en un viejo sofá con demasiado relleno en los cojines. Una nube de polvo se levantó del tapizado y se quedó suspendida sobre el cadáver como si fuera un vaporoso velo iluminado por el sol. La muerte había relajado sus facciones y estaba hermosa como una pieza de marfil pulido, con el cabello del color de castañas enceradas.

Hamphill se dejó caer lentamente a su lado y le dijo lo que pensaba de ella en voz baja, como si fuera un niño hablando con la diosa de un cuento de hadas. No parecía Hamphill, el magnate de la cerveza; ni Hamphill, el rey de la lotería; ni Hamphill, el amo de las carreras. Su voz sonaba como el gemido del viento, porque Sherry estaba muerta y el día había terminado.

Me puse a temblar cuando vi pasar un coche por la carretera. En cualquier momento, si no habíamos conseguido darles esquinazo, podía aparecer uno de los chicos de Finlay…

Tenía la sensación de que estábamos de más en la habitación. Allí solo tenían que estar dos personas. Empujé a Willie y le hice un gesto con la cabeza a Mark. Salimos, cerré la puerta y nos quedamos en el pasillo con las manos metidas en los bolsillos, pensando en miles de cosas.

—No debiste asustarla —dije.

—¿Yo? —respondió Mark mientras encendía una cerilla deslizándola por la pared y se acercaba torpemente la llama al cigarrillo—. Fue ella la que se puso a chillar como si fuera el silbato de una locomotora de vapor.

—La asustaste con tus palabras —dije—. Después de todo, no era un secuestro normal. Estábamos protegiéndola de Finlay. Ya sabes lo sensible que era el jefe con ella… Era especial.

—Lo único que yo sabía era que íbamos a pedir dinero por ella —comentó Mark—, luego íbamos a tender una trampa a Finlay con el trato, íbamos a hacer que lo metieran en la cárcel para que nos dejara el terreno libre.

—Tienes una idea general del asunto —dije sin perder la calma —, yo te contaré los detalles. Todo dependía de la colaboración de Sherry cuando le contáramos que estábamos actuando por su bien. Hoy no había tiempo para muchas explicaciones, porque tuvimos que llevárnosla corriendo cuando nos enteramos de que Finlay iba a por ella. La idea inicial era esconderla, tender la trampa a Finlay, enseñárselo a Sherry para que le viera la cara y luego contarle a la policía que Finlay la había secuestrado. La policía encerraría a Finlay y asunto terminado.

Mark dejó caer la ceniza en la alfombra.

—El único problema es que ahora Sherry está muerta. Nadie creerá que no fuimos nosotros los que la secuestramos. ¡Menudo

marrón! —Mark dio una patada a la pared con uno de sus lustrosos zapatos negros y acabados en punta—. Bueno, yo no quiero saber nada más de ella. Está muerta. Odio a los muertos. Envolvámosla en una lona, atémosle unos pesos y lancémosla en algún lugar profundo de la bahía. Luego nos largamos de aquí, pillamos el dinero y…

Se abrió la puerta y Hamphill salió de la habitación completamente pálido.

—Willie, quédate con ella mientras yo hablo con los chicos —dijo pronunciando las palabras lentamente, sin pensar en lo que decía.

Willie esbozó una sonrisa radiante de orgullo y entró pesadamente en la habitación. Los otros tres hombres se metieron en otra estancia.

Mark tenía una boca del tamaño de sus zapatos.

—¿Cuándo tendremos el dinero y nos largaremos, jefe? —preguntó mientras cerraba la puerta y se apoyaba contra ella.

—¿Dinero? —El jefe se quedó pensando en esa palabra como si fuera un objeto extraño que hubiera encontrado en la playa y le diera la vuelta para mirarlo desde todos los ángulos—. Dinero… —Fijó la mirada aturdida en Mark—. Yo no estaba interesado en el dinero. No me había metido en esto por el dinero.

Mark cambió de postura para apoyar su escaso peso en el otro pie.

—Pero dijiste que…

—Dije… dije… —Hamphill se quedó pensativo y se llevó los dedos a la frente como si eso le ayudara a concentrarse—. Dije lo del dinero para que aceptaras participar. Era mentira, Mark. Todo era mentira. Eso es. Mentira. Yo solo quería a Sherry. El dinero no existía. Solo estaba ella. Iba a pagarte de mi propio bolsillo. ¿Verdad, Hank? —Me miró de un modo extraño—. ¿Verdad, Hank?

—Verdad —dije.

—Entonces, todo este… —Las mejillas de Mark se pusieron rojas de la ira—. ¡Este maldito montaje solo era para hacer de niñeras de un par de tortolitos!

—¡No había dinero! —bramó Hamphill poniéndose derecho—. ¡No había dinero! Solo quería tirar abajo el árbol de Navidad para coger la estrella de la punta. Y tú… tú siempre dijiste que no debía

enamorarme de ella, que no saldría bien. Pero lo planeé todo. Una semana aquí. Un viaje a Ciudad de México después, cuando me conociera mejor, cuando me encargara de Finlay para que no volviera a molestarla. ¡Y tú, Mark, no hacías más que meter tus narices en mis asuntos, maldito seas!

Mark sonrió.

—Deberías habérmelo contado, jefe. Deberías haberme dicho que no pensabas sacar dinero del secuestro, lo habría entendido. ¡No había necesidad de mentirme! Oh, no, jefe, no, ya lo creo que no.

—Cuidadito —dije entre dientes.

—Te aseguro que lo siento mucho —continuó Mark, parpadeando con sus pequeños ojos verdes—. Te lo aseguro. Y, por cierto, jefe, ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? Solo por curiosidad, por supuesto.

—Le prometí a Sherry una semana de vacaciones. Nos quedaremos aquí ese tiempo.

Una semana. Arqueé las cejas y no dije nada.

—¿Una semana entera aquí, sin intentar conseguir el dinero, sentados de brazos cruzados esperando a que la poli nos encuentre? Oh, genial, jefe. Cuenta conmigo, jefe, claro que sí —dijo Mark. Se dio la vuelta, giró el pomo de la puerta, salió de la habitación y cerró de un portazo.

Puse la mano derecha en el pecho agitado de Hamphill para tranquilizarlo.

—No, jefe —le susurré—. No. No hay vida en él. Nunca ha vivido. ¿Por qué tomarse la molestia de matarlo? Ya está muerto, te lo aseguro. Nació muerto.

El jefe me habría respondido si no hubiéramos oído los dos una voz que llegaba de la habitación que había al otro lado del pasillo. Abrimos nuestra puerta, cruzamos el pasillo y abrimos la otra puerta lentamente. Echamos un vistazo dentro.

Willie estaba sentado en el borde del sofá como si fuera una enorme estatua de piedra gris. Una parte de su cara tenía una expresión anodina y la otra estaba muy animada, como si fuera una piedra en la que se hubiera instalado un juego de luces.

—Usted descanse, señorita Bourne —le dijo a Sherry—. Parece cansada. Descanse. El señor Hamphill piensa mucho en usted. Él me

lo ha dicho. Lleva semanas preparando esto, desde la misma noche que la conoció a usted en San Francisco. Por las noches no duerme porque piensa en usted…

Pasaron dos días. No recuerdo la cantidad de gaviotas que vi volando y chillando en el cielo. Mark las seguía con sus ojos verdes y las contaba. Por cada gaviota tiraba la colilla de un cigarrillo que había apurado con ansiedad. Y cuando se le acabaron los cigarrillos, Mark comenzó a contar olas y conchas.

Yo pasaba las horas jugando al veintiuno. Colocaba las cartas bocabajo lentamente, luego las levantaba y volvía a dejarlas en la mesa muy despacio, las barajaba, cortaba y las ponía sobre la mesa. De vez en cuando silbaba. Llevo tanto tiempo en esto que me he acostumbrado a esperar. Cuando llevas metido en esto tantos años como yo, todo te parece lo mismo. No hay diferencia entre morir y vivir; ni entre esperar y que te metan prisa.

Hamphill pasaba los días en la habitación de Sherry, hablando con ella en voz baja y grave, de un modo dulce y extraño, como si estuviera en un confesionario, o paseaba por la playa entre las piedras del acantilado. Le pedía a Willie que se quedara agazapado en una roca y Willie se quedaba allí inmóvil, bajo el sol neblinoso y con las orejas cubiertas de salitre, durante cinco horas, esperando a que el jefe regresara y le ordenara que bajara.

Un día, mientras yo jugaba al veintiuno, Mark dio un puntapié a la mesa.

—Hablar, hablar, hablar… Es lo único que hace arriba por la noche. ¡No se cansa nunca, maldita sea! ¿Cuánto tiempo vamos a tener que quedarnos aquí encerrados? ¿Hasta cuándo vamos a estar esperando?

Coloqué un par de cartas.

—Déjale al jefe pasar sus vacaciones como le apetezca —dije.

Mark se me quedó mirando cuando salí al porche y cerró la puerta a mi espalda. Si bien es cierto que no podría asegurarlo, me pareció oír el ruido que hacía al girar el disco del teléfono dentro de la casa…

Aquella noche la niebla era muy densa. Yo estaba arriba, en la habitación orientada al norte, esperando con Hamphill. Él estaba mirando por la ventana.

—¿Recuerdas la primera vez que la vimos? ¿Recuerdas la

elegancia de sus movimientos, cómo se agarraba el pelo con la mano, cómo reía? Supe entonces que necesitaría toda la educación, la inteligencia y la amabilidad que había en mí para conquistarla. ¿Fui un idiota, Hank?

—Un idiota no puede responderte —dije.

Hamphill señaló con el mentón las olas que rompían en las rocas, justo donde los bancos de niebla atravesaban una punta de tierra que se adentraba en el mar.

—¿Ves aquel pequeño cabo, Hank? Unos metros mar adentro hay una de las antiguas misiones que proliferaron en California.

—¿Debajo del agua?

—A unos seis metros de profundidad. En los días despejados, cuando los rayos del sol inciden directamente en el mar, el agua es como un diamante azul en el que está atrapada la misión.

—¿Sigue ahí, intacta?

—Buena parte de ella, sí. Se dice que la fundaron los primeros curas que llegaron a California, pero la tierra fue hundiéndose lentamente hasta que al final el mar engulló la pequeña catedral. En los días despejados puede verse allí, en el fondo del mar, silenciosa. Quizá solo queden las ruinas, pero es fácil imaginársela cómo era cuando la construyeron: las vidrieras de colores, la campana de bronce, los eucaliptos mecidos por el viento…

—Las algas movidas por la marea, ¿no?

—El efecto es el mismo. Es el mismo. Quería enseñársela a Sherry. Quería pasear con ella por las rocas del acantilado y sentir el sol en nuestra piel. Quería que el sol consumiera todo el veneno que yo llevo dentro y las dudas de Sherry. El viento es capaz de hacer una cosa así. Pensé que si le enseñaba a Sherry la pequeña catedral, tal vez en un par de días se relajaría y se sentaría conmigo en una roca a escuchar juntos la campana de la iglesia.

—Lo que suena es la boya de campana que hay delante de la punta.

—No —dijo Hamphill—. La boya está más lejos. La campana de la que hablo suena debajo del agua, pero hay que aguzar mucho el oído cuando el viento cesa.

—¡Una sirena! —grité de repente, dándome la vuelta—. ¡La policía!

Hamphill me agarró del hombro.

—No, solo es el viento en las grietas del acantilado. Lo sé, he estado aquí muchas veces. Al final te acostumbras.

Se me había acelerado el corazón.

—Jefe, ¿qué vamos a hacer? —pregunté.

Volví la mirada hacia la carretera de hormigón que brillaba en la noche y con la niebla. Vi el coche que se deslizaba por ella segando la niebla con guadañas de luz.

—Jefe —dije—. Mira por esta ventana.

—Mira tú por mí.

—Hay un coche. Es el sedán de Finlay. ¡Lo reconocería en cualquier parte!

Hamphill ni se inmutó.

—Finlay. Me alegra que venga. Él es el culpable de lo que ha pasado. Es a él a quien quiero ver. Finlay. —Asintió con la cabeza —. Quiero hablar con él. Déjale entrar, pero que no haga ruido.

El coche se detuvo abajo y las puertas se abrieron violentamente. Los hombres salieron de él y recorrieron a toda velocidad el camino de entrada de la casa; cruzaron el porche. Uno de ellos rodeó la casa. Vi armas de fuego recubiertas de bruma. Vi rostros blancos también recubiertos de bruma.

Sonó el timbre de la puerta principal.

Bajé solo y desarmado, apreté los dientes y abrí la puerta.

—Entrad —dije.

Finlay empujó a su guardaespaldas para que entrara delante de él. El matón empuñaba la pistola preparado para disparar y se quedó perplejo al verme tan tranquilo.

—¿Dónde está Hamphill? —quiso saber Finlay.

Detrás de él había otro matón.

—Bajará enseguida.

—Me alegra que no me hayáis obligado a hacer esto por las malas.

—¡Caray! —repuse.

—¿Dónde está Sherry?

—Arriba.

—Quiero que baje.

—Eres muy exigente, ¿no?

—¿Quiere que le dé una paliza, jefe? —le preguntó a Finlay el guardaespaldas.

Finlay alzó la mirada hacia la puerta que se abría arriba y dejaba salir la luz a la escalera penumbrosa.

—Déjalo.

Hamphill bajó lentamente por la escalera, escalón a escalón, deteniéndose a cada paso con un gesto de dolor, como si sintiera su cuerpo viejo y cansado y ya no tuviera ganas de seguir viviendo. Vio a Finlay cuando llegó a la mitad de la escalera.

—¿Qué quieres? —espetó.

—Estoy aquí por Sherry —respondió Finlay.

Me puse tenso.

—¿Qué quieres de ella? —preguntó mi jefe como si estuviera muy lejos de allí.

—Quiero que me la devuelvas.

—No —contestó secamente Hamphill.

—Quizá no me hayas oído bien. He dicho que quiero que me la devuelvas, ¡ahora mismo!

—No —repitió Hamphill.

—No quiero problemas —dijo Finlay. Sus ojos saltaron de mis manos vacías a las manos vacías de Hamphill. Era obvio que lo desconcertaba nuestra extraña actitud.

—No puedes tenerla —dijo Hamphill hablando muy despacio—. Nadie puede tenerla. Se ha ido.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunté.

—Eso no es asunto tuyo —respondió Finlay fulminándome con la mirada. Luego miró de nuevo a Hamphill—. ¡Mientes! —Se volvió a mí otra vez—. Miente, ¿verdad?

—Baja la voz —dije—. No se grita en una casa donde hay un muerto.

—¿Está muerta de verdad?

—Sherry está muerta. Arriba. Así que baja la voz. Llegas tarde. Será mejor que vuelvas a la ciudad. Todo ha terminado.

Finlay bajó la pistola que empuñaba.

—No iré a ninguna parte hasta que la vea con mis propios ojos.

—No —aseveró Hamphill.

—Eso ya lo veremos. —Finlay observó la cara de Hamphill y pensó que parecía un cráneo descarnado, blanco y duro—. Vale, entonces está muerta —dijo creyéndolo por fin. Tragó saliva. Echó un vistazo por encima del hombro—. Aún podemos pedir dinero por

su rescate, ¿no?

—No —dijo el jefe.

—Somos los únicos que sabemos que está muerta. Aún podemos conseguir el dinero. Le cortaremos un trozo del abrigo, una hebilla, un mechón de pelo… Puedes quedarte el cuerpo, Hampy, colega, te lo regalamos —dijo con un tono conciliador—. Solo necesitamos alguna cosa suya, unos anillos o una polvera para enviárselos al padre.

En la frente huesuda de Hamphill comenzó a palpitar una vena. Inclinó hacia delante el cuerpo rígido. Le brillaban los ojos.

—Puedes quedarte el cuerpo —continuó Finlay—. Tú quédate aquí con ella, así tus chicos cargarán con la culpa.

—Eso me suena familiar —dije recordando nuestro plan para hacerle la misma jugarreta a Finlay. Así es la vida.

—Echate a un lado, Hampy —dijo Finlay preparándose para subir.

Hamphill engañó a todos con la docilidad con la que se apartó. Se dio la vuelta como si quisiera llevar a Finlay arriba y subió dos escalones con él, pero de repente se volvió y le metió dos balas en el ancho pecho. Finlay gritó.

Yo le machaqué la mano al guardaespaldas y le quité la pistola. El segundo matón, que aún estaba fuera, maldijo, abrió la puerta de una patada y entró de un salto en la casa al mismo tiempo que apuntaba a Hamphill con su arma. Le disparó y le dio en el brazo izquierdo justo cuando Hamphill agarraba a Finlay, y los dos cayeron por la escalera con los cuerpos enredados.

Me cargué al segundo matón de un disparo. El primero se había quedado inmóvil agarrándose la mano espantosamente roja. Llegó el ruido de pasos desde la puerta trasera. Willie bajó por la escalera gimoteando.

—¡Jefe! ¿Estás bien?

—¡Súbelo! —dije mientras ayudaba al jefe a desenredarse del cuerpo inmóvil de Finlay y a ponerse en pie—. ¡Willie, llévatelo arriba!

El tercer hombre de Finlay entró en la casa, quizá esperando encontrarnos a todos tiesos en el suelo. También le destrocé la mano.

Willie ayudó al jefe a subir y volvió a bajar con un trozo de

cuerda. Fuera no se oyeron más pasos. Abrí la puerta y dejé que la niebla entrara en la casa y me refrescase la cara. Olía tan bien que me quedé apoyado en la pared, aspirando el aire y disfrutando de su fragancia. El coche estaba parado y tenía las luces apagadas; tampoco se advertía movimiento. Nos habíamos cargado a todos.

—Vale, Willie —dije—. Atémoslos.

Hamphill parecía un palo largo y gris tumbado en el sofá de la habitación orientada a poniente, apretándose la herida del brazo. Cerré la puerta.

—Hemos preparado un plan, por si queremos usarlo —dije.

El jefe se limpió la herida con un pañuelo blanco.

Miré fijamente a Hamphill.

—La policía pensará que Finlay y sus chicos discutieron por dinero y se dispararon unos a otros. La policía encontrará aquí sus cuerpos cuando decidamos llamarles y contárselo.

Los párpados de Hamphill vibraron débilmente.

—Ya hablaremos luego —dijo con un hilo de voz—. Luego, Hank. Ahora no.

—Tenemos que hablar ahora —insistí—. Es importante.

—No quiero abandonar a Sherry.

—Escucha, jefe, la herida es grave. No te encuentras bien.

—Luego, Hank —suspiró.

—Vale. —No me gustaba la idea, pero lo comprendía—. Luego, está bien.

Abajo, Mark estaba blanco como la nieve. Le tembló la mano cuando dio una profunda calada al cigarrillo que había encontrado en el cuerpo de Finlay.

—¿Dónde estabas cuando empezó el tiroteo? —le pregunté.

—Abajo, en el embarcadero, paseando por la playa. Vine corriendo en cuanto oí los disparos.

—Estás haciéndote viejo —dije—. ¿Qué trato hiciste por teléfono con Finlay?

Mark se sobresaltó, exhaló el humo del pitillo y se pasó la mano temblorosa por la cara sin afeitar. Miró el cigarrillo y luego a mí.

—La niebla pudo conmigo. La espera pudo conmigo. El estómago se me puso así. —Me mostró un puño apretado—. El jefe arriba, hablándole a ella… Era como si estuvieran dejando caer una gota detrás de otra en mi cabeza. Así que tenía que buscar una

solución. ¿Estás escuchándome?

—Continúa.

—Llamé a Finlay. Le dije que iba a traicionaros, que quería una parte, que les entregaría a Sherry. Sabía que Finlay vendría, nos cargaríamos a su banda y les echaríamos el muerto a ellos.

—Lo sabías, ¿eh?

—¿Estás llamándome mentiroso?

—Estabas muy seguro. Podrían habernos matado. Te saldrías con la tuya cualquiera que fuera el resultado. Si ganábamos nosotros, seguirías a nuestro lado, y si ganaba Finlay, te irías con él, ¿eh? Es posible.

—¡Qué va! Era la única opción que teníamos. Si no queríamos que la policía nos encontrara aquí con el cadáver de Sherry y nos metieran en la cámara de gas solo podíamos jugar la carta de Finlay. No podía contárselo al jefe porque me habría matado si se enteraba. La espera estaba destrozándome los nervios. Había que buscar un cabeza de turco, y ese era Finlay. No sabía cuándo iba a aparecer, por eso estaba en la playa cuando se presentó aquí. ¡Incluso esperaba que Finlay se llevara el cuerpo de Sherry, y entonces tendríamos que largarnos de aquí!

—Está bien —dije, asintiendo con la cabeza—. Pero hay una cosa con la que no contabas. El jefe no va a moverse de aquí. Después de todas las molestias que te has tomado para preparar esta trampa, él no va a irse. Así que, ¿qué vas a hacer, chaval?

Mark maldijo.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? ¡Por Dios! ¿Otra semana? ¿Un mes?

Le di un empujón.

—Hay un olor muy fuerte. Anda, ve a abrir la ventana.

Yo estaba agotado. Revisé las cuerdas con las que habíamos atado a los tres hombres de Finlay para asegurarme de que estaban apretadas y me tumbé en el sofá. Mark subió al piso de arriba. Oí la voz del jefe hablando con alguien y sus gruñidos de dolor.

Me quedé dormido. En el sueño que tuve me metía en el agua verde y entraba en la iglesia sumergida delante de aquella punta. Los bancos de peces nadaban a mi alrededor y la campana de bronce sonaba debajo del agua. Un calamar enorme que estaba plegado sobre sí mismo parecía la sabanilla sucia del altar

extendida sobre el púlpito…

Eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando me despertó el tictac de mi reloj. Tuve la sensación de que había pasado algo malo y de que ya no podía hacer nada para remediarlo. Recibí un golpe en la cabeza. Caí de bruces al suelo y permanecí allí un rato.

Tenía un terrible dolor de cabeza cuando recuperé el conocimiento. Pestañeé en la oscuridad y descubrí que tenía las manos atadas. Tardé cinco minutos en soltarme. Encendí la luz.

¡Habían desaparecido dos hombres de Finlay!

Maldije mientras me desataba la cuerda de los pies y subí corriendo al piso de arriba.

Hamphill estaba durmiendo profundamente. No movió ni un músculo cuando grité su nombre. Cerré sigilosamente la puerta y fui a la habitación donde estaba el cuerpo de Sherry.

El sofá en el que yacía el cadáver de Sherry Bourne estaba vacío. Sherry había desaparecido…

El mar se tendía sobre la orilla de la playa y retrocedía con un espumoso suspiro y la arena crujía bajo mis pies.

Entrecerré los ojos y vi el bote de remos gris, apenas distinguible en la niebla a la luz de la luna.

De pie en el bote había un hombre alto y corpulento, con fuertes brazos y una cabeza grande. Era Willie.

Mark se mantenía lo suficientemente lejos del mar para que el agua no le tocara los diminutos zapatos oscuros. Se dio la vuelta cuando ya caminaba hacia él. Miré a Willie. A juzgar por su cara, Mark se sorprendió al verme allí.

—¿A dónde va Willie? —pregunté.

Mark también se volvió hacia Willie.

—Lleva un cargamento.

—¿Qué cargamento?

—Unas lonas atadas con cadenas y con ladrillos dentro.

—¿Y qué hace con eso a las cuatro de la madrugada?

—Va a echarlo al mar. Es Finlay.

—¡Finlay!

—No podía dormir con él abajo. Quería librarme de él por si acaso no te gustaba mi plan. Si acaba apareciendo la policía habrá un cadáver menos. —Me miró la cabeza—. ¿Te han golpeado?

—Hace una media hora. Y me ataron. Mientras vosotros estabais

aquí, dos de los chicos de Finlay se soltaron y me golpearon. —Esbocé media sonrisa—. Luego cogieron el cadáver de Sherry y se largaron. Solo hace unos minutos. ¿Qué te parece mi historia?

—¡Han robado el cuerpo de Sherry! —exclamó Mark con los ojos como platos y la boca abierta.

—Eres un actor de primera —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir: ¿por qué los hombres de Finlay no nos han matado al jefe y a mí? Nos cargamos a Finlay, ¿no? Por lo tanto, ¿por qué me dieron un golpe en la cabeza cuando habría sido mucho mejor meterme una bala en el estómago? No tiene sentido. Y qué suerte has tenido de estar aquí abajo las dos veces que las cosas se han puesto feas. Qué conveniente que tú estuvieras aquí con el cuerpo de Finlay, porque eso les dio la oportunidad de golpearme.

—No entiendo dónde está el problema —espetó Mark—. En mi opinión, deberíamos alegrarnos de que se hayan llevado el cuerpo de Sherry. ¡Ya no tendremos que quedarnos más tiempo aquí haciendo de niñeras de Hamphill!

—Me parece que estás un poco más contento de la cuenta —repuse.

Willie estaba a cierta distancia de nosotros, mirando atrás, y nos hacía señas en la oscuridad de la noche.

Mark y yo lo observamos mientras levantaba el bulto envuelto en la lona y lo tiraba por la borda; cayó al agua con un gran estruendo y formando ondas en el mar.

—Oh, Dios mío —musité. Agarré a Mark por las solapas y acerqué su cara a la mía—. ¿Sabes qué pienso? —le pregunté con los dientes apretados, echándole el aliento en la cara mientras lo sujetaba—. Pienso que te morías de ganas de largarte de aquí. Así que me golpeaste en la cabeza, me ataste y luego te llevaste a los hombres de Finlay y los metiste en su coche. Después condujiste un rato por la carretera y aparcaste detrás de unos arbustos, apagaste las luces y regresaste. Bien pensado. Le contarías al jefe que se habían soltado y habían escapado con el cuerpo de Sherry. —Miré a Willie, que seguía en el bote—. Mientras tanto estabas deshaciéndote de un cadáver en el mar… ¡Solo que no es el cuerpo de Finlay!

—¡Sí lo es! —gritó Mark forcejeando, pero no le solté—. ¡No

puedes demostrar nada! ¡Yo no sé nada de Sherry!

—Deberías haberme matado, Mark, habría sido más convincente. —Lo solté—. Has jugado muy bien tus cartas. No puedo demostrar que era Sherry la que estaba envuelta en esa lona con las cadenas y los pesos. Deshacerte del cuerpo de Sherry era lo más importante para ti, ¿eh? Hacerla desaparecer sin dejar pruebas. Así podríamos marcharnos de aquí. Tendríamos que irnos de aquí. Porque el jefe querría ir en persecución de la banda de Finlay para recuperar el cuerpo de Sherry, pero sería una búsqueda inútil, ¡porque Sherry está allí, a doce metros de profundidad, donde la pequeña catedral!

Willie hizo girar el bote y comenzó a remar de vuelta a la orilla con paladas lentas y torpes. Me encendí un cigarrillo y dejé que el viento dispersara el humo.

—No deja de ser irónico que decidieras arrojarla ahí. No hay un lugar mejor. Creo que al jefe le gustará que descanse junto a la campana de bronce, el campanario y eso. Lo único que lo estropea todo es tu motivo para haberlo hecho, Mark. Has manchado algo que podría haber sido… hermoso.

—¡No se lo cuentes a Hamphill!

—Aún no sé si se lo diré. Supongo que lo mejor para todos es que nos marchemos de este sitio. No sé.

Willie alcanzó la orilla con el bote. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Willie —dije.

—Hola, Hank. Ya no tenemos que preocuparnos del señor Finlay, ¿eh?

—Claro, Willie. Claro.

—No pesaba mucho —dijo Willie con desconcierto.

Se oyeron pasos en la escalera de hormigón llena de arena que bajaba por la pared del acantilado. Supe que era Hamphill por los sollozos y los gimoteos, entre los que me pareció distinguir algo así como: «¡No está! ¡Sherry se ha ido!». Cuando bajó el último escalón enfiló hacia nosotros con determinación.

—¡Sherry se ha ido!

—¿Cómo que se ha ido? —dijo Mark siguiéndole el juego.

—¡Se ha ido! —exclamó Willie.

Yo no dije nada.

—Tampoco está el coche de Finlay. Hank, prepara el coche, tenemos que perseguirlos. No pueden llevarse a Sherry… —Vio el bote—. ¿Para qué es eso?

Mark rio.

—He traído a Willie para que me eche una mano con Finlay.

—Sí —dijo Willie—. Lo he tirado por la borda. No pesaba nada. Era ligero como una pluma.

A Mark le temblaron los músculos de las mejillas.

—Solo estás fanfarroneando, Willie. Eh, Hank, será mejor que vayas a preparar el coche.

Quizá mis ojos revelaron algo. Hamphill me miró primero a mí, luego miró a Mark y finalmente a Willie, que seguía subido en el bote.

—¿Dónde… dónde estabas tú, Hank? ¿Les has ayudado a traer aquí el cuerpo de Finlay para arrojarlo al mar?

—No. Me dejaron inconsciente de un golpe en la cabeza.

Hamphill avanzó arrastrando los pies por la arena.

—¿Qué pasa? —gritó Mark.

—¡Estate quieto! —ordenó Hamphill. Metió la mano en uno de los bolsillos del abrigo de Mark y luego en el otro. Sacó algo que observó a la luz de la luna.

Eran la pulsera y el anillo de Sherry.

La cara que puso Hamphill no se parecía a nada que hubiera visto antes. Se quedó mirando fijamente el bote.

—Así que Finlay era ligero como una pluma, ¿eh, Willie? —dijo con voz apagada.

—Sí, señor —respondió Willie.

—¿Qué pensabas hacer, Mark? —preguntó Hamphill parsimoniosamente—. ¿Ibas a utilizar la pulsera y el anillo por tu cuenta para conseguir el dinero? —Hizo un gesto a Willie—. ¡Willie, agárralo!

Willie lo agarró. Mark chilló. Willie lo envolvió como si fuera una boa estrangulando un verraco.

—Métete en el agua con él, Willie —ordenó Hamphill.

—Sí, jefe.

—Y vuelve solo.

—Sí, jefe.

—¡No lo hagas, jefe! ¡No, jefe! —gritó Mark revolviéndose con

frenesí entre los brazos de Willie.

Willie entró en el mar. La primera ola sepultó sus gigantescos pies. La segunda formó un cerco de espuma a su alrededor. Mark chillaba, pero el rugido de las olas envolvía sus gritos como Willie envolvía su cuerpo con los brazos. Willie se detuvo.

—¡Continúa! —bramó Hamphill.

Willie siguió adentrándose en el mar. El agua primero lo cubrió hasta las rodillas, y poco a poco llegó a su barriga y al pecho. El viento nocturno debilitaba aún más los alaridos de Mark.

Hamphill observaba la escena como un dios petrificado. Una ola rompió en Willie y lo recubrió con una capa de espuma. Willie se sumergió en el mar con Mark y desapareció. Media docena de olas rompieron en la orilla.

Entonces una enorme masa de agua llegó a la orilla y arrojó a Willie, solo, a nuestros pies. Se levantó y se sacudió el agua de los fuertes brazos.

—Ya está, jefe.

—Ahora ve al coche y espera allí, Willie —dijo Hamphill.

Willie se marchó de allí con sus andares pesados.

El jefe dirigió la vista a la punta y aguzó el oído.

—¿Y ahora qué demonios vas a hacer? —pregunté.

—No es asunto tuyo.

Echó a andar hacia el agua. Lo sujeté, pero él se zafó de mis manos y vi que empuñaba una pistola.

—Vete. Súbete al coche con Willie. Yo tengo que acudir a una misa mayor, y no quiero llegar tarde. Vete, Hank.

Se adentró en el agua fría sin vacilar. Lo observé mientras pude ver su alta figura entrando en el mar con paso firme. Luego apareció una gran ola y lo inundó todo de una soledad salada…

Subí de la playa, abrí la puerta del coche y me senté al lado de Willie.

—¿Dónde está el jefe?

—Te lo contaré todo por la mañana —le prometí. Me quedé quieto en el asiento. Willie estaba goteando—. Escucha —dije, y contuve la respiración.

Escuchamos las olas del mar, cuyo estrépito sonaba como una solemne música de órgano.

—¿Los oyes, Willie? Esa es Sherry, con voz de soprano. Y esa

otra voz de barítono es el jefe. Están en el espacio reservado para el coro, Willie, cantando el gloria para que les oigamos. Es música de verdad, Willie. Disfruta de ella mientras puedas. No volverás a oír nada parecido…

—Yo no oigo nada —dijo Willie.

—Lo siento por ti —repuse. Arranqué el coche y nos marchamos de allí…

Donde todo acaba

Un circo se había deshecho de sus viejas carrozas rojas y de sus jaulas pintadas de amarillo tirándolas al canal hacía mucho tiempo. Era como si una larga cabalgata se hubiera precipitado por el borde y los carros amontonados se oxidaban sumergidos en las quietas aguas. Había alrededor de una decena de jaulas volcadas, con las ruedas arriba, y la pintura había saltado de sus superficies como si fueran las hojas arrancadas de un calendario.

Steve Michaels las contemplaba desde arriba, a través de una niebla rojiza.

Treinta años antes, este lugar se llamaba Venice by the Sea, California. Como en la Venecia italiana, las radiantes góndolas se habían deslizado por los canales, iluminadas con faroles verdes cuando caía la noche, la gente cantaba y todo estaba limpio y era nuevo. Ahora ya no quedaba nada de todo eso. El lugar se había convertido en un vertedero de jaulas vacías.

Steve no sabía que eran las cinco de la tarde. No parecía darse cuenta del sol invernal que colgaba del neblinoso cielo gris. El silencio había hecho presa en él y no le daba un respiro.

De repente apareció Lisa a su lado. Ella hacía que el viento invernal fuera cálido y dulce.

—Steve, no puedes quedarte aquí eternamente —dijo en voz baja.

Él no volvió hacia ella sus ojos grises.

—Puedo intentarlo.

—Regresa a la comisaría de Los Ángeles, Steve. Ya volverás mañana.

—Sí. Después del funeral —dijo Steve—. Puedo venir y mirar las

manchas de la sangre de Charlie en la acera. Si llueve, podré ver cómo el agua las limpia. —Se quedó mirando el hormigón con el color extraño que había bajo sus pies—. Ojalá la lluvia pudiera hacer lo mismo dentro de mi cabeza.

Lisa esperó.

—Está bien —musitó al fin—. ¿Qué quieres que hagamos?

Steve se encogió de hombros. Tiró la colilla de un cigarrillo del que se había olvidado.

—Caminemos. Vamos, Lisa. Estamos buscando a un asesino que vive en una de las casas del canal.

Caminaron en dirección sur.

Steve conocía el lugar.

—Las casas empiezan aquí —explicó— y se extienden por la costa a lo largo de seis kilómetros y medio. Hay pozos de petróleo que tiñen de negro el agua del canal. Huele como a… sangre seca.

La fría luz confería a la cara de Steve un tono aún más pálido. Tenía la tez tirante en los pómulos y sus ojos apagados y lúgubres contrastaban con el color negro de su cabello.

—Lisa, alguien llamó a la comisaría ayer, mientras tú estabas en El Monte. Era un hombre mayor llamado Gerbelow que trabaja en un pozo de petróleo en los llanos de Venice. Me dijo que estaban chantajeándolo. El chantajista decía llamarse Markham. Estaban pasando algunas cosas curiosas.

—¿Cómo qué?

—Accidentes por la noche, en las máquinas de extracción. Alguien estaba provocándolos aprovechando la oscuridad. Supongo que Charlie imaginó que el culpable debía vivir en los canales. En muchas noches diferentes, a distintas horas. Yo me quedé en la comisaría. Charlie interrogó primero a Gerbelow, luego recorrió toda la red de canales buscando alguna pista…

Lisa le agarró el brazo.

—En los informes pone que fue un accidente. «Charlie Brandon se extravió en la oscuridad, se golpeó la cabeza y se ahogó en el canal».

Steve apretó los dientes.

—Yo también dejo que la policía piense que fue un accidente. No quiero tenerlos metiendo sus narices por ahí. Este caso es mío, mío y de Charlie. —Paseó la mirada por las casas de un pálido color

marrón, todas ellas idénticas. Viviendas de una sola planta a las que la niebla arropaba al anochecer y un viento salado azotaba con furia por la mañana—. A Charlie se le debió ocurrir alguna teoría mientras paseaba por aquí. Ojalá supiera lo que pensaba.

—¿Ya has hablado con ese tal Gerbelow?

—Le llamé por teléfono y le dije que vendríamos por aquí. Me contó que solo ha visto una vez a Markham, hace un par de meses, cuando empezó con su juego. La vista de Gerbelow ya no es lo que era. Lo único que pudo decirme es que, por su voz, Markham parecía muy joven, joven y engreído.

—¿Estamos yendo a la casa de Gerbelow, Steve?

—Sí. Está a unos seis kilómetros y medio a pie. Por el camino podemos buscar alguna pista.

Lisa se estremeció y se volvió ligeramente sin parar de caminar. Ya casi había anochecido.

—Es curioso cómo el viento a veces hace que tengas la sensación de que están siguiéndote.

Unos seis kilómetros y medio más adelante, el canal comenzaba a girar para dirigirse al mar. El océano golpeaba los muelles, las rocas y los bancos de arena con una especie de ira salada. Allí, los pozos unían la tierra y el mar con unos dedos negros que bombeaban petróleo. Se oían sus gruñidos mientras trabajan incansablemente. Sus quejas eran audibles a pesar de que en la oscuridad no se veía lo que hacían.

Una racha de viento dispersó momentáneamente la niebla como si fueran hojas secas y pálidas tendidas sobre una vasta extensión de césped parduzco, y las estrellas aparecieron en el cielo como los capullos de unas enigmáticas flores. Steve silbó entre dientes.

Lisa lo siguió hacia un pozo de petróleo en particular que se encontraba a unos cien metros del canal, entre otra docena de pozos idénticos que se alzaban hasta donde alcanzaba la vista. Un pozo de petróleo se parece mucho a la escalera que utiliza Guy para bajar las estrellas todas las noches y sacarles brillo con un trapo.

Había luz en el interior de una pequeña choza. La bomba del pozo subía y bajaba suspirando, crujiendo, soplando; como un dedo nervioso.

—¡Hola, abuelo!

No hubo respuesta. Steve oyó que Lisa gimoteaba y un instante

después le agarró el brazo y dijo:

—Está ahí arriba, Steve, con la cabeza debajo de la biela.

Aquel no era sitio para meter la cabeza. Steve tuvo arcadas mientras subía por la escalera y llegaba al tejado del cobertizo que contenía la maquinaria, donde Gerbelow yacía como si estuviera durmiendo, con la cabeza metida debajo de una biela que subía y bajaba rítmicamente. Steve siguió el movimiento con la mirada hasta que se convirtió en una mancha húmeda y nauseabunda y ya no vio nada. Se arrodilló junto al cuerpo.

—¿Ha llovido hoy, Lisa?

—No.

—Qué curioso. Aquí arriba está mojado y no es sangre. La niebla es reciente, así que todavía no puede ser por la condensación. Curioso —repitió, dándose la vuelta. Bajó zarandeado por el viento y envuelto en sombras y paseó la mirada por el canal. En un principio no advirtió movimiento alguno. Pero entonces atisbo una sombra que se alejaba corriendo, a unos cien metros de allí.

Steve había sacado la pistola antes de dar el cuarto paso, pero la sombra ya se había esfumado. Cuando Steve llegó al canal no había nada, solo el ruido de los tacones de Lisa, que llegaba corriendo detrás de él. Steve alzó la mirada hacia las torres, con sus plataformas, sus escaleras y sus telarañas metálicas. Eran un buen sitio donde esconderse. Uno podía deslizarse sin ser visto en la oscuridad y agazaparse para observar y esperar a que la gente que estaba abajo hiciera algo. Había muchas torres. Demasiadas. El número de plataformas, escaleras y posibles escondites era casi infinito. Steve suspiró.

—Volvamos a la casa de Gerbelow. Ha habido otro accidente. Un anciano que estaba toqueteando la maquinaria de su bomba ha metido la cabeza en el sitio equivocado.

Entonces oyeron el grito.

Regresaron corriendo.

Encontraron a un hombre delgado como un alambre tiritando junto a la choza de Gerbelow, vomitando por encima de una valla como si arrojara una acre protesta contra la forma de morir que estaba representada en el tejado.

—¡Dios mío, está muerto! —gimoteaba el hombre entre las pausas que hacía para tomar aire en bocanadas desesperadas—. Si

hubiera mantenido la boca cerrada, ahora estaría vivo. ¿Lo han visto? ¡Está ahí arriba! —Volvió a vomitar—. Había venido… para ver qué tal estaba y… y…

El hombrecito se limpió la boca torpemente con la muñeca peluda y fijó sus ojos horrorizados en Steve y en Lisa.

—¡Usted… usted lo ha matado! ¡Usted… Markham!

Steve le mostró la placa sujeta en la mano como si fuera una piedra. El hombrecito la miró y maldijo entre dientes temblando como si fuera la piel de la ijada de un caballo.

—Policías. Inspectores. Ah. Vienen un par de noches, se cansan de esperar y se largan. En cuanto se marchan, Markham sale de su escondite. Está observando. Se entera de todo, maldita sea, maldita sea. La policía siempre llega demasiado pronto o demasiado tarde. Maldita sea. —Se plegó con un ataque de tos.

Steve preguntó con voz queda al hombre dónde vivía. El hombre señaló con una mano temblorosa el pozo más cercano.

—Me llamo Black. Oh, Dios mío, mi estómago…, mi corazón…, mis ojos. ¡No quiero problemas, así que no me metan en líos!

—¿Sabía lo que estaba pasándole a Gerbelow?

Black lo sabía y habló sobre ello en voz baja.

—Pagó a Markham para que le dejara tranquilo. Mucha gente paga para que no les destrocen las máquinas. Son unas máquinas poco comunes, difíciles de conseguir y caras de reparar… La guerra y eso. ¡Oh, Dios mío! ¿Han visto cómo le ha quedado la cabeza? —Sufrió otro acceso de arcadas.

Steve encendió un cigarrillo y se lo pasó a Black para que se tranquilizara. El hombre le dio una calada con avidez y miró a Lisa con los ojos llorosos. Luego miró de nuevo a Steve. No podía parar quieto.

—Escuchen, yo… yo nunca he visto a ese… chantajista.

—¿No?

—No. Nadie lo ha visto. Llama por teléfono. A mí no me ha molestado. A los demás no les ha pedido demasiado dinero. Solo un poco. Todo el mundo le ha pagado porque apenas representaba una pequeña parte de los beneficios que sacan, y así se aseguran de que conservan intactas sus máquinas.

Black continuó largando sin parar. Les habló de un tal Big Irish Kelly y de sus gritos mientras moría quemado dentro de su choza.

Había ocurrido hacía tres meses. Markham había provocado el incendio, pero no tenía la intención de matar a Kelly. Solo fue mala suerte que Kelly se quedara atrapado en su choza. Fue la primera vez que Markham se manchaba las manos de sangre. Fue un accidente, pero contaba como asesinato.

Steve interrumpió el ataque de verborrea de Black.

—El tiempo no se detiene. Escuche, Black, ¿por qué no nos enseña un poco los campos? Es la primera vez que venimos.

Black apoyó su escuálida espalda contra la valla y respondió temblando:

—Ni lo sueñe. ¡Mire lo que le ha pasado a Gerbelow! Ese Markham viene todas las noches. Sigilosamente. Sin hacer más ruido que la niebla —dijo, y añadió susurrando—: Vendrá como la niebla, silenciosamente, y desaparecerá como una nube que se desliza mar adentro, sin dejar el menor rastro. Algunos han puesto trampas. ¿Creen que han servido de algo? ¡Qué va! Markham sabe cómo pensamos cada uno de nosotros. Hemos encontrado sogas en las torres. Suponemos que se desplaza por las vigas saltando de una a otra como si fuera un simio, impulsado por el viento. Una vez rodeamos una torre, pero todos estaban demasiado asustados para subir, tenían miedo de que los tiraran al vacío desde lo alto. Vino la policía, pero no encontraron nada aparte de unos sacos rellenos apilados en las vigas de manera que parecían un cuerpo humano. Markham se había esfumado, como uno de esos hindúes que suben por una cuerda que cuelga del aire.

—¿Nunca ha venido en coche?

Nunca. Lisa sugirió que utilizara una embarcación para desplazarse por el canal.

Black se había tranquilizado y exhalaba el humo del cigarrillo.

—Qué va. Nunca nos da la oportunidad de perseguirlo. Simplemente desaparece. No utiliza coche; no se ve un coche en varios kilómetros a la redonda. Tampoco embarcaciones. Y si viniera nadando, ¡les aseguro que lo veríamos!

Steve tiró el cigarrillo y preguntó distraídamente:

—Por cierto, ¿qué tal va su pozo últimamente?

La pregunta descolocó a Black, que cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos tenían una expresión sombría y triste.

—Ya que lo pregunta… Mi pozo está completamente seco.

Steve observó con detenimiento a Lisa. Estaba hermosa a la luz tenue de la noche; despedía un olor a limpieza y a lozanía que contrastaba con el olor a viejo del mar y el primigenio del petróleo.

La voz de Black transmitía tanta tristeza como sus ojos. Steve se volvió de nuevo a él.

—Su pozo está seco. De manera que está celoso de lo bien que les va a sus vecinos. Vive aquí. Conoce el terreno. Usted podría ser el chantajista. Sabría moverse por este lugar como la niebla, ¿eh? ¿Me equivoco?

—Gerbelow y los demás decían que la voz del chantajista era la de un tipo joven. ¡Esa descripción no concuerda conmigo!

Eso era cierto. Además, Steve se dijo que sería una estupidez asesinar a los vecinos. De todos modos, el hecho de que Charlie hubiera examinado concienzudamente varios kilómetros del cauce del canal descartaba a Black.

Steve guardó el arma.

—Le guste o no la idea, va a tener que acompañarnos, Black. No puedo dejarle suelto mientras investigo. Hay muchas cosas que me gustaría ver y oír. Le seguiremos.

Black echó a andar refunfuñando entre dientes. Se dirigieron hacia el mar. Mientras caminaban, Steve reflexionó sobre un par de puntos. En primer lugar, Gerbelow y Charlie habían sido asesinados cuando se habían acercado demasiado a Markham. Este parecía ser de esa clase de tipos pacientes que podían esperar un par de meses a que las aguas se calmaran para volver a actuar. Entretanto, sin embargo, estaría observándolos a Lisa, a Black y a él. Era posible que incluso estuviera siguiéndolos y escuchando lo que hablaban. Si nos acercamos demasiado, se dijo Steve, también intentará liquidarnos a nosotros. Un asesinato lleva a otro. Cuando empiezas ya no puedes parar, porque para ocultar uno tienes que cometer otro…

Steve compartió sus reflexiones con Lisa mientras caminaban hacia el mar siguiendo a Black.

—Encontramos a Charlie flotando en el agua junto a unas carrozas de circo abandonadas en uno de los extremos del canal. Por lo tanto, el asesino no vive allí, Lisa. No habría matado a un hombre delante de su casa.

—¿Crees que lo hizo aquí, entonces, Steve? —preguntó Lisa

mientras paseaba la mirada por las chozas negras y la niebla que las envolvía.

Steve suspiró lentamente.

—Es posible. Tiene que ser alguien que ha vivido aquí toda su vida, que conoce estas tierras y a la gente que vive aquí. Quizá sea alguien con quien jugaba cuando de niño vivía en la avenida Windward. Sería un buen punto de partida. Sí.

Llegaron al mar y contemplaron las olas que rompían y revolvían la arena de la orilla. Una sirena que advertía de la niebla emitía sus melancólicas notas hacia la isla de Santa Catalina.

—¿Crees que el asesino vino por aquí, Steve?

—No. Las olas son demasiado altas, y los guardacostas han aumentado la vigilancia en la zona últimamente. No lo creo. —Encendió otro cigarrillo—. Cuanto más pienso en ello, Lisa, más convencido estoy de que el asesino no vive entre sus víctimas ni al final del canal, donde encontramos el cuerpo de Charlie. No, creo que vive en un punto intermedio entre este lugar y donde encontramos a Charlie. Me parece lo más probable.

La primera llave inglesa surcó el cielo nocturno como un ave de metal.

Black soltó un gruñido y se desplomó. Ya no volvió a levantarse.

Lisa gritó y se dio la vuelta como una exhalación. Steve la tiró al suelo y la segunda llave inglesa le golpeó de refilón en el costado, justo debajo de las costillas. Steve, después de experimentar el golpe en sus propias carnes, se preguntó en qué estado habría quedado la cabeza de Black al recibir de lleno el impacto.

Steve cayó al suelo doliéndose del impacto y siguió con la mirada una sombra que huía de allí. Los primeros dos disparos de su pistola salieron rebotados del hierro; el tercero se perdió en el aire, detrás de la sombra que se había escondido entre las vigas de madera. Steve se levantó y echó a correr hacia allí. Oyó los pasos de Lisa corriendo detrás de él. Se desvió por un camino de grava que iba hacia el norte en lugar de continuar en línea recta por si acaso el asesino estaba esperándolo en la oscuridad con otra llave inglesa.

Llegó al canal jadeando. Al instante apareció Lisa, que lo agarró y sollozó con la cara hundida en sus solapas. Al parecer, Black también estaba muerto ahora. El objetivo de la llave inglesa había sido Steve, pero Black se había llevado el golpe. Lisa continuó

sollozando.

Él la abrazó sin dejar de mirar en todas direcciones. Las torres de extracción de los pozos, inclinadas, altas y oscuras, con la niebla tocando su estructura de madera como si fueran arpas, parecían deseosas de dejarse caer encima de uno.

—Oh, Steve, Steve…

—Tranquilízate, cielo. A nuestro amiguito le gusta demasiado jugar. Debería haberse dado por satisfecho después de matar a Gerbelow. Pero ha querido quedarse para enterarse de lo que sabemos. Supongo que no le gustó la manera en que hablé de él.

Permanecieron juntos como dos críos en un parque de atracciones. Un millar de torres avanzaban hacia ellos a través de la niebla, gruñendo y lanzando fumaradas. Steve respiraba con menos dificultad, pero el dolor que sentía en el costado era como un caracol retorciéndose en el interior de una concha caliente.

—Ha sido una noche espantosa, Steve. No hemos avanzando nada. Vámonos de aquí. Volvamos a casa.

Steve también se sentía cansado, exhausto, extenuado; tenía calor y frío a la vez. Pero maldijo entre dientes y se separó de Lisa. Tenía el ceño fruncido.

—El funeral de Charlie es mañana. No voy a presentarme allí y mirarle a la cara sin haber hecho nada.

Se instaló un silencio que se alargó unos segundos.

—¿Cómo era Charlie cuando erais niños? —preguntó Lisa con una voz que no parecía suya.

—¿Charlie? —Steve se quedó pensativo, algo incómodo. Cuando volvió a hablar lo hizo como si solo quisiera oír su voz en la oscuridad—. ¿En los viejos tiempos? Corríamos por la playa, jugábamos en los muelles, hacíamos el tonto alrededor del canal. A Charlie solía pegarle su madre porque no quería que jugáramos cerca del canal. Recuerdo una vez…

El canal…

Steve se quedó callado y echó a andar. Lisa lo siguió en completo silencio, apartando la mirada del rostro pálido y con la expresión repentinamente severa de Steve. Este prácticamente corrió trescientos metros a lo largo del canal buscando algo. Cuando por fin lo encontró, se detuvo delante de su descubrimiento.

Era un bloque de cemento por el que corría un reguero de agua.

—Había agua en el tejado de la choza de Gerbelow, Lisa, junto a su cuerpo. Aquí también hay agua. Markham tuvo que salir del canal por aquí.

—¿Estás seguro, Steve?

—Sí. Por primera vez creo que estoy seguro de algo.

—Pero nadie ha visto a ninguna persona nadando en el canal, Steve.

—Hay maneras y maneras de hacer las cosas. Se me ha ocurrido una idea loca, aunque todavía me quedan algunos cabos sueltos. Esa teoría de alguien saltando de una cuerda a otra como un mono para moverse por las torres me parece demasiado disparatada. Markham debió poner allí las cuerdas para confundir a la gente y desviar la atención del canal. Quería que los vecinos sospecharan unos de otros. Pero él no vive aquí. Este es el sitio por el que viene.

Steve se quitó el abrigo mientras seguía dando vueltas a su teoría. Se desató los cordones de los zapatos lentamente y en silencio. Luego dijo:

—¿Sabes cómo es Markham? Una vez que encontremos una pista importante en todo esto, el resto de las piezas se colocarán solas. —Se quitó los calcetines—. Markham es joven. Debe de tener unos veinticinco años, tal vez treinta. No puede ser mucho mayor. Es joven y atlético. Tiene los pectorales de un caballo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—No ha tenido ningún reparo en matar a tres personas. ¿Por qué? Porque dispone de una buena vía de escape y no vive cerca de donde se han encontrado los cadáveres. Pero nosotros sabemos dónde estaba investigando Charlie: a lo largo del canal. Por lo tanto, desde un punto de vista matemático, si el asesino no vive en ninguno de los dos extremos del canal, donde han tenido lugar los asesinatos, tiene que vivir en el centro. Y el método que emplea para moverse nos da una idea aproximada de su edad y de su forma física. Markham siempre ha puesto mucha atención en salir del canal a una distancia prudencial del lugar donde tenía planeado actuar. Por eso nadie ha encontrado nunca el rastro de agua que va dejando. Durante su búsqueda, nunca se han alejado lo suficiente del lugar donde se han producido los incidentes en determinadas noches.

Señaló el canal con la cabeza.

—El canal me ha contado todo eso. Otra cosa… Tiene un saludable bronceado. Vive en el canal. Seguro. —Steve dobló toda su ropa, incluidos los pantalones, y la dejó encima del cemento frío, junto a las aguas del canal.

—No lo entiendo, Steve.

—Markham pasa mucho tiempo en la playa todos los días. Lleva una vida ociosa, no tiene grandes obligaciones. Black nos dijo que no pedía mucho dinero a sus víctimas. Solo un poco a cada vecino. Sacaba treinta o tal vez cincuenta dólares al mes a seis o siete personas. Nuestro chantajista tiene mucho tiempo libre. Esa sería una buena descripción de él. Si me pasara por una hilera de casas y preguntara por un tipo con esas características, acabaría encontrándolo, ¿no? Vale. Un deportista con unos buenos pectorales, bronceado, ocioso, joven.

Steve solo llevaba puestos los calzoncillos. Ni siquiera veía a Lisa, que estaba delante de él. Se plantó junto al agua y la contempló.

—Esta noche el agua está fría. Quizá en verano esté más tibia, pero apuesto a que esta noche está helada. —Se inclinó hacia delante—. Nadie ha visto nunca a Markham entrar o salir de aquí. Dicen que es como si lo transportara la niebla, o las olas del mar. Se mueve con sigilo y naturalidad. —Se volvió a mirar a Lisa con la cara de un niño perdido—. Llama a la policía y diles que me esperen al final del canal dentro de una hora, Lisa. Nos veremos allí.

Lisa protestó.

—Nadie ha visto entrar un coche ni navegar una embarcación por el canal —dijo Steve—. Te enseñaré lo que hacía Markham para parecer tan misterioso, Lisa. Hasta luego, cielo. Nos vemos dentro de una hora.

—¡Steve!

Pero Steve ya había desaparecido. Se deslizó por el agua como un ser blanco hecho de niebla sin hacer el menor ruido, y solo una onda apareció en la superficie del canal para indicar su marcha. Las aguas oscuras y frías se quedaron quietas.

Lisa continuó observando el agua durante cinco minutos, pero no vio que Steve emergiera para tomar aire a pesar de la concentración con la que miraba.

La niebla la envolvió. A lo lejos se oía el estruendo de los pozos

de petróleo. El mar atizaba la playa. La sirena de la boya sonó como si estuviera en otro mundo. Lisa, tiritando de frío, recogió la ropa de Steve y fue a llamar a la policía.

Steve se había alejado bastante de Lisa en dirección norte cuando volvió a sacar la cabeza a la superficie. Sintió cómo el aire penetraba por sus fosas nasales e inspiró profundamente antes de volver a sumergirse. La impresión inicial del agua fría había desaparecido. También había remitido el dolor en el costado.

Buceó impulsándose con poderosas brazadas por el agua negra. Sus dedos removían el cieno cuando tocaban el fondo del canal. A medida que el canal se acercaba al mar, el petróleo enturbiaba el agua, pero allí estaba limpia, y Steve tenía una visibilidad de unos seis metros antes de toparse con la negrura más absoluta. La red de alumbrado del canal de Venice era pésima. Cada cien metros había una farola situada a unos tres metros de la orilla del canal que arrojaba una luz tenue. Por la noche, con una iluminación tan pobre, era imposible ver a alguien que estuviera buceando a metro y medio de profundidad.

Cuando volvió a salir a la superficie con un ágil y silencioso movimiento del cuerpo, Steve oyó el estruendo de las bombas de extracción, que palpitaban como unos corazones negros en los acantilados del silencio en ambos lados del canal. Volvió a sumergirse y experimentó el silencio absoluto del buceo. Nadie podía verte caminando o corriendo por las aceras o escondiéndote en las sombras. Solo había el frío canal bajo las estrellas, bajo la niebla, bajo el viento. Tampoco las ondas provocadas por el braceo del nado encrespaban el agua. Tan solo había que mantenerse sumergido e impulsarse por el agua fría con los brazos y los pies, contener la respiración y soltar el aire lentamente, en diminutas burbujas, mientras te deslizabas por el fondo.

Con unos buenos pulmones, un cuerpo joven y sano, más joven y sano que el de Steve, podía recorrerse una gran distancia entre bocanada y bocanada de aire. Sacabas la cabeza a la superficie, abrías la boca para tomar aire, volvías a sumergirte y te impulsabas como un tiburón en aguas conocidas.

Como un tiburón. Steve sonrió venciendo la presión que el agua ejercía en sus labios mientras avanzaba por el fondo del canal. Tras meses de práctica debías sentirte como un pez; cada vez necesitarías

menos aire, aguantarías más tiempo debajo del agua y las brazadas requerirían menos esfuerzo. No era de extrañar que la policía nunca viera nada.

Se puede seguir a un tipo que va caminando por la calle durante kilómetros sin que se entere. Sigues su paso, lo adelantas, haraganeas un poco, te paras a esperarlo…

Steve volvió a salir del agua con la tranquilidad y la elegancia de un delfín.

«Charlie —dijo para sí—, tú estuviste aquí anoche. Sabías lo que estabas buscando. Gerbelow te contó sus sospechas y ese fue tu punto de partida. Parece una fantasía, pero es verdad. Tú también adivinaste cómo actuaba Markham. Te lo imaginaste como un tiburón de aguas profundas».

Steve volvió a sumergirse mientras seguía pensando y desarrollando su teoría. Ya apenas le molestaba el frío del agua, aunque hacía mucho tiempo que no se daba un chapuzón nocturno.

Había un agujero en la pared del canal que formaba parte de una antiguo desagüe para el agua de la lluvia. Steve lo investigó. Todas las piezas encajaron dentro de su cabeza. Recorrió a nado el conducto del sumidero. Cuando el nivel del agua bajaba, podías permanecer agachado, más o menos un metro por debajo del nivel del suelo, con la cabeza fuera del agua, apoyado en las paredes alicatadas del conducto, escondido toda la noche si era necesario, como un cocodrilo indetectable agazapado en su guarida en la orilla de un río. A lo largo del canal había conductos de desagüe similares, guaridas ideales para recuperarse cuando uno estaba agotado de nadar. Se podía descansar en ellos diez minutos y luego seguir nadando. El espacio libre entre la parte superior del conducto y el agua era suficiente para respirar. ¡Normal que Markham engañara a todos!

Steve continuó buceando por el canal.

«¿Te acuerdas de cuando jugábamos en el canal de niños, Charlie? —Steve apretó los dientes—. Eramos tú, el canal y yo. Es curioso cómo a veces la vida empieza y acaba en el mismo lugar. Ya lo creo.

»Así que te siguió, Charlie. Como ahora estoy siguiéndote yo. ¿Hasta dónde, Charlie? Yo te lo diré. Calcula qué distancia puede recorrer un hombre buceando por el canal, haciendo pequeños descansos, hasta que las fuerzas le fallen. ¿Dos mil metros? ¿Tres

mil? No más. Lo suficiente para que la policía no lo encuentre. Lo suficiente para escapar de sus crímenes.

»Lo descubriste, Charlie, mientras paseabas por aquí, fumando tus cigarros. No sabías que Markham estaba en el canal anoche, vigilando, esperando. ¡Te tiró al agua justo delante de su casa! Te golpeó con una tubería y luego, para que no te encontrarán allí, te remolcó hasta el extremo del canal, donde todo acaba, incluido el circo, y las jaulas y las viejas ruedas astilladas, y te abandonó allí. Luego regresó a casa buceando, salió sigilosamente del agua, entró y se secó, y quizá cenó algo. ¡Maldita sea!».

Steve vislumbró un resplandor en el agua, junto a la orilla del canal.

Latas. Había una docena, rellenas de cemento, colocadas formando una hilera. Las latas en sí no significaban nada, aunque quizá eran una marca para señalar una distancia. A lo mejor las habían puesto allí para que un nadador se orientara sin necesidad de levantar en exceso la cabeza y arriesgarse a ser visto. Solo era una hilera de latas; nadie salvo un tiburón se fijaría en ellas.

Debió ser divertido al principio eso de asustar a la gente aprovechando la niebla al mismo tiempo que conseguía un poco de dinero fácil. Era una especie de juego infantil que consistía en corretear entre las sombras saladas, esfumarse como por arte de magia y dejar a personas inocentes temblando. Era una forma divertida de ganar dinero; todo el día tumbado en la playa y ejercicio físico por la noche. Divertido hasta que empezaron los asesinatos. Matar a una persona nunca forma parte del plan. Nunca.

Steve primero notó el cansancio en los músculos de los brazos. Le ardía el costado en el que había recibido el golpe de la llave inglesa, tanto que el calor que sentía ahí casi irradiaba luz debajo del agua y cada brazada le obligaba a contraer el músculo.

La cabeza de Steve echaba humo a medida que el cansancio hacía mella en él. ¿Qué distancia podía recorrerse? Se dijo que seguiría nadando hasta caer rendido y luego añadiría un par de manzanas más teniendo en cuenta la fuerza superior de un atleta como Markham. Eso le daría un resultado bastante aproximado.

El tiburón apareció silenciosamente, con movimientos ágiles y pulcros.

Irrumpió desde la oscuridad brillando tenuemente y dejando un

rastro de burbujas en la superficie… ¡y lo embistió con fuerza transfigurado en las manos, las piernas, la cara y el torso de un hombre!

Steve gritó debajo del agua. Su ira emergió en forma de espuma burbujeante.

¡Markham!

Solo se abraza a otra persona para amarla o para matarla. Y allí no había amor, solo la colisión de unos cuerpos que se lanzaban cojines de agua, unos dedos que atacaban la cara de Steve como si fueran arañas y trataban de arrancarle los ojos. Instintivamente, Steve se hizo un ovillo y propinó una patada con ambos pies a la cara resplandeciente de su oponente al mismo tiempo que aprovechaba el impulso para apartarse de él.

Markham regresó. Pero esta vez Steve estaba preparado y utilizó la pared del canal para impulsarse y arremeter contra él. Los dos hombres salieron propulsados hacia arriba y emergieron en el mundo neblinoso de la superficie, tomaron aire jadeando y volvieron a sumergirse. Músculos fuertes y un exhaustivo entrenamiento no son el mejor rival con el que enfrentarse. Y un escenario submarino tampoco es lo ideal para un tipo que no lo había visitado en años.

Markham agarró a Steve mientras se sumergían haciendo un gran alboroto en el agua. En cuestión de aguantar la respiración debajo del agua, Markham tenía unos pulmones apropiados para ello, grandes y entrenados, así que solo tenía que sujetar a Steve y mantenerlo en el fondo del canal para asegurarse la victoria. Steve acabaría introduciendo agua en los pulmones.

Y eso fue precisamente lo que Markham intentó hacer.

Steve no forcejeó y apenas movió un brazo, una mano. Enrolló las piernas en las de Markham y se mantuvo inmóvil para ahorrar oxígeno. Qué curioso. El tipo se llamaba Markham. Estaba luchando con él debajo del agua. Steve pensó que nunca le había visto la cara ni podía vérsela ahora. ¡Y allí estaba luchando contra un nombre y un montón de músculos y de burbujas! Descendieron vertiginosamente y chocaron con el fondo del canal; era como si les hubiera caído encima el telón de un teatro y se hubieran enredado en metros y más metros de terciopelo verde y negro en mitad de una tormenta. Steve comenzó a ver rayos dentro de su cabeza,

llamaradas y cometas. ¡Aire! Si pasaba un segundo más sin respirar, sus pulmones…

Steve agarró con la mano la nariz de Markham y tiró hacia arriba de ella. La boca de Markham se abrió como si fuera un cepo y el aire escapó de ella con una explosión repentina y terrible. Markham soltó a Steve como si fuera un cangrejo y se escabulló.

Steve sabía lo que iba a pasar. Markham saldría a la superficie para tomar aire y volvería a sumergirse rápidamente para sujetar a Steve antes de que este pudiera subir a respirar. Y esta vez no fallaría. Sus pulmones se quedarían fríos, se encharcarían y morirían.

Steve actuó antes de que eso pasara. Sacó la cabeza del agua maldiciendo. Debajo del agua solo se puede maldecir mentalmente. Las imprecaciones están atrapadas dentro de ti, de la misma manera que tú estas atrapado en la gélida telaraña del agua. Steve maldijo a la noche, al demencial estruendo de las bombas de los pozos de petróleo, al mar que embestía con furia la orilla de una playa lejana. Luego se abalanzó sobre Markham, que ya se dirigía hacia él retorciéndose como un gusano en un anzuelo.

Steve aguantó su precioso aire dentro de los pulmones doloridos. Los oídos le temblaban como si fueran unos pedazos de hojalata colgados a merced del viento y aporreados por unos enormes palos.

«¡Va por ti, Charlie! —Empujó lentamente la cabeza de Markham para golpearla contra el fondo cenagoso—. ¡Por ti, Charlie!». Y también iba por Big Irish, y por la choza quemada, y por el viejo Gerbelow, y por el tiburón humano que merodeaba en las aguas tranquilas del canal y que no dejaba más que un rastro de agua que se evaporaba al amanecer allá por donde pasaba, cuando la bestia ya había desaparecido misteriosamente.

Dos golpes, tres golpes.

—¡Suelta el aire, cabrón! ¡Suelta el aire!

Cuatro golpes. Markham dejó de moverse. Steve lo mantuvo agarrado con furia hasta que la cabeza de su rival se relajó y todo el aire había salido de sus pulmones. Con una desesperada inhalación, Markham aspiró el agua fría del canal en el que los niños habían jugado hacía muchos años, el agua fría del canal en el que Charlie, Steve y un chaval que creció hasta convertirse en un tiburón jugaban bajo el cálido sol, la misma agua a la que los tres habían

caído, aunque solo uno de ellos saldría de ella vivo.

Steve sujetó a Markham hasta que los pulmones de este se llenaron de agua.

Fue como estar dentro de una pesadilla. Steve finalmente salió a la superficie para alegría de sus pulmones y se regodeó en el milagro del aire. Permaneció un cuarto de hora agarrado al borde del canal, inmóvil, simplemente aspirando y expulsando el aire, disfrutando de él.

Luego volvió a sumergirse lentamente y encontró lo que esperaba, lo agarró por la mano y nadó remolcándolo poco a poco hasta el extremo del canal. Le parecía que su destino se encontraba a un millón de kilómetros, así que se lo tomó con calma, descansando de vez en cuando. Eran como dos niños que regresaran a casa cogidos de la mano, uno de ellos llevando al otro por el agua fría.

El extremo del canal. Steve pensó en él, pensó en Charlie paseando por allí y en las carrozas del circo. Entonces se le ocurrió una ironía y decidió ponerla en práctica con las últimas fuerzas que le quedaban.

Llegó al extremo del canal y se sumergió.

Cuando volvió a salir a la superficie un instante después, solo, oyó ruidos. Desde las viviendas llegaba el sonido de una sirena y los ruidos de motores de coches que aminoraban la marcha, de frenos, de puertas que se abrían. Steve salió del canal. Oyó portazos, pasos de gente que corría.

Estaba chorreando y tiritando. Tenía la garganta en carne viva, sentía un dolor atroz y el mundo de repente se redujo a la media docena de luces de linterna que destellaban en su cuerpo mojado.

De pronto apareció Lisa, gritando. Cesó el estruendo de una sirena y ella lo abrazó.

—¡Steve, Steve, estás bien!

—Claro, Lisa, cielo. Vas a empaparte.

—Oh, Steve…

Se dejó abrazar por Lisa, tan caliente, tan dulce, y cerró los ojos con la cabeza apoyada en su hombro. Notó cómo el agua corría incesantemente por su cabello negro y se le ocurrió la idea loca de que estaba lloviendo dentro de su cerebro. Esa lluvia ayudaría a limpiar en parte la sangre de Charlie. Sí. La limpiaría.

Le castañeaban los dientes mientras abrazaba a Lisa como si fuera una boya caliente en un mar brumoso, pero hizo un esfuerzo para decir:

—Que venga el furgón y que traigan los ganchos. Hay un nuevo animal en una de esas jaulas. Creo que lo he amansado. Sí, creo que sí…

La policía dirigió los focos hacia el agua fría y la hendieron con sus haces brillantes. Barrotes. Barrotes oxidados. Y una fiera blanca cabeceaba a merced de la marea detrás de los barrotes. Detrás de los barrotes. Detrás de los barrotes.

Steve se echó a reír como si hubiera perdido el juicio y se apretó contra el cuerpo de Lisa.

—No te vayas.

Circo de cadáveres

¡Era inconcebible! Raoul retrocedió, pero se vio obligado a enfrentarse a la realidad porque unas convulsiones que apelaban a su corazón comenzaron a circular por su sistema nervioso. Muy por encima de él ondeaban sombríamente los banderines rojos, azules y amarillos agitados por el viento; la mujer gorda, el hombre esqueleto y los fenómenos de feria sin brazos y sin piernas lo observaban desde las alturas con el odio y la agresividad incontenibles que expresaban en la vida real. Raoul oyó cómo Roger tiraba del cuchillo que tenía clavado en el pecho.

—¡No te mueras, Roger!

Estaban tendidos uno al lado del otro en la cálida hierba rociada de fragante serrín. A través de los vastos faldones abiertos de la carpa principal, que se agitaban como las alas correosas de un monstruo mitológico, Raoul podía ver en lo alto de la carpa el aparato vacío en el que todas las noches Deirdre surcaba el aire como si fuera una preciosa ave. Ese nombre destelló dentro de su cabeza. No quería morir. Solo deseaba a Deirdre.

—¿Roger? ¿Me oyes, Roger?

Roger consiguió asentir con la cabeza. Su cara contraída por el dolor parecía una pelota deformada. Raoul se la quedó mirando; las facciones finas y angulosas; la palidez; su arrogante hermosura; los ojos oscuros e intensos; el labio cínico; la frente alta; el cabello largo y negro… Mirar a Roger era como verse morir uno mismo delante de un espejo.

—¿Quién ha sido? —preguntó frenéticamente Raoul acercando los labios a la oreja de Roger—. ¿Otro de los fenómenos? ¿El cíclope? ¿Lal?

—No… no… —farfulló Roger—. No… lo he visto. Oscuro. Oscuro. Algo blanco, rápido. Oscuro. —Respiró fatigosamente.

—¡No te mueras, Roger!

—¡Egoísta! —espetó con los dientes apretados Roger—. ¡Egoísta!

—¿Qué quieres que haga? Sabes lo que siento. ¡Egoísta! ¿Cómo reaccionaría un hombre al que le arrancaran la mitad de su cuerpo, de su alma, de su vida, al que le amputaran una pierna y un brazo? Roger. ¡Oh, Dios mío!

Cesó la música del calíope y el vapor del instrumento continuó saliendo con un silbido. Mathews el Diminuto, que había estado practicando, apareció corriendo por la hierba estival desde uno de los lados de la carpa.

—¡Roger, Raoul! ¿Qué ha pasado?

—¡Ve a buscar al médico, rápido! ¡Trae al médico! —balbuceó Raoul—. ¡Roger está herido! ¡Es grave! ¡Le han apuñalado!

El enano salió disparado chillando como un roedor. Al cabo de lo que a Raoul le pareció una hora, regresó con el médico, que se agachó al lado de Roger y desgarró su camisa cubierta de lentejuelas a la altura de su pecho hundido y húmedo.

Raoul cerró los ojos y apretó los párpados.

—¡Doctor! ¿Está muerto?

—Casi —respondió el médico—. No puedo hacer nada.

—Todavía puede hacer una cosa —susurró Raoul levantando una mano para agarrar el abrigo del médico y estrujarlo como si así pudiera hacer trizas su terror—. ¡Utilice el escalpelo!

—No —respondió el médico—. No se dan las condiciones antisépticas necesarias.

—¡Hágalo, por favor! ¡Sepárenos, se lo suplico! ¡Sepárenos antes de que sea tarde! ¡Quiero vivir! ¡Por favor!

El calíope resopló después de expulsar chiflando las últimas bocanadas de vapor. Los operarios del circo, con sus semblantes crueles, agacharon la cabeza. Las lágrimas se deslizaban desde los párpados de Raoul.

—¡Por favor, no tenemos por qué morir los dos!

El médico echó mano de su maletín negro. Los operarios no apartaron la mirada cuando el médico desgarró la ropa y dejó a la vista las delgadas espaldas de Raoul y de Roger. Les suministró con profesionalidad un sedante mediante una inyección.

A continuación, el médico se concentró en la fina estructura epidérmica que unía a Raoul y a Roger desde el día en que nacieron, hacía veintisiete años.

Tumbados sobre la hierba, Roger no decía nada, pero Raoul chillaba.

No le bajó la fiebre en días. En la cama empapada en sudor, gritando, miró por encima del hombro para hablar con Roger, pero… ¡Roger ya no estaba allí! ¡Ya nunca volvería a estarlo!

Roger había estado ahí durante veintisiete años. Habían caminado juntos, se habían caído juntos, habían gustado o provocado rechazo juntos. Uno había sido el eco del otro, el espejo, ligeramente distorsionado por el perverso individualismo de cada uno. Habían luchado contra el mundo que los rodeaba espalda con espalda. Ahora Raoul se sentía como una tortuga sin caparazón, como un caracol al que habían despojado irremediablemente de su concha. Ya no disponía de una muralla tras la que parapetarse. ¡Ahora el mundo se le echaba encima para atacarlo por la espalda!

—¡Deirdre!

Gritó su nombre en medio del delirio febril y por fin la vio inclinada sobre su cama, con el cabello oscuro recogido en un moño resplandeciente detrás de las orejas. También la vio en sus recuerdos, con su vestido ceñido, dando un centenar de vueltas en su cuerda de cáñamo suspendida de lo alto de la carpa.

—Te quiero, Raoul. Roger ha muerto. El circo se marcha a Seattle. Cuando te pongas bien te reunirás con nosotros. Te quiero, Raoul.

—¡Deirdre, no te vayas tú también!

Pasaron las semanas. A menudo pasaba las noches en vela recordando la vieja esclavitud que representaba la presencia de Roger.

—¿Roger?

Silencio. Un largo silencio.

Entonces miraba atrás y lloraba. Ahora allí residía un vacío. Tenía que aprender a no mirar atrás. Perdió la cuenta de los meses que pasó con su vida pendiente de un hilo. El dolor, el miedo, el horror lo hostigaban, pero él renacía en silencio, solo, siendo uno en vez de dos, y la vida volvía a empezar.

Intentó recordar la cara o la figura del asesino, pero fue incapaz

de hacerlo. Se estrujó el cerebro para rememorar los días previos al asesinato; los insultos de Roger al resto de los fenómenos, su inflexible negativa a llevarse bien con nadie, ni siquiera con su propio hermano. Raoul se estremeció. Los fenómenos odiaban a Roger, aunque no sentían ninguna antipatía por Raoul. ¡Habían exigido al circo que se deshiciera de los hermanos siameses de una vez por todas!

Bueno, pues los hermanos siameses ya no estaban. Uno yacía bajo tierra; el otro, en una cama. Y Raoul no hacía otra cosa que planear su futuro. Pensaba en el día en que podría regresar al circo, descubrir al asesino, vivir su vida, ver a Padre Dan, el propietario del circo, volver a besar a Deirdre, mirar a los ojos al resto de los fenómenos para tratar de identificar al que le había hecho aquello. No le contaría a nadie que aquella noche no había visto el rostro del asesino oculto en las sombras. ¡Dejaría que el asesino se cociera en su propio jugo con la duda de si Raoul sabía más de lo que había dicho!

Caía el crepúsculo de un cálido día de verano. A su alrededor flotaba una variedad infinita de los olores acres de los animales. Raoul caminaba trabajosamente por el suelo cubierto de serrín, con la primera estrella visible en el cielo. Todavía extrañado por esa nueva libertad, no paraba de echar la vista atrás para comprobar si Roger lo seguía.

¡Raoul se dio cuenta de que por primera vez en su vida no llamaba la atención! En todas partes, a cualquier hora del día, su presencia pegado a Roger había congregado multitudes a su alrededor. Ahora la gente solo miraba las lonas de colores chillones. A Raoul le dio un vuelco el corazón cuando se fijó en que habían retirado el cartel publicitario en la que aparecían pintados él y Roger. En su lugar había un espacio vacío, como si hubieran arrancado un diente de una dentadura. Raoul se ofendió por aquel inesperado desaire, pero al mismo tiempo brotó en su interior una novedosa y agradable sensación de individualidad.

¡Podía correr! Ya no tendría que decirle a Roger «¡Gira!» o «¡Cuidado, que me caigo!». Ni tendría que aguantar los comentarios despectivos de su hermano, como «¡Patoso!» o «¡No, en esa dirección no. Yo quiero ir por ahí! ¡Vamos!».

Una cara roja asomó desde una tienda.

—¿Qué demonios pasa? —gritó el hombre—. ¡Que me parta un rayo! ¡Raoul, has vuelto! No te había reconocido porque… —Lanzó una mirada detrás de Raoul—. Bueno, nada. ¡Maldita sea, bienvenido a casa!

—¡Hola, Padre Dan!

Se sentaron en la tienda de Padre Dan y brindaron. Padre Dan era un irlandés menudo, con el cabello de un llameante color rojo, y que gritaba mucho.

—Cielos, qué alegría verte de nuevo. Lamento que el circo tuviera que marcharse sin ti. ¡Dios mío! Deirdre se ha vuelto loca esperándote. Tranquilo, tranquilo, pronto la verás. Bébete el brandy. —Padre Dan hizo un chasquido con los labios.

Raoul apuró el licor, que le abrasó la garganta.

—Nunca me hice la ilusión de volver. Dice la leyenda que cuando un hermano siamés muere el otro también lo hace. Supongo que el doctor Christy hizo un buen trabajo de cirugía. ¿Estuvo molestándole mucho la policía, Padre Dan?

—Durante un par de días. No encontraron nada. ¿Han hablado contigo?

—Estuve hablando un día entero con ellos antes de venirme al oeste. No pusieron ninguna objeción en que me marchara. De todos modos, no me gusta hablar con la policía. Este asunto es entre Roger, yo y el asesino. —Raoul se recostó en la silla—. Y ahora…

Padre Dan tragó saliva.

—Y ahora… —masculló.

—Sé lo que está pensando —dijo Raoul.

—¿Yo? —exclamó riendo a carcajadas Padre Dan y dándole una palmada en la rodilla a Raoul—. ¡Ya sabes que yo nunca pienso!

—El hecho es que, usted y yo lo sabemos, ya no soy un hermano siamés —dijo Raoul con las manos temblorosas—. Ahora solo soy Raoul Charles DeCaines, desempleado, sin más habilidades que sonreír como un borracho, tocar de pena el saxofón y contar algunos chistes malos. Puedo montar las carpas y las tiendas para usted, Papá Dan, o vender entradas, o remover el estiércol con la pala, o alguna noche podría saltar desde el trapecio más alto sin red; podría cobrar la entrada a cinco pavos. Aunque cada noche tendría que elegir a alguien nuevo para que hiciera ese número.

—¡Cállate! —espetó Padre Dan con el rostro más rojo de lo

habitual—. ¡Maldita sea, no te compadezcas de ti mismo! ¿Quieres saber lo que vas a obtener de mí, Raoul DeCaines? ¡Trabajo duro! ¡Sí, maldita sea, te encargarás del estiércol de los elefantes y de las boñigas de los camellos! Pero… tal vez dentro de algún tiempo, cuando te sientas más fuerte, podrás trabajar en los trapecios con los Condiella.

—¡Los Condiella! —exclamó con incredulidad Raoul.

—He dicho tal vez. ¡Solo tal vez! —replicó Padre Dan resoplando—. ¡Y espero que te rompas el cuello, maldita sea! ¡Venga, bebe, hijo, bebe!

La puerta de lona se abrió y entró un hombre con la tez oscura de los hindúes y la mirada perdida de los ciegos.

—¿Padre Dan?

—Estoy aquí —respondió Padre Dan—. Pasa, Lal.

Lal vaciló. Las aletas de su nariz se contrajeron.

—¿Hay alguien más? —Lal se puso tenso—. ¡Ah! —Apareció un brillo brumoso en sus ojos ciegos—. Os he olido a los dos. —Lal avanzó sumido en su propia oscuridad. Sus frágiles extremidades se movían envueltas en viejas sedas y la daga que utilizaba en su número destelló en su cintura.

—Olvidemos el pasado, Lal.

—¿Después de los insultos de Roger? —espetó en voz baja Lal—. Oh, no. ¿Después de que los dos nos robarais el número, nos tratarais como si fuéramos basura, hasta el punto de que tuvimos que declararnos en huelga? ¿Quieres que lo olvide? —Lal entrecerró los ojos—. Raoul, será mejor que te vayas. Nunca serás feliz si te quedas aquí. Le contaré a la policía lo del cartel rajado, y entonces sí que lo pasarás mal.

—¿Qué cartel rajado?

—El cartel de lona que colgaba sobre la pasarela en el que os habían pintado a Roger y a ti de color amarillo, rojo y rosa y en el que ponía «¡HERMANOS SIAMESES!». Una noche, hace unas cuatro semanas, oí el crujido de un desgarrón. Fui corriendo hacia el origen del sonido y tropecé con la lona. Se la mostré a los demás y me dijeron que era el cartel en el que salíais tú y Roger. Lo habían desgarrado por el centro para separaros. Si se lo cuento a la policía, lo pasarás mal. Todavía lo guardo en mi tienda…

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó enfadado Raoul.

—Solo tú tienes la respuesta —dijo Lal sin perder la calma—. A lo mejor estoy chantajeándote. Si te vas, no diré quién rompió la lona por la mitad aquella noche. Si te quedas, quizá me vea obligado a explicar a la policía por qué a veces deseabas que Roger se muriera y te dejara solo.

—¡Fuera de aquí! —bramó Padre Dan—. ¡Fuera de aquí! ¡Va a empezar la función!

Los faldones de la puerta de la tienda se agitaron. Lal se marchó. El jaleo comenzó cuando ya estaban terminando la botella, con el rugido de los leones y las sacudidas de las fieras dentro de las jaulas hasta que los barrotes vibraron como dientes de hierro sueltos. Los elefantes barritaron y los camellos salieron en estampida envueltos por una nube de polvo. Se fue la luz. Los operarios corrían de un lado a otro gritando. Los caballos escaparon de las cuadras, donde estaban atados, y se precipitaron por la zona de las fieras propagando el tumulto. Los leones rugieron y reventaron las costuras de la noche. Padre Dan imprecaba y agitaba los brazos para apresar a los operarios y gritar instrucciones a sus oídos aterrorizados. Se oyó un alarido que se perdió en el ensordecedor fragor general, la confusión y el caótico estrépito de las pisadas de los animales. El público que se agolpaba en las taquillas para comprar las entradas prorrumpió en un coro de voces aterrorizadas; ¡la gente se dispersaba y los niños chillaban!

Raoul agarró el palo de una tienda y aguantó hasta que un grupo de caballos pasara como una exhalación junto a él.

Un instante después volvió la luz y los operarios tardaron cinco minutos en reunir todos los caballos. Papá Dan, con el rostro rojo y sudoroso y soltando una ristra de imprecaciones, juzgó que los daños habían sido mínimos cuando todo se calmó. Todo el mundo estaba bien salvo Lal, el hindú. Lal había muerto.

—Venga a ver lo que le han hecho los elefantes —le dijo alguien a Padre Dan.

Los elefantes habían pasado por encima de Lal como si su cuerpo fuera una oscura alfombra de esparto; tenía la sanguinolenta cara aplastada contra el serrín.

A Raoul se le revolvió el estómago y tuvo que apartar la mirada mientras apretaba los dientes. De repente se dio cuenta de que, en medio de la confusión, había acabado delante de la tienda de los

fenómenos humanos, donde había vivido con Roger diez años de su mísera existencia. Dudó un momento, pero finalmente apartó la lona de la puerta y entró.

La tienda olía como siempre y estaba llena de recuerdos. El techo de lona caía combado desde los postes azules como si fuera un vientre ceniciento. Dentro de ese estómago de lona, en un rectángulo, estaban las tarimas, con la pintura descascarillada y el aspecto avejentado y austero que le confería la luz de las bombillas desnudas, que exhibía la monstruosa miseria de seres humanos obesos, esqueléticos, sin brazos, sin piernas, sin ojos… Las bombillas zumbaban como escarabajos gordos y bañaban de luz los rostros hinchados y entumecidos de los fenómenos.

Los monstruos de feria posaron sus ojos apagados e inquietos en Raoul, pero rápidamente se desviaron buscando a Roger detrás de él y no lo encontraron. Raoul sintió la cicatriz y le quemaron como fuego los puntos que le habían dado en la espalda. Roger apareció en su memoria, y su voz recordada llamó a los fenómenos por los mordaces apodos que les había puesto: «¡Hola, Zepelín! —saludó a la Dama Gorda—. ¡Hola, Popeye! —dijo al Cíclope Humano—. ¡Hola, Enciclopedia Británica! —Ese solo podía ser el Tatuajes—. ¡Y hola, Venus de Milo! —dijo Raoul dirigiéndose a la rubia sin brazos. Ni siquiera la tumba era capaz de acallar la voz insolente de Roger —. ¡Enano! —exclamó mirando al hombre sin piernas que se erguía sobre su cojín de terciopelo carmesí—. ¡Hola, Retaco!». Raoul se tapó la boca con la mano. ¿Lo había dicho en voz alta, o solo era la voz cínica de Roger dentro de su cerebro?

Cuando el Tatuajes se adelantó con el cuerpo cubierto de cabezas pintadas dio la impresión de que toda una turba se movía con él.

—¡Raoul! —exclamó efusivamente. Flexionó los músculos con orgullo para que todos los tatuajes hicieran cabriolas a la vez. Mantenía la cabeza erguida porque la indeleble Torre Eiffel de su espalda nunca debía torcerse. En cada uno de sus omóplatos tenía tatuadas unas densas nubes azules; las juntó y exclamó riendo—: ¡Mira! ¡Nubarrones encima de la Torre Eiffel! ¡Ja, ja, ja!

Sin embargo, los ojos maliciosos de los demás fenómenos eran unas agujas puntiagudas que tejían un manto de odio alrededor de Raoul.

Raoul negó con la cabeza.

—¡No os entiendo! Nos odiabais porque os eclipsábamos, vendíamos más entradas que vosotros y cobrábamos más. Pero ahora… ¿Por qué todavía me odiáis a mí?

El Tatuajes casi guiñó el ojo que tenía pintado en el ombligo.

—Yo te lo diré —dijo—. Te odiaban cuando eras más monstruoso que ellos. —Rio entre dientes—. Ahora te odian aún más porque ya no eres un monstruo. —Se encogió de hombros—. Yo no estoy celoso, porque yo no soy un monstruo. —Lanzó una mirada llena de indiferencia a los demás—. Nunca les ha gustado ser lo que son. No lo eligieron ellos sino sus glándulas. ¡Yo, en cambio, me hice a conciencia estos barcos cañoneros en el pecho rosado, las damas isleñas en las abdominales, las flores de los dedos! Lo mío es diferente…, simple ego. Lo suyo fue un asqueroso accidente de la naturaleza. Felicidades, Raoul, por haber sido capaz de escapar.

Desde la docena de tarimas llegó un suspiro conjunto de ira y de rabia, como si los fenómenos se dieran cuenta por primera vez de que Raoul sería el único de ellos que se libraría de la maldición de la monstruosidad y de las miradas de la gente.

—¡Nos pondremos en huelga! —protestó el Cíclope—. ¡Roger y tú siempre causasteis problemas! Ahora Lal ha muerto. ¡Iremos a la huelga y obligaremos a Padre Dan a echarte a la calle!

Raoul oyó su propio exabrupto:

—¡He vuelto porque uno de vosotros mató a Roger! Aparte de eso, el circo ha sido y es mi vida, y Deirdre está aquí. Ninguno de vosotros puede impedir que me quede y descubra al asesino de mi hermano a mi ritmo y a mi manera.

—¡Esa noche todos nos habíamos acostado ya! —gimoteó la Dama Gorda.

—¡Sí, sí, eso, eso! —exclamaron todos al unísono.

—Ya es tarde —apuntó el Rascacielos—. ¡Jamás descubrirás nada!

La mujer sin brazos lanzó una patada al aire burlándose de él.

—Yo no le maté. ¡Solo podría agarrar un cuchillo si me tumbara bocarriba y lo sujetara con los pies!

—¡Y yo estoy medio ciego! —apuntó el Cíclope.

—¡Yo estoy demasiado gorda para moverme! —dijo la Dama

Gorda.

—¡Basta, basta! —Raoul no lo soportaba. Salió de la tienda como un rayo y hecho una furia y siguió corriendo en la oscuridad hasta que se alejó de allí unos cinco metros. De repente la vio en las sombras, esperándolo.

—¡Deirdre!

Ella era la luz blanca en las alturas, una criatura que sobrevolaba el vacío de lona girando como una hélice un centenar de veces mientras el maestro de ceremonias contaba en voz alta: «¡Ochenta y ocho!». Un giro. «¡Ochenta y nueve!». Otra vuelta. «¡Noventa!». Su fuerte brazo recubierto de músculos, los dedos huesudos agarrados a la cuerda de cáñamo, las muñecas, los codos y los bíceps tirando de su torso mientras levantaba una y otra vez sus pies diminutos como alas para pasarlos por encima de la cabeza, y el chiflido de la tetera de bronce cada vez que completaba un giro.

Ahora, recortada sobre las estrellas, con su musculado brazo derecho levantado para agarrarse a un cable que hacía de guía, dejó caer su cuerpo hacia delante y miró a Raoul a la luz tenue, flexionando y relajando los dedos.

—Te han amenazado, ¿verdad? —preguntó con una voz susurrante, desviando la feroz mirada hacia la puerta de la tienda y las chabacanas tarimas del interior con sus deformados ocupantes —. Bueno, yo también tengo poder e influencia en Papá Dan. Yo también tengo voz y voto, cariño.

Deirdre se relajó al decir «cariño» y dejó caer la mano que mantenía en alto. Se quedó inmóvil, con las manos pegadas a los costados y los ojos entrecerrados, esperando a que Raoul fuera hasta ella y la abrazara.

—Menudo recibimiento te hemos dado —suspiró—. Lo siento, Raoul. —Pegó su cuerpo vivo y cálido a Raoul—. Oh, cariño, estas ocho semanas me han parecido diez años.

Los brazos de Raoul apretaron su cuerpo cálido, cercano y agradable y, por primera vez en su vida, Roger no estaba farfullando a su espalda: «¡Oh, por el amor de Dios, acabad de una vez!».

A las nueve estaban en la pasarela. Sonaba la fanfarria. Deirdre le dio un beso en la mejilla.

—Volveré dentro de cinco minutos —dijo. El maestro de ceremonias la anunció—. Raoul, debes seguir tu camino, lejos de los fenómenos. Mañana ensayarás con los Condiella.

—¿No me detestarán por abandonarlos? Mataron a Roger. Si ahora vuelvo a eclipsarlos, ¡me matarán a mí!

—¡Al diablo esos monstruos! ¡Al diablo todo menos tú y yo! —declaró mientras calentaba sus dedos de acero con una cuerda de resina de entrenamiento. Oyó la música que anunciaba su entrada y se le empañaron los ojos—. Cariño, ¿has visto alguna vez la rueda de plegaria de un monje tibetano? Cada giro de la rueda es una oración al cielo: om manípadmehum. —Raoul se volvió hacia la cuerda desde la que Deirdre estaría balanceándose enseguida—. Todas las noches, con cada vuelta que dé estaré diciéndote que te quiero. Te quiero, te quiero, así… una y otra vez.

La música se elevó.

—Una última cosa —se apresuró a añadir Deirdre—. Prométeme que olvidarás el pasado. Lal está muerto, se suicidó. Padre Dan se inventó una historia que no te implica para la policía, así que olvidemos todo ese lamentable embrollo. Todo lo que la policía sabe es que Lal era ciego y que en mitad de la confusión, cuando la luz se fue, los animales se escaparon y él murió.

—Lal no se suicidó, Deirdre. Ni fue un accidente —dijo Raoul haciendo un gran esfuerzo, mirándola—. Cuando volví al circo, al verdadero asesino le entró el pánico y buscó un chivo expiatorio. Lal también sospechaba del asesino, así que este tenía un doble motivo. A Lal lo empujaron a los pies de los elefantes para que yo diera por terminada mi cacería. Pero, no, mi búsqueda no ha hecho más que empezar. Lal no era de los que se suicidan.

—Pero odiaba a Roger.

—Todos los fenómenos lo odiaban. Y luego está el asunto del cartel con mi imagen y la imagen de Roger que alguien rompió.

Deirdre no se movió de donde estaba. Gritaron su nombre.

—Raoul, si tienes razón, te matarán. Si el asesino quería deshacerse de ti y tú no paras… — Deirdre tuvo que correr hacia la música, los aplausos y el ruido. Se balanceó y subió alto en el aire.

Una flor de grandes pétalos descendió por la oscuridad y se posó en el hombro de Raoul.

—Ah, eres tú, Tatuajes.

La Torre Eiffel estaba torcida. Dos flores idénticas se retorcían en los costados del Hombre Tatuado como si en el cielo se hubiera desatado una tormenta.

—Los fenómenos… —farfulló hoscamente— han ido a suplicar de rodillas a Padre Dan.

—¿Cómo?

—Sí. La mujer sin brazos no para de agitar los pies y de gritar. ¡El hombre sin piernas hace aspavientos con los brazos, el enano se pasea sobre la mesa y el hombre alto golpea con la cabeza el techo de lona! ¡Oh, Dios mío, están fuera de sí! ¡La Dama Gorda va a reventar como un melón podrido, te lo juro! ¡Y el hombre delgado va a quebrarse como si fuera un xilófono!

»Dicen que tú mataste a Lal y que van a contárselo a la policía. La policía ya ha terminado de hablar con Padre Dan, que les ha convencido de que la muerte de Lal fue un accidente. Ahora los fenómenos amenazan con ir a la huelga y hablar con la policía si no te echa del circo. Así que Padre Dan quiere que te presentes en su tienda tout de suite. Te deseo suerte, chaval.

Padre Dan se sirvió el whisky en un vaso y lo miró fijamente. Luego se volvió a Raoul.

—Lo que hiciste o dejaras de hacer me da igual. Lo importante es lo que creen los fenómenos. Están que echan chispas. Dicen que mataste a Lal porque sabía la verdad sobre ti y tu hermano…

—¡La verdad! —exclamó Raoul—. ¿Cuál es esa verdad?

Padre Dan no fue capaz de mirarlo a la cara y tuvo que desviar los ojos.

—Que estabas harto, que te habías cansado de estar atado a Roger como si fueras un caballo atado a un árbol… Que mataste a tu hermano para ser libre… ¡Eso es lo que dicen! —Padre Dan se puso en pie de un salto y caminó por el serrín—. Yo no lo creo… Aún.

—Pero —espetó Raoul—, tal vez no valga la pena arriesgarse, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Mira, Raoul, tiene lógica. Si uno de los monstruos mató a Roger, ¿cómo demonios es posible que tú sigas vivo? ¿Por qué no te mató a ti también? ¿Por qué el asesino iba a darte la oportunidad de que lo atraparas? ¡Diablos! Ninguno de los monstruos mató a Roger.

—A lo mejor se asustó. A lo mejor me dejó vivo porque quería que sufriera. ¿No ves la ironía que sería eso? —suplicó Raoul con perplejidad.

Padre Dan cerró los ojos.

—Lo que veo es que me va a estallar la cabeza. —Cortó el aire con una mano—. Y ese asunto del cartel destrozado que Lal encontró… Indica que alguien quería a Roger muerto y a ti vivo, así que quizá tú pagaste a uno de los monstruos para que hiciera el trabajo. A lo mejor a ti te faltaba el valor necesario… —Padre Dan caminaba de un lado a otro de la tienda con nerviosismo—. Y una vez hecho el trabajo, tu amiguito asesino rompió por la mitad el cartel con vuestra imagen. —Padre Dan se detuvo para tomar aire y miró el rostro entumecido y afligido de Raoul—. Está bien —espetó —, quizá esté un poco borracho. A lo mejor me he vuelto loco y no lo mataste tú. Pero aún tienes que irte. No puedo arriesgarme a tenerte aquí, por mucho que me gustaría. No puedo perder toda mi atracción secundaria por ti.

Raoul se levantó y apenas pudo mantenerse en pie. La tienda daba vueltas a su alrededor y los oídos le pitaban enloquecedoramente. Oyó que su propia voz extraña decía:

—Deme dos días, Padre Dan. Es todo lo que le pido. Cuando encuentre al asesino las cosas se calmarán, se lo prometo. Y si no lo encuentro, me marcharé.

Padre Dan se quedó mirando con aire malhumorado la punta de su bota en el serrín. Luego se irguió visiblemente incómodo.

—Dos días. Ni uno más. Dos días y se acabó. Eres duro de pelar, ¿eh, segundo gemelo?

Se alejaron a caballo de la ciudad somnolienta, se detuvieron junto a un arroyo y hablaron con fervor y se besaron en silencio. Raoul le contó su conversación con Padre Dan y le habló del cartel rajado, de Lal y del peligro que corría su trabajo en el circo. Ella le sostuvo la cara entre las manos y lo miró a los ojos.

—Cariño, vayámonos lejos de aquí. No quiero que sufras.

—Esperemos dos días. Si encuentro al asesino podremos quedarnos.

—Pero hay otros circos, otros sitios. —Sus ojos reflejaban su tormento—. Renunciaría a mi trabajo por nosotros. —Lo sujetó por los hombros—. ¿Tan importante es Roger para ti? —Antes de que

Raoul se diera cuenta de cuál era su intención, Deirdre le giró levemente el cuerpo en la oscuridad, pegó su hombro al de él y apretó su espalda esbelta contra la suya recorrida por una cicatriz. Luego añadió susurrando—: Ahora te tengo, a solas por primera vez en mi vida. No me abandones. —Soltó lentamente a Raoul y él volvió a agarrarse a ella—. No me abandones, Raoul —repitió con un hilo de voz—. No quiero que nada vuelva a interponerse entre nosotros…

El tiempo voló hacia atrás instantáneamente y Raoul oyó dentro de su cabeza la voz de Deirdre preguntándole un día a Roger por qué él y Raoul nunca se habían operado para separarse. El rostro cínico de Roger apareció como un trozo de madera arrastrado por la marea hasta la orilla de la memoria de Raoul, riéndose se Deirdre y respondiendo: «No, mi querida Deirdre, no. Para operarse los dos tienen que estar de acuerdo. Y yo no quiero».

Raoul besó a Deirdre e intentó olvidar el amargo comentario de Roger. Recordó la primera vez que Deirdre le besó y la voz abrupta de su hermano: «¡Tienes que besarla así, Raoul! ¡Mira, yo te enseñaré! ¿Puedo interrumpir? ¡No, no, Raoul, qué poco romántico eres! Se hace así. ¿Molesto si me abanico? —Otra risotada—. Hace un poco de calor aquí».

—¡Cállate, cállate, cállate! —gritó Raoul. Se agitó con violencia y regresó al presente, entre los brazos de Deirdre…

Por la mañana se despertó con un deseo incontrolable de salir corriendo, agarrar a Deirdre, hacer las maletas, subirse a un tren para escapar de allí y dejar todo atrás para siempre. Anduvo de un lado a otro de la habitación del hotel. Escapar, pensó, marcharse y olvidar para siempre la otra mitad de su ser, que yacía enterrada en un cementerio a cientos de kilómetros de donde estaba ahora… Pero necesitaba saberlo.

Sonó el clarín que avisaba de que era mediodía. Los operarios, los fenómenos, los gitanos, los rostros pálidos, los compinches de los trileros y los leñadores estaban sentados a ambos lados de las mesas de madera mientras Raoul comía con desgana su plato de carne. Había una manera infalible de desenmascarar al asesino.

—Esta noche voy a entregar el asesino a la policía —murmuró Raoul.

Al Tatuajes casi se le cayó el tenedor de la mano.

—¿En serio?

—Pásame la tarta —interrumpió alguien.

La tarta pasó por delante de la cara seria de Raoul mientras él decía:

—He estado esperando el momento adecuado desde que volví…, observando al asesino. La noche que mató a Roger le vi la cara. No se lo conté a la policía. No se lo dije a nadie. He estado esperando… esperando… el momento y el lugar adecuados para ajustar cuentas con él. No quería que la policía hiciera el trabajo por mí. Quería encargarme de él a mi manera.

—Entonces, ¿no fue Lal?

—No.

—¿Y dejaste que Lal muriera?

—No sabía que iban a matarlo. Debería haber mantenido la boca cerrada. Lo siento por Lal. Pero esta noche ajustaré cuentas con el asesino. Entregaré personalmente su cuerpo a la policía. Y lo habré matado en defensa propia. No me detendrán. Eso te lo aseguro, Tatuajes.

—¿Y si él acaba contigo antes?

—Yo ya estoy medio muerto. Estoy preparado. —Raoul se inclinó hacia delante con una expresión implacable en el rostro y agarró la muñeca del Tatuajes—. Por supuesto, tú no le contarás esto a nadie, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ja, ja, ja! Yo no soy de esos, Raoul.

La noticia pasó del Tatuajes a Zepelín, al Esqueleto, a la mujer sin brazos, al Cíclope y al Retaco, y a partir de ahí se difundió por todo el circo. Raoul casi podía ver cómo se propagaba. Y supo que por fin se zanjaría el asunto: o mataba al asesino o este lo mataría a él. Así de sencillo. Acorrala a una rata y oblígala a salir. Pero ¿y si no pasaba nada?

Visitó todos los lugares recónditos del circo cuando el sol se puso. Deambuló alrededor de las altas caravanas carmesíes, de donde podría caer un cubo y partirle la crisma. Pero no cayó ninguno. Se paseó junto a las jaulas de las fieras, donde una puerta abierta podría dejar libre unos colmillos para que se clavaran en su espalda cosida. Ningún felino saltó sobre él. Se tumbó bajó la rueda de un ornamentado carro azul y esperó a que girara para matarlo. Pero la rueda no se movió; tampoco lo pisotearon los elefantes, ni lo

atravesó el poste de una tienda, ni le dispararon con ningún arma. Solo la música rítmica de la banda retumbaba en el cielo estrellado durante el paseo mortal de un Raoul que cada vez se sentía más sombrío y desdichado.

Apretó el paso silbando estridentemente para no pensar. A Roger lo habían asesinado por una razón. Y a él lo habían dejado vivo por una razón.

Desde la carpa principal llegó una resonante oleada de aplausos. Un león gruñó. Raoul se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. Ahora sabía que los fenómenos eran inocentes. Si el asesino hubiera sido Lal, o el Tatuajes, o la Dama Gorda, o la mujer sin brazos, o el hombre sin piernas, los habría matado a los dos, a Roger y a él. Solo quedaba una opción, que era tan clara como el bramido de una trompeta nueva.

Se arrastró hacia la entrada de la pasarela. No habría una pelea, ni derramamiento de sangre, ni acusaciones ni ira.

«Me queda una larga vida por delante —se dijo con desaliento —. Pero ¿qué motivo me quedará para seguir viviendo después de esta noche?».

¿Qué más daba ya quedarse en el circo o que los fenómenos lo aceptaran? ¿Qué importaba desenmascarar al asesino? Nada… No importaba nada en absoluto. En su búsqueda incansable de una cosa había perdido otra. Estaba vivo. Su corazón ardiente latía con fuerza; el sudor que le había brotado en las axilas le corría por la espalda y le transpiraban la frente y las manos. Estaba vivo. Y el hecho de que siguiera vivo, de que su corazón latiera y sus pies se movieran, era la prueba evidente de la identidad del asesino. No era frecuente, pensó con gravedad, que se descubriera al asesino porque un hombre vivo estuviera vivo; lo normal era que fuera porque un muerto estaba muerto. «Ojalá estuviera muerto. Ojalá estuviera muerto».

Era la última actuación de su vida en un circo. Avanzó por la pasarela arrastrando los pies y oyó el fragor de la música, los aplausos y las risas mientras los payasos se tropezaban y se daban tortas en las pistas.

Deirdre estaba de pie en la pasarela. Parecía un milagro de estrellas y de blancura, pura e inmaculada como un pajarito. Se volvió cuando notó que Raoul se acercaba; estaba pálida y debajo

de los ojos tenía unos diminutos pétalos azules que eran la consecuencia de una noche en vela, pero hermosa. Se fijó en que Raoul caminaba con la cabeza gacha.

—¿Qué pasa, Raoul?

—He descubierto al asesino.

Sonó el estruendo de un platillo. Deirdre lo miró largamente.

—¿Quién es?

Raoul no respondió. En cambio dijo para sí, en voz baja, como si estuviera rezando, con la mirada fija en las pistas y en el público:

—Te han pillado. No puedes hacer nada. Con Roger era desgraciado; sin él soy algo peor. Cuando tenía a Roger te quería; ahora, sin él, no puedo tenerte. Si hubiera renunciado a buscar al asesino, nunca habría sido feliz. Ahora que lo he encontrado, lo que he descubierto me ha hecho todavía más infeliz.

—¿Vas… vas a entregar al asesino? —preguntó Deirdre finalmente, tras un largo silencio.

Raoul permaneció inmóvil sin decir nada, incapaz de pensar, ver o hablar. Percibió cómo se elevaba la música y oyó como si llegara desde un lugar muy lejano la voz que anunciaba a Deirdre. Luego notó los dedos duros de Deirdre que lo aferraban un momento y sus labios cálidos que lo besaban con fuerza.

—Adiós, cariño.

Deirdre enfiló con ligereza por el suelo cubierto de casca, con su traje de lentejuelas destellando y revoloteando como si fueran unas grandes alas que reflejaban la luz, y fue recibida con unos aplausos atronadores. La música caía como la lluvia sobre el rostro de Deirdre, alzado para contemplar las cuerdas y su cielo. La cuerda la ascendió a las alturas y cesó la música. Un monótono redoble de tambores la acompañó mientras daba sus primeros giros en el aire.

Un hombre salió de las sombras cuando Raoul le hizo una seña para que se acercara a él. Estaba fumando un puro que mordisqueaba con el gesto pensativo. El hombre se detuvo junto a Raoul y permanecieron en silencio unos instantes, mirando arriba.

Allí estaba Deirdre. La luz blanca de un foco la seguía por el techo de la carpa, mientras ella se agarraba a la cuerda y formaba una circunferencia con las piernas dobladas por encima de su cuerpo flexionado; daba vueltas, subía y bajaba.

El maestro de ceremonias contaba con su voz atronadora los

giros:

—¡Uno…, dos…, tres…, cuatro!

Deirdre siguió girando como si fuera una polilla tejiendo un capullo. «Raoul, no olvides pensar en la rueda de plegaria de un monje tibetano cuando yo esté girando. *Om mani padme hum*. Te quiero, te quiero, te quiero».

—Es guapa, ¿eh? —dijo el inspector de la policía al lado de Raoul.

—Sí, y es la persona que buscan —dijo lentamente Raoul, incapaz de creer lo que iba a decir—: Estoy vivo. Esa es la prueba. Ella mató a Roger y partió por la mitad el cartel publicitario con nuestra imagen. También mató a Lal. —Se pasó una mano temblorosa por los ojos—. Bajará dentro de cinco minutos. Entonces podrá detenerla.

Continuaron mirándola como si les costara creer que estaba allí.

—Cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco —contó el detective—. ¡Oiga! ¿Por qué llora? Cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y…

Y así murió Riabúchinska

El sótano era cemento frío y el muerto piedra fría, y en el aire caía una lluvia invisible, mientras la gente se juntaba a mirar el cuerpo como si el mar lo hubiese dejado en una playa desierta por la mañana. La gravedad de la tierra se concentraba allí, en el sótano mismo, una gravedad tan inmensa que les tiraba hacia abajo las caras, les doblaba las comisuras de la boca y les chupaba las mejillas. Las manos les colgaban pesadamente, y los pies estaban como plantados en el suelo; no podían moverse sin parecer que caminaban bajo el agua.

Una voz llamaba, pero nadie escuchó.

La voz volvió a llamar y, solo después de un largo rato, la gente se dio la vuelta y miró un momento al cielo. Estaban a orillas del mar en noviembre, y era el grito de una gaviota allá arriba en el color gris del alba. Era un grito triste, como el de los pájaros que se van al sur al acercarse el acerado invierno. Era un océano que resonaba en una costa tan lejana que solo se oía como un murmullo de arena y viento en un caracol marino.

La gente del entresuelo deslizó la mirada hasta una mesa donde había una caja dorada de no más de sesenta centímetros de largo y que tenía grabado el nombre de Riabúchinska. Debajo de la tapa del pequeño ataúd, la voz se afirmó al fin con decisión, y la gente miró la caja, y el muerto estaba tendido en el suelo y no oía la débil llamada.

—Dejadme salir, dejadme salir, por favor, por favor, que alguien me deje salir.

Y por último el señor Fabian, el ventrílocuo, se inclinó y susurró a la caja dorada:

—No, Ria, este es un asunto serio. Más tarde. Quédate quieta, vamos, sé buena. —Cerró los ojos y trató de reírse.

Debajo de la tapa pulida, la voz tranquila dijo:

—Por favor, no te rías. Tendrías que ser mucho más bueno ahora, después de lo que pasó.

Króvitch, el oficial de investigaciones, tocó el brazo de Fabian.

—Si no tiene inconveniente, señor, dejemos el número de la marioneta para más tarde. Ahora hay que poner en limpio todo esto. —Echó una mirada a la mujer, que había cogido una silla plegable—. Señora Fabian. —Hizo un gesto al joven sentado junto a ella—. Señor Douglas, ¿es usted agente de prensa y gerente del señor Fabian?

El joven dijo que sí. Króvitch miró la cara del hombre tendido en el suelo.

—Fabian, señora Fabian, señor Douglas, todos dicen no conocer a este hombre que fue asesinado aquí anoche y que nunca han oído el nombre Ockham. Sin embargo, Ockham le había dicho al régisseur que conocía a Fabian y que tenía que verlo por algo de vital importancia.

La voz en la caja empezó de nuevo suavemente.

Króvitch gritó:

—¡Maldita sea, Fabian!

Debajo de la tapa, la voz rio como una campanilla velada.

—No le haga caso, teniente —dijo Fabian.

—¿A ella o a usted, maldita sea? ¿Qué es esto? ¡Pónganse de acuerdo!

—Nunca volveremos a ponernos de acuerdo —dijo la vocecita tranquila—, nunca más a partir de esta noche.

Króvitch tendió la mano.

—Deme la llave, Fabian.

Se oyó en el silencio la llave que rechinaba en la cerradura y el chillido de los goznes diminutos y la tapa se abrió y quedó apoyada en la mesa.

—Gracias —dijo Riabúchinska.

Króvitch se quedó inmóvil mirando a Riabúchinska en su caja sin creer del todo en lo que estaba viendo.

La cara era blanca, tallada en mármol o en la madera más blanca que jamás se hubiera visto. Podía haber sido modelada en

nieve. Y el cuello que sostenía la cabeza, tan delicada como una taza de porcelana finísima que deja pasar la luz del sol, el cuello también era blanco. Y las manos podían haber sido de marfil y eran una cosa pequeña y delgada de uñas minúsculas y dibujos de delicadas líneas y espirales en las puntas de los dedos.

Riabúchinska era toda de piedra blanca, y la luz le brotaba a través de la piedra y le salía de los ojos oscuros con tonalidades azules debajo, como moras frescas. Króvitch pensó en un vaso de leche y crema vertido en un recipiente de cristal. Las cejas eran arqueadas, negras, finas, y las mejillas, delgadas, y había una vena rosa pálido en cada sien y una vena azul pálido apenas visible sobre el afilado puente de la nariz entre los brillantes ojos oscuros.

Riabúchinska tenía los labios entreabiertos y como si pudieran estar apenas húmedos; las aletas de la nariz eran arqueadas y perfectamente modeladas, como las orejas. El pelo era negro, con raya al medio, echado detrás de las orejas y verdadero, Króvitch veía cada hebra. El vestido era negro como el pelo y cortado de manera que mostraba los hombros, tallados en madera tan blanca como una piedra que ha estado largo tiempo al sol. Era muy hermosa. Króvitch sintió que se le movía la garganta y en seguida se detuvo y no dijo nada.

Fabian sacó a Riabúchinska de la caja.

—Mi encantadora señora —dijo—. Tallada en las maderas importadas más exóticas. Se ha presentado en París, Roma y Estambul. Todo el mundo la quiere y piensa que es realmente humana, una especie de enanita increíblemente delicada. Nadie aceptaría que alguna vez fue parte de muchos bosques alejados de las ciudades y la gente necia.

La mujer de Fabian, Alyce, observaba a su marido sin dejar de mirarle la boca. Los ojos no le pestañearon ni una vez en todo el tiempo en que él habló de la muñeca que tenía en brazos. Él, a su vez, no parecía consciente de nada, excepto de la muñeca; el sótano y la gente que allí había se borraban en la niebla, que lo cubría todo.

Pero al fin la pequeña figura se agitó y estremeció.

—¡Por favor, no hables de mí! Ya sabes, a Alyce no le gusta.

—A Alyce nunca le ha gustado.

—¡Shhh, no lo digas! —gimió Riabúchinska—. Aquí no, ahora

no. —Y luego, velozmente, se giró hacia Króvitch y movió los labios minúsculos—. ¿Cómo ocurrió todo? Lo del señor Ockham, quiero decir, el señor Ockham.

Fabian dijo:

—Es mejor que te vayas a dormir ahora, Ria.

—Pero yo no quiero —contestó Riabúchinska—. ¡Tengo tanto derecho a escuchar y hablar, soy tan parte de este asesinato como Alyce o… el señor Douglas incluso!

El agente de prensa arrojó el cigarrillo.

—No me metas en esto. —Y miró a la muñeca como si de pronto fuera de un metro ochenta de alto y estuviera respirando allí delante.

—Es solo porque quiero que se diga la verdad. —Riabúchinska giró la cabeza para mirar a todos los que estaban en la habitación —. Y si me encierran en mi ataúd no habrá verdad, porque John es un consumado mentiroso y tengo que vigilarlo, ¿no es cierto, John?

—Sí —dijo Fabian con los ojos cerrados—. Supongo que sí.

—John me quiere más que a todas las mujeres del mundo, y yo lo quiero y trato de entender su equivocada manera de pensar.

Króvitch dio un puñetazo en la mesa.

—¡Maldición, Fabian! Si cree usted que puede…

—Yo no puedo nada —dijo Fabian.

—Pero ella…

—Lo sé, sé lo que usted quiere decir —dijo Fabian con calma, mirando al detective—. La tengo en la garganta, ¿no es cierto? No, no. No en la garganta. En alguna otra parte. No sé. Aquí o aquí. — Se tocó el pecho y luego la cabeza—. Es rápida para esconderse. A veces no puedo hacer nada. A veces es solo ella, sin nada de mí. Aveces me dice lo que tengo que hacer, y obedezco. Está en guardia, se enfada conmigo, es honrada cuando soy deshonesto, buena cuando junto todos los pecados posibles. Vive una vida aparte. Ha levantado un muro en mi cabeza y vivo allí, sin hacerme caso si trato de hacerle decir algo incorrecto, colaborando si sugiero las palabras y los gestos adecuados. —Fabian suspiró—. De modo que si usted quiere seguir me temo que Ria tenga que estar presente. Con encerrarla no haremos nada bueno, nada bueno.

El oficial Króvitch se sentó en silencio casi un minuto y al fin tomó una decisión.

—Muy bien. Que se quede. Bien puede ser que antes de terminada la noche, por todos los demonios, esté lo bastante cansado como para interrogar a una muñeca de ventrílocuo.

Króvitch desenvolvió un cigarro nuevo, lo encendió y arrojó una bocanada de humo.

—¿De modo que usted no reconoce al muerto, señor Douglas?

—Tiene un aire vagamente familiar. Podría ser un actor.

Króvitch dijo una palabrota.

—Acabemos con las mentiras, ¿qué está diciendo? Mire los zapatos de Ockham, la ropa. Es evidente que necesitaba dinero y que ha venido aquí esta noche a mendigar, pedir prestado o robar algo. Permítame que le haga una pregunta, Douglas. ¿Está usted enamorado de la señora Fabian?

—¡Un momento! —exclamó Alyce Fabian.

Króvitch le indicó que se tranquilizara.

—Se sentaron ahí, los dos juntos. No soy precisamente ciego. ¡Cuando un agente de prensa se sienta donde tendría que estar sentado el marido consolando a la mujer, bueno! La forma en que usted miraba el ataúd de la marioneta, señora Fabian, conteniendo el aliento cuando ella apareció. Usted aprieta los puños cuando ella habla. Diablos, es evidente.

—Si usted piensa que estoy celosa de un pedazo de madera…

—¿No lo está?

—¡No, no, no lo estoy!

Fabian hizo un movimiento.

—No tienes por qué decirle nada, Alyce.

—¡Deja que lo diga!

Todos alzaron la cabeza sobresaltados y observaron la figurita cuya boca se cerraba ahora lentamente. Hasta Fabian miró a la marioneta como si esta lo hubiera golpeado.

Después de un largo rato, Alyce Fabian empezó a hablar.

—Me casé con John hace siete años porque decía que me quería y porque yo lo quería y quería a Riabúchinska. Al principio, en todo caso. Pero después empecé a ver que él le dedicaba la vida entera y todas sus atenciones y que yo era una sombra que esperaba todas las noches entre bambalinas.

»En un año gastó cincuenta mil dólares en el guardarropa de Riabúchinska, y cien mil dólares en una casa de muñecas con

muebles de oro, plata y platino. La arropaba de noche en una camita con sábanas de satén y conversaba con ella. Al principio pensé que era una broma complicada y me divertía mucho.

»Pero cuando al final me di cuenta de que en realidad yo era una simple ayudante de ese espectáculo, descubrí en mí una especie de odio y desconfianza, no por la marioneta, porque después de todo no era cosa de ella, pero John me hacía sentir un desagrado y un odio cada vez mayores, pues la culpa era de él. Al fin y al cabo, era John quien manejaba a la muñeca de madera, y toda su astucia y su sadismo natural se volcaban afuera a través de esa relación.

»Y cuando por último me puse muy celosa, tonta de mí, fue el mayor tributo que pude haberle pagado, a él y a la manera en que había ido perfeccionando el arte de emitir la voz. Era todo tan extraño, tan estúpido… Y sin embargo sabía que algo tenía sujeto a John, como la gente que bebe y lleva en alguna parte de sí misma un animal que se muere de hambre.

»De modo que pasé de la cólera a la piedad, de los celos a la comprensión. Había largos períodos en que no lo odiaba, y nunca odié lo que Ria significaba para él, pues Ria era la mejor mitad, la parte buena, la parte honrada y encantadora de John. Ria era todo lo que él nunca había tratado de ser.

Alyce Fabian dejó de hablar y hubo un momento de silencio en el sótano.

—Habla del señor Douglas —dijo una voz susurrando.

La señora Fabian no miró a la marioneta. Hizo un esfuerzo y concluyó:

—Pasaron los años, y encontrando tan poco amor y comprensión en John, me pareció natural mirar hacia… el señor Douglas.

Króvitch asintió.

—Todo empieza a ordenarse. El señor Ockham era un hombre muy pobre, iba de mal en peor y vino al teatro anoche porque sabía algo de usted y del señor Douglas. Tal vez amenazó con hablarle al señor Fabian si no le pagaban. Esto le dio a usted el mejor de los motivos para librarse de él.

—Es aún más tonto que todo eso —dijo Alyce Fabian cansada—. Yo no lo maté.

—Puede haberlo hecho el señor Douglas y no decírselo.

—¿Por qué matar a un hombre? —dijo Douglas—. John lo sabía

todo acerca de nosotros.

—Es cierto —dijo John Fabian y se rio.

Dejó de reírse y la mano se le retorció oculta en el interior nevado de la muñeca de madera, y la boca minúscula se abrió y se cerró, se abrió y se cerró. Fabian estaba tratando de que Ria continuara riéndose ahora que él había dejado de reír, pero no se oyó ningún sonido, salvo el susurro vacío de los labios que se movían y boqueaban mientras Fabian miraba la carita menuda y el sudor le brillaba en las mejillas.

La tarde siguiente el oficial Króvitch atravesó los bastidores a oscuras, encontró las escaleras de hierro y las subió con mucha cautela, tomándose todo el tiempo que le pareció necesario en cada escalón, hasta llegar al segundo piso de camarines. Llamó a una de las puertas delgadas.

—Entre —dijo la voz de Fabian como desde muy lejos.

Króvitch entró, cerró la puerta y se quedó mirando a Fabian, hundido de hombros delante del espejo.

—Tengo algo que me gustaría mostrarle —dijo Króvitch con una cara que no denotaba ninguna emoción, y abriendo un sobre de manila sacó una fotografía brillante y la puso en la mesa de tocador.

John Fabian alzó las cejas, echó una rápida mirada a Króvitch y se reclinó lentamente en el respaldo de la silla. Apoyó los dedos en el puente de la nariz y se masajeó la cara cuidadosamente, como si le doliera la cabeza. Króvitch dio la vuelta a la foto y empezó a leer una lista de datos escritos a máquina en el dorso.

—Nombre, señorita Ilyana Riamónova. Cincuenta kilos. Ojos azules. Pelo negro. Cara ovalada. Nacida en Nueva York en 1914. Desaparecida en 1934. Se cree que padece amnesia. De padres eslavorusos. Etcétera. Etcétera.

Los labios se le crisparon a Fabian.

Króvitch dejó la fotografía sacudiendo pensativo la cabeza.

—Era muy tonto de mi parte indagar en los archivos de la policía buscando la foto de una marioneta. Hubiera escuchado usted las carcajadas en los cuarteles centrales, Dios. Pero ahí está… Riabúchinska. No de papel maché, no de madera, no un fantoche, sino una mujer que alguna vez vivió, anduvo por ahí y desapareció. —Króvitch clavó los ojos en Fabian—. ¿Qué le parece si usted me

cuenta lo que pasó luego?

Fabian sonrió a medias.

—Absolutamente nada de eso. Vi el retrato de esta mujer hace tiempo, me gustó la cara y la copié en la marioneta.

—Absolutamente nada de eso. —Króvitch tomó aliento y bufó pasándose por la cara un pañuelo enorme—. Fabian, esta misma mañana revolví una pila así de alta de la revista *Billboard*. En el año 1934 encontré un interesante artículo sobre un espectáculo presentado en un circuito de segunda categoría que era conocido con el nombre de Fabian y el Dulce William. El Dulce William era un muñeco. Había una chica de ayudante: Ilyana Riamónova. No había ningún retrato de ella en el artículo, pero por lo menos tenía el nombre, el nombre de una persona real a quien podía seguir. Fue sencillo buscar en los archivos de la policía y desenterrar este retrato. El parecido, es innecesario decirlo, entre la mujer viviente por un lado y la marioneta por otro es poco menos que increíble. Supongamos que usted da marcha atrás y me cuenta de nuevo la historia, Fabian.

—Era mi ayudante, eso es todo. Sencillamente la usé como modelo.

—Me está haciendo sudar, Fabian —dijo el detective—. ¿Usted cree que soy tonto? ¿Cree que no reconozco el amor cuando lo veo? Lo he observado manejar la marioneta, le he visto hablarle, he visto cómo la hace reaccionar. Usted está enamorado de la muñeca, Fabian, por supuesto, porque estaba muy enamorado, pero muy enamorado de la mujer original. He vivido demasiado para no sentirlo. Demonios, Fabian, deje de esquivar el bulto.

Fabian levantó las pálidas y delgadas manos, les dio la vuelta, las examinó y las dejó caer.

—Está bien. En 1934 yo aparecía en los programas como Fabian y el Dulce William. El Dulce William era un muñeco de nariz achatada que había tallado yo mismo muchos años atrás. Estaba en Los Angeles cuando esa chica apareció en la entrada de artistas una noche. Había seguido mi trabajo durante años. Estaba desesperada por encontrar empleo y confiaba en ser mi ayudante.

La recordaba en la media luz del callejón detrás del teatro y cómo le sorprendió la frescura de ella y el deseo que tenía de trabajar, con él y para él, y la forma en que la lluvia fría caía

suavemente en el callejón estrecho y le dejaba lentejuelas en el pelo que se fundía en la oscura calidez, y cómo la lluvia le perlaba la mano de porcelana con que ella se apretaba el cuello del abrigo.

Vio los labios que se movían en la oscuridad y la voz de ella como separada en otra banda de sonido, le habló otra vez en el viento otoñal y recordó que sin decir sí o no o quizás, ella estuvo de pronto en el escenario, en el gran chorro de luz brillante y, en dos meses, él, que siempre había exhibido una incredulidad y un cinismo orgullosos, había ido tras ella hasta poner un pie en el abismo por el que cayó en un sitio sin fondo ni límites ni luz.

Hubo muchas discusiones, más que discusiones: cosas dichas y hechas sin sentido ni cordura ni justicia. Al final la chica fue alejándose de él poco a poco, lo que provocó furias e histerias tremendas. Una vez, él le quemó todo el armario en un ataque de celos. La chica lo tomó con tranquilidad. Pero una noche él le dio un preaviso de una semana, la acusó de deslealtad monstruosa, le gritó, la sacudió, le cruzó la cara de varias bofetadas y la hizo salir con un portazo. La chica desapareció aquella noche.

Al día siguiente, cuando descubrió que ella se había ido de veras y que no la encontraba, creyó estar en el centro de una titánica explosión. El mundo entero había sido aniquilado y los ecos del estallido repercutían a medianoche, a las cuatro de la mañana, al alba, y él estaba en pie temprano, ensordecido por el ruido del café que se calentaba y el ruido de las cerillas y de los cigarrillos que se encendían y de él mismo tratando de afeitarse y mirándose en espejos que lo distorsionaban y le ponían enfermo.

Recortó todos los anuncios que puso en los diarios y pegó en prolijas columnas en un cuaderno todos los avisos en que la describía y hablaba de ella y le pedía que volviera. Llegó hasta a pagar los servicios de un detective privado. La gente empezó a comentar el caso. La policía se pasó por allí a interrogarlo. Hubo nuevas habladurías.

Pero la muchacha había desaparecido como un pedazo de papel increíblemente frágil que hubiera volado al cielo. Se envió la descripción de la chica a las ciudades más importantes, y para la policía ese fue el final. Pero no para Fabian. Ella podía haberse muerto o quizás había huido, pero dondequiera que estuviese, él sabía que de una u otra manera la haría volver.

Una noche llegó a su casa llevando consigo su propia oscuridad, y se desplomó en una silla, y antes de que se diera cuenta se encontró hablando con el Dulce William en la habitación totalmente negra.

—William, todo ha terminado. ¡No puedo resistir!

Y William exclamó:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! —desde el aire, sobre la cabeza de Fabian, con una voz salida de la nada—. ¡Puedes conseguir que vuelva si quieres!

El Dulce William le chilló y lo palmeó en la noche.

—¡Sí que puedes! ¡Piensa! —insistía—. Piensa una manera. Tú puedes hacerlo. Hazme a un lado, enciérrame. Empieza todo de nuevo.

—¿Empezar todo de nuevo?

—Sí —murmuró el Dulce William, y la oscuridad se movió dentro de la oscuridad—. Sí. Compra madera. Compra una fina madera nueva. Compra una madera de grano duro. Compra una hermosa madera muy nueva. Y tállala. Tállala lentamente, cuidadosamente. Cincela. Corta delicadamente. Haz así las aletas de la nariz. Y talla las cejas negras arqueadas y altas, así, y hazle las mejillas un poco hundidas. Talla, talla…

—¡No! ¡Es estúpido! ¡No podría hacerlo nunca!

—Sí, puedes. Sí, puedes, puedes, puedes…

La voz se desvaneció como una onda en una corriente de agua subterránea. La corriente creció y devoró a Fabian. La cabeza le cayó hacia adelante. El Dulce William suspiró. Y los dos quedaron allí tendidos como piedras enterradas bajo una catarata.

A la mañana siguiente, John Fabian compró la madera más dura de grano más fino que pudo encontrar y se la llevó a su casa y la puso sobre la mesa, pero no podía tocarla. Estuvo sentado mirándola durante horas. Era imposible pensar que las manos y la memoria fueran capaces de recrear algo tibio, flexible, familiar, en ese frío pedazo de materia. No había manera de aproximarse ni siquiera remotamente a aquella calidad de lluvia y sol y primer polvo de nieve que cae del otro lado de un vidrio claro en mitad de una noche de diciembre. No había manera, no había manera alguna de atrapar el copo de nieve sin que se derritiera rápidamente entre los dedos torpes.

Y sin embargo el Dulce William hablaba suspirando y susurrando después de medianoche:

—Puedes hacerlo. Sí, sí, tú puedes hacerlo.

Y entonces Fabian empezó. Le llevó todo un mes tallar las manos para que fueran tan naturales y hermosas como conchillas al sol. Otro mes para que el esqueleto, como la huella de un fósil estampada y oculta en la madera, se mostrara de algún modo febril e infinitamente delicado, como unas vetas en la carne blanca de una manzana.

Y entretanto el Dulce William yacía cubierto de polvo en una caja que se iba convirtiendo rápidamente en un verdadero ataúd. El Dulce William, que refunfuñaba y silbaba algún débil sarcasmo, alguna crítica ácida, algún atisbo, alguna ayuda, pero que se moría, se desvanecía; pronto no lo tocaría nadie, pronto sería como una vaina que se abre en verano y cae y se la lleva el viento.

A medida que pasaban las semanas y Fabian suavizaba, raspaba y pulía la nueva madera, el Dulce William pasaba cada vez más tiempo metido en un silencio abrumador y, un día, mientras Fabian lo sostenía en la mano, el Dulce William pareció mirarlo un momento con ojos desconcertados, y luego un estertor de muerte le subió a la garganta.

Y el Dulce William murió.

Ahora, mientras Fabian trabajaba, un tembloroso, débil intento de lenguaje le empezó muy atrás en la garganta y le repercutió allí como un eco, hablándole silenciosamente como una brisa entre las hojas secas. Y entonces por primera vez sostuvo la muñeca de cierta manera en las manos, y la memoria bajó a los brazos y a los dedos, y de los dedos a la madera ahuecada y las manitas se agitaron y el cuerpo se volvió de pronto suave y flexible, y los ojos se abrieron y lo miraron.

Y la pequeña boca se entreabrió apenas una fracción de un centímetro y la muñeca estuvo preparada para hablar y él supo todas las cosas que ella tenía que decirle, supo la primera, la segunda y la tercera cosa que él le haría decir. Hubo un susurro, un suspiro, un susurro.

La minúscula cabeza se movió primero para un lado, después para el otro, suavemente. La boca se abrió a medias de nuevo y habló. Y mientras hablaba, él dobló la cabeza y pudo sentir el

aliento tibio —¡claro que estaba allí!— que le salía a ella de la boca, y cuando escuchó muy atentamente, alzándola hasta su propia cabeza, con los ojos cerrados, ¿no estaba allí también, suave, dulcemente, el latido del corazón?

Króvitch se quedó quieto en la silla todo un minuto, cuando Fabian dejó de hablar. Por fin dijo:

—Ya veo. ¿Y su mujer?

—¿Alyce? Fue mi segunda ayudante, desde luego. Trabajaba duro y, Dios la ayude, me quería. Es difícil ahora saber por qué me casé con ella. No estuvo bien por mi parte.

—¿Y el muerto…, Ockham?

—Nunca lo había visto antes de que usted me mostrara el cadáver ayer en el subsuelo del teatro.

—Fabian —dijo el detective.

—¡La verdad, la verdad, demonios, juro que es la verdad!

—La verdad. —Fue un susurro como el mar cuando llega a la orilla gris por la mañana temprano. El agua refluía en la arena en un fino encaje. El cielo estaba frío y vacío. No había gente en la orilla. El sol se había ido. Y el susurro se dejó oír otra vez—. La verdad.

Fabian se sentó muy tieso y se cogió las rodillas con las manos delgadas. Tenía en la cara una expresión rígida. Króvitch se encontró haciendo el mismo movimiento que el día antes: mirando el techo gris como si fuera un cielo de noviembre y un pájaro solitario pasara y se fuera, gris en el frío gris.

—La verdad. —El sonido era cada vez más leve—. La verdad.

Króvitch se levantó y se movió con mucho cuidado hasta el extremo del camarín, donde estaba abierta la caja de oro y dentro de la caja la cosa que susurraba, hablaba y a veces podía reírse y a veces podía cantar. Tomó la caja dorada y la puso delante de Fabian y esperó a que él metiera la mano viviente en la delicada oquedad, como un guante, y esperó a que la bonita boca se estremeciera y los ojitos miraran. No tuvo que esperar mucho.

—La primera carta llegó hace un mes.

—No.

—La primera carta llegó hace un mes.

—¡No, no!

—La carta decía: «Riabúchinska, nacida en 1914, muerta en

1935. Nacida de nuevo en 1935». El señor Ockham era prestidigitador. Había estado en el mismo programa junto a John y el Dulce William años atrás. Recordaba que alguna vez había habido una mujer antes de que hubiera una marioneta.

—¡No, no es cierto!

—Sí —dijo la voz.

La nieve caía en el camarín, en silencios y silencios cada vez más profundos. La boca de Fabian temblaba. Miró las paredes vacías como buscando una nueva puerta por donde escapar. Se levantó a medias de la silla.

—Por favor…

—Ockham lo amenazó con hablarle de nosotros a todo el mundo.

Króvitch vio que la muñeca se estremecía, vio el temblor de los labios, vio los ojos de Fabian muy abiertos y fijos y la garganta convulsa y apretada como para detener el susurro.

—Yo…, yo estaba en la habitación cuando llegó el señor Ockham. Estaba en mi caja y escuché y oí, y sé. —La voz se hizo confusa, luego se recobró y prosiguió—: El señor Ockham amenazó con hacerme pedazos, con quemarme si John no le pagaba mil dólares. Y de pronto sonó el ruido de una caída. Un grito. Me pareció que la cabeza del señor Ockham golpeaba el suelo. Oí que John gritaba, le oí maldecir, le oí sollozar. Escuché un jadeo y un ahogo.

—¡No oíste nada! ¡Eres sorda, eres ciega! ¡Eres de madera! —gritó Fabian.

—¡Pero oigo! —dijo ella, y se detuvo como si alguien le hubiera puesto una mano sobre la boca.

Fabian se había incorporado de un salto y se quedó con la muñeca en la mano. La boca golpeó dos, tres veces, y habló al fin.

—El ruido de ahogo pasó de pronto. Escuché a John que arrastraba al señor Ockham por las escaleras hasta el subsuelo del teatro, donde están los viejos camarines que hace años no se usan. Abajo, abajo, abajo; oí que se iban cada vez más lejos, más abajo.

Króvitch dio un paso atrás como si estuviera viendo una película que de pronto se había vuelto monstruosamente grande. ¡Las figuras lo aterraban y lo asustaban, eran dominantes, inmensas! Amenazaban aplastarlo. Alguien había aumentado el sonido y ahora

se oía un chillido.

Vio los dientes de Fabian, una mueca, un susurro, un puño que se crispaba. Vio que los ojos del hombre se cerraban con fuerza.

Ahora la voz suave era tan alta y débil que temblaba apagándose.

—No estoy hecha para vivir así. No nos queda nada. Todo el mundo sabrá, todo el mundo. Incluso anoche cuando lo mataste y me quedé dormida, soñé. Supe, comprendí. Los dos supimos, los dos comprendimos que estos serían nuestros últimos días, nuestras últimas horas. Porque si bien he vivido con tu debilidad y con tus mentiras, no puedo vivir con algo que mata y hace daño cuando mata. No hay manera de ir adelante ahora. ¿Cómo puedo vivir sabiéndolo?

Fabian sostuvo la muñeca a la luz del sol que brillaba turbiamente en la ventana del pequeño camarín. Ella lo miró y no tenía nada en los ojos. La mano de Fabian se estremeció sacudiendo la marioneta. La boquita se abrió y se cerró, se abrió y se cerró, se abrió y se cerró, una y otra y otra vez. Silencio.

Fabian se llevó incrédulamente los dedos a la boca. Una película le cubrió los ojos. Parecía un hombre perdido en la calle que trata de recordar el número de cierta casa, que trata de encontrar cierta ventana con cierta luz. Se tambaleó clavando los ojos en las paredes, Króvitch, la muñeca, la mano vacía. Puso los dedos hacia arriba, se tocó la garganta, abrió la boca.

Escuchó.

En una caverna a kilómetros de distancia, una ola solitaria llegó del mar y susurró deshaciéndose en espuma. Una gaviota se movió silenciosa, sin batir las alas, una sombra.

—Se ha ido. Se ha ido. No la encuentro. Ha huido. No la encuentro. No la encuentro. Hago todo lo que puedo, pero ha escapado, lejos. ¿Me ayudará usted? ¿Me ayudará a encontrarla? ¿Me ayudará a encontrarla? Por favor, ¿me ayudará a encontrarla?

Riabúchinska se deslizó descoyuntada de la mano floja, se dobló y resbaló silenciosamente al suelo frío, los ojos cerrados, la boca cerrada.

Fabian no la miró cuando Króvitch lo llevó hacia la puerta.

¡Ayer vivía!

Pasaron los años y después de muchos meses de lluvia, frío y niebla en el cementerio de Hollywood, donde había una lápida con el nombre de Diana Coyle, Cleve Morris dejó fuera la tormenta al entrar en la sala de proyecciones y se concentró en la pantalla.

Allí estaba ella, con su cuerpo esbelto y perezoso, la lustrosa cabellera roja y los ojos verdes y brillantes que los complementaban.

«¿Hace frío allí, Diana? —le preguntó mentalmente Cleve—. ¿Es fría la noche? ¿Aún llueve? ¿Han perforado los años los muros de bronce de tu lugar de reposo y sigues siendo… hermosa?».

Contempló cómo se movía por la pantalla y oyó su risa, hasta que las lágrimas la hicieron rielar con trémulas franjas de colores brillantes.

«Aquí se está bien esta noche, Diana. Tú también estás aquí, con toda tu calidez, y sin embargo solo es una ilusión. Te enterraron hace tres años, y ahora los cazadores de autógrafos andan locos por el estudio detrás de una actriz nueva».

Se le hizo un nudo en la garganta. Era un sentimiento infundado, pero todos sentían lo mismo por ella. Todos la querían y la odiaban por ser tan encantadora. Pero quizá tú la querías más que los demás.

¿Quién demonios eres tú? Casi ni sabía que existías. Cleve Morris, un sargento de guardia que se pasaba dos horas al día delante de un escritorio apretando el botón para abrir la puerta a la gente que entraba y salía y seis horas paseándose por los platós asegurándose de que todo estuviera en orden. Casi ni sabía que existías. Siempre era lo mismo: «Hola, Diana», «¡Hola, sargento!»; o

«Buenas noches, Diana», cuando ella salía de los decorados arrastrando su largo vestido de noche y le guiñaba un ojo por encima del hombro, «Hasta mañana, sargento. ¡Pórtese bien!».

Ya habían pasado tres años. Cleve se arrellanó en su asiento en la sala de proyecciones. Su reloj de pulsera marcaba las ocho en punto. El trabajo en los estudios había terminado y las luces iban apagándose una detrás de otra. Al día siguiente habría un gran ajetreo, pero esa noche estaba solo en aquella sala, viendo las viejas películas de Diana Coyle. En la cabina de proyección, a su espalda, estaba Jamie Winters, el primer operador de cámara del estudio, que revisaba las bobinas de las películas y hacía los honores de la proyección.

Allí estabais los dos a altas horas de la noche. De repente la imagen vibra y echa a perder su rostro encantador. Vuelve a vibrar y te hierve la sangre. Vibra otras dos veces, durante un rato largo, y luego vuelve a ponerse bien. Una copia en mal estado. Cleve se acomoda en el asiento y piensa en una noche de hace tres años, más o menos a la misma hora, casi el mismo día del mes… Tres años antes… A la misma hora La lluvia y el cielo oscuro… Tres años antes…

Esa noche Cleve estaba en su escritorio. La gente entraba con prisa, con las gotas de lluvia adheridas a la ropa como lentejuelas, y nunca lo veía. Él se sentía como una momia en un museo a la que los visitantes se habían acostumbrado y no prestaban atención desde hacía mucho tiempo. Solo era un elemento fijo que les abría la puerta con el dispositivo de su escritorio.

—Buenas noches, señor Guilding.

R. J. Guilding se quedó pensativo y rechazó la idea con un movimiento seco con la mano enfundada en un guante gris. También sacudió la cabeza canosa.

—¿Le parece buena la noche? —quiso saber. En eso se convierten los productores.

Zumbido. Puerta abierta. Portazo.

—¡Buenas noches, Diana!

—¿Eh? —Las gotas de lluvia tachonaban su rostro ovalado como si fueran gemas resplandecientes cuando Diana entró en el vestíbulo del estudio. Él la habría besado de todas maneras. Parecía sola y perdida—. Ah, hola, Cleve. Esta noche toca trabajar hasta tarde. La

película está casi terminada. Dios mío, estoy agotada.

Zumbido. Puerta abierta. Portazo.

Cleve la siguió con la mirada y retuvo su fragancia todo el tiempo que pudo.

—Ah, pies planos —dijo alguien. Inclinado sobre el escritorio y con una sonrisa irónica en los labios estaba el apuesto Robert Denim—. Ábreme la puerta, paleto. Nunca deberían haberte dado este trabajo. Pobrecillo, eres un atentado contra el glamur.

Cleve lo miró con curiosidad.

—Ella ya no está con usted, ¿verdad?

El rostro de Denim perdió de repente todo su atractivo. No dijo nada, pero la expresión de su cara despejó todas las dudas de Cleve. Denim agarró el picaporte y tiró de él con violencia.

Cleve no apretó el botón del dispositivo a propósito. Denim maldijo y se dio la vuelta con la mano enguantada cerrada en un puño. Cleve apretó entonces el botón, sonriendo. Era la clase de sonrisa que cortó de cuajo las vacilaciones de Denim y le hizo decidirse a tirar de nuevo del pomo de la puerta y adentrarse en los pasillos del estudio.

Unos minutos después entró Winters, sacudiéndose la lluvia y con un humor de perros.

—Esa Diana Coyle… Te diré una cosa, Cleve, esa mujer trasnocha todas las noches ¡y espera que la fotografíe como si fuera una niña de doce años! ¡Ay, tendría que haberme dedicado a otra cosa!

Detrás de Jamie Winters entró Georgie Kroll, con Tally Durham agarrada a él para evitar que Diana le echara el guante. Pero ya era tarde. A juzgar por la cara de Georgie, ya se lo había echado; y a juzgar por la cara de Tally, ella ya lo sabía pero no quería creerlo.

Portazo.

Cleve revisó la lista de nombres y comprobó que todas las personas que trabajaban esa noche ya habían entrado. Se relajó. Todos juntos formaban una colmena siniestra, y Diana era la abeja reina a cuyo alrededor revoloteaban las demás. Esa noche se trabajaba hasta tarde en el estudio solo por ella; las luces, el sonido, los colores, la actividad…, todo por ella. Cleve se fumó un cigarrillo tranquilamente, recostado en su silla y regodeándose en sus pensamientos: «Diana, compremos una casita para nosotros dos en

San Fernando, donde hay inundaciones todos los años y las flores brotan cuando el agua se retira. Me encantaría remar contigo en una canoa, Diana, incluso por las aguas de una inundación. Tendríamos flores, heno, sol y paz en el valle, Diana».

Lo único que Cleve oía era el repiqueteo de la lluvia en las ventanas, algún que otro trueno esporádico y el tictac de su reloj, que era como una termita perforando la estructura del silencio.

Tictac, tictac, tictac…

El grito que retumbó en todo el edificio lo lanzó de su silla hasta el centro del vestíbulo. Apareció una *script* arrastrando los pies y balbuceando. Cleve la sujetó para pararla.

—¡Está muerta! ¡Está muerta!

El tictac del reloj proseguía incesantemente.

Un rayo iluminó el vestíbulo y Cleve sintió el azote del viento frío en el cuello. Se le revolvió el estómago, aterrorizado como estaba de hacer la pregunta que no podría posponer eternamente. Cerró con llave las puertas de bronce de la entrada principal y corrió el pasador de las ventanas que estaban abiertas para demorar lo inevitable. Cuando se dio la vuelta vio que la script estaba apoyada en su escritorio, temblando como si se hubiera soltado una pieza de una máquina perfectamente engranada.

—En el plató doce… Ha pasado ahora mismo —dijo entrecortadamente—. Diana Coyle…

Cleve recorrió a la carrera los penumbrosos pasillos del estudio acompañado por el eco de sus pasos frenéticos en los grandes espacios vacíos. La brillante luz del plató se derramaba por la puerta abierta delante de él; la gente, aturdida, permanecía inmóvil enmarcada por el vasto recuadro de la puerta.

Cleve entró corriendo en el plató, frenó en seco y bajó la mirada al suelo, con el corazón aporreándole el pecho.

Era la persona más hermosa que hubiera muerto jamás.

Su vestido de noche plateado formaba un pequeño lago a su alrededor. Sus uñas eran cinco escarabajos muertos de color escarlata que brillaban a cada lado de su cuerpo desplomado.

Todos los focos vertían su luz cálida sobre ella, intentando mantenerla caliente mientras su cuerpo se enfriaba rápidamente. «También mi sangre —pensó Cleve—. ¡Calentadme también a mí, focos!».

La conmoción general hacía que todos se mantuvieran inmóviles, como en una fotografía.

Denim, jugueteando con un cigarrillo que sostenía entre los dedos, fue el primero en hablar.

—Estábamos rodando una escena y de repente se cayó… Eso fue todo.

Tally Durham, una mujer del tamaño más o menos de un salero, deambulaba por el plató diciéndole a todo el mundo:

—¡Pensamos que se había desmayado! ¡Fui a buscar las sales olorosas!

Denim dio una calada al cigarrillo. Estaba muy nervioso.

—Las sales no dieron resultado.

Cleve tocó a Diana Coyle por primera vez en su vida.

Pero ya era tarde. ¿Qué placer había en tocar un trozo de arcilla fría que no te miraba con sus ojos verdes y riendo con sus labios sinuosos?

Cleve la tocó y dijo:

—La han envenenado.

La palabra «veneno» se propagó convertida en un eco por el plató, que permanecía a oscuras detrás del resplandor de los focos.

—Tomó… tomó algo… —balbuceó Georgie Kroll— que cogió de la caja de los refrescos… hace unos minutos. Quizá…

Cleve encontró a ciegas la caja de los refrescos, olió una botella y la apartó cautamente utilizando un pañuelo para meterla en una tartera que era propiedad del estudio.

—Que nadie toque esto.

El suelo estaba pegajoso.

—¿Alguien ha visto a otra persona tocar esta botella antes de que Diana bebiera de ella?

Desde lo alto del deslumbrante cielo eléctrico, un tipo se asomó como si fuera un dios cortocircuitado y gritó:

—¡Oye, Cleve, justo antes de la última escena tuvimos un problema con las luces! ¡Alguien cortó la luz general y estuvimos alrededor de un minuto y medio a oscuras! ¡Eso es tiempo más que suficiente para que alguien manipulara la botella!

—¡Gracias! —Cleve se volvió hacia Jamie Winters, el cámara—. ¿Había película en la cámara? ¿Filmaste la… muerte?

—Supongo que sí… ¡Seguro!

—¿Cuánto tardarás en revelarla?

—Dos o tres horas. Pero tendría que llamar a Juke Davis para que venga al estudio.

—Pues llámalo. Busca a dos vigilantes para que custodien la película. ¡Vamos!

A lo lejos, las sirenas sonaban y Hollywood se acostaba. De repente alguien cayó en la cuenta de que Diana estaba muerta y rompió a llorar.

«Ojalá yo también pudiera llorar —se dijo Cleve—. Ojalá. ¿Cómo se espera que me comporte ahora? ¿Tengo que hacer de tipo duro, ser un Sherlock Holmes? ¿Tengo que interrogar a todo el mundo cuando se me ha parado el corazón?». Cleve oyó que su voz actuaba por cuenta propia.

—Escuchen todos, la noche será larga. Trabajaremos hasta que esto se aclare. Y si eso no ocurre, supongo que no nos iremos a casa. Todos a sus puestos, repetiremos la escena antes de que llegue la brigada de homicidios. A sus puestos todo el mundo.

Repitieron la secuencia.

Llegó la brigada de homicidios. Había un inspector llamado Foley y otro que respondía al nombre de Sadlowe. Uno era pequeño y el otro, grande. Uno hablaba por los codos y el otro escuchaba. Foley se encargó de hablar y Cleve acabó con dolor de cabeza.

R. J. Guilding, director y productor de la película, hundido en su silla de director, se frotó la cara y trató de explicar a Foley que quería que aquel asunto se mantuviera en secreto y alejado de los periódicos.

Foley le pidió que se callara y miró a Cleve como si él también fuera un sospechoso.

—¿Qué ha averiguado, hijo?

—Había película en la cámara. La muerte de Diana…, de la señorita Coyle está filmada.

Foley arqueó las cejas.

—¡Vaya, caray, pues vamos a verla!

Fueron a buscar la película al laboratorio de revelado. Era un sitio que siempre había dado un miedo cerval a Cleve, ya que parecía un enorme depósito de cadáveres con pasadizos sin salida y laberintos de paredes negras para impedir el paso de la luz. Se avanzaba por una oscuridad impenetrable, tanteando los muros,

inclinándose, girando, maldiciendo y retorciendo el cuerpo; se iba en dirección sur, este, oeste, de nuevo sur, y de repente uno se encontraba en un espacio salpicado de puntos verdes tan vasto como el universo. Lo único que había a la vista eran cintas verdes y manchas de luz, tenues serpientes de película que trepaban enroscadas en bobinas apiladas desde el suelo hasta el techo. La única luz brillante era la que arrojaba un proyector que positivaba los negativos a medida que pasaban por unas ranuras paralelas. El positivo luego pasaba por una larga serie de baños de revelado. Aquel lugar era una morgue donde se oía un chirrido constante. Juke Davis se movía por allí como si fuera un necrófago.

—No hay banda de sonido. Más tarde la uniré —explicó Davis—. Aquí tiene su película, señor Foley.

Cogieron la película y regresaron por el laberinto.

Una vez en la sala de proyección, Cleve y los inspectores de la policía Foley y Sadlowe, con Jamie Winters a cargo del proyector en la cabina, observaron la escena de la muerte proyectada en la pantalla para ellos. Se había cerrado el plató doce y otros agentes estaban interrogando al resto de la gente por orden alfabético.

En la pantalla, Diana reía y Robert Denim también lo hacía. El silencio era absoluto. Los dos actores abrían la boca pero no salía ningún sonido de ellas. Más gente bailaba a su espalda. Diana y Robert Denim se pusieron a bailar también con elegancia y en silencio, relajadamente. Cuando pararon de bailar conversaron con el gesto serio con… Tally Durham y Georgie Kroll.

—¿Y dice que ese tal Kroll también estaba enamorado de Diana? —preguntó Foley.

Cleve asintió.

—¿Y quién no?

—Ya, ¿y quién no? —repitió Foley—. Bueno… —comenzó a decir mirando con suspicacia la pantalla—. ¿Qué puede contarme de Tally Durham? ¿Estaba celosa?

¿Había alguna mujer en Hollywood que no odiara a Diana por ser perfecta? Cleve habló de lo enamorada que estaba Tally de Georgie Kroll.

—Nunca falla —dijo Foley negando con la cabeza.

—Es posible que Tally matara a Diana —sugirió Cleve—. Quién sabe. Georgie también tendría un motivo. Diana lo trataba como si

fuera un muñeco de trapo. Él la deseaba, pero no podía tenerla. Es algo que les ha ocurrido a muchos hombres a lo largo de la vida de Diana. Si alguna vez amó a alguien fue a Robert Denim, y no duró demasiado. Denim es un poco demasiado… duro, supongo que ese sería el adjetivo que mejor lo describiría.

Foley resopló.

—Esto va bien. Tenemos tres sospechosos en una escena. Cualquiera podría haber echado nicotina en la botella del refresco. El apagón duró un minuto y medio. En ese tiempo, cualquiera que hubiera comprado sulfato de nicotina Black Leaf Forty en la floristería más cercana podría haber vertido veinte gotas en la bebida y hacerse el inocente cuando regresó la luz. Maldita sea.

—Tiene que haber una manera de separar a los inocentes de esta película —dijo Sadlowe, que hablaba por primera vez en toda la noche. Una observación brillante.

Cleve contuvo la respiración. Diana estaba muriéndose en la pantalla.

Moría como lo había hecho todo en la vida. Era imposible no admirar cómo lo hacía, con la elegancia, la pasión y el control de un magnífico felino. Olvidaba el diálogo en mitad de la escena, se agarraba lentamente el cuello con los dedos y se daba la vuelta. La expresión de su cara cambió y miró directamente a los ojos del espectador desde la pantalla, como si supiera que era la escena de su vida y, para un cínico, también la mejor.

Luego se desplomó como si fuera un dosel de seda al que se le hubieran retirado bruscamente los palos que lo aguantaban.

Denim se agachó a su lado y en sus labios pudo leerse: «¡Diana!».

Tally Durham chilló aunque no se oyó su voz y la imagen vibró y fundió en negro; aparecieron unos números, unos colores de tonos ámbar y luego nada salvo una luz deslumbrante.

¡Oh, Dios mío, que alguien apriete un botón! ¡Hay que rebobinar y devolverla a la vida! Aprieten el botón como hacen en esos noticiarios cómicos en los que se recomponen trenes que se hacen añicos, emperadores destronados vuelven a ser coronados, el sol sale por el oeste y… ¡Diana Coyle se levanta de entre los muertos!

La voz de Jamie Winters llegó desde la cabina de proyección:

—Eso es todo. ¿Quieren volver a verlo?

—Sí, póngalo media docena de veces —respondió Foley.

—Discúlpenme un momento —dijo en voz baja Cleve.

—¿A dónde va?

Cleve salió a la lluvia fría, que lo azotó con fuerza. Detrás de él, dentro, Diana moría una y otra vez, como un títere repitiendo la función. Cleve apretó los dientes, alzó la vista al cielo y dejó que la noche llorara sobre él y lo empapara con sus lágrimas; la noche, él y la oscuridad que lloraba estaban en perfecta armonía…

La tormenta no cesaría hasta la mañana siguiente, tanto dentro como fuera del estudio. Foley hablaba a gritos a todos y ellos le respondían calmadamente que eran inocentes; sí, todos odiaban a Diana, pero al mismo tiempo la querían; estaban celosos de ella, pero también era una buena persona.

Foley tuvo una idea colosal: invitó a todos los sospechosos a ir a la sala de proyección y, sin que eso demostrara nada, les metió el miedo en el cuerpo poniéndoles la última escena de Diana. R. J. Guilding se derrumbó y rompió a llorar. Georgie gimoteó y Tally chilló. A Cleve se le revolvió el estómago y la larga noche continuó.

Georgie confesó que sí, sí, amaba a Diana. Tally dijo que sí, sí, la odiaba. Guilding confirmó que Diana había retrasado el rodaje y causado inconvenientes. Y Robert Denim reconoció que había intentado reconciliarse con su ex mujer. Jamie Winters habló de sus dificultades para fotografiarla correctamente porque a su rostro le sentaba muy mal trasnochar. A lo que R. J. Guilding espetó:

—¡Diana me dijo que la fotografiabas para que saliera mal a propósito!

Jamie Winters mantuvo la calma.

—Eso no es verdad. Quería echarle la culpa de su cutis a otra persona… A mí.

—¿Usted también estaba enamorado de ella? —inquirió Foley.

—¿Por qué cree que me hice cámara?

Por lo tanto, cuando amaneció, Diana estaba tan muerta como durante la noche. Las grandes puertas del plató se deslizaron y los sospechosos salieron exhaustos y subieron a sus coches para marcharse a casa.

Cleve los observó con los ojos cansados. Luego se dio una vuelta por el estudio, en silencio, comprobándolo todo a pesar de que no era necesario. Aspiró el olor dulce de la vegetación del cementerio

que había al otro lado del muro.

Hollywood era un lugar curioso. Se había construido un estudio al lado de un cementerio. Solo un muro los separaba. A veces daba la impresión de que en la meca del cine todo el mundo se afanaba en trepar esa pared para pasar al otro lado. Algunos se bañaban en whisky, otros fumaban hasta consumirse; todos ansiaban conseguir un despacho en el cementerio de Hollywood… sin teléfono. Bueno, pues Diana no había tenido que trepar el muro.

Alguien la había tirado al otro lado…

Cleve agarraba el volante con fuerza, apretándolo como si quisiera romperlo y gritarle a la gente que se apartara de en medio, ¡maldita sea! Estaba empezando a perder el juicio.

La enterraron un radiante y ventoso día californiano, rodeada de flores rojas, amarillas y azules y de lágrimas equivocadas.

Esa fue la primera vez que Cleve bebió lo suficiente para emborracharse. Nunca olvidaría ese día.

Tres días después le llamaron del estudio.

—Oye, Morris, ¿qué mosca te ha picado? ¿Dónde te has metido?

—Estoy en mi casa —respondió apagadamente Cleve.

Nunca encendía la radio ni paseaba por la ciudad de noche como solía hacerlo, soñando. Evitaba los periódicos porque publicaban grandes fotografías de ella. En la radio hablaban sobre ella, así que estuvo a punto de romper el aparato. Cuando la semana llegaba a su fin, Diana ya estaba a salvo bajo tierra y los periódicos habían reducido las coronas fúnebres de tinta negra; el primer miércoles contaron la historia de su vida en la segunda página; en la cuarta página el jueves; el viernes, en la quinta; en la décima el sábado; y al lunes siguiente publicaron el capítulo final y lo pusieron en la página número veintinueve junto con las noticias de la bolsa.

«¡Están olvidándose de ti, Diana! ¡Tú siempre ocupabas la primera página!».

Cleve regresó al trabajo.

El viernes ya no quedaba nada salvo la lápida nueva en el cementerio de Hollywood. Los periódicos se pudrían en las alcantarillas desbordadas y se borraba la tinta de su nombre; en la radio solo hablaban de la guerra y Cleve trabajaba con unos ojos curiosos y cambiados.

Se pasaba el día apretando el botón que abría la puerta y la gente entraba y salía. Veía a Tally que llegaba bailando todas las mañanas, más ligera, alegre y feliz ahora que Diana no estaba, agarrada del brazo de Georgie, a quien tenía para ella solita, salvo por su alma y su cabeza. Veía entrar a Robert Denim y nunca se dirigían la palabra. Saludaba con la mano a Jamie Winters y era cortés con R. J. Guilding.

Pero los observaba a todos, como un director de diálogos esperando a que alguno de ellos se equivocara en una frase o se quedara en blanco.

Hasta que un día los periódicos anunciaron sin darle mayor importancia que su muerte había sido un suicidio y se dio por cerrado el caso.

Un par de semanas después, Cleve seguía recluido en su apartamento, donde pasaba las horas leyendo y pensando, cuando sonó el teléfono.

—¿Cleve? Soy Jamie Winters. Escucha, polizonte, mueve el culo. Esta noche hay una fiesta en mi casa y estás invitado. Tengo algunas secuencias de la última película de Gable.

Cleve se hizo de rogar, pero finalmente dio su brazo a torcer y fue a la fiesta. Se sentaron en el salón de Jamie Winters delante de una pequeña pantalla y Winters le mostró secuencias descartadas. Garbo tropezaba con un cable y caía sobre su plataforma. Spencer Tracy recitaba su parte del diálogo y se ponía a imprecar. William Powell sacaba la lengua a la cámara cuando olvidaba su texto. Cleve rio por primera vez en un millón de años.

Jamie Winters tenía una colección interminable de secuencias de estrellas famosas equivocándose y diciendo cosas censurables.

Cuando apareció Diana Coyle fue como si le dieran una patada en el estómago, como si le hubieran disparado con una escopeta de dos cañones. Cleve dio un respingo y soltó un grito ahogado, cerró los ojos y se agarró a la silla.

Entonces sintió un frío repentino. Mientras miraba la pantalla se le metió una idea en la cabeza, como si una lluvia helada le cayera sobre las mejillas.

—¡Jamie! —exclamó.

—¿Sí? —dijo el cámara en la oscuridad envolvente.

—Tengo que hablar contigo en la cocina, Jamie.

—¿De qué?

—Eso no importa. Deja el proyector encendido y ven conmigo.

Ya en la cocina, Cleve agarró a Jamie.

—Se trata de estas secuencias que me estás enseñando. Los errores. Las escenas censuradas. ¿Tienes descartes de la última película de Diana? Tomas falsas, arrebatos de ira de los actores, esas cosas…

—Sí, en el estudio. Las colecciono. Es una afición que tengo. Ese metraje suele terminar en el cubo de la basura. Las guardo para echarme unas risas.

Cleve contuvo el aliento.

—¿Podrías conseguírmelas, todas? ¿Podrías traerlas mañana por la noche y enseñármelas?

—Claro, si quieres. Pero no entiendo…

—Eso da igual, Jamie. Solo haz lo que te pido, ¿vale? Trae todos los descartes, todas las escenas desechadas. Quiero ver quién estropeaba las escenas, quién causaba más problemas y por qué. ¿Harás eso por mí, Jamie?

—Claro, claro, Cleve. Tranquilo. Ahora siéntate. Te traeré algo de beber.

Cleve apenas probó bocado al día siguiente. Las horas pasaban lentamente. Por la noche cenó y se tomó cuatro aspirinas. Luego fue montado en una pesadilla mecánica hasta la casa de Jamie Winters.

Jamie estaba esperándolo con las bebidas preparadas y las películas en el proyector.

—Gracias, Jamie. —Cleve se sentó y bebió con nerviosismo—. Muy bien. ¿Vemos lo que hay?

—¡Acción! —exclamó Jamie.

La pantalla se iluminó. «Toma uno, escena siete. La virgen dorada: Diana Coyle, Robert Denim».

¡Clac!

La secuencia empezó a desarrollarse. El escenario era una terraza con el mar de fondo y bañado por la luz de la luna.

—Hace una noche preciosa. Tanto que no puedo creer que sea posible.

Robert Denim cogía las manos de Diana, la miraba y replicaba:

—Creo que yo puedo hacer que lo creas. Te… ¡Maldita sea!

—¡Corten! —gritó Guilding fuera de campo.

La cámara seguía filmando y Denim tenía la cara desencajada, sombría y llena de arrugas.

—¡Ya estás chupando cámara otra vez!

—¿Yo? —Diana había perdido su belleza. Así no estaba hermosa. El polvo dorado de sus alas formaba unas nubes iracundas —. ¿Yo? Eso tú, actorucho de tres al cuarto, deslenguado y sucio…

Clic. Oscuridad. Fin de la proyección.

Cleve continuó sentado con la mirada fija en la pantalla. Al cabo de unos segundos dijo:

—No se llevaban bien, ¿verdad? —Y luego, casi para sí, añadió —: Me alegro.

—Te pondré otra —dijo Winters.

El proyector se puso en marcha. Otra secuencia. Una fiesta. Risas y música, y de pronto, estropeándolo todo, una voz amarga y con tono acusativo espetaba:

—¡Maldita sea!

—¡Como me hayas dado mal el pie a propósito, inútil y vulgar…!

¡Diana y Robert de nuevo a la gresca!

Otra escena, y otra. ¡Seis, siete, ocho! En una de ellas Denim bramaba:

—¡Te juro por Dios que alguien debería cerrarte el pico para siempre!

—¿Quién lo va a hacer? —replicaba Diana con los ojos brillantes como dos gemas verdes—. ¿Tú, llorica aficionado?

Denim la fulminaba con la mirada y respondía:

—Sí, tal vez lo haga yo. ¿Por qué no? Me has dado una idea.

También había algunas escenas subidas de tono con Tally Durham. Y una en la que Diana intimidaba al pequeño Georgie Kroll hasta que lo ponía nervioso, le hacía sudar y lo obligaba a disculparse. Todo eso estaba filmado; eran pruebas. Pero la proporción era de siete arrebatos de Denim por uno de Tally y otro de Georgie. ¡Y había más!

—¡Páralo! ¡Páralo! —Cleve se levantó de la silla. Su cuerpo bloqueó la luz y proyectó su sombra tambaleante en la pantalla—. Gracias por las molestias, Jamie. Estoy cansado. ¿Puedo… puedo quedarme estas secuencias de Denim?

—Claro.

—Esta misma noche iré a la comisaría para denunciar a Robert Denim por el asesinato de Diana Coyle. Gracias otra vez, Jamie. Has sido de gran ayuda. Buenas noches.

Cinco, diez, quince, veinte horas. Podrían contarse de dos en dos, de cuatro en cuatro o de seis en seis. Saltemos varias horas. Una conversación con la policía y de vuelta a casa para dejarse caer en la cama.

«¡Irás directo a la cámara de gas, Robert Denim, miserable asesino!».

Y de repente, en mitad del sueño profundo, sonó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Cleve? —respondió una voz en plena noche.

—Sí.

—Soy Juke Davis, del laboratorio fotográfico. Ven corriendo. Estoy herido… herido… herido…

Un cuerpo se desplomó al otro lado de la línea telefónica.

Silencio.

Encontró a Juke tendido sobre un baño químico, teñido de rojo por el cuchillo que le había arrancado los sueños, la vida y la voz para siempre y los había desparramado para que formaran un lago escarlata a su alrededor.

El auricular de un teléfono colgaba de una pared verdosa. El laboratorio estaba a oscuras. Alguien se había deslizado sigilosamente por los penumbrosos túneles y había aparecido de repente de las sombras. Ahora Cleve no oía nada salvo la película que giraba eternamente en la bobina, como una planta trepadora que se abriera paso por la oscuridad buscando la luz del sol. Cleve, aturdido, se arrodilló al lado de Juke, que yacía con la mitad del cuerpo apoyada contra la máquina que proyectaba la luz de revelado y positivaba los negativos. Se había arrastrado por la habitación hasta allí.

Cleve encontró en la mano cerrada de Juke un fotograma en el que aparecían Tally, Georgie, Diana y Robert Denim. Era evidente que había descubierto algo sobre el asesino en la película y la recompensa le había llegado inmediatamente a través de la oscuridad del estudio.

Cleve utilizó el teléfono.

—Soy Cleve Morris. ¿Todavía tienen detenido a Robert Denim

en la cárcel Central?

—Está en su celda y no quiere hablar. Le advierto, Morris, que como las películas que nos ha traído sean una pista falsa…

—Gracias. —Cleve colgó. Miró a Juke, que seguía derrumbado junto a la máquina—. ¿Quién ha sido, Juke? Denim, no. Eso solo nos deja a Georgie y a Tally, ¿no? ¿Y bien?

Juke no dijo nada y la máquina cantó una canción grave y triste.

Pasó un año. Luego el siguiente. Y después el tercero.

Robert Denim fue contratado por otro estudio. Tally se casó con Georgie. Guilding murió en una fiesta de Nochevieja por beber demasiado y un problema de corazón. Pasó el tiempo y todo el mundo olvidó el asunto. Bueno, casi todo el mundo…

«Diana, cielo, ¿hace frío esta noche…?».

Cleve se levantó de su asiento. Habían pasado tres años. Pestañeó. Una noche fría y lluviosa como esta.

La pantalla parpadeó. Continuó parpadeando de una manera extraña. Cleve se puso recto. Su corazón latía al ritmo del ruido de la bobina del proyector. Se inclinó hacia delante.

—Jamie, ¿podrías volver a proyectar los últimos treinta metros de película?

—Claro, Cleve.

Parpadeos en la película. Imperfecciones. Manchas largas y cortas. Cleve descifró el mensaje: W… I… N…

Cleve abrió la puerta de la cabina de proyección tan sigilosamente que Winters no lo oyó. El cámara estaba mirando la película proyectada en la pantalla con una extraña cara de felicidad, la expresión de un santo que estuviera presenciando un nuevo milagro.

—¿Te lo estás pasando bien, Jamie?

Jamie Winters se sobresaltó, se dio la vuelta y sonrió con incomodidad.

Cleve cerró la puerta con llave y soltó un pequeño sermón:

—Ha pasado mucho tiempo. He dormido mal muchas noches. Tres años, Jamie. Y esta noche no tenías nada mejor que hacer y has puesto unas tomas para regodearte… regodearte de Diana y de lo listo que habías sido. Quizá también disfrutaste viéndome sufrir a mí, porque sabías lo mucho que me gustaba. ¿Has venido a menudo a regodearte estos últimos tres años, Jamie? —preguntó con un

tono afable.

Winters rio con cordialidad.

—Ella te rechazó, ¿verdad? —continuó Cleve—. Eras su cámara. Así que para vengarte empezaste a filmarla de manera que saliera mal. Todo encaja. En sus dos últimas películas no brilla, parece cansada. No era culpa suya… Lo hacías tú con tu cámara. Así que Diana te amenazó con delatarte. Te habrían vetado en todos los estudios. No podías conseguir su amor y amenazó con destruir tu carrera, por lo tanto, ¿qué podías hacer, Jamie Winters? La mataste.

—Para ser un broma, no tiene ninguna gracia —repuso Jamie Winters, poniéndose serio.

—Diana miraba a la cámara cuando murió —prosiguió Cleve—. Te miraba a ti. Nunca se nos pasó por la cabeza esa idea. En el cine siempre tienes la sensación de que está mirando a los espectadores, no al hombre que está detrás de la cámara. Murió. Tú filmaste su muerte. Luego me invitaste a una fiesta, usaste como anzuelo esas tomas que dirigían las sospechas hacia Denim y yo lo mordí. Destruiste todas las tomas que dejaban en buen lugar a Denim. Juke Davis te descubrió. Él estaba todo el día trabajando con películas y sabía que tú manipulabas las tomas. Querías incriminar a Denim porque necesitabas un cabeza de turco para irte de rositas. Juke te hizo preguntas y lo apuñalaste. Luego robaste y destruiste las tomas que Juke había descubierto. Juke no pudo hablar por teléfono, pero llegó a la máquina que revelaba las películas y escribió tu nombre, W-I-N-T-E-R-S, con manchas mientras la película iba pasando por la máquina. ¡Casualmente estaba positivando la última película de Diana aquella noche! ¡Y tú me la has puesto hace diez minutos, pensando que solo era una película dañada!

Jamie Winters se movió con la agilidad de un gato. Abrió el proyector y arrancó la película con un único movimiento animal.

Cleve lo golpeó. Luego retrocedió y se libró de él.

Esta vez el caso se había cerrado de verdad. Pero Cleve no se alegraba ni estaba feliz. Solo se sentía dominado por una ira cegadora. Lo único en lo que pensaba mientras golpeaba una y otra vez la cara de Winters, sujetándolo con una mano y machacándolo con la otra era…

… en la lápida en el cementerio que había al otro lado del muro del estudio; una piedra que transpiraba lluvia azul por su nombre

oscurecido. Lo único que fue capaz de decir con un susurro áspero y ahogado fue:

—¿Hace frío esta noche, Diana? ¿Tienes frío, cielo?

Y Cleve lo golpeó una y otra vez.

El pueblo en el que nadie se bajaba

Cuando se atraviesa Estados Unidos en tren, sea de noche o de día, se pasa por un sinfín de poblaciones en mitad de ninguna parte en las que nadie se apea. O, mejor dicho, ninguna persona que no sea de ellas, que tenga sus raíces en esos cementerios rurales, se molesta en visitar sus estaciones desiertas ni en prestar atención a sus solitarios paisajes.

Comenté esta reflexión con otro pasajero, un viajante como yo, mientras atravesábamos Iowa en el tren de Chicago a Los Ángeles.

—Es cierto —repuso él—. Todo el mundo se baja en Chicago, en Nueva York, en Boston, en Los Ángeles… La gente que no vive en esas ciudades las visita y vuelve a su casa para contar lo que ha visto. Pero ¿quién se baja en Fox Hill, Nebraska, para hacer turismo? ¿Usted? ¿Yo? ¡No! Nadie que yo conozca haría una cosa así. No se nos ha perdido nada en esos sitios, ni siquiera hay un balneario… Así que, ¿para qué molestarse en visitarlos?

—¿No sería un cambio fascinante? —sugerí—. Un año se podría planear unas vacaciones diferentes. Elegir una población perdida en las llanuras donde no se conozca a nadie e ir por ir.

—Se aburriría como una ostra.

—¡No me aburro pensando en ello! —Miré por la ventana—. ¿Cuál es la siguiente localidad donde para el tren?

—Rampart Junction.

Sonreí.

—Suena bien. Quizá me baje en ella.

—Es usted un embustero y un loco. ¿Qué busca? ¿Una aventura? ¿Amor? Adelante, salte del tren. Al cabo de diez minutos estará diciéndose que es un idiota, se subirá a un taxi e irá a la siguiente

parada a esperar este tren.

—Es posible.

Vi pasar los postes del teléfono uno detrás de otro. A lo lejos divisé por primera vez el contorno difuso de una población.

—Pero no lo creo —me oí decir.

El viajante que tenía enfrente me miró ligeramente sorprendido.

Me levanté muy lentamente y cogí mi sobrero. Vi que mi mano se extendía para agarrar mi única maleta. Yo también estaba sorprendido.

—¡Espere! —gritó el viajante—. ¿Qué hace?

El tren tomó de repente una curva y me tambaleé. Vi a lo lejos la torre de una iglesia, un bosque denso y un campo de trigo con el color dorado del estío.

—Creo que voy a bajarme del tren —respondí.

—Siéntese.

—No. Este pueblo tiene algo especial y tengo que ver qué es. Lo cierto es que no tengo que estar en Los Ángeles hasta el lunes, así que tengo tiempo. Si no me bajo del tren ahora, siempre me preguntaré qué me perdí, qué dejé pasar de largo cuando tuve la oportunidad de verlo.

—Solo estábamos hablando por hablar. En este pueblo no hay nada.

—Se equivoca —repuse—. Hay algo.

Me puse el sombrero y levanté la maleta del suelo.

—Por Dios —exclamó mi colega viajante—, en serio va a bajarse.

El tren hizo sonar el silbato y aminoró la marcha. ¡Nos acercábamos al pueblo!

—Deséeme suerte —dije.

—¡Suerte!

Corrí hacia el mozo de estación chillando.

Había una silla con la pintura descascarillada inclinada hacia atrás y apoyada en la pared del andén de la estación. Sentado en ella, tan relajado que su cuerpo parecía haberse consumido dentro de su ropa, había un septuagenario que parecía no haberse movido de allí desde que se construyó la estación. El sol le había bronceado la cara y había creado unos pliegues de lagarto en sus mejillas y alrededor de los ojos, que mantenía permanentemente entornados.

Su cabello parecía una nube de ceniza en el viento estival. Llevaba puesta una camisa azul, tan descolorida que parecía el cielo estrellado al anochecer, desabotonada en el torso para dejar a la visa unos rizos blancos que parecían los resortes de un reloj. Sus zapatos tenían ampollas, como si los hubiera sostenido durante horas, despreocupadamente, encima del fuego de la cocina. La sombra que había debajo de él parecía dibujada con un rotulador permanente negro.

Cuando bajé del tren, el anciano recorrió con la mirada todas las puertas de los vagones y se detuvo en mí, sorprendido.

Me pareció que iba a saludarme con la mano.

Pero solo apareció un color repentino en sus ojos escondidos, una reacción química provocada por la constatación de un hecho. Sin embargo no se produjo el menor movimiento en su boca, ni en sus pestañas, ni en sus dedos; solo un bulto invisible se había movido dentro de él.

El tren volvió a ponerse en marcha y eso me dio una excusa para seguirlo con la mirada. No había nadie más en el andén ni coches esperando junto al edificio de la estación cerrada a cal y canto y cubierta de telarañas. Yo era la única persona que se había apeado del rayo de hierro para poner sus pies en las agitadas ondas del andén de madera.

Se oyó el silbido del tren en la colina.

«¡Imbécil! —me dije. Mi colega viajante había tenido razón. El aburrimiento que ya percibía en este lugar me sacaría de mis casillas—. De acuerdo, soy imbécil, pero no huiré».

Enfilé por el andén cargado con la maleta sin mirar al anciano. Cuando pasé junto a él volví a sentir cómo se movía ese bulto en su interior. Esta vez incluso lo oí. El hombre estaba bajando los pies para apoyarlos en la madera musgosa del suelo.

Seguí caminando.

—Buenas tardes —dijo débilmente.

Yo sabía que no estaba mirándome a mí sino el vasto y radiante cielo sin nubes.

—Buenas tardes —respondí.

Me dirigí a la carretera de tierra que llevaba al pueblo. Cuando había recorrido un centenar de metros eché un vistazo atrás.

El anciano seguía sentado en su silla y miraba fijamente el sol,

como si estuviera preguntándole algo.

Apreté el paso.

Recorrí el pueblo, que tenía un aspecto onírico a esa última hora de la tarde, completamente anónimo y solo, como una trucha remontando la corriente sin tocar las orillas de un cristalino río de vida que corría a mi alrededor.

Mis sospechas se confirmaron, era un pueblo donde no pasaba nada. Los únicos hechos que ocurrieron fueron los siguientes:

A las cuatro en punto, la puerta de la ferretería Honneger se abrió violentamente y salió un perro para sacudirse en la calle. A las cuatro y media, una pajita absorbió el fondo vacío de un vaso de refresco y el ruido que hizo sonó como una catarata en el silencio de la cafetería del colmado. A las cinco, chicos y guijarros se zambulleron en el río que atravesaba el pueblo. A las cinco y cuarto, las hormigas desfilaron a los pies de algunos olmos a la luz del sol bajo.

Aun así, mientras deambulaba en círculo, me repetía que tenía que haber algo digno de verse en aquel pueblo. Sabía que estaba en alguna parte; solo tenía que seguir caminando y observando. Estaba convencido de que al final lo encontraría.

Continué caminando y observando.

Según pasaba la tarde solo había un factor que se mantenía constante e inalterable: el hombre con los pantalones y la camisa descoloridos nunca andaba lejos. Cuando me senté en el colmado, él estaba en la puerta escupiendo bolas de tabaco que se convertían en escarabajos peloteros en el suelo polvoriento. Cuando me acerqué al río, él estaba arrodillado en la orilla lavándose a conciencia las manos.

A eso de las siete y media, mientras paseaba por séptima u octava vez por las silenciosas calles del pueblo, oí pasos detrás de mí.

Me volví a mirar y vi que el anciano venía hacia mí con la mirada fija al frente y una brizna de hierba seca entre los dientes sucios.

—He pasado allí mucho tiempo —dijo en voz baja.

Caminamos juntos a la luz crepuscular.

—Mucho tiempo —repitió—, esperando en la estación.

—¿Usted? —pregunté.

—Yo. —Asintió con la cabeza a la sombra de los árboles.

—¿Esperando a alguien?

—Sí —respondió—. A usted.

—¿A mí? —Mi voz debió expresar mi sorpresa—. Pero ¿por qué…? Es la primera vez que nos vemos.

—¿He dicho yo lo contrario? Solo he dicho que estaba esperándolo.

Habíamos llegado al final del pueblo. Él giró y yo lo seguí por la penumbrosa orilla del río hacia el puente por el que pasaban los trenes nocturnos que viajaban al este o al oeste, y que rara vez paraban en el pueblo.

—¿Quiere saber algo sobre mí? —pregunté de repente—. ¿Es usted el sheriff?

—No, no soy el sheriff. Y no, no quiero saber nada sobre usted. —Metió las manos en los bolsillos. El sol ya se había puesto y de repente hacía frío—. Solo estoy sorprendido de que usted esté aquí, eso es todo.

—¿Sorprendido?

—Sorprendido —repuso—, y… contento.

Me detuve bruscamente y lo miré a los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevaba sentado en el andén de la estación?

—Veinte años, año arriba o abajo.

Supe que me decía la verdad. Su voz era tan plácida y tranquila como el río.

—¿Esperándome a mí?

—O a alguien como usted —respondió.

Continuamos caminando por la oscuridad cada vez más envolvente.

—¿Qué piensa de su pueblo?

—Es un sitio agradable y tranquilo.

—Agradable y tranquilo… —Asentí—. ¿Y la gente?

—Agradable y tranquila.

—Sí, lo es —dije—. Agradable y tranquila.

Yo ya me disponía a dar media vuelta para regresar, pero el anciano seguía hablando y, para seguir escuchándolo y no parecer maleducado, seguí caminando a su lado por la oscuridad casi absoluta de los sinuosos campos y praderas que se extendían en las afueras del pueblo.

—Sí —dijo el anciano—, el día que me jubilé, hace veinte años, me senté en el andén de la estación y allí he estado hasta ahora, sin hacer otra cosa que esperar a que ocurriera algo. No sabía el qué, no lo sabía, no tenía ni idea. Pero, cuando por fin ha pasado, lo he sabido, lo he visto y me he dicho: «Sí, señor, esto es lo que he estado esperando». ¿Un accidente ferroviario? No. ¿El regreso después de cincuenta años de una vieja amiga? No, no. Es difícil definirlo. Estaba esperando a alguien… Algo… Y parece ser que tiene que ver con usted. Ojalá fuera capaz de explicarlo…

—¿Por qué no lo intenta?

Se veían las primeras estrellas en el cielo. Reanudamos el paseo.

—Bueno —dijo lentamente—. ¿Usted se conoce bien por dentro?

—¿Se refiere a mi estómago o psicológicamente?

—Esa es la palabra. Me refiero a su mente, su cerebro. ¿Se conoce bien?

La hierba susurraba debajo de mis pies.

—Más o menos.

—¿Y odia a mucha gente?

—A algunas personas.

—Todos odiamos a alguien. Es normal odiar, ¿verdad? Y no solo eso, aunque nunca lo digamos en voz alta, ¿no es cierto que a veces nos gustaría pegar a alguien que nos hace daño, incluso matarlo?

—Es rara la semana que no sentimos algo así —reconocí—, y descartamos la idea.

—Descartamos nuestras vidas —puntualizó el anciano—. El pueblo dice que las cosas son así y así son, mamá y papá dicen esto y lo otro, la ley dice tal y cual. Así que descartamos matar a una persona, y luego a otra, y a otra. Y cuando llegas a mi edad tienes la cabeza llena de esas cosas. Y, a menos que vayas a la guerra, nunca pasa nada para que te libres de eso.

—Algunas personas tiran al plato o cazan patos —apunté—. O boxean o practican la lucha.

—Y otras no. Yo hablo de los que no hacen nada de eso. Como yo. Durante toda mi vida he estado conservando en sal a esas personas, metiéndolas en la nevera dentro de mi cabeza. A veces un pueblo y la gente que vive en él te sacan de quicio por obligarte a renunciar a esas ideas. Piensas con envidia en los cavernícolas, que soltaban un grito y golpeaban en la cabeza a quien les viniera en

gana con un palo.

—Y la conclusión de todo esto es…

—La conclusión es que a todo el mundo le gustaría matar a alguien en su vida, librarse de esa carga descomunal, de todos esos asesinatos frustrados que pueblan su cabeza y que nunca tuvo las agallas de llevar a cabo. Y de vez en cuando aparece la oportunidad. Alguien pasa por delante del coche que está conduciendo otra persona, se le olvida frenar y lo arrolla. Nadie puede acusarlo con pruebas de nada en un caso así. Esa persona ni siquiera piensa que lo ha asesinado; lo único que ha pasado es que no ha conseguido pisar el freno a tiempo. Pero usted y yo sabemos lo que ha ocurrido en realidad, ¿verdad?

—Sí —respondí.

Nos habíamos alejado bastante del pueblo. Cruzamos un pequeño arroyo por un puente de madera, muy cerca del terraplén del tren.

—Hoy en día —dijo el hombre mientras contemplaba el agua—, el único asesinato que puede cometerse es aquel en el que nadie puede descubrir quién lo hizo, por qué, ni quién murió, ¿está de acuerdo conmigo? Pues bien, hace unos veinte años se me ocurrió una idea… No pienso en ella todos los días, ni siquiera todas las semanas. A veces solo lo hago una vez al mes. En fin, la idea es la siguiente: aquí solo para un tren al día, a veces ni eso. Por lo tanto, si quisieras matar a alguien tendrías que esperar, ¿no?, durante años, hasta que un completo desconocido llegara a tu pueblo, un desconocido que bajara del tren sin un motivo, un hombre al que nadie conociera y que no conociera a nadie en el pueblo. Entonces, solo entonces, pensé mientras estaba sentado en la silla de la estación, podrías atacarlo cuando no te viera nadie y arrojar su cuerpo al río. Lo encontrarían varios kilómetros río abajo, o quizá nunca. En todo caso, a nadie se le pasaría por la cabeza venir a buscarlo a Rampart Junction, porque no era su destino. Estaba de paso hacia otro lugar. Ahí tiene mi idea. Y yo reconocería al hombre en cuanto bajara del tren. Lo reconocería tan claramente como…

Tuve que detenerme. Estaba oscuro y la luna desaparecería del cielo en menos de una hora.

—¿Habla en serio?

—Sí —dijo el anciano. Vi que levantaba la cabeza hacia el cielo estrellado—. Bueno, ya hemos hablado demasiado. —Se acercó furtivamente a mí y puso en mi codo una mano que ardía como si la hubiera tenido tendida delante de una estufa antes de tocarme. Su otra mano, la derecha, cerrada en un puño, continuaba escondida dentro de su bolsillo—. Ya hemos hablado demasiado.

Oí un alarido.

Me volví bruscamente.

Arriba, un expreso nocturno se deslizaba como una bala por las vías invisibles, iluminando la colina, el bosque, las granjas, las casas del pueblo, los campos, las zanjas, las praderas, la tierra labrada y el agua, luego pasó estridentemente y desapareció. Las vías continuaron vibrando unos segundos. Después, el silencio.

El anciano y yo nos miramos en silencio en la oscuridad de la noche. Aún me sujetaba el codo con su mano izquierda y tenía la derecha oculta en el bolsillo.

—¿Puedo decir algo? —pregunté finalmente.

El anciano asintió con la cabeza.

—Sobre mí —dije. Tuve que hacer una pausa porque apenas podía respirar. Me obligué a continuar—: Es curioso. A menudo he pensado lo mismo que usted. Se lo aseguro. Hoy mismo, mientras atravesaba el país, he pensado: sería perfecto, perfecto. Últimamente me ha ido mal en los negocios. Mi mujer está enferma y la semana pasada murió un buen amigo mío. El mundo está en guerra. Yo mismo arrastro una pesada carga. Me iría tremendamente bien…

—¿El qué? —preguntó el anciano, todavía con la mano sobre mi brazo.

—… bajar del tren en este pequeño pueblo —continué—, donde nadie me conoce, con esta arma debajo del brazo, y encontrar a alguien a quien matar. Luego lo enterraría, volvería a la estación y regresaría a casa, y nadie, ni el más listo, sabría jamás quién lo habría hecho. Sería perfecto, pensé, el crimen perfecto. Y me bajé del tren.

Permanecimos otro momento en silencio, mirándonos en la oscuridad. Quizá estábamos escuchando cada uno el corazón del otro, que latía con fuerza en nuestro pecho.

El mundo se movió bajo mis pies. Apreté los puños. Quería

dejarme caer al suelo y chillar como el tren.

Porque de repente me di cuenta de que nada de lo que acababa de decir era mentira. No me lo había inventado para salvar la vida.

Todo lo que había dicho a aquel hombre era verdad.

Y ahora comprendía por qué había bajado del tren y deambulado por aquel pueblo. Sabía lo que había estado buscando.

Oí la respiración jadeante y acelerada del anciano. Me agarraba el brazo como si temiera caerse y apretaba los dientes. Se inclinó hacia mí cuando yo lo hice hacia él y hubo un espantoso momento de tensión, como en el instante previo a una explosión.

Finalmente él se obligó a hablar, y lo hizo con la voz de un hombre aplastado por una carga monstruosa.

—¿Cómo sé yo que tiene una pistola debajo del brazo?

—No lo sabe —dije arrastrando las palabras—. No puede saberlo con certeza.

El hombre esperó. Pensé que iba a desmayarse.

—¿Así acaba todo?

—Así acaba todo —respondí.

Cerró los ojos y la boca apretándolos con fuerza.

Pasaron unos segundos y el hombre consiguió retirar lenta y pesadamente la mano de mi brazo, que también yo notaba increíblemente pesado. Bajó la mirada a su mano derecha y la sacó, vacía, del bolsillo.

Muy poco a poco, con movimientos pesados, nos alejamos el uno del otro y nos pusimos a caminar completamente ciegos por la oscuridad.

El expreso de medianoche resopló en las vías. Esperé a que el tren se pusiera en marcha para asomarme a la estación desde la puerta del coche cama.

El anciano estaba sentado con la silla reclinada contra la pared de la estación, con los pantalones y la camisa azules descoloridos, el rostro bronceado y los ojos blanqueados por el sol. No me miró cuando pasé por delante de él. Tenía los ojos fijos en las vías vacías que se extendían hacia el este, donde al día siguiente, o al otro, o al otro, un tren cualquiera pasaría volando por ellas, y quizá aminoraría la marcha e incluso se detendría. El rostro del hombre permanecía imperturbable y no despegaba los ojos del este. Parecía que tenía cien años.

El tren aulló.

De repente yo también me sentí muy viejo, saqué la cabeza del tren y entrecerré los ojos.

Ahora la oscuridad que nos había unido nos separaba. El anciano, la estación, el pueblo y el bosque habían desaparecido en la noche.

Estuve una hora contemplando esa oscuridad acompañado por el estrepitoso rugido del tren.

Toda la ciudad duerme

Era una tórrida noche de verano en el interior de Illinois. La pequeña ciudad estaba lejos de todo, aislada por un río, un bosque y un barranco. En el pueblo las aceras todavía quemaban; las tiendas estaban cerrando y la oscuridad comenzaba a invadir las calles. Había dos lunas, la del reloj en lo alto del solemne edificio negro de los juzgados, con cuatro caras orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, y la luna de verdad, que se alzaba lentamente, de color vainilla, por el oscuro cielo del este.

En el bar del colmado del centro, los ventiladores zumbaban colgados del techo alto. En las sombras rococó de los porches había sentada gente invisible. De vez en cuando se veía el resplandor rosado de los cigarros. Las puertas con mosquitera gemían en sus resortes y se cerraban con un golpe. Los niños corrían por los ladrillos morados de las calles a la luz del crepúsculo estival. Las puertas con mosquitera gemían en sus resortes y se cerraban con un estruendo. El calor se nutría de la hierba y de los árboles secos.

En su solitario porche, Lavinia Nebbs, de treinta y siete años, una mujer delgada y estirada, estaba sentada con un tintineante vaso de limonada en la mano blanca, dándose golpecitos con él en los labios mientras esperaba.

—Ya estoy aquí, Lavinia.

Lavinia se volvió. Era Francine, en el primer escalón del porche, envuelta por el perfume de las cinias y de los hibiscos. Iba vestida toda de blanco y no aparentaba los treinta y cinco años que tenía.

Lavinia Nebbs se puso en pie y cerró con llave la puerta principal de su casa. Luego dejó el vaso de limonada medio vacío encima de la barandilla del porche.

—Hace una noche perfecta para ir al cine.

—¿A dónde van, señoritas? —gritó la abuela Hanlon desde su penumbroso porche, al otro lado de la calle.

—Al cine Elite para ver *¡Qué fenómeno!*, de Harold Lloyd —le respondieron a través del manso océano de oscuridad.

—A mí no me veréis fuera de casa en una noche como esta —gimió la abuela Hanlon—, no mientras siga ahí fuera ese Solitario estrangulador de mujeres. ¡Voy a encerrarme en casa con mi pistola!

La abuela Hanlon se metió en casa, cerró con un portazo y echó la llave.

Las dos mujeres más jóvenes continuaron caminando. Lavinia sentía el aliento caliente de la noche de verano que exhalaba la acera candente. Era como caminar por la corteza dura de un pan recién horneado. El calor era un intruso que se metía sigilosamente por debajo del vestido y recorría las piernas.

—Lavinia, tú no te crees todos esos rumores sobre el Solitario, ¿verdad?

—A esas mujeres les gustaba demasiado hablar.

—Es igual. Hattie McDollis fue asesinada hace un mes. Y Roberta Ferry, el mes anterior. Y ahora Eliza Ramsell ha desaparecido…

—Apuesto a que Hattie McDollis se largó con un hombre que estaba de paso.

—Pero las otras… Estranguladas… las cuatro. Dicen que las encontraron con la lengua fuera de la boca.

Se detuvieron en el borde del barranco que dividía la ciudad. A su espalda quedaban las casas iluminadas y la música débil de la radio; delante, un abismo, humedad, luciérnagas y oscuridad.

—A lo mejor no deberíamos ir al cine —sugirió Francine—. El Solitario podría seguirnos y matarnos. No me gusta este barranco. Mira lo negro que está, y este olor, y escucha.

El barranco era una dinamo que nunca se detenía, ya fuera de noche o de día; se oía un zumbido ensordecedor entre las nieblas secretas y el esquisto húmedo y apestaba a invernadero. El zumbido de la dinamo negra era constante, y allí donde revoloteaban las luciérnagas aparecían chispazos eléctricos verdes.

—Y no seré yo quien regresa a casa por este espantoso y oscuro

barranco esta noche —añadió Francine—. Si acaso serás tú, Lavinia, la que baje los escalones, la que pase por ese puente inseguro. Quizá el Solitario esté escondido detrás de un árbol. Esta tarde no habría ido a la iglesia si hubiera tenido que pasar por aquí sola, ni siquiera a la luz del día.

—Tonterías —dijo Lavinia Nebbs.

—Irás tú sola, oyendo tus pasos. Yo no pienso ir. Y las sombras. Volverás sola a casa. Lavinia, ¿no te sientes muy sola viviendo en esa casa?

—A las criadas viejas les encanta vivir solas —respondió Lavinia. Señaló un camino penumbroso—. Vayamos por el atajo.

—Tengo miedo.

—Es temprano. El Solitario no saldrá hasta más tarde. —Lavinia, fría como un helado de menta, agarró del brazo a la otra mujer y la llevó hacia el sinuoso sendero, donde encontraron el calor de los grillos, el sonido de las ranas y el frágil silencio de los mosquitos.

—¡Corramos! —jadeó Francine.

—No.

Si Lavinia no hubiera girado la cabeza en ese preciso momento no lo habría visto. Pero giró la cabeza y allí estaba. Y entonces Francine se volvió y también lo vio, y las dos mujeres se quedaron inmóviles en el sendero, incapaces de creer lo que veían.

En la noche cerrada colmada de ruidos, medio escondido entre unos arbustos pero tendido como si se hubiera colocado así para contemplar las estrellas, yacía el cuerpo de Eliza Ramsell.

Francine chilló.

La mujer yacía como si estuviera flotando en el agua, con la cara moteada por la luz de la luna y los ojos blancos como el mármol, con la lengua colgándole entre los labios.

Lavinia sintió que el barranco se movía debajo de sus pies como si fuera un gigantesco tiovivo. Francine estaba jadeando y gimoteando, y pasaron algunos segundos hasta que Lavinia se oyó decir:

—Será mejor que avisemos a la policía.

—Abrázame, Lavinia, por favor, abrázame. Tengo frío. Oh, no tenía tanto frío desde el invierno.

Lavinia abrazó a Francine mientras la policía se desplegaba por los matorrales del barranco. Las luces de las linternas escindían la

oscuridad, las voces se confundían y la noche avanzaba hacia las ocho y media.

—Es como si estuviéramos en diciembre. Necesito un jersey —dijo Francine con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el hombro de Lavinia.

—Supongo que ya pueden marcharse, señoras —dijo el agente de policía—. Pásense mañana por la comisaría para continuar el interrogatorio.

Lavinia y Francine se alejaron de la policía y del delicado cuerpo cubierto con una sábana en la hierba.

Lavinia oía los fuertes latidos de su corazón y también ella sentía un frío del mes de febrero en sus carnes. Unos repentinos copos de nieve se posaban en sus brazos desnudos y la luna teñía de blanco sus dedos ateridos. Recordó que ella había llevado el peso de la conversación con la policía mientras Francine sollozaba.

—¿Quieren que las escolten hasta casa? —les gritó un policía a su espalda.

—No es necesario —respondió Lavinia, y continuaron caminando. «No recuerdo nada —pensó—. Apenas recuerdo el aspecto que tenía tendida en la hierba ni todo lo demás. No me creo que haya pasado. Ya he empezado a olvidarlo. Me obligo a olvidarlo».

—Nunca había visto un muerto —dijo Francine.

Lavinia miró su reloj de pulsera, que parecía increíblemente lejano.

—Solo son las ocho y media. Recogeremos a Helen e iremos al cine.

—¿Al cine?

—Es justo lo que necesitamos.

—¡No hablarás en serio, Lavinia!

—Tenemos que olvidar todo esto. Recordarlo nos hace mal.

—Pero esa mujer de allí era Eliza y…

—Necesitamos reír. Iremos al cine como si no hubiera pasado nada.

—Pero Eliza era amiga nuestra, era mi amiga…

—No podemos ayudarla. Lo mejor para nosotras será olvidarlo cuanto antes. Insisto. No pienso volver a casa y ponerme a pensar en lo que ha pasado. No quiero pensar en ello. Quiero ocupar la

cabeza con cualquier otra cosa.

Comenzaron a ascender desde el fondo del barranco por un sendero pedregoso. Oyeron voces y se detuvieron.

Desde el arroyo que había abajo llegaba una voz que susurraba:

—Soy el Solitario. Soy el Solitario. Soy un asesino.

—Y yo soy Eliza Ramsell. Mira. Estoy muerta. ¡Tengo la lengua fuera, mira!

Francine chilló.

—¡Eh, vosotros! ¡Sois unos críos miserables! ¡Marchaos del barranco y volved a casa! ¡Me habéis oído! ¡Volved a casa!

Los niños salieron corriendo y la noche engulló sus risas, que se perdieron en las colinas lejanas y en la abrasadora oscuridad.

Francine gimoteó y reanudaron la marcha.

—¡Ya pensaba que no vendríais! —Helen Greer se puso en pie y dio unos golpecitos con el pie en el suelo del porche—. Solo llegáis una hora tarde.

—Hemos… —empezó a decir Francine.

Pero Lavinia le agarró el brazo para interrumpirla.

—Había mucho revuelo. Han encontrado a Eliza Ramsell muerta en el barranco.

Helen dio un grito ahogado.

—¿Quién la ha encontrado?

—No lo sabemos.

Las tres solteras se miraron un momento en la noche de verano.

—Creo que voy a quedarme en casa —dijo Helen.

Pero al final entró para coger un jersey. Mientras las otras dos amigas esperaban fuera, Francine susurró frenéticamente:

—¿Por que no le has dicho la verdad?

—¿Para qué vamos a darle el disgusto? Ya tendremos tiempo para contárselo mañana —respondió Lavinia.

Las tres mujeres atravesaron una ciudad que cerraba las puertas con llave, corría el pestillo de las ventanas, bajaba persianas y encendía luces brillantes. Mientras recorrían las calles bajo los árboles negros atisbaban ojos que miraban desde ventanas tapadas por cortinas.

Lavinia Nebbs pensó en lo extraña que era aquella noche; los polos de lima o de chocolate se derretían en el suelo, donde los habían dejado caer los niños cuando los habían obligado a entrar en

casa. Bates y pelotas de béisbol estaban tirados en el césped inmaculado delante de las casas. En la acera ardiente habían dejado a medias las casillas de una rayuela dibujada a tiza.

—Es una locura salir una noche así —comentó Helen.

—El Solitario no puede matar a tres mujeres a la vez —la tranquilizó Lavinia—. El número nos hace fuertes. Además, es pronto. Siempre pasa un mes o más entre un asesinato y el siguiente.

Una sombra les cruzó el rostro. Una figura se aproximó a ellas y las tres mujeres chillaron como si alguien hubiera dado un golpe demoledor a un órgano.

—¡Ya sois mías! —Un hombre saltó de detrás de un árbol riendo y se apoyó en el árbol sin parar de reír, a la luz de la luna—. ¡Hola, soy el Solitario!

—¡Tom Dillon!

—¡Tom!

—¡Tom! —gritó Lavinia—. ¡Como vuelvas a hacer una travesura como esta, a lo mejor acabas acribillado por error!

Francine se puso a llorar.

Tom Dillon dejó de reír.

—Vaya, lo siento.

—¿Te has enterado de lo de Eliza Ramsell? —espetó Lavinia—. La han encontrado muerta. Y tú vas asustando a las mujeres… Debería darte vergüenza. No vuelvas a dirigirnos la palabra.

—Yo… —Tom hizo el ademán de seguirlas.

—No te muevas de donde estás, Solitario, y muérete de miedo tú solito —rugió Lavinia—. ¡Ve a mirar la cara de Eliza Ramsell, a ver si te hace tanta gracia! —Empujó a las otras dos mujeres para que continuaran caminando bajo el techo de estrellas y árboles. Francine se tapaba la cara con un pañuelo.

—Francine —le suplicó Helen—, solo era una broma. ¿Por qué llora tanto?

—Supongo que deberíamos decírtelo, Helen. Nosotras encontramos a Eliza. Y no fue agradable. Estamos intentando olvidarlo. Queremos ir al cine para no tener que hablar del asunto. Hemos tenido suficiente. ¡Preparad el dinero para la entrada, ya casi hemos llegado al centro!

En el colmado no corría ni pizca de aire y los ventiladores de

madera giraban y expulsaban el olor a árnica, a tónico y a refresco a las calles con los edificios de ladrillo.

—Cinco centavos de caramelos de menta, por favor —le dijo Lavinia al tendero, que tenía una cara inexpresiva y pálida, como todas las que habían visto en las calles semivacías—. Son para comer mientras vemos la película —explicó mientras el tendero echaba los caramelos en una bolsa ayudándose de una palita de plata.

—Está muy guapa esta noche —dijo el tendero—. Cuando ha venido este mediodía a por los refrescos de cacao también estaba muy guapa, señorita Lavinia. Tanto que alguien ha preguntado por usted.

—¿Eh?

—Está volviéndose muy popular. —Echó algunos caramelos más en la bolsa—. Un hombre que estaba sentado en el mostrador la vio salir de la tienda y me preguntó: «¿Quién es esa mujer?». Era un hombre con un traje negro y la cara delgada y pálida. Yo le respondí que era Lavinia Nebbs, la dama más guapa de la ciudad, y él dijo: «Sí que es guapa. ¿Dónde vive?». — En ese momento el tendero hizo una pausa y miró a otro lado.

—No se lo dirías, ¿verdad? —gimoteó Francine—. Espero que no le hayas dado su dirección. ¡No me digas que se la has dado!

—Lo siento, supongo que lo hice sin pensar. Le dije: «Ah, vive en Park Street, cerca del barranco». Solo fue un comentario inocente. Pero ahora, cuando me he enterado hace un minuto de que han encontrado el cadáver, de repente he pensado: ¡Dios mío, qué he hecho! —Le dio la bolsa a Lavinia con muchos más caramelos de los que había pagado.

—¡Idiota! —gritó Francine con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento. Seguramente no pasará nada…

—¡Nada! ¡Nada! —exclamó Francine.

Lavinia se quedó parada, con las otras tres personas observándola. No sabía qué sentir. No sentía nada… Nada salvo quizá el picor casi imperceptible de la emoción en la garganta. Entregó mecánicamente el dinero al tendero.

—Invita la casa —dijo el tendero bajando los ojos y revolviendo unos periódicos.

—¡Bueno, pues sé lo que vamos a hacer ahora mismo! —Helen

salió del colmado—. Nos vamos directamente a casa. No pienso formar parte de una cuadrilla de caza a tus órdenes, Lavinia. Ese hombre preguntó por ti. ¡Eres la siguiente! ¿Quieres acabar muerta en ese barranco?

—Solo era un hombre —dijo lentamente Lavinia mientras paseaba la mirada por las calles.

—Tom Dillon también es solo un hombre, pero quizá sea el Solitario.

—Estamos todas muy crispadas —repuso reflexivamente Lavinia —. No pienso perderme la película. Si tengo que ser la siguiente víctima, pues lo seré. Hay muy pocas emociones en la vida de una mujer, sobre todo en la de una antigua sirvienta de treinta y siete años como yo, así que me gustaría disfrutar un poco. Además estoy siendo sensata, porque no volverá a atacar esta noche, cuando todavía está tan reciente el último asesinato. Otra cosa será dentro de un mes, cuando la policía se haya relajado un poco y el Solitario vuelva a sentir el deseo de matar. Porque hay que desear matar a alguien, ¿comprendéis? O al menos en el caso de esta clase de asesinos. Ahora está descansando. De todos modos no pienso encerrarme en casa y cocerme en mi propia salsa.

—¡Pero piensa en la cara de Eliza cuando la encontramos en el barranco!

—La vi y no volví a mirar. No me recreé en ella, si eso es lo que estás insinuando. Puedo ver algo y convencerme de que nunca lo he visto, así de fuerte soy. Y en cualquier caso esta conversación es absurda, porque no soy tan guapa.

—Claro que lo eres, Lavinia. Eres la soltera más bonita de la ciudad, ahora que Eliza… —Francine se quedó callada—. Si te hubieras relajado un poco, haría muchos años que estarías casada…

—Deja de lloriquear, Francine. Ya hemos llegado a la taquilla. Tú y Helen marchaos a casa. Yo veré la película sola y luego volveré a mi casa.

—Estás loca, Lavinia. No podemos dejarte…

Discutieron durante cinco minutos. Helen echó a caminar, pero regresó cuando vio que Lavinia sacaba el dinero para pagar una sola entrada. Helen y Francine la siguieron en silencio al interior del cine.

La primera sesión había terminado. Cuando las amigas se

sentaron en el penumbroso teatro, apareció el encargado del cine delante de las cortinas de terciopelo rojo para hacer un anuncio.

—La policía nos ha pedido que esta noche cerremos temprano para que todo el mundo pueda volver a su casa a una hora decente, así que no proyectaremos los cortometrajes y volveremos a pasar inmediatamente la película principal, que acabará a las once. Se aconseja a toda la gente del público que vaya directamente a su casa y que no se entretenga en la calle. Nuestro cuerpo de policía es bastante reducido y los agentes estarán dispersos por toda la ciudad.

—¡Nos lo está diciendo a nosotras, Lavinia! ¡A nosotras!

Lavinia sintió los tirones que le daban sus amigas en ambos brazos.

En la pantalla, con la sala a oscuras, apareció «Harold Lloyd en *¡Qué fenómeno!*».

—Lavinia —susurró Helen.

—¿Qué pasa?

—Cuando hemos entrado, un hombre con un traje negro que estaba en la acera de enfrente ha cruzado la calle. Acaba de entrar y sentarse en la fila de detrás.

—Oh, Helen.

—Está justo detrás de nosotras.

Lavinia continuó mirando la pantalla.

Helen se volvió lentamente para echar un vistazo.

—¡Voy a llamar al encargado! —gritó, y se levantó de un salto —. ¡Paren la película! ¡Enciendan las luces!

—¡Vuelve aquí, Helen! —dijo Lavinia con los ojos cerrados.

Cuando dejaron los vasos vacíos en la mesa, las tres tenían un bigote de chocolate encima del labio. Se lo limpiaron con la lengua, riendo.

—¿Os dais cuenta ahora de que era un tontería? —dijo Lavinia —. ¡Tanto follón para nada! ¡Qué vergüenza he pasado!

El reloj del colmado marcaba las once y veinticinco. Habían salido del cine riendo y animadas, y ahora se reían de Helen, que también se reía de sí misma.

—¡Pensé que iba a morirme cuando saliste corriendo por el pasillo gritando que encendieran las luces!

—¡Pobre hombre!

—¡Era el hermano del encargado, de Racine!

—Ya me disculpé —dijo Helen.

—¿Os dais cuenta de lo que es capaz de provocar el pánico?

Los grandes ventiladores seguían girando, moviendo el caliente aire nocturno y agitando el olor a vainilla, a frambuesa, a menta y a desinfectante del colmado.

—No deberíamos habernos parado a tomar estos refrescos. La policía ha dicho…

—¡Oh, al diablo la policía! —exclamó riendo Lavinia—. Yo no tengo miedo de nada. El Solitario ya está a un millón de kilómetros de aquí y no volverá hasta dentro de unas cuantas semanas. Y entonces la policía lo detendrá. Ya veréis, solo tenemos que esperar. ¿No os ha parecido muy divertida la película?

Las calles estaban limpias y vacías. No había un solo coche, un camión ni una persona a la vista. Las luces brillantes continuaban encendidas en los escaparates de las tiendas con los maniquíes de cera, que observaban con sus impasibles ojos azules a las mujeres que avanzaban por la calle de noche.

—¿Creéis que si gritamos harán algo?

—¿Quiénes?

—Los maniquíes de los escaparates.

—Venga ya, Francine.

—Bueno…

En los escaparates había un centenar de personas rígidas y silenciosas, y caminando por la calle había tres mujeres, seguidas por el eco del repiqueteo de sus tacones en el pavimento recocido al sol durante todo el día y que sonaba como disparos.

Las tres amigas pasaron junto a un letrero de neón rojo que parpadeaba débilmente y emitía el zumbido de un insecto agonizante.

Delante de ellas se extendía la larga avenida blanca y con el suelo abrasado por el sol. El aire solo acariciaba las hojas más altas de los árboles que flanqueaban al trío de mujeres menudas.

—Primero te acompañaremos a ti hasta tu casa, Francine.

—No, primero pasaremos por tu casa.

—No seas tonta. Tú vives más cerca. Si me acompañas a casa luego tendrás que volver sola por el barranco. Y te morirías del susto solo con que te cayera encima la hoja de un árbol.

—Puedo quedarme a dormir en tu casa si quieres —sugirió Francine—. ¡Tú eres la guapa!

—No.

Las tres amigas se desplazaron por el mar de césped, hormigón y árboles como si fueran tres vestidos cursis a la deriva bajo la luz de la luna. Lavinia tenía la sensación de que la noche transcurría a toda velocidad mientras observaba el revoloteo de los árboles negros y escuchaba las voces de sus amigas. Le parecía que corrían a pesar de que caminaban lentamente. Todo se había acelerado y era del color de la nieve derretida.

—¿Por qué no cantamos? —propuso Lavinia.

Cantaron con dulzura y sin elevar demasiado la voz, agarradas del brazo y sin mirar atrás, sintiendo cómo se enfriaba la acera caliente bajo sus pies.

—Escuchad —dijo Lavinia.

Aguzaron el oído para escrutar los ruidos de la noche estival y oyeron los grillos y el lejano reloj del ayuntamiento que avisaba de que eran las doce menos cuarto.

—Escuchad.

Una mecedora crujía en la oscuridad. Era el señor Terle, que estaba sentado solo y en silencio en su porche, fumando el último cigarro del día. Las mujeres vieron la brasa del cigarro que se movía perezosamente adelante y atrás.

Habían empezado a apagarse las luces, de las casas pequeñas y de las grandes, las luces amarillas y los faroles, las velas, las lámparas de aceite y las bombillas de los porches, y todo parecía haberse protegido detrás de bronce, hierro y acero. Lavinia pensó que todo estaba metido en cajas, envuelto y puesto a buen recaudo. Imaginó a la gente en sus camas, bañadas por la luz de la luna, su respiración en la tórrida noche, todo el mundo acompañado y seguro. «Y nosotras aquí fuera —pensó—, escuchando nuestros pasos solitarios en la acera ardiente. Y encima de nuestras cabezas las solitarias luces de las farolas que producen un millón de sombras siniestras».

—Hemos llegado a tu casa, Francine. Buenas noches.

—Lavinia, Helen, quedaos a pasar la noche. Es tarde, ya casi es medianoche. La señorita Murdock tiene una habitación de más. Podéis dormir en el salón. Prepararé chocolate caliente. ¡Será

divertido! —Francine las agarraba para que no se marcharan.

—No, gracias —dijo Lavinia.

Francine se puso a llorar.

—No empieces otra vez, Francine —dijo Lavinia.

—No quiero que mueras —gimoteó Francine con las lágrimas corriendo por sus mejillas—. Eres tan buena y simpática. ¡Quiero que vivas! ¡Por favor, oh, por favor!

—Francine, no me había dado cuenta de que esto te hubiera afectado tanto. Pero te prometo que te llamaré en cuanto llegue a casa.

—¿De verdad me llamarás?

—Y así sabrás que estoy bien. Y mañana iremos de pícnic a Electric Park, ¿de acuerdo? Yo misma haré los bocadillos de jamón. ¿Qué opinas? Ya verás, ¡no voy a morirme nunca!

—¿Me llamarás?

—Te lo he prometido, ¿no?

—¡Buenas noches, buenas noches! —Francine desapareció al otro lado de la puerta, que se cerró con llave instantáneamente.

—Bueno, me voy a casa —le dijo Lavinia a Helen.

El reloj del edificio de los juzgados dio la hora en punto.

El sonido del reloj se propagó por una ciudad que nunca había estado más vacía, y recorrió calles, solares y jardines desiertos.

—Diez, once, ¡doce! —contó Lavinia, cogida del brazo de Helen.

—¿No te sientes rara? —preguntó Helen.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si piensas que nosotras vamos caminando por la calle, bajo los árboles, y el resto de la gente está a salvo en su cama, con la puerta de casa cerrada con llave… Apuesto a que prácticamente somos las únicas personas que andan por la calle en varios kilómetros a la redonda.

El rumor del arroyo cálido y oscuro sonaba cercano.

Enseguida llegaron a casa de Helen y se miraron largamente. El aire arrastraba la fragancia de césped cortado y de lilas húmedas. La luna estaba alta en un cielo que empezaba a nublarse.

—Supongo que no servirá de nada que te pida que te quedes, ¿verdad, Lavinia?

—Me voy ya.

—A veces…

—¿A veces qué?

—A veces pienso que hay personas que quieren morir. No me negarás que te has comportado de una manera muy rara toda la noche.

—Es solo que no tengo miedo —dijo Lavinia—. Y siento curiosidad, supongo. Además utilizo la cabeza. Por lógica, con la policía y todo eso, es imposible que el Solitario ande por aquí.

—¿Te refieres a nuestra policía, a nuestro pequeño cuerpo de policía? Ellos también están en casa, metidos en la cama y con las sábanas hasta las orejas.

—Digamos que estoy divirtiéndome, de una manera precaria pero segura. Si de verdad hubiera alguna probabilidad de que me pasara algo, me quedaría contigo, te lo aseguro.

—A lo mejor tu subconsciente no quiere que sigas viviendo.

—¡Francine y tú sois de lo que no hay, de verdad!

—Me siento culpable. Cuando llegues al fondo del barranco y cruces el puente en la oscuridad yo estaré tomando leche caliente con cacao.

—Tómate una taza a mi salud. Buenas noches.

Lavinia Nebbs se alejó por la calle oscura envuelta en el silencio de la cerrada noche estival. Se fijó en las ventanas oscuras de las casas y oyó el ladrido lejano de un perro. «Dentro de cinco minutos —pensó— estaré a salvo en casa. Dentro de cinco minutos llamaré por teléfono a la tontorrona de Francine y…».

Oyó a lo lejos la voz del hombre que canturreaba entre los árboles.

Lavinia apretó el paso.

A la pálida luz de la luna vio a un hombre que caminaba hacia ella con aire despreocupado.

«Si fuera necesario, podría correr hasta una de esas puertas y llamar», se dijo Lavinia.

El hombre cantaba *Shine On, Harvest Moon*, y llevaba un larga porra en la mano.

—¡Pero, bueno, mira a quién tenemos aquí! ¡Es un poco tarde para estar en la calle, señorita Nebbs!

—¡Agente Kennedy!

Porque era él, el agente Kennedy, por supuesto, haciendo su ronda.

—La acompañaré a su casa.

—No se preocupe, puedo ir sola.

—Pero vive al otro lado del barranco.

«Sí —pensó Lavinia—, pero no iré por el barranco con ningún hombre. El Solitario podría ser cualquiera».

—No, gracias.

—Entonces esperaré aquí —dijo Kennedy—. Si necesita ayuda, grite. Iré corriendo.

Lavinia continuó su camino y dejó al agente solo debajo de una farola, cantando para sí.

«Ya he llegado», se dijo.

El barranco.

Se detuvo antes de bajar el primero de los ciento trece escalones que descendían por la pared cubierta de zarzas hasta el puente y luego de subida por la ladera negra hasta Park Street. Con la única iluminación de un farol. «A partir de aquí solo me quedan tres minutos. Tres minutos y estaré metiendo la llave en la cerradura de casa. En ciento ochenta segundos no puede pasar nada».

Empezó a bajar por la cuesta verde hacia las tinieblas del barranco.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve pasos —susurró.

Tenía la sensación de que bajaba corriendo, pero no lo hacía.

—Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve pasos —contó en voz alta.

El barranco era profundo y estaba completamente negro. Y el mundo, un mundo lleno de gente a salvo en su cama, desapareció; las puertas cerradas con llave, la ciudad, el colmado, el cine, las luces…, todo desapareció. Lo único que existía y estaba vivo era el barranco, negro e inabarcable a su alrededor.

—No ha pasado nada, ¿verdad? Aquí no hay nadie, ¿no? Veinticuatro, veinticinco pasos. ¿Te acuerdas de aquella historia de fantasmas que os contabais cuando erais niños?

Escuchaba sus pasos mientras caminaba.

—Era la historia de un hombre que entraba en casa mientras dormías en el piso de arriba. Se paraba en el primer peldaño de la escalera. Subía al segundo. Luego al tercero… ¡Al quinto! ¡Acuérdate de cómo reías y chillabas al oír la historia! El horroroso

hombre malo llegaba al duodécimo escalón, abría la puerta de la habitación y se paraba junto a tu cama. ¡Eres mía!

Lavinia gritó. Fue un grito como ninguno otro que hubiera oído antes. Jamás en la vida había gritado tan alto. Se detuvo y se quedó paralizada, agarrada al pasamanos de madera del puente. Le explotó el corazón y sus latidos aterrorizados colmaron el universo.

—¡Ahí, ahí! —gritó para sí—. Al final de los escalones. Un hombre… bajo la luz. ¡Ya no está! ¡Estaba esperando ahí!

Aguzó el oído.

Silencio. El puente estaba vacío.

«No hay nada —pensó apretándose el pecho—. Nada. Idiota. Qué tonta la historia que me he contado. ¿Qué hago ahora?».

Se aplacó su corazón.

«¿Llamo al agente? ¿Habrá oído mi grito, o solo me ha parecido a mí que gritaba tan fuerte? A lo mejor solo ha sido un gemido».

Volvió a aguzar el oído. Nada. Nada.

«Regresaré a casa de Helen y pasaré allí la noche». Pero mientras pensaba esto continuó descendiendo. «No, estoy más cerca de mi casa que de la suya. Treinta y ocho, treinta y nueve. Ten cuidado, no vayas a caerte». Se quedó paralizada de nuevo.

—Un momento —dijo entre dientes. Dio otro paso.

Oyó un eco.

Dio otro paso. Otro eco, solo una fracción de segundo después.

—Me sigue alguien —musitó hacia el barranco, a los grillos negros, a las ranas verdes y al arroyo oscuro—. Hay alguien en la escalera, detrás de mí. No me atrevo a volverme.

Otro paso y otro eco.

«Cada vez que doy un paso, la otra persona también lo da».

Paso y eco.

—¿Es usted, agente Kennedy? —preguntó débilmente dirigiéndose al barranco.

El sonido de los grillos cesó de golpe. También ellos escuchaban en silencio. La noche estaba atenta a Lavinia. Durante un momento, los lejanos prados y los árboles cercanos suspendieron su movimiento en la noche estival; las hojas, los arbustos, las estrellas y la hierba de las praderas habían interrumpido sus temblores típicos y escuchaban el corazón de Lavinia Nebbs. Y quizá a mil kilómetros de allí, al otro lado de una tierra desolada, en una

estación secundaria vacía, un solitario viajero nocturno que estuviera leyendo un periódico a la luz débil de una bombilla desnuda podría levantar la cabeza, aguzar el oído y pensar: «¿Qué es eso?». Y responderse: «Ah, seguro que solo es una marmota golpeando un tronco hueco». Pero era Lavinia Nebbs; mejor dicho, su corazón.

Lavinia bajó más deprisa los escalones.

«¡Corre!».

Entonces oyó música. De un modo enloquecido, estúpido, oyó la repentina música envolvente que retumbaba en ella, y mientras corría, presa del miedo y del pánico, se dio cuenta de que una parte de su mente estaba dramatizando el momento y había tomado prestada la inquietante banda sonora de una película, y ahora esa música se aceleraba y la empujaba para que corriera más rápido y se precipitara hacia el fondo del barranco.

—Ya queda poco —rezó—. ¡Ciento diez, ciento doce, ciento trece! ¡Llegué al fondo! ¡Ahora, corre! ¡Cruza el puente!

Le decía a sus propias piernas lo que tenían que hacer, a sus brazos, a su cuerpo, a su terror; avisaba a todas las partes de su ser en ese instante blanco y espantoso. Corría sobre las aguas turbulentas del arroyo y por las tablas de madera del puente que estaban casi vivas, seguida por las pisadas frenéticas y por la música estridente y caótica.

«Me sigue. No te des la vuelta, no mires… ¡Si lo ves, te quedarás quieta como una piedra! ¡Te paralizará el miedo! ¡Corre, corre, corre!».

Cruzó a todo correr el puente.

«¡Oh, Dios mío, por favor, por favor, déjame subir la ladera! Sigue por el sendero, pasa entre las colinas. ¡Ay, Dios mío, qué oscuridad y qué lejos está todo! Gritar ahora no serviría de nada… ¡De todos modos no puedo gritar! Ya he llegado a la cima de la colina y a la calle. Gracias a Dios que me puse los zapatos planos, así puedo correr, ¡puedo correr! ¡Oh, Dios mío, deja que llegue a casa sana y salva! Si alcanzo mi casa, nunca más volveré a salir sola. Qué idiota he sido, lo reconozco, ¡he sido una idiota! No sabía lo que era el miedo. No quería pensar, pero si dejas que llegue a casa, Dios mío, ¡jamás volveré a salir a la calle sin Helen o sin Francine! Ya estoy en la calle, solo tengo que atravesarla».

Cruzó la calle y subió corriendo a la acera.

«¡Por fin, el porche! ¡Mi casa!».

Mientras corría, vio el vaso de limonada lleno hasta la mitad en la barandilla, en el mismo lugar donde lo había dejado horas antes, en un momento de pereza y despreocupaciones. Deseó poder regresar a ese tiempo en el que bebía de él, cuando la noche aún era joven y no había comenzado.

—¡Ay, por favor, por favor, dame el tiempo necesario para entrar, cerrar con llave y estar a salvo!

Oyó sus propios pasos torpes por el porche y sintió cómo sus manos tanteaban y arañaban la cerradura con la llave. Oía los latidos de su propio corazón y los gritos de una voz interior.

La llave finalmente entró en la cerradura.

—¡Abre, abre, date prisa!

La puerta se abrió.

—¡Estás dentro, cierra, corre!

Lavinia cerró con un portazo.

—¡Ahora cierra con llave, corre el cerrojo, atráncala! —gritó—. ¡Ciérrala bien!

La puerta quedó cerrada con llave y cerrojo.

La música cesó. Lavinia se concentró en su corazón y escuchó cómo el sonido de sus latidos disminuía hasta acallarse.

Estaba en casa.

«¡A salvo en casa! ¡Sana y salva en casa! —Se dejó caer contra la puerta. A salvo, a salvo. Aguzó el oído, pero no oyó nada, ni un ruido—. A salvo, ay, a salvo, gracias, Señor, a salvo en casa. Nunca más volveré a salir de noche. A salvo, en casa, ay, a salvo, a salvo, en casa. Estoy bien, estoy a salvo dentro de casa, con la puerta cerrada con llave. Un momento. Mira por la ventana».

Miró. Pasó medio minuto escudriñando la calle a través de la ventana.

—¡Pero bueno, no hay nadie! ¡No hay absolutamente nadie! Nadie me seguía. Nadie iba detrás de mí. —Contuvo el aliento y estuvo a punto de reírse de sí misma—. Es evidente que si me hubiera seguido un hombre, me habría atrapado. Yo no corro mucho. No hay nadie en el porche ni en el patio. ¡Tonta de mí! ¡Solo he corrido huyendo de mí misma! No hay un barranco más seguro que este. De todas maneras, me alegro de estar en casa. El

hogar es un lugar acogedor y seguro, es el único lugar donde estar.

Alargó la mano hacia el interruptor de la luz, pero se detuvo.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Cómo?

Detrás de ella, en el salón a oscuras, sonó un carraspeo.

A medianoche, en el mes de junio

Llevaba muchas horas esperando en la noche estival, mientras la oscuridad se apretaba contra el suelo y las estrellas se movían lentamente por el cielo. Estaba sentado en la oscuridad más absoluta, con las manos cómodamente apoyadas en los brazos del sillón Morris. Oyó cómo el reloj de la ciudad daba las nueve, las diez, las once y finalmente las doce. La brisa entraba por una ventana abierta en la parte de atrás; el aire de medianoche corría por la casa penumbrosa y lo acariciaba como si fuera una roca oscura mientras contemplaba en silencio la puerta principal… La contemplaba en silencio.

A medianoche, en el mes de junio…

El frío poema nocturno de Edgar Allan Poe fluía dentro de su cabeza como las aguas de un arroyo en sombras.

¡Duerme la dama! ¡Oh, que su sueño sea
tan profundo como perdurable!

Recorrió las habitaciones oscuras e indefinidas de la casa, salió por la ventana de la parte de atrás y sintió la presencia de la ciudad encerrada en casa, metida en la cama, soñando. Vio la brillante y elástica manguera enroscada sobre la hierba y abrió el grifo. Mientras estaba a solas, regando el macizo de flores, imaginó que era el director de una orquesta que solo oían los perros callejeros

que vagabundeaban por la ciudad al caer la noche, con una extraña sonrisa que dejaba a la vista sus dientes. Plantó con sumo cuidado los dos pies en el barro, debajo de la ventana, y su altura y su peso dejaron unas huellas profundas y perfectamente definidas. Volvió a entrar en la casa y recorrió el pasillo, sumido en una oscuridad impenetrable, guiándose con las manos y dejando un rastro de barro.

A través de la ventana del porche atisbo el vaso de limonada, solo lleno hasta la mitad, en la barandilla, donde ella lo había dejado. Tembló levemente.

Ahora podía sentir cómo regresaba a casa; la sentía recorriendo la ciudad, todavía lejos, en la noche de verano. Cerró los ojos y se proyectó mentalmente en ella. Sintió cómo se movía en la oscuridad; sabía el momento exacto en el que bajaba de una acera para cruzar la calle y subía a la siguiente para continuar caminando bajo los olmos en junio y los últimos lirios, acompañada por una amiga. Él era ella en el desierto nocturno. Sentía el bolso en la mano y el cosquilleo de la melena en la nuca; percibió una sensación pegajosa en la boca a causa del pintalabios. Sentado en el sillón, inmóvil, caminaba hacia casa, caminaba, caminaba, pasada la medianoche.

«¡Buenas noches!», oyó sin oír una voz. Ella se acercaba, y ahora solo estaba a un kilómetro y medio, mil metros, y entonces menguaba, como una hermosa lámpara de luz blanca colgada de un cable invisible, al entrar en el barranco acompañada por el rumor de los grillos, de las ranas y del agua. Y él conocía la textura de la escalera de madera del barranco como si, siendo un muchacho, la bajara corriendo sintiendo las imperfecciones, el polvo y el calor residual de todo el día…

Abrió los brazos en el aire y juntó los dedos pulgares, luego los demás, para formar un círculo alrededor del vacío delante de él. A continuación, muy lentamente, apretó una mano contra la otra, aumentando gradualmente la fuerza, con la boca abierta y los ojos cerrados.

Se relajó y volvió a apoyar las manos temblorosas en los brazos del sillón, sin abrir los ojos.

Mucho tiempo atrás había subido a lo alto de la torre de los juzgados por la escalera de incendios y había contemplado la

ciudad plateada a sus pies, la ciudad de la luna, la ciudad del verano. Y dentro de todas las casas oscuras había dos cosas; personas y sueño; la cama fundía ambos elementos, y todo su terror y su cansancio emanaban al aire quieto, y eran aspirados y exhalados de nuevo en silencio, hasta que se purificaban; los problemas, los odios y los horrores del día se exorcizaban mucho antes de que amaneciera y desaparecían para siempre.

La hora y la ciudad lo habían cautivado y se había sentido muy poderoso, como el titiritero que con marañas de hilos decidía destinos en el escenario. Desde lo más alto de la torre de los juzgados había vislumbrado el más leve destello de las hojas a la luz de la luna a diez kilómetros de distancia; la luz postrera, como si una calabaza le guiñara el ojo rosado. La ciudad no escapaba a su mirada, no podía hacer nada sin que él se enterara del más leve temblor o gesto.

Y esta noche era igual. Se sentía como si fuera una torre con un reloj cuyas agujas se movían lentamente y que anunciaba las horas con el tañido de una gran campana de bronce, mientras contemplaba la ciudad que se extendía abajo, donde una mujer, empujada o retrasada por continuas acometidas de terror o de confianza en sí misma, caminaba por las aceras, blancas como la tiza, a medianoche, rodeando sólidas avenidas de alquitrán y piedra, bordeando jardines con el césped recién cortado, y de pronto echaba a correr por la escalera, atravesaba el barranco y subía la colina.

Oyó sus pasos antes de oírlos realmente. Oyó su grito ahogado antes de que ella lo diera. Fijó los ojos en el vaso de limonada abandonado en la barandilla. Y entonces oyó los pasos apresurados reales, y el grito ahogado resonó fuera. Se incorporó en el sillón. Los pasos cruzaban la calle corriendo y subían a la acera con la trepidación del pánico. Hubo un balbuceo, un traspiés en los escalones del porche, el tintineo de una llave en la puerta, una exclamación susurrada, una voz que rezaba para sí: «¡Oh, Dios mío!». ¡Un susurro! ¡Un susurro! Y la mujer que empuja la puerta, la embiste, hablando, susurrando, musitando para sí mientras entra en el oscuro vestíbulo.

Él sintió más que vio su mano moviéndose hacia el interruptor.

Se aclaró la garganta.

Ella se apoyó en la puerta, a oscuras. Si la luz de la luna la hubiera alcanzado, habría rielado como en la superficie de una charca en una noche ventosa. Él advirtió que los ojos como zafiros de la mujer saltaban de sus cuencas y su rostro brillaba como el mar.

—Lavinia —musitó.

Ella tenía los brazos extendidos sobre la puerta como en un crucifijo. Él oyó que abría la boca y sus pulmones expulsaban una bocanada de aire caliente. Lavinia era una hermosa y pálida polilla blanca, inmovilizada contra la puerta de madera por el alfiler de terror que él le había clavado. Si lo deseaba, podía pasearse alrededor del ejemplar y contemplarlo, contemplarla.

—Lavinia —susurró.

Oía los latidos de su propio corazón. Ella no se movía.

—Soy yo —susurró.

—¿Quién? —preguntó Lavinia tan débilmente que su voz apenas fue una vibración en su garganta.

—No voy a decírtelo —susurró él desde el centro de la habitación, completamente erguido. ¡Por Dios, qué alto se sentía! Alto, oscuro y apuesto, y, por la manera en que tenía las manos extendidas delante de él, daba la impresión de que en cualquier momento se pondría a tocar una bonita melodía en un piano, tal vez un vals. Tenía las manos húmedas, como si las hubiera hundido en un lecho de hierbabuena y las hubiera ungido de fresco mentol.

—Si te dijera quién soy, quizá no tendrías miedo —musitó él—. Quiero que tengas miedo. ¿Tienes miedo?

Ella no dijo nada. Respiraba con breves inspiraciones y espiraciones, como si fuera un pequeño fuelle que expulsaba el aire de manera constante para mantener vivo el fuego del miedo.

—¿Por qué has ido al cine esta noche? —le preguntó con voz susurrante—. ¿Por qué has ido al cine?

Ninguna respuesta.

Él dio un paso adelante y oyó su respiración como si fuera una espada al deslizarse por la vaina.

—¿Por qué has venido sola por el barranco? Porque has venido sola, ¿verdad? ¿Pensabas que te cruzarías conmigo en el puente? ¿Por qué has ido al cine esta noche? ¿Por qué has venido sola por el barranco?

—Yo… —dijo Lavinia con la voz ahogada.

—Tú —susurró él.

—No… —exclamó ella con un hilo de voz.

—Lavinia. —Se adelantó otro paso.

—Por favor…

—Abre la puerta. Sal. Corre —susurró él.

Lavinia no se movió.

—Lavinia, abre la puerta.

Solo un gemido gutural salió de su boca.

—Corre —dijo él.

Al avanzar, su rodilla chocó con algo que se tambaleó en el aire y cayó al suelo; una mesa, una cesta y media docena de ovillos de hilo se desparramaron por el suelo como gatos en la oscuridad, rodando sin hacer ruido. En la única porción del suelo iluminada por la luna, justo debajo de la ventana, yacían las tijeras de costura como si fueran una señal metálica indicando una dirección. Él las recogió; en sus manos eran como hielo invernal. Las tendió súbitamente hacia la mujer por el aire que los separaba.

—Ten —susurró. Acercó las tijeras a sus manos, pero ella las retiró—. Ten —repitió. Tras un breve momento de silencio, insistió —: Cógelas.

Él mismo le abrió la mano y notó los dedos ya muertos y fríos de Lavinia, demasiado rígidos y extraños para manipular las tijeras, y se las puso en ella.

—Ahora —dijo.

Se entretuvo contemplando por la ventana el cielo clareado por la luna, y cuando volvió a mirar a la mujer tardó unos segundos en verla en la oscuridad.

—He esperado —dijo él—. Pero siempre ha sido así. También esperé a las otras. Pero al final todas acudieron a mí. Así de fácil fue. Cinco bellas damas en los últimos dos años. Las esperé en el barranco, en el campo, junto al lago… Esperé en todos los lugares, y ellas salían a buscarme… y me encontraban. Leer los periódicos al día siguiente siempre fue un placer. Y esta noche tú me buscabas, lo sé, porque de lo contrario no habrías venido sola por el barranco. ¿Te asustaste en el barranco y corriste? ¿Pensabas que estaba esperándote allí? ¡Deberías haberte oído cuando corrías, cuando entraste por la puerta! ¡Y cuando la cerraste con llave! Creías que una vez dentro estabas a salvo. Por fin en casa, segura, segura,

segura, ¿no es cierto?

Lavinia sostuvo las tijeras en la mano muerta y se puso a llorar. Él atisbo un destello apenas perceptible, como una gota de agua en la pared de una cueva tenebrosa. Y oyó sus gimoteos.

—No —susurró—. Tienes las tijeras. No llores.

Ella lloró. No se movió. Permaneció quieta, temblando, con la cabeza presionada contra la puerta. Empezó a deslizarse hacia el suelo.

—No llores —repitió—. No soporto oírte llorar.

Él tendió las manos hacia Lavinia y las movió en el aire hasta que una de ellas le tocó la mejilla y la notó húmeda; también sintió el aliento cálido de ella en la palma de su mano como si fuera una polilla de verano.

—Lavinia —dijo suavemente—. Lavinia.

Recordaba con absoluta claridad las noches de su infancia, cuando era un crío y los niños corrían y corrían, y se escondían, y jugaban al escondite. En las noches del principio de la primavera, en las cálidas noches de pleno verano, en las tardes del final del verano y en las primeras noches del otoño, cuando las puertas se cerraban temprano y los únicos ocupantes de los porches eran las hojas caídas. El juego del escondite se prolongaba mientras la luz del sol permitía ver, o bien de la luna creciente, recubierta por una fina capa de nieve. Sus pies sobre el césped verde eran melocotones y manzanas silvestres que se desparramaban, y el niño al que le tocaba buscar cantaba a la noche los números con la cabeza sepultada en los brazos: cinco, quince, veinte, veinticinco, treinta, treinta y cinco, cuarenta, cuarenta y cinco… Y el sonido de las manzanas desparramadas se desvanecía una vez que los niños se habían escondido entre las sombras de un árbol o de un arbusto, o debajo de los porches enrejados, con los astutos perros atentos para no agitar la cola y revelar el secreto. Y el niño acababa de contar: ¡ochenta y cinco, noventa, noventa y cinco, cien!

¡El que no se haya escondido tiempo ha tenido!

Y el niño iniciaba su frenética búsqueda por toda la ciudad, y los que estaban escondidos se tapaban la boca con la mano y se tragaban sus risas como si fueran preciosas fresas de junio. Y el buscador estaba pendiente del más leve latido de un corazón en un olmo alto, o del destello de unos ojos caninos en un arbusto, o del

rumor de una risa irreprimible cuando el que buscaba pasaba justo al lado y no veía la sombra oculta en la sombra…

El hombre entró en el cuarto de baño de la casa silenciosa rememorando esos tiempos, disfrutando del turbulento caudal de recuerdos que se precipitaba como una altísima catarata hacia el fondo de su cabeza.

Dios mío, qué altos y qué secretos se habían sentido mientras estaban escondidos, con las sombras cuidándolos como una madre mientras ellos saboreaban su triunfo. Encogidos como ídolos, cubiertos de brillantes gotas de sudor, ¡se creían que podrían esconderse para siempre! Entretanto, el desdichado que los buscaba corría de un sitio a otro, abocado al fracaso y la inevitable frustración.

A veces, el que buscaba se detenía justo delante de tu árbol y escrutaba tu figura agachada con sus visibles alas calientes, con sus grandes alas de murciélago, incoloras como los vidrios de una ventana, y exclamaba: «¡Te he visto!». Pero tú no decías nada. «¡Estás ahí!». Tú no decías nada. «¡Te he encontrado!». Pero tu seguías callado y sonreías como un gato. Y entonces la duda asaltaba al que buscaba. «Eres tú, ¿no?». Y el que buscaba retrocedía. «¡Eh, sé que estás ahí!». Ni una palabra. Y el árbol se alzaba en la noche y sus hojas se agitaban suavemente. Y entonces, el que buscaba, temeroso de la oscuridad dentro de la oscuridad, se marchaba para ir en busca de otro jugador que no le presentara tantas dificultades, alguien a quien pudiera poner un nombre y del que pudiera estar seguro. ¡Bien por ti!

Se lavó las manos en el cuarto de baño y se preguntó por qué lo hacía. Y entonces los granos del tiempo volvieron a subir por el reloj de arena y fue otro año…

Recordó que cuando jugaban al escondite a veces no lo encontraban; él no dejaba que dieran con él. Se quedaba tanto tiempo en el manzano, sin decir ni mu, que se convertía en una manzana de carne blanca; o permanecía tanto tiempo en el castaño que adquiría la dureza y el brillante color marrón de una castaña. Dios mío, qué poderoso y qué gigante te sentías cuando no te encontraban, hasta que brotaban ramas en tus brazos que crecían en todas direcciones, estiradas por las estrellas y la marea lunar, hasta que tu habilidad para esconderte abarcaba la ciudad, y la arrullabas

con tu compasión y tu tolerancia. En la oscuridad podías hacer lo que te viniera en gana, cualquier cosa. Si deseabas hacer algo, podías hacerlo. Qué poderoso te sentías cuando te sentabas encima de la acera y veías pasar a la gente debajo de ti sin saber que tú estabas arriba; los observabas, y podrías haber estirado un brazo para tocarles la nariz con la araña de cinco patas de tu mano, y tocar sus mentes pensantes con el terror.

Terminó de lavarse las manos y se las secó con una toalla.

Pero todos los juegos terminaban. Cuando el que buscaba encontraba a todos los que se habían escondido, estos se convertían en los buscadores y se desplegaban para buscarte, gritaban tu nombre. Qué poderoso y qué importante te hacía sentir eso.

«¡Eh, eh! ¿Dónde estás? ¡Venga, el juego se ha acabado!».

Pero tú no te movías ni aparecías. Ni siquiera cuando todos se reunían debajo de tu árbol y te veían, o creían verte subido en él y te gritaban: «¡Venga, baja! ¡Deja de hacer el idiota! ¡Te hemos visto! ¡Sabemos que estás ahí!».

Ni siquiera entonces les respondías… Hasta que llegaba el final y sucedía la fatalidad. A una manzana de allí sonaba un silbato de plata y la voz de tu madre gritando tu nombre. Luego otra vez el silbato. «¡Son las nueve! —vociferaba tu madre—. ¡Son las nueve! ¡A casa!».

Pero tú esperabas a que se fueran todos los niños. Entonces te desplegabas cuidadosamente y expandías tu calor y tu secreto y corrías a casa solo, evitando la luz de las farolas en las esquinas, solo en la oscuridad y en las sombras, sin apenas respirar y no permitiendo que los latidos de tu corazón sonaran fuera de ti, para que, si la gente oía algo, pensara que solo era una hoja arrastrada por el viento nocturno. Y veías a tu madre sosteniendo la puerta abierta…

Después de secarse las manos con la toalla se quedó pensando un momento en cómo habían sido los últimos dos años en la ciudad. El viejo juego seguía en marcha, pero solo estaba jugando él; los niños se habían ido, se habían convertido en adultos, pero ahora, como entonces, él era el último y el único que seguía escondido, y toda la ciudad lo buscaba en vano y se encerraba en casa.

Pero esta noche, procedente de un pasado lejano y de muchas noches anteriores, había oído un viejo sonido, el sonido incesante

de un silbato de plata. Era evidente que no era el canto de un pájaro nocturno, pues él conocía perfectamente todos los sonidos, sino el silbato que no paraba de sonar y una voz que repetía: «¡A casa! ¡Son las nueve!», a pesar de que era más de medianoche. Aguzó el oído. Allí estaba el silbato de plata. A pesar de que su madre había muerto hacía unos cuantos años, después de enviar a la tumba a su padre prematuramente con su mal humor y su lengua viperina. «Haz esto, haz eso otro, haz aquello, y esto, y eso, y aquello…». Un disco de fonógrafo rallado reproduciendo siempre el mismo fragmento, la voz de su madre, con su cadencia, una y otra vez.

Y el sonido nítido del silbato de plata, y el juego del escondite que se termina. Ya se habían acabado los tiempos de deambular por la ciudad, de esconderse detrás de árboles y de arbustos y de sonreír con una sonrisa que ardía a través de las hojas de los árboles. Todo se producía de una manera automática. Sus pies andaban y sus manos ejecutaban, y él sabía qué era lo que había que hacer en este momento.

Sus manos no le pertenecían.

Arrancó un botón de su abrigo y lo dejó caer al pozo oscuro de la habitación. Dio la impresión de que el botón se quedaba suspendido en el aire y nunca llegaba al suelo. Esperó.

Parecía que nunca pararía de rodar por el suelo. Finalmente se detuvo.

Sus manos no le pertenecían.

Sacó el silbato del bolsillo y lo arrojó a las profundidades de la habitación. No esperó a que se estrellara contra el vacío. Cruzó de nuevo la cocina y miró a través de la ventana con la cortina blanca las huellas que había dejado en el barro. De nuevo era el que buscaba, no uno de los que se escondían. Él era el buscador silencioso que indagaba, encontraba y clasificaba indicios, y esas huellas en el barro eran tan ajenas a él como algo de la era prehistórica. Otro hombre, ocupado en otro asunto, las había hecho hacía un millón de años; no tenían nada que ver con él. Se maravilló de la precisión, la profundidad y la forma de las huellas contempladas a la luz de la luna. Acercó una mano hasta casi tocarlas como si fuera un fabuloso hallazgo arqueológico. Luego desapareció de nuevo en el interior de la casa. Arrancó un trozo de tela del borde del pantalón y lo sopló para que saliera volando de la

palma de su mano como si fuera una polilla.

Sus manos ya no eran las suyas, ni su cuerpo el suyo.

Abrió la puerta principal, salió y se sentó un momento en la barandilla del porche. Cogió el vaso y se bebió la limonada que quedaba, que la espera nocturna había calentado. Apretó el vaso con los dedos como si quisiera estrujarlo y volvió a dejarlo encima de la barandilla.

¡El silbato de plata!

Sí, pensó. Ya voy. Ya voy.

¡El silbato de plata!

Sí, pensó. Son las nueve en punto. Tengo que volver a casa. Las nueve en punto. Los estudios, la leche, las galletas y la cama blanca y fría. A casa. A casa. Las nueve en punto y el silbato de plata.

Desapareció del porche en un abrir y cerrar de ojos, corriendo con ligereza, con una respiración cadenciosa y el corazón latiéndole lentamente, como correría alguien descalzo, como correría alguien que fuera todo hojas y verde hierba de junio, todo sombras, cruzó corriendo la calle silenciosa y se alejó en dirección al barranco…

Empujó la puerta para entrar en el Owl Diner, el viejo vagón de tren que habían sacado de las vías y condenado a un destino de soledad y de inmovilidad en el centro de la ciudad. Dentro no había nadie. El camarero, que estaba en un extremo de la barra, levantó la mirada cuando la puerta se cerró y el cliente avanzó siguiendo la hilera de asientos vacíos. El camarero se sacó el palillo de la boca.

—¡Tom Dillon, serás sinvergüenza! ¿Qué haces levantado a estas horas de la noche?

Tom Dillon pidió sin mirar la carta. Mientras le preparaban la comida, dejó caer una moneda en el teléfono de la pared, marcó y habló en voz baja unos minutos. Colgó, volvió a su asiento, se sentó y aguzó el oído. Sesenta segundos después, el camarero y él oyeron el aullido de la sirena del coche de la policía que recorría la ciudad a ochenta kilómetros por hora.

—¡Caray! —exclamó el camarero—. ¡Atrapadlos, chicos!

El camarero colocó en la barra un vaso alto de leche y un plato con seis galletas recién salidas del horno.

Tom Dillon se quedó sentado allí un buen rato. De vez en cuando, discretamente, echaba un vistazo al borde desgarrado del pantalón y a los zapatos manchados de barro. La luz en el

restaurante era intensa y brillante, y se sentía como si estuviera encima de un escenario. Sostenía el vaso alto de leche en la mano y le daba sorbos con los ojos cerrados mientras disfrutaba de la textura perfecta de las galletas que le llenaban la boca y le envolvían la lengua.

—¿Te parece que es una comida sustanciosa? —preguntó en voz baja.

—Me parece muy sustanciosa, ya lo creo —respondió el camarero, sonriendo.

Tom Dillon masticó otra galleta profundamente concentrado, sintiendo cómo le llenaba la boca. Solo es cuestión de tiempo, pensó mientras esperaba.

—¿Más leche?

—Sí —respondió Tom.

Y observó con un interés inquebrantable, con la más pura y viva concentración, cómo se inclinaba el cartón blanco y vertía la leche fría y brillante como la nieve muy quedamente, con el murmullo de una fuente en la noche, y llenaba el vaso hasta el mismo borde, lo rebasaba…

Los sonrientes

El silencio que reinaba era el aspecto más notable de la casa. Cuando Greppin entró por la puerta principal, el silencio engrasado al abrirse y cerrarse la puerta a su espalda fue el mismo que cuando se abre y se cierra un sueño; algo lento e inmaterial, realizado con almohadillas y mucho lubricante. La moqueta doble de la entrada, sobre la que había estado tendido no hacía mucho, absorbía el ruido de sus movimientos. Y cuando el viento azotaba la casa por la noche no se oía el más leve rumor de los aleros del tejado ni el temblor de los bastidores de las ventanas. Había revisado personalmente las ventanas de doble acristalamiento. Las persianas se mantenían fijas en su sitio con unos pasadores nuevos y relucientes. La calefacción no arrojaba el aire a ráfagas, sino con un susurro continuo y silencioso de las gargantas del sistema de calefacción que de vez en cuando suspiraba y le agitaba el borde de los pantalones mientras entraba en calor en esa fría tarde.

Midió el silencio con el instrumental de sus pequeños oídos para evaluar el tono y el equilibrio y asintió con satisfacción, pues era un silencio uniforme y definitivo. Porque algunas noches había oído el correteo de las ratas en el espacio que quedaba entre las paredes y había tenido que poner trampas con cebo y comida con veneno para acabar con ese ruido. Incluso el reloj del abuelo estaba silencioso, y su péndulo de cobre colgaba quieto y brillante dentro de su alargado ataúd de cedro con el panel frontal de cristal.

Estaban esperándolo en el comedor.

Aguzó el oído. No hacían ningún ruido. Bien. Excelente, de hecho.

Eso significaba que habían aprendido a ser silenciosos. Las

personas necesitaban que les enseñaran, pero valía la pena el esfuerzo… En la mesa del comedor no se oía el más leve tintineo de cuchillos ni de tenedores. Se quitó los gruesos guantes grises, colgó el abrigo, que era como una fría armadura, y se quedó parado con una expresión de prisa, pero al mismo tiempo con indecisión, mientras pensaba en lo que se había de hacer.

Greppin entró en el comedor con una certidumbre y una economía de movimientos familiares y encontró a cuatro personas sentadas a la mesa, esperándolo sin moverse ni hablar. El único ruido que se oía era el de las suelas de sus zapatos en la moqueta doble.

Sus ojos, como era habitual, se fijaron instintivamente en la mujer que presidía la mesa. Al pasar junto a ella estiró un dedo hacia su mejilla sin llegar a tocarla. La mujer no pestañeó.

La tía Rose estaba rígidamente sentada a la cabeza de la mesa. Si una mota de polvo cayera del techo flotando lentamente en el aire, ¿seguiría su vuelo con la mirada? ¿Sus ojos girarían en sus cuencas lacadas, con una precisión cristalina y fría? ¿Y si la mota de polvo se posara en la córnea de su ojo húmedo? ¿Pestañearía? ¿Sus músculos reaccionarían y se cerrarían sus párpados?

No.

La tía Rose era como la cubertería que había en la mesa: distinguida, refinada y antigua; deslustrada. Su pecho quedaba oculto bajo el mullido mantel.

Debajo de la mesa, sus piernas rígidas, con los botines abotonados muy por encima de los tobillos, desaparecían bajo una falda de tubo. Daba la impresión de que las piernas terminaban en el borde de la falda y que a partir de allí la tía Rose era el maniquí de unos grandes almacenes, probablemente con la misma movilidad de estatua de cera que ellos, y con su mismo entusiasmo y su misma capacidad de respuesta.

De modo que la tía Rose miraba directamente a Greppin. Este reprimió una carcajada y dio una palmada. ¡Sobre el labio superior de la tía se intuía un incipiente bigote ceniciento!

—Buenas noches, tía Rose —dijo haciendo una reverencia—. Buenas noches, tío Dimity —añadió cortésmente—. No, no digáis nada. —Levantó una mano—. No quiero oír ni una palabra. —Hizo otra reverencia—. Ah, buenas noches, prima Lila. Primo Sam.

Lila estaba sentada a su izquierda. Su cabello parecían las virutas doradas de un tubo de bronce. Sam estaba sentado enfrente de ella, y su pelo apuntaba en todas direcciones.

Los dos eran jóvenes. Él tenía catorce años y ella, dieciséis. El tío Dimity, su padre («padre», ¡qué palabra más repugnante!) estaba sentado al lado de Lila, relegado a esa posición secundaria hacía muchísimo tiempo porque la tía Rose temía que se acatarrara con la corriente de aire que entraba por la ventana si se sentaba a la cabeza de la mesa. ¡Ay, tía Rose!

Greppin se acercó la silla para posar en ella su trasero enfundado en los pantalones ceñidos y puso un codo en el mantel con aire despreocupado.

—Tengo algo que anunciar —declaró—. Es muy importante. Llevamos así varias semanas y esto no puede continuar. Estoy enamorado. Ah, pero eso ya os lo dije hace algún tiempo. El día que os hice sonreír, ¿lo recordáis?

Ninguna de las cuatro personas que estaban sentadas a la mesa pestañeó ni sus manos se movieron.

La cara de Greppin adquirió una expresión introspectiva. El día que les hizo sonreír… Habían pasado dos semanas. Aquel día entró en casa, los miró y exclamó:

—¡Voy a casarme!

Todos se dieron la vuelta como si alguien hubiera hecho añicos la ventana.

—¿Que tú QUE? —gritó la tía Rose.

—¡Con Alice Jane Ballard! —dijo él sacando pecho.

—Felicidades —dijo el tío Dimity, y añadió, mirando a su mujer —: Supongo. —Se aclaró la garganta—. Pero ¿no es un poco precipitado, hijo? —Volvió a mirar a su mujer—. Sí, sí, me parece un poco precipitado. Mi consejo es que esperes un poco, sí, espera un poco.

—La casa está en un estado lamentable —señaló la tía Rose—. No estará en condiciones hasta el año que viene.

—Eso mismo dijiste el año pasado, y el anterior —protestó Greppin—. En cualquier caso, la casa es mía.

La tía Rose cerró la boca al oír eso.

—Después de tantos años vas a echarnos, ¿por qué…?

—No voy a echaros a la calle, no seas tonta —la interrumpió

Greppin, furioso.

—Escucha, Rose… —intervino el tío Dimity con la voz apagada.

La tía Rose dejó caer las manos.

—Después de todo lo que he hecho…

En ese preciso instante Greppin supo que todos ellos tenían que irse. Primero haría que se callaran, luego, que sonrieran, y después los sacaría a la calle como si fueran unas maletas. No podía meter a Alice Jane en una casa llena de muermos como estos, donde la tía Rose te seguía adonde quiera que fueras, los niños hacían cosas humillantes a la vista de su madre y el padre parecía otro niño, que adaptaba cuidadosamente sus consejos para que siguiera soltero. Greppin los miró detenidamente. Era culpa de ellos que su vida y sus relaciones amorosas fueran tan mal. Tal vez, si se ocupaba de ellos, sus sueños deslumbrantes de cuerpos brillantes por la transpiración del amor apasionado se convertirían en algo tangible y cercano. Así dispondría de la casa solo para él… y para Alice Jane. Sí, Alice Jane.

Tendrían que darse prisa. Mucha. Si les pedía que se marcharan, como ya lo había hecho muchas veces, podrían pasar veinte años hasta que la tía Rose recogiera las bolsitas descoloridas por el sol y los fonógrafos de Edison. Alice lo abandonaría mucho antes.

Greppin los miró y cogió el cuchillo de trinchar.

Greppin dio una cabezada.

Abrió los ojos. ¿Eh? Vaya, estaba tan cansado que se había quedado dormido mientras reflexionaba.

Aquello había ocurrido hacía dos semanas. La conversación sobre su matrimonio, sobre la marcha de sus tíos y primos y sobre Alice Jane se había producido dos semanas atrás. Dos semanas. Les había hecho sonreír hacía dos semanas.

Ahora, mientras se recobraba de su adormecimiento, sonrió mirando a las figuras silenciosas e inmóviles. Ellas a su vez le sonrieron de una manera peculiar y complaciente.

—Te odio, vejestorio —le dijo sin rodeos a la tía Rose—. Hace dos semanas no me habría atrevido a decírtelo. Pero esta noche, ay, bueno… —Se volvió perezosamente sin terminar la frase—. Tío Dimity, permíteme que te dé un pequeño consejo, anciano…

Habló de banalidades mientras fingía que pinchaba trozos de melocotón de un plato vacío con el tenedor. Ya había comido en la

ciudad, en un restaurante: carne de cerdo, patatas, tarta de manzana, judías verdes, remolacha, ensalada de patata. Pero ahora hacía como si comiera el postre por el simple placer que le procuraban los movimientos. Masticó con la boca vacía.

—Bueno… Esta noche, por fin, os vais de esta casa. He esperado dos semanas durante las cuales lo he meditado mucho. Supongo que os he permitido quedaros aquí tanto tiempo en parte porque quería vigilaros. Si os vais, no puedo tener la certeza de que… —dijo, y el miedo apareció en sus ojos— no regreséis por las noches y merodeéis por la casa haciendo ruido, y eso no podría soportarlo. No puedo permitir que haya ruido en esta casa, ni siquiera cuando Alice venga a vivir aquí…

La moqueta doble era gruesa, y su capacidad para absorber el ruido de las pisadas resultaba tranquilizador.

—Alice quiere entrar a vivir en esta casa pasado mañana. Vamos a casarnos.

La tía Rose pestañeó con una expresión de malicioso recelo.

—¡Ah! —exclamó Greppin levantándose de un salto de la silla, con los ojos desorbitados. Volvió a derrumbarse en la silla y su boca se movió con convulsiones. Rio para liberar la tensión que se había acumulado dentro de él—. Ya veo. Es una mosca. —Observó la mosca que se desplazaba lentamente y con precisión por la mejilla de marfil de la tía Rose hasta que echó a volar. ¿Por qué había tenido que elegir precisamente ese momento para hacer que el ojo de la tía Rose pareciera parpadear, dudar?—. ¿Pones en duda que vaya a casarme, tía Rose? ¿Crees que no soy capaz de casarme, de amar y de cumplir las obligaciones del amor? ¿Me consideras un inmaduro, incapaz de convivir con una mujer y adaptarme a sus hábitos? ¿Crees que soy un niño que solo sueña? ¡Bueno! —Hizo un esfuerzo para tranquilizarse y sacudió la cabeza—. Hombre, hombre —se reprendió—. Solo era una mosca. ¿Una mosca te hace dudar del amor o has proyectado esa duda en una mosca y un pestañeo? ¡Maldita sea! —Señaló a los cuatro.

»Ahora voy a subir la calefacción. Dentro de una hora os echaré de esta casa de una vez para siempre. ¿Lo habéis entendido? Bien. Yo mismo me aseguraré de que os vais.

Fuera empezaba a llover. El frío aguacero fustigaba la casa. La cara de Greppin adquirió una expresión de irritación. El sonido de

la lluvia era una de las cosas que escapaba de su control y no podía detener. No se solucionaba comprando bisagras nuevas, ni lubricantes, ni pasadores. Quizá se podría cubrir toda la casa con una carpa para amortiguar el sonido, ¿no? Pero eso sería ir demasiado lejos. No. No había manera de evitar el sonido de la lluvia.

En este momento, más que en cualquier otro de su vida, quería silencio. Cada ruido era un temor. Así que todos los sonidos debían ser amortiguados, identificados y eliminados.

El tamborileo de la lluvia era como los golpecitos con los nudillos de la mano de un hombre impaciente. Greppin volvió a sumirse en una ensoñación.

Recordó el resto de aquel momento de un día de hacía dos semanas, cuando les había hecho sonreír…

Había cogido el cuchillo de trinchar y se preparó para cortar el ave que había encima de la mesa. La familia se había reunido como era habitual, llevando puestas sus solemnes y puritanas máscaras. Si los niños sonreían, la tía Rose pisoteaba sus sonrisas como si fueran unos repugnantes bichos.

La tía Rose criticó el ángulo que formaban los codos de Greppin mientras trinchaba el ave. El cuchillo, observó además, no estaba lo suficientemente afilado. Oh, sí, había que afilar el cuchillo. Se detuvo en ese momento de su evocación, puso los ojos en blanco y rio. Aquel día pasó el cuchillo por el afilador una y otra vez y se dispuso de nuevo a cortar el ave.

Cuando ya había trinchado casi toda la pieza, levantó lentamente la vista para mirar las caras con la expresión solemne y crítica de sus parientes, que parecían unos flanes con ojos de ágata. Tras observarlos un momento, como si lo hubieran sorprendido en compañía de una mujer desnuda en lugar de con una perdiz que mostraba las patas, levantó el cuchillo y gritó con rabia:

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué nunca sonreís? ¡Yo os haré sonreír!

Levantó el cuchillo en el aire un sinfín de veces como si fuera la varita de un mago.

Y en un abrir y cerrar de ojos… ¡Tachán! ¡Todos sonreían!

Partió por la mitad ese recuerdo, lo estrujó, lo hizo una bola y lo tiró a la basura. Se levantó bruscamente, salió al pasillo y fue hasta

la cocina. Desde allí bajó por las tenebrosas escaleras al sótano, abrió la puerta de la caldera y alimentó el fuego con perseverancia y habilidad hasta que consiguió unas hermosas llamas.

Volvió a subir por las escaleras y miró a su alrededor. Tendría que contratar un servicio de limpieza para que limpiara la casa vacía, y decoradores para que arrancaran las deslucidas cortinas y colocaran nuevas y radiantes colgaduras. Unas gruesas alfombras orientales nuevas para el suelo serían una solución sutil para garantizar el silencio que deseaba y que por fin necesitaría durante un mes, si no un año entero.

Se llevó las manos a la cara. ¿Y si Alice Jane hacía ruido cuando se moviera por la casa? ¡Pequeños ruidos, sin querer, en algunos sitios concretos!

Se echó a reír. Solo era una broma. Ya había solucionado ese problema. Sí, estaba resuelto. No tenía que temer el ruido que hiciera Alice Jane. Todo era de una simplicidad absurda. Recibiría todos los placeres de Alice Jane y ninguna de las distracciones y las molestias capaces de hacer añicos sus sueños.

A la cualidad del silencio había que añadir algo más. En la parte superior de las puertas que el viento cerraba con violencia en intervalos frecuentes instalaría uno de esos frenos neumáticos que se ponían en las puertas de las bibliotecas y que hacían un suave ruido sibilante.

Entró de nuevo en el comedor. Las figuras no se habían movido del cuadro que componían. Sus manos permanecían inmóviles en las posiciones habituales, y la indiferencia que le mostraron a Greppin no podía calificarse de descortesía.

Subió a la primera planta para cambiarse la ropa y ponerse algo más adecuado para el traslado de la familia. Mientras se desabrochaba los puños de la camisa, dejó caer la cabeza a un lado. Música. Al principio no le molestó; pero poco a poco, al mismo tiempo que levantaba la cabeza hacia el techo, sus mejillas se pusieron pálidas.

La música llegaba desde el punto más alto de la casa. Las notas se sucedían con fluidez y eso lo espantó.

Cada nota sonaba como si tocaran una cuerda de un arpa. El silencio absoluto amplificaba ese pequeño sonido, que adquirió unas proporciones inconmensurables en aquel vasto espacio

silencioso.

La puerta se abrió con una explosión provocada por sus manos. Un segundo después, sus pies subían por la escalera al tercer piso de la casa. El pasamanos de la barandilla se retorcía como una serpiente larga y brillante debajo de su mano cada vez que la apretaba y la soltaba para adelantar la mano y tomar impulso. Los escalones dieron paso a otros más largos, altos y oscuros. Greppin había empezado el juego abajo, con un lento tambaleo, pero ahora corría con ímpetu y ni siquiera un muro que hubiera aparecido delante de él de repente lo habría detenido hasta que lo viera manchado de su sangre y con las marcas de sus arañazos al intentar atravesarlo.

Se sentía como si fuera un ratón corriendo por el espacio vacío del interior de un cascabel gigante, y encima de él, en lo alto, vibraba la cuerda del arpa, que lo atraía, lo apresaba con un sonido umbilical, daba sustancia y vida a su miedo, lo alumbraba. Los miedos pasaban de la madre al hijo que descubría el mundo a tientas. Él intentaba en vano romper ese vínculo con las manos; era como si alguien hubiera tirado de ese cordón y lo hubiera enmarañado.

Sonó otra nota nítida producida por la cuerda del arpa, seguida de otra.

—¡No! ¡Silencio! —gritó—. El ruido está prohibido en mi casa desde hace dos semanas. Dije que no quería más ruido. Esta música no puede sonar… ¡No lo permito! ¡Silencio!

Entró como un torbellino en el desván.

El alivio puede producir histerismo.

Desde una rejilla de ventilación que había en el techo caían gotas de agua sobre el cuello de un florero de vidrio sueco, y el tintineo del goteo resonaba en el espacio del desván.

Greppin, con aire triunfal, hizo añicos el florero de un demoledor pisotón.

Rio entre dientes mientras se ponía una camisa y unos pantalones viejos en su habitación. Una vez tapada la rejilla, la música había cesado y el silencio volvía a reinar. Hay silencios y silencios, cada uno con su propia personalidad. Estaba el silencio de las noches de verano, que de silencio tenía más bien poco, ya que a los coros de los insectos había que sumar el ruido de las lámparas de arco

voltaico que se mecían solitarias en carreteras rurales desiertas y proyectaban pálidas circunferencias de luz de las que se alimentaba la noche; el silencio de las noches de verano, para que de verdad fuera silencio, exigía la indolencia, la despreocupación y la indiferencia de la persona que escuchaba. ¡No se podía llamar silencio a eso! Luego estaba el silencio del invierno, pero era un silencio inasible, que podía romperse al primer síntoma de la primavera; se respiraba una sensación de compresión, de fugacidad, como si el silencio mismo produjera un sonido. La quietud era tal que cualquier cosa resonaba, o el simple hecho de respirar o de pronunciar una palabra a medianoche provocaba una detonación en el aire diamantino. No, no era un silencio digno de ese nombre. Sin embargo, el silencio entre dos amantes, cuando las palabras sobran… Sus mejillas recuperaron el color y cerró los ojos. El silencio en compañía de Alice Jane era el más placentero. Él se había ocupado de que fuera así. Todo era perfecto.

Susurros.

Esperaba que los vecinos no le hubieran oído gritar como un energúmeno.

Un susurro débil.

Bueno, en cuanto a los silencios, el mejor era aquel que cada individuo concebía en todos sus aspectos, de manera que el estruendo de cristales rotos o el zumbido de insectos eléctricos no tenían cabida; la mente humana podía gestionar todos los sonidos, todas las urgencias, hasta que se alcanzara ese silencio completo en el que la persona sería capaz de oír cómo las células propias se ajustaban a su mano.

Un susurro.

Sacudió la cabeza. Ese susurro no existía. Era imposible que sonara en su casa. El sudor empezó a correr por su cuerpo y él temblaba de una manera imperceptible, con la boca abierta y los ojos desorbitados.

Susurros. Un cuchicheo.

—Voy a casarme —dijo débilmente, arrastrando las palabras.

—Mientes —contestaron los susurros.

Greppin dejó caer la cabeza hacia delante y su barbilla chocó con su pecho.

—Se llama Alice Jane Ballard… —dijo con un hilo de voz, y las

palabras salieron casi ininteligibles de sus labios húmedos. Uno de sus ojos comenzó a parpadear como si transmitiera un mensaje codificado a un invitado invisible—. No podéis evitar que la ame. La amo…

Susurros.

Dio un paso adelante a ciegas.

El borde de sus pantalones tembló cuando pasó por encima de la rejilla de la calefacción y una ráfaga de aire caliente persiguió a la parte baja de sus pantalones.

Susurros.

La caldera.

Llamaron a la puerta mientras bajaba por la escalera. Se pegó a ella.

—¿Quién es?

—¿Señor Greppin?

Greppin contuvo la respiración.

—¿Sí?

—¿Nos deja entrar, por favor?

—¿Quién es?

—La policía —dijo el hombre que estaba fuera.

—¿Qué quieren? ¡Iba a sentarme a cenar!

—Solo queremos hablar con usted. Nos han llamado los vecinos. Están preocupados porque hace dos semanas que no ven a su tía ni a su tío. Oyeron un ruido hace un rato…

—Les aseguro que no pasa nada. —Forzó una risa.

—Bueno —continuó la voz al otro lado de la puerta—, en ese caso, si abriera la puerta podríamos conversar amistosamente.

—Lo siento —repuso Greppin—. Estoy cansado y tengo hambre. Vuelvan mañana. Mañana hablaré con ustedes si eso es lo que desean.

—Lamento tener que insistir, señor Greppin.

La policía golpeó la puerta.

Greppin se dio la vuelta automáticamente, enfiló por el vestíbulo y pasó por delante del viejo reloj antes de entrar en el comedor sin decir una palabra. Se sentó sin mirar a nadie en particular y se puso a hablar, primero lentamente y luego con locuacidad.

—Hay unos pelmazos en la puerta. ¿Puedes hablar tú con ellos, tía Rose? Pídeles que se vayan. Diles que estamos cenando. Los demás, seguid comiendo y haced ver que estáis bien si finalmente

entran, así se irán. ¿Hablas tú con ellos, tía Rose? Y ahora que están ocurriendo cosas, tengo algo que deciros. —Le cayeron algunas lágrimas calientes sin venir a cuento. Las observó mientras mojaban el mantel blanco y se expandían por él hasta que desaparecían—. No conozco ni he conocido jamás a ninguna mujer llamada Alice Jane Ballard. Todo ha sido una… una… no lo sé. Dije que la amaba y que quería casarme con ella para sacaros una sonrisa. Sí, lo dije porque esperaba que sonrierais, esa fue la única razón. Nunca me casaré. Hace muchos años que lo sé. ¿Me pasas las patatas, por favor, tía Rose?

La policía destrozó la puerta y la tiró abajo. Una densa ráfaga de aire entró en el vestíbulo.

Dudas.

El inspector de policía se quitó el sombrero inmediatamente.

—Oh, les ruego que nos disculpen. No era mi intención interrumpirles mientras cenaban. Yo…

Los agentes se quedaron paralizados de un modo tan brusco que las paredes del comedor temblaron, y ese movimiento catapultó los cuerpos de la tía Rose y del tío Dimity, que cayeron sobre la alfombra, donde quedaron tendidos. Ellos y los niños, que continuaban sentados a la mesa, tenían un tajo en el cuello, de oreja a oreja, que creaba la ilusión de una horripilante sonrisa debajo del mentón, unas sonrisas con las que recibían a los invitados de última hora y les contaban todo lo que necesitaban saber con una simple mueca…

La fruta en el fondo del tazón

William Acton se incorporó. El reloj sobre la chimenea dio las doce de la noche.

Se miró las manos y miró el cuarto a su alrededor y miró al hombre que yacía en el piso. William Acton, cuyos dedos habían apretado teclas de máquinas de escribir y hecho el amor y frito jamón con huevos en tempranos desayunos, había ahora cometido un crimen con aquellos mismos dedos verticilados.

Nunca había pensado en ser escultor, y sin embargo, en ese momento, mientras observaba entre sus manos el cuerpo tendido en el pulido suelo de madera, advirtió que apretando, retorciendo, remodelando de algún modo la arcilla humana, había transformado a este hombre llamado Donald Huxley, le había cambiado la cara, y hasta la forma del cuerpo.

Con un leve movimiento de los dedos había borrado el particular brillo de los ojos grises de Huxley, y lo había reemplazado con la ciega opacidad de un ojo helado en su órbita. Los labios, siempre rosados y sensuales, se habían levantado para mostrar los dientes equinos, los incisivos amarillos, los caninos manchados de nicotina, los molares con incrustaciones de oro. La nariz, antes también rosada, era ahora veteada, pálida, descolorida, como las orejas. Las manos de Huxley, sobre el piso, estaban abiertas, y por primera vez suplicaban y no exigían.

Sí, era una obra de arte. En conjunto, el cambio había favorecido a Huxley. La muerte lo había transformado en un hombre más tratable. Ahora uno podía hablar con él, y él tenía que escuchar.

William Acton se miró los dedos.

Estaba hecho. No podía retroceder. ¿Lo había oído alguien? Escuchó. Afuera continuaban los ruidos normales del tránsito tardío. Nadie golpeaba la puerta de la casa, ningún hombro intentaba transformarla en leña, ninguna voz exigía entrar. Había cometido el asesinato, había enfriado la arcilla, y nadie lo sabía.

¿Ahora qué? El reloj había dado las doce de la noche. Todos sus impulsos estallaban en una histeria que lo arrastraba hacia la puerta. «Apresúrate, corre, no vuelvas nunca, salta a un tren, llama a un taxi, vete, corre, camina, pasea, ¡pero aléjate de aquí!».

Las manos se le movieron ante los ojos, flotando, volviéndose.

Las torció y retorció con lentitud, deliberadamente; parecían aéreas, livianas como plumas. «¿Por qué las miro de ese modo?», se preguntó a sí mismo. ¿Había algo en ellas de inmenso interés, de modo que debía hacer una pausa, tras una afortunada estrangulación, y examinarlas verticilo por verticilo?

Eran manos comunes. Ni gruesas, ni flacas; ni largas, ni cortas; ni velludas, ni desnudas; poco cuidadas y sin embargo limpias; poco blandas y sin embargo sin callos; sin arrugas y sin embargo tampoco lisas; nada criminales y sin embargo tampoco inocentes. Parecía como si fuesen milagros que debía mirar.

Pero no le interesaban las manos como manos, ni los dedos como dedos. En la entumecida intemporalidad que había seguido a la violencia, solo le interesaban las puntas de los dedos.

El tictac del reloj sonaba sobre la chimenea.

Se arrodilló junto al cuerpo de Huxley, sacó un pañuelo del bolsillo de Huxley, y limpió con él el cuello de Huxley. Frotó y masajeó el cuello y restregó la cara y la nuca con feroz energía. Luego se incorporó.

Miró el cuello. Miró el suelo pulido. Se inclinó lentamente, y sacudió el polvo con el pañuelo. Enseguida frunció el ceño y frotó el suelo. Primero, cerca de la cabeza del cadáver; después, cerca de los brazos. Limpió cuidadosamente el suelo hasta un metro alrededor del cadáver. Luego limpió el suelo hasta dos metros alrededor del cadáver. Luego limpió el suelo hasta tres metros alrededor del cadáver. Luego…

Se detuvo.

En un momento le pareció ver toda la casa, las paredes con espejos, las puertas talladas, los espléndidos muebles, y tan claramente

como si la estuvieran repitiendo palabra por palabra oyó la charla que habían mantenido Huxley y él mismo hacía tan solo una hora.

Un dedo en el timbre de Huxley. La puerta de Huxley se abre.

—¡Oh! —dice Donald Huxley, sorprendido—. Eres tú, Acton.

—¿Dónde está mi mujer, Huxley?

—¿Acaso piensas que te lo diré así como así? No te quedes ahí, idiota. Si quieres discutir el asunto, entra. Por esa puerta. Allí, en la biblioteca.

Acton había tocado la puerta de la biblioteca.

—¿Bebes?

—Un trago. Lo necesito. No puedo creer que Lily se haya ido, que ella…

—Ahí hay una botella de borgoña, Acton. ¿Te importaría sacarla del armario?

«Sí, sácala. Tómala. Tócala». La había tocado.

—Hay algunas primeras ediciones interesantes allí, Acton. Mira esa encuadernación, siéntela.

—No he venido a ver libros. Yo…

Había tocado los libros y la mesa de la biblioteca y la botella de borgoña y los vasos de borgoña.

Ahora, en cuclillas junto al frío cuerpo de Huxley, con el pañuelo en los dedos, inmóvil, miró la casa, los muros, los muebles de alrededor, con los ojos cada vez más abiertos, la mandíbula caída, asombrado por lo que había hecho y lo que veía. Cerró los ojos, dejó caer la cabeza, arrugó el pañuelo entre las manos, apelotonándolo, mordiéndose los labios.

Las huellas dactilares estaban en todas partes, ¡en todas partes!

—No te importa traer el borgoña, Acton, ¿verdad? La botella de borgoña, ¿eh? Con tus dedos, ¿eh? Estoy terriblemente cansado. ¿Entiendes?

Un par de guantes.

Antes de hacer nada más, antes de limpiar otra área, debía conseguir un par de guantes. O imprimiría otra vez su identidad sin darse cuenta.

Se metió las manos en los bolsillos. Caminó por la casa, hasta el paragüero, las perchas. El abrigo de Huxley. Le dio la vuelta a los bolsillos.

No había guantes.

De nuevo con las manos en los bolsillos, subió las escaleras, moviéndose con calculada rapidez, no permitiéndose a sí mismo ningún frenesí, ningún desorden. Había cometido el error inicial de no llevar guantes (pero, después de todo, no había planeado un asesinato, y su subconsciente, que podía haber anticipado el crimen, ni siquiera le había insinuado que debía ponerse guantes antes que terminara la noche), de modo que ahora tenía que pagar su pecado de omisión. En alguna parte en la casa debía de haber un par de guantes. Tenía que apresurarse. Había una posibilidad de que alguien visitase a Huxley, aun a esa hora. Amigos ricos que venían a beber o habían bebido en otra parte, que reían, gritaban, iban o venían sin un hola ni un adiós. Podía ocurrir en cualquier momento, y a las seis de la mañana los amigos de Huxley vendrían a buscarlo para ir al aeropuerto y viajar a la ciudad de México…

Acton corrió en el piso de arriba, abriendo cajones, usando el pañuelo como un secante. Abrió setenta u ochenta cajones en seis cuartos, dejándolos, podría decirse, con la lengua fuera, corriendo a abrir otros. Se sentía desnudo, imposibilitado de hacer algo hasta que tuviera los guantes. Podía fregar toda la casa con el pañuelo, pasándolo por todas las superficies donde había dejado quizá sus huellas dactilares y luego accidentalmente tocar una pared aquí o allí, ¡sellando de ese modo su propio destino con un retorcido símbolo microscópico! ¡Sería como poner su estampilla de aprobación al crimen, eso sería! Como aquellos sellos de cera de los viejos días cuando se abrían los crujientes papiros, se hacían florecer las tintas, se espolvoreaba todo con arena, y se apretaban al pie los anillos de sello mojados en caliente cera roja. ¡Así sería si dejaba una sola, debía recordarlo, una sola huella dactilar en la escena! Aunque aprobara el crimen no podía llegar al extremo de ponerle un sello.

«¡Más cajones! No pierdas la cabeza, mira bien, ten cuidado», se dijo a sí mismo.

En el fondo del cajón ochenta y cinco encontró unos guantes.

—¡Oh, Señor, Señor!

Cayó contra el escritorio, suspirando. Se probó los guantes, los alzó, flexionándolos orgullosamente, los abotonó. Eran suaves, grises, gruesos, impermeables. Podía hacer cualquier cosa ahora sin dejar huellas. Se llevó el pulgar a la nariz ante el espejo de la

alcoba, chasqueando la lengua.

—¡No! —gritó Huxley.

Qué plan tan perverso había sido.

Huxley había caído al suelo, ¡a propósito! ¡Oh, qué hombre depravadamente listo! Huxley había caído en el suelo de madera, arrastrando a Acton. ¡Habían rodado dando golpes y manotazos en el suelo, estampando y estampando frenéticas huellas dactilares! Huxley había conseguido alejarse unos pocos centímetros, ¡y Acton se había arrastrado detrás para echarle las manos al cuello y apretárselo hasta que la vida salió de él como pasta que sale de un tubo!

Con los guantes puestos, Acton volvió a la sala, se arrodilló en el suelo y se puso laboriosamente a la tarea de limpiar cada maldito centímetro infectado. Luego se acercó a una mesa y frotó una pata, subiendo a lo largo de las molduras. Llegó arriba y tropezó con un tazón de fruta de cera. Pulió la plata afiligranada, sacó las frutas y las limpió, dejando solo la del fondo.

—Estoy seguro de que no las toqué —aseveró.

Luego se encontró con un cuadro enmarcado que colgaba encima de la mesa.

—Ciertamente, no he tocado eso —dijo.

Se quedó mirándolo.

Lanzó una ojeada a todas las puertas de la sala. ¿Qué puertas había abierto esa noche? No podía recordarlo. «Límpialas todas», entonces. Empezó con los pestillos, hasta que resplandecieron, y luego restregó las puertas de la cabeza a los pies. No podía correr riesgos. Luego revisó todos los muebles de la sala y limpió los brazos de los sillones.

—Esa silla en que estás sentado, Acton, es una vieja pieza Luis XIV. Siente ese material —dijo Huxley.

—¡No he venido a hablar de muebles, Huxley! Estoy aquí por Lily.

—Oh, vamos, no puedes tomarte el asunto tan en serio. Ella no te ama, ya lo sabes. Me dijo que viajará conmigo a México, mañana.

—¡Tú y tu dinero y tu condenado mobiliario!

—Es un hermoso mobiliario, Acton. Tócalo, interpreta bien tu papel de huésped.

Podían descubrirse huellas dactilares en los tapizados.

—¡Huxley! —William Acton miró fijamente el cadáver—. ¿Sospechaste que iba a matarte? ¿Lo sospechó tu subconsciente, como el mío? ¿Y te dijo tu subconsciente que me hicieses correr por la casa tomando, tocando, acariciando libros, platos, puertas, sillas? ¿Eras tan inteligente y tan perverso?

Limpió todos los sillones y sillas con el apretado pañuelo. Luego recordó el cuerpo. Se inclinó sobre él y lo frotó primero por este lado, luego por este otro, bruñendo todas las superficies. Hasta lustró los zapatos, gratis.

Mientras lustraba los zapatos, un leve estremecimiento de preocupación cruzó por su cara. Al fin se levantó y se acercó a la mesa.

Sacó y pulió la fruta de cera del fondo del tazón.

—Mejor así —murmuró, y volvió al cuerpo.

Pero cuando se inclinaba hacia el cuerpo, pestañeó y le tembló la mandíbula. Se incorporó y se acercó otra vez a la mesa.

Frotó el marco del cuadro.

Mientras estaba frotando el marco del cuadro descubrió…

La pared.

«Eso es absurdo», se dijo.

—¡Oh! —gritó Huxley, rechazando a Acton. Lo empujó mientras luchaban, y Acton cayó tocando la pared, y corrió otra vez hacia Huxley. Estranguló a Huxley. Huxley murió.

Acton dejó resueltamente la pared, trastabillando. Los gritos y la acción se apagaron en su mente. Miró las cuatro paredes.

—¡Ridículo! —dijo.

De reojo vio algo en una pared.

—Me niego a mirar —dijo para distraerse a sí mismo—. ¡Ahora la próxima habitación! Seré metódico. Veamos… Estuvimos en el vestíbulo, la biblioteca, esta sala, el comedor y la cocina.

Había una mancha en la pared, detrás.

Bueno, ¿había una mancha o no?

Se volvió enojado.

—Muy bien, muy bien, solo para estar seguro.

Se acercó y no pudo encontrar ninguna mancha. Oh, una muy pequeña, sí, allí. La borró. De todos modos, no era una huella dactilar. Terminó de borrarla, y su mano enguantada se apoyó en la pared. Miró la pared y cómo se extendía a la derecha y a la

izquierda, y por encima de su cabeza y hasta sus pies.

—No —dijo suavemente.

Miró hacia arriba y hacia abajo y de costado y dijo en voz baja:

—Eso sería demasiado.

¿Cuántos metros cuadrados?

—Me importa un bledo —dijo.

Pero, como desconocidos, sus dedos enguantados se movían ya sobre la pared.

Espió la mano y el empapelado del muro. Miró por encima del hombro el otro cuarto.

—Debo ir allá y limpiar lo más importante —se dijo, pero la mano se quedó allí, como para sostener la pared, o sostenerlo a él. Se le endureció la cara.

Sin una palabra empezó a fregar el muro, hacia arriba y abajo, hacia arriba y abajo, hacia delante y hacia atrás, arriba y abajo, arriba estirándose de puntillas, abajo inclinándose todo lo posible.

—¡Ridículo, oh, Señor, ridículo!

«Pero debes estar seguro», le recordó su pensamiento.

—Sí, uno tiene que estar seguro —replicó.

Terminó con una pared, y entonces…

Se acercó a otra pared.

—¿Qué hora es?

Miró el reloj de la chimenea. Había pasado una hora.

Era la una y cinco.

Sonó el timbre de la puerta de la calle.

Acton se endureció, clavando los ojos en la puerta, el reloj, la puerta, el reloj.

Alguien golpeaba ruidosamente.

Pasó un largo rato. Acton no respiraba. Le faltó el aire y empezó a caer, tambaleándose. En su cabeza rugió un silencio de olas frías que rompían como truenos en pesadas rocas.

—¡Eh, ahí adentro! —gritó una voz de borracho—. ¡Sé que estás ahí, Huxley! ¡Abre, maldito! ¡Es el chico Billy, borracho como una cuba! Huxley, viejo compañero, más borracho que dos cubas.

—Vete —murmuró Acton silenciosamente, apretado contra la pared.

—Huxley, estás ahí, te oigo respirar —gritó la voz borracha.

—Sí, estoy aquí —murmuró Acton, sintiéndose largo y tendido y

torpe en el piso, torpe y frío y mudo—. Sí.

—¡Demonios! —dijo la voz perdiéndose en la niebla. Las pisadas se apagaron—. Demonios…

Acton se quedó tendido un tiempo sintiendo que el rojo corazón le golpeaba en los ojos cerrados, en la cabeza. Cuando al fin abrió los ojos, vio la limpia pared que se alzaba ante él. Al cabo de un rato se animó a hablar:

—Tonterías —dijo—. Esa pared no tiene una mancha. No la tocaré. Apresúrate. Apresúrate. No hay tiempo, tiempo. ¡Solo faltan unas pocas horas para que lleguen esos condenados amigos!

Se dio vuelta, alejándose.

Vio de reojo las telitas de araña. Cuando les volvió la espalda, las arañitas salieron de la madera y tejieron delicadamente sus frágiles telitas casi invisibles. No en la pared de la izquierda, que acababa de limpiar, sino en las otras tres que aún no había tocado. Cada vez que las miraba directamente, las arañas se metían en las grietas de la madera, y salían cuando él se alejaba.

—Estas paredes están bien —insistió, casi gritando—. ¡No las voy a tocar!

Se acercó a un escritorio donde Huxley había estado sentado. Abrió un cajón y sacó lo que buscaba. Una pequeña lupa que Huxley usaba a veces para leer. Tomó la lupa y fue hasta la pared, incómodo.

Huellas dactilares.

—¡Pero estas no son mías! —Acton rio nerviosamente—. ¡Yo no las puse ahí! ¡Estoy seguro! ¡Un sirviente, un mayordomo, quizás una criada!

La pared estaba llena de huellas.

—Mira esta —dijo—. Larga y afilada, de mujer. Apostaría todo mi dinero.

—¿Apostarías?

—¡Apostaría!

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

—¿Realmente?

—Bueno…, sí.

—¿Absolutamente?

—¡Sí, maldita sea, sí!

—Bórrala de todos modos, ¿por qué no?

—¡Allá va, Dios mío!

—Fuera con esa maldita mancha, ¿eh, Acton?

—Y esta otra de al lado —se mofó Acton—. Es la huella de un hombre gordo.

—¿Estás seguro?

—¡No empieces otra vez! —estalló Acton, y la borró.

Se sacó un guante y alzó la mano, temblando, a la luz deslumbrante.

—¡Mira, idiota! ¿Ves cómo van los verticilos? ¿Ves?

—¡Eso no prueba nada!

—¡Oh, bueno, bueno!

Rabioso, frotó la pared de arriba abajo, de derecha a izquierda, con las manos enguantadas, sudando, gruñendo, jurando, doblándose, incorporándose, con una cara cada vez más encendida.

Se sacó la chaqueta y la puso en una silla.

—Las dos —dijo terminando la pared, mirando el reloj.

Se acercó al tazón de la mesa y sacó las frutas de cera y frotó la del fondo y la puso otra vez en su sitio y frotó el marco del cuadro.

Miró la araña de luces.

Sintió que los dedos se le retorcían a los lados del cuerpo.

Se le abrió la boca y la lengua se le movió sobre los labios y miró la araña y apartó los ojos y miró otra vez la araña y miró el cuerpo de Huxley y luego la araña con sus largas perlas de cristal de arcoíris.

Trajo una silla y la puso bajo la lámpara y apoyó un pie en el tapizado y lo bajó y arrojó la silla violentamente, riéndose, a un rincón. Luego salió corriendo del cuarto dejando una pared sin limpiar.

En el comedor se acercó a la mesa.

—Quiero mostrarte mi cuchillería gregoriana, Acton —había dicho Huxley. ¡Oh, aquella voz casual e hipnótica!

—No tengo tiempo —dijo Acton—. Tengo que ver a Lily…

—Tonterías, observa esta plata, esta exquisita orfebrería.

Acton se detuvo junto a la mesa donde se alineaban las cajas de cubiertos, oyendo una vez más la voz de Huxley, recordando cuántas veces los había tocado.

Fregó los tenedores y cucharas, y descolgó de la pared todos los

platos decorativos y todas las cerámicas especiales…

—Mira esta hermosa pieza de cerámica de Gertrude y Otto Nazler, Acton. ¿Conoces sus trabajos?

—Es hermosa.

—Tómala. Dale la vuelta. Mira la hermosa delgadez del tazón, trabajado a mano en el torno, fino como una cáscara de huevo, increíble. ¿Y el asombroso lustre volcánico? Tómalo, adelante. No me importa.

Tómalo. Adelante. ¡Recógelo!

Acton sollozó entrecortadamente. Lanzó la pieza contra la pared. La cerámica se hizo añicos y se desparramó en copos por el suelo.

Un instante después Acton estaba de rodillas. Había que encontrar todos los pedazos, todos los fragmentos. «¡Tonto, tonto, tonto! —se gritó a sí mismo, sacudiendo la cabeza y cerrando y abriendo los ojos y metiéndose debajo de la mesa—. Encuentra todos los pedazos, idiota, no hay que olvidar uno solo. ¡Tonto, tonto!». Los juntó. ¿Están todos? Los puso sobre la mesa, ante él. Miró otra vez debajo de la mesa y debajo de las sillas y los aparadores, y gracias a la luz de un fósforo encontró otro fragmento más y se puso a frotar cada pedacito como si fuesen piedras preciosas. Los dejó ordenadamente sobre la brillante mesa pulida.

—Una hermosa pieza de cerámica, Acton. Adelante… tócala.

Acton sacó los manteles y servilletas y los frotó, y frotó las sillas y mesas y pestillos y ventanas y anaqueles y cortinas, y frotó el suelo y entró en la cocina, jadeando, respirando violentamente, y se sacó el chaleco y se ajustó los guantes y frotó los cromos resplandecientes…

—Te mostraré mi casa —dijo Huxley—. Ven…

Y Acton limpió todos los utensilios y los grifos de bronce y las ollas, pues ahora ya no recordaba qué cosas había tocado y cuáles no. Huxley y él habían estado un rato ahí, en la cocina. Huxley orgulloso de su batería, ocultando su nerviosismo ante la presencia de un potencial asesino, quizá queriendo estar cerca de los cuchillos, que podía necesitar… Habían estado un rato allí, tocando esto, aquello, alguna otra cosa, no podía recordar qué o cuánto o cuántas veces. Acton terminó con la cocina y cruzó el vestíbulo y entró otra vez en la sala donde yacía Huxley.

Acton gritó.

¡Había olvidado la cuarta pared! Y mientras se había ido, las arañitas habían salido de la cuarta pared sucia y habían corrido por las paredes limpias, ensuciándolas otra vez. En el cielo raso, desde el candelero, en los rincones, en el piso, ¡un millón de tejidas telas se estremecieron con su grito! Mínimas, mínimas telitas, no más grandes que, irónicamente, tu… dedo.

Mientras Acton miraba, otras telas aparecieron sobre el marco del cuadro, el tazón de fruta, el cadáver, el suelo. Las huellas cubrían el cortapapeles, los cajones abiertos, la superficie de la mesa, huellas, huellas, huellas en todo, en todas partes.

Acton frotó el suelo furiosamente, furiosamente. Hizo rodar el cuerpo y lloró sobre él mientras lo limpiaba, y se incorporó y se acercó a la mesa y limpió la fruta en el fondo del tazón. Luego puso una silla bajo la lámpara, y se subió a la silla y limpió cada llamita colgante, sacudiéndola como una pandereta de cristal, hasta que la llama sonó como una campanilla. Luego saltó de la silla y frotó los pestillos y se subió a otras sillas y refregó las paredes más arriba y corrió a la cocina y sacó una escoba y quitó las telas de araña del cielo raso y limpió la fruta en el fondo del tazón y lavó el cuerpo y los pestillos y la platería y encontró la barandilla de la escalera y siguió la barandilla hasta el primer piso.

¡Las tres! En todas partes, con una furiosa y mecánica intensidad, sonaban los relojes. Había doce cuartos abajo y ocho arriba. Imaginó los metros y metros de espacio y tiempo que necesitaba. Cien sillas, seis sillones, veintisiete mesas, seis radios. Y abajo y arriba y detrás. Separó los muebles de las paredes, y, sollozando, les sacó el polvo de muchos años atrás, y se tambaleó, borrando, fregando, puliendo, pues si dejaba una sola huellita se reproduciría, y habría otra vez un millón de huellas. Habría que repetir el trabajo, ¡y ya eran las cuatro! Le dolían los brazos y se le habían hinchado los ojos, que se clavaban fijamente en todas las cosas, y se movía pesadamente, sobre las piernas extrañas, cabizbajo, moviendo los brazos, frotando y restregando, dormitorio por dormitorio, armario por armario…

Lo encontraron a las seis y media de la mañana.

En el altillo.

La casa entera resplandecía. Los floreros brillaban como astros de vidrio. Las sillas parecían barnizadas. Los hierros, los bronces y

los cobres relucían. Los pisos chispeaban. Las barandillas centelleaban.

Todo fulguraba, todo destellaba. ¡Todo era brillante!

Lo encontraron en el altillo frotando los viejos baúles y los viejos marcos y las viejas sillas y los viejos juguetes y cajitas de música y floreros y cubiertos y caballos de madera y monedas polvorientas de la guerra civil. Acababa de limpiarlo todo cuando el oficial de policía entró con un revólver.

—¡He terminado!

Cuando dejaba la casa, Acton frotó con su pañuelo el pestillo de la puerta de calle y cerró con un portazo triunfal.

El pequeño asesino

No podía decir realmente cuándo tuvo la idea de que iban a asesinarla. Durante el último mes había habido algunos pocos signos sutiles, pequeñas sospechas, movimientos ocultos como mareas en ella, como si después de contemplar una extensión de agua en el trópico, perfectamente en calma y que invita a un baño, y justo cuando sentimos la marea en el cuerpo, descubriéramos que las profundidades están habitadas por monstruos, criaturas invisibles, abotagadas, de muchos brazos, de afiladas aletas, malignas y decididas.

Un cuarto flotaba de pronto alrededor como un efluvio de histeria. Unos instrumentos cortantes se cernían en el aire, y había voces y gente con estériles máscaras blancas.

«Mi nombre —pensaba entonces—, ¿cómo me llamo?».

Alice Leiber, recordaba. La mujer de David Leiber. Pero eso no la consolaba. Estaba a solas con aquella gente blanca que murmuraba sin hacer ruido, y ella sentía dolor y náusea y miedo de la muerte.

«Me están matando en presencia de todos. Esos médicos, esas enfermeras no entienden qué cosa secreta me ha ocurrido. David no lo sabe. Nadie lo sabe excepto yo y… el verdugo, el criminal, el pequeño asesino».

»Me estoy muriendo y no puedo decirlo ahora. Se reirían de mí y dirían que deliro. Verían al criminal, lo tendrían en los brazos y nunca lo culparían de mi muerte, pero aquí estoy, ante Dios y los hombres, muriendo, sin que nadie me crea, todos dudando de mí, consolándome con mentiras, enterrándome sin saberlo, llorándome y salvando a mi destructor».

¿Dónde estaba David?, se preguntó. ¿En la sala de espera, fumando un cigarrillo tras otro, escuchando los prolongados tictacs del reloj tan lento?

El sudor le estalló en el cuerpo, todo a la vez, junto con un grito de agonía. Ahora. ¡Ahora! «Trata de matarme, gritó, inténtalo, inténtalo, ¡pero no moriré! ¡No moriré!».

Hubo un hueco de pronto. Un vacío. El dolor cesó. Un agotamiento, y la oscuridad vino de todas partes. Aquello había terminado. ¡Oh, Dios! Cayó como una plomada y golpeó una nada negra que se abrió a una nada y a una nada y a otra y todavía otra…

Unas pisadas. Acercándose, unas pisadas leves.

Muy lejos, una voz dijo:

—Está dormida. No la moleste.

Un olor de franela, una pipa, una cierta loción de afeitar. David estaba de pie junto a ella. Y más allá el olor inmaculado del doctor Jeffers.

No abrió los ojos.

—Estoy despierta —dijo en voz baja.

Era una sorpresa, un alivio, poder hablar, no estar muerta.

—Alice —dijo alguien, y era David delante de los ojos cerrados, sosteniéndole las manos fatigadas.

«¿Quieres conocer al criminal, David? —pensó Alice—. Te oí decir que querías verlo, de modo que no puedo hacer otra cosa que mostrártelo».

David se inclinaba sobre la cama. Alice abrió los ojos. La habitación se aclaró. Alice movió una mano débil y apartó una manta.

El criminal miró a David con una carita roja y unos redondos ojos azules y serenos, profundos y centelleantes.

—¡Bueno! —exclamó David, sonriendo—. ¡Es un hermoso bebé!

El día que David fue a buscar a su mujer y al recién nacido el doctor Jeffers estaba esperándolo en la oficina. Le indicó que se sentara en una silla, le dio un cigarro, encendió otro para él, se sentó en el borde de su escritorio, chupando solemnemente un largo rato. Al fin carraspeó, miró a David Leiber a los ojos y dijo:

—A tu mujer no le gusta el niño, Dave.

—¿Qué?

—Ha sido duro para ella. Necesitará mucho cariño este próximo año.

No he querido hablar de ello hasta ahora, pero parecía una histérica en la sala de partos. Decía cosas muy raras… que no repetiré. Diré solo que ella no se siente unida al niño. Bueno, quizá sea algo que pueda aclararse con una o dos preguntas. —Chupó el cigarro un momento y luego dijo—: El niño ¿es un niño «deseado», Dave?

—¿Por qué lo pregunta?

—Es muy importante.

—Sí. Sí, es un niño «deseado». Fue de común acuerdo. Alice estaba tan contenta, hace un año, cuando…

—Mmmm… Eso lo hace más difícil. Porque si no hubieran querido tener un hijo sería solo el caso de una mujer que rechaza la idea de la maternidad. No es el caso de Alice. —El doctor Jeffers se sacó el cigarro de la boca, se frotó la mandíbula con la mano—. Tiene que ser otra cosa, entonces. Quizás algo enterrado en la infancia y que emerge ahora. O quizá se trate de las dudas y desconfianzas pasajeras de una madre que pasa por ese trance, dolores insólitos y el peligro de muerte. Si es así, el tiempo la curará. Pensé que tenía que decírtelo, Dave. Te ayudará a ser tolerante y condescendiente con Alice si dice algo acerca de…, bueno, que hubiese deseado que el niño naciera muerto. Y si las cosas no marchan bien, venid a verme los tres. Siempre me alegrará ver a viejos amigos, ¿eh? Bien, coge otro cigarro por el…, bueno…, por el bebé.

Era una brillante tarde de primavera. El coche zumbaba a lo largo de las anchas avenidas bordeadas de árboles. Un cielo azul, flores, un viento tibio. Dave habló un rato, encendió un cigarro, siguió hablando. Alice respondía directamente, en voz baja, serenándose a medida que avanzaban. Pero no llevaba al bebé apretadamente en los brazos, ni cálidamente, ni con gesto maternal, no lo suficiente al menos como para calmar aquel extraño dolor que Dave sentía en la mente. Era casi como si Alice transportara una figurita de porcelana.

—Bueno —dijo Dave al fin, sonriendo—, ¿cómo lo llamaremos?

Alice Leiber miró los árboles verdes que pasaban.

—No lo decidamos aún. Mejor esperar a que le encontremos un nombre excepcional. No le eches humo en la cara.

Las frases de Alice se unían unas a otras sin cambio de tono. En esa última petición no había ni reproche maternal, ni interés, ni irritación. Lo había dicho tal cual le había venido a los labios.

El marido, nervioso, tiró el cigarro por la ventanilla.

—Lo siento —dijo.

El bebé descansaba en el regazo de la madre, y las sombras del sol y los árboles le cambiaban en la cara. Abrió los ojos como flores de primavera, frescas y azules. Unos sonidos húmedos le brotaban de la boca, diminuta, rosada, elástica.

Alice le echó una ojeada rápida. Dave sintió que se apretaba contra él, estremeciéndose.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Un escalofrío. Mejor que cierres la ventanilla, David.

Era algo más que un escalofrío. Dave alzó lentamente la ventanilla.

La hora de la cena.

Dave había traído al niño sosteniéndolo en una posición extraña, lo más derecho posible, apoyado en muchos almohadones, en la silla alta que habían comprado recientemente.

Alice miraba el plato donde movía el cuchillo y el tenedor.

—Es pequeño aún para una silla —dijo.

—Pero es divertido tenerlo aquí con nosotros —dijo Dave, contento—. Todo es divertido. Incluso en la oficina. Los pedidos de mercancías me llegan hasta la nariz. Si no me cuido haré otros quince mil este año. ¡Eh! ¡Mira al pequeño! ¡La baba le ha mojado la barbilla!

Se inclinó para pasar la servilleta por la barbilla del bebé. Descubrió de soslayo que Alice ni siquiera estaba mirando. Terminó de limpiar al bebé.

—No será de veras muy interesante —dijo volviendo a su plato —. Pero se supone que una madre tiene cierto interés en su propio hijo.

Alice alzó el mentón bruscamente.

—¡No hables de ese modo! ¡No delante de él! Más tarde, si quieres.

—¿Más tarde? —exclamó Dave—. Delante de él, detrás de él, ¿qué diferencia hay? —Se dominó, tragó saliva, se mostró arrepentido—. Bien, de acuerdo.

Después de cenar Alice dejó que Dave llevara al bebé arriba. No se lo pidió, dejó que lo llevara.

Cuando Dave bajó de nuevo, encontró a Alice de pie junto a la radio, escuchando una música que no oía. Tenía los ojos cerrados y parecía absorta en sí misma, tratando de resolver un problema. Oyó a Dave y se sobresaltó.

De pronto Alice se volvió hacia Dave, se apretó contra él, con dulzura, con rapidez; la misma de antes. Buscó a Dave con los labios, lo retuvo. Dave estaba estupefacto. Ahora que el bebé había desaparecido, que estaba arriba, fuera de la sala, Alice comenzaba a respirar otra vez, a vivir otra vez. Estaba libre. Murmuraba rápidamente, interminablemente.

—Gracias, gracias, querido. Por ser tú mismo, siempre. Alguien en quien se puede confiar, ¡en quien tanto se puede confiar!

Dave rompió a reír.

—Ya me lo decía mi madre: «Hijo, ¡que nada le falte a tu familia!».

Con gesto de fatiga, Alice dejó que el cabello negro y brillante descansara en el cuello de Dave.

—Has hecho todavía más. A veces desearía que fuésemos de nuevo como cuando nos casamos, al principio. Ninguna responsabilidad, solo nosotros. Ningún…, ningún bebé.

Las dos manos de Alice apretaron la mano de Dave. Tenía un color blanco sobrenatural en la cara.

—Oh, Dave, hubo un tiempo en que solo éramos tú y yo. Nos protegíamos entre nosotros, y ahora protegemos al bebé, pero él no nos protege. ¿No entiendes? En el hospital tuve tiempo de pensar muchas cosas. El mundo es malvado…

—¿Sí?

—Sí, lo es. Pero las leyes nos protegen. Y cuando no hay leyes, entonces el amor nos protege. Mi amor te protege de mí, para que yo no te haga daño. Nadie es más vulnerable a mí que tú mismo, pero el amor te ampara. Yo no te temo porque el amor amortigua todas tus irritaciones, tus instintos poco naturales, tus odios y tus boberías. Pero no pasa lo mismo con el bebé. Es demasiado pequeño para conocer el amor, o una ley del amor, o cualquier otra cosa, hasta que se lo enseñemos. Y mientras tanto los vulnerables somos nosotros.

Dave alejó a Alice y rio gentilmente.

—¿Vulnerables a un bebé?

—¿Sabe acaso un bebé qué diferencia hay entre el bien y el mal? —preguntó Alice.

—No. Pero lo aprenderá.

—Un bebé es algo tan nuevo, tan amoral, tan despojado de toda conciencia. —Alice calló. Soltó a Dave y se volvió bruscamente—. Ese ruido. ¿Qué ha sido ese ruido?

Dave miró alrededor de la sala.

—No he oído nada…

Alice clavó los ojos en la puerta de la biblioteca.

—Allí —dijo lentamente.

Leiber cruzó la sala, abrió la puerta y encendió las luces de la biblioteca.

—No hay nada. —Volvió junto a Alice—. Estás demasiado cansada. A la cama…, ahora mismo.

Apagando juntos las luces, Dave y Alice subieron por la escalera silenciosa, sin hablar. Arriba, Alice se disculpó.

—He dicho muchas tonterías. Perdóname. Estoy agotada.

Dave lo comprendió, y así se lo dijo.

Alice se detuvo, titubeando, ante el cuarto del bebé. De pronto, cogió el pestillo de bronce y entró. Dave miró cómo se acercaba con demasiado cuidado, y miraba dentro de la cuna, y se endurecía como si algo le hubiese golpeado la cara.

—¡David!

Leiber se adelantó y llegó a la cuna.

La cara del bebé estaba muy roja y brillante y muy húmeda; la boquita rosada se le abría y se le cerraba, se le abría y se le cerraba; los ojos eran de un feroz color azul; las manitas se agitaban en el aire.

—Oh —dijo Dave—, ha estado llorando.

—¿Sí? —Alice Leiber se sostuvo de la cuna para no caerse—. No lo oí llorar.

—La puerta estaba cerrada.

—¿Es por eso que respira con tanta fuerza y tiene la cara tan roja?

—Claro. Pobrecito. Llorando solo en la oscuridad. Podría dormir en nuestro cuarto esta noche, por si llora de nuevo.

—Lo estás malcriando —dijo Alice.

David llevó la cuna al dormitorio, sintiendo detrás los ojos de Alice. Se desvistió en silencio y se sentó en el borde de la cama. De pronto alzó la cabeza, juró entre dientes, castañeteó los dedos.

—¡Maldita sea! Olvidé decírtelo. Tengo que volar a Chicago el jueves.

—Oh, David.

La voz de Alice se perdió en el cuarto.

—Estoy postergando este viaje desde hace dos meses, y ahora ya no tengo escapatoria.

—Me da miedo quedarme sola.

—El viernes llegará la nueva cocinera. Estará aquí todo el tiempo. Será cuestión de días.

—Tengo miedo. No sé de qué. No me creerías si te lo dijera. Pienso que estoy loca.

David estaba ya acostado. Alice apagó las luces, y David oyó cómo caminaba alrededor de la cama, apartaba la colcha y se acostaba. Sintió al lado el cálido olor femenino.

—Si quieres que espere unos días —dijo—, quizá yo podría…

—No —dijo Alice sin convicción—. Vete de viaje. Sé que es importante. Solo que no puedo dejar de pensar. Las leyes y el amor y la protección. El amor te protege de mí. Pero el bebé… —Alice tomó aliento—. ¿Qué te protege a ti de él, David?

Antes que él pudiera responder, antes que pudiera decirle que todo aquello era una tontería, Alice encendió la lámpara de noche, bruscamente.

El bebé estaba despierto en la cuna, mirando directamente a Dave, con ojos de color azul acerado y profundo.

Las luces se apagaron de nuevo. Alice se apretó contra Dave, temblando.

—No está bien tener miedo de tu propia criatura. —Alice hablaba ahora en voz baja, dura, vehemente, rápida—. ¡Trató de matarme! ¡Está ahí escuchándonos, esperando a que te vayas para intentarlo otra vez! ¡Lo juro!

Los sollozos ahogaron a Alice.

—Por favor —dijo Dave, serenándola—. Basta. Basta. Por favor.

Alice lloró en la oscuridad largo rato. Al fin se calmó, estremeciéndose, abrazada a Dave. Él sintió que la respiración de

Alice era cada vez más serena, cálida, regular, que se le aflojaba el cuerpo, y que al fin se dormía.

Dave empezó a dormirse también.

Y justo cuando los párpados se le cerraban pesadamente, hundiéndolo en mareas más y más profundas, oyó un raro y leve sonido de alerta y de vigilia.

El sonido de unos labios diminutos, húmedos, rosadamente elásticos.

El bebé.

Y luego… Dave se durmió.

Por la mañana el sol centelleaba.

David Leiber movía el reloj sobre la cuna.

—¿Ves, bebé? Una cosa brillante. Una cosa bonita. Claro. Claro. Una cosa bonita.

Alice sonreía. Le dijo a Dave que no dudara más, que volara a Chicago, y ella sería muy valiente, no había de qué preocuparse. Cuidaría al bebé. Oh, sí, lo cuidaría, todo estaba bien.

El avión voló hacia el este. Había mucho cielo, mucho sol y nubes, y Chicago se deslizó en el horizonte. Dave cayó en un torbellino de ventas, planes, banquetes, llamadas telefónicas, discusiones en conferencias. Pero todos los días les mandaba a Alice y al bebé una carta y un telegrama.

En la tarde del sexto día recibió una llamada de larga distancia. Los Ángeles.

—¿Alice?

—No, Dave. Soy Jeffers.

—¡Doctor!

—Cálmate, hijo. Alice está enferma. Será mejor que cojas el primer avión. Tiene neumonía. Haré todo lo que pueda, hijo. Si al menos hubiera pasado un poco más de tiempo, Alice necesita recuperar fuerzas.

Leiber dejó caer el auricular del teléfono. Se incorporó, sintiendo que no tenía pies, ni manos ni cuerpo. La habitación del hotel se oscureció y se desvaneció.

—Alice —dijo Dave, yendo hacia la puerta.

Las hélices giraron, voltearon, se sacudieron, se detuvieron; el tiempo y el espacio quedaron atrás. El picaporte se movió bajo la mano de Dave; el suelo fue sólido y real bajo los pies, las paredes de

la alcoba se ordenaron alrededor, y a la luz de las últimas horas de la tarde el doctor Jeffers dio la espalda a una ventana, mientras Alice esperaba tendida en el lecho: una figura modelada con la nieve de invierno. Luego el doctor Jeffers habló, habló sin parar, y el sonido de la voz se elevaba y caía a través de la luz de la lámpara, un aleteo suave, un murmullo blanco.

—Tu mujer es demasiado buena como madre, Dave. Se preocupa más por el bebé que por ella misma…

De pronto, en la palidez del rostro de Alice hubo una contracción que desapareció antes que nadie la notara. Luego, lentamente, con una sonrisa, Alice empezó a hablar, y lo hizo como hablan las madres en esos casos, esto y lo otro, el detalle significativo, el informe minuto a minuto y hora a hora de una madre que solo piensa en un mundo de muñecas y en la vida que habita ese mundo. Pero no se detuvo allí; el resorte estaba muy apretado y la voz de Alice se alzó mostrando furia, miedo y un débil toque de repulsión y todo esto no alteró la expresión del doctor Jeffers, pero aceleró el ritmo de Dave, que latió al son de esta charla, cada vez más rápida, y que no se podía detener.

—El bebé no dormía. Pensé que estaba enfermo. Estaba ahí, acostado en la cuna, y lloraba de noche. Lloraba tanto, toda la noche, y toda la noche… No podía calmarlo, y no podía descansar.

El doctor Jeffers asentía con lentos, imperceptibles movimientos de cabeza.

—El cansancio derivó en neumonía. Pero le hemos dado medicación y ya está fuera de peligro.

David se sentía enfermo.

—¿Y el bebé? ¿Qué pasa con el bebé?

—Está espléndido, fuerte como un roble.

—Gracias, doctor.

El doctor se alejó y bajó las escaleras, abrió suavemente la puerta de calle y desapareció.

—¡David!

Dave se volvió hacia el susurro asustado.

—Ha sido el bebé otra vez. —Alice apretó la mano de Dave—. Trato de mentirme a mí misma y decirme que soy una tonta, pero el bebé sabía que yo estaba débil, después de los días en el hospital, de modo que lloraba la noche entera, todas las noches, y cuando no

lloraba estaba demasiado quieto. Y yo sabía que si encendía la luz estaría allí mirándome.

David sintió que el cuerpo se le cerraba como un puño. Recordaba haber visto al bebé, haberlo sentido, despierto en la oscuridad, hasta muy tarde, cuando los bebés ya suelen estar dormidos. Despierto y acostado, silencioso como un pensamiento, sin llorar, pero mirando desde la cuna. Alejó esa idea. Era una completa locura.

Alice continuó hablando:

—Yo iba a matar al bebé. Sí, iba a matarlo. Cuando estabas fuera, el primer día, entré en el cuarto y le eché las manos al cuello, y me quedé así mucho tiempo, pensando, asustada. Luego le puse las mantas sobre la cara, le di la vuelta boca abajo y lo apreté y lo dejé así y salí corriendo de la habitación.

Dave trató de hacerla callar.

—No, deja que termine —dijo Alice roncamente, mirando la pared—. Cuando salí de la habitación del bebé pensé: «Es muy simple. Todos los días se ahoga algún bebé. Nadie lo sabrá nunca». Pero cuando volví pensando que lo vería muerto, David, ¡estaba vivo! Sí, vivo, boca arriba, sonriendo y respirando. Y después de eso ya no pude tocarlo otra vez. Lo dejé allí y no regresé, ni para alimentarlo ni para mirarlo ni para nada. Quizá lo atendió la cocinera. No lo sé. Todo lo que sé es que lloraba de noche y no me dejaba dormir, y yo me pasaba las horas despierta, pensando, y caminaba por la casa, y ahora estoy enferma. —Alice parecía completamente agotada—. El bebé está allí pensando en cómo matarme. Cómo matarme de un modo simple. Pues sabe que sé mucho de él. No le tengo cariño; no hay protección entre nosotros, nunca la habrá.

Alice calló. Pareció derrumbarse en sí misma y al fin se quedó dormida. David permaneció un largo rato junto a la cama, mirándola, incapaz de moverse. Tenía la sangre helada en el cuerpo, y no se le movía una sola célula, ninguna.

A la mañana siguiente solo había una cosa que hacer. Y Dave la hizo. Fue al consultorio del doctor Jeffers y le contó todo y escuchó las réplicas tolerantes del médico:

—Actuemos con calma, hijo. Es muy natural que una madre odie a su hijo, a veces. Incluso tenemos un nombre para eso:

ambivalencia. La capacidad de odiar al mismo tiempo que se quiere. Los amantes se odian; es muy frecuente. Los niños detestan a su madre…

Leiber lo interrumpió:

—Yo nunca odié a mi madre.

—No lo admitirías, naturalmente. La gente no disfruta admitiendo que odia a los seres queridos.

—De modo que Alice odia al bebé.

—Sería mejor decir que tiene una obsesión. Ha dado un paso más allá de la ambivalencia común y simple. La cesárea trajo al mundo al niño, pero casi se la lleva a Alice. Ahora culpa al niño por haber corrido ese peligro y de la neumonía. Está proyectando sus dificultades. Culpa a los objetos más a mano. Todos hacemos lo mismo. Nos caemos de una silla y culpamos al mobiliario, no a nuestra propia torpeza. Erramos al golpear la pelota de golf y maldecimos el césped o el palo, o al fabricante de la pelota. Si nos va mal en los negocios acusamos a los dioses, al tiempo, a la suerte. Todo lo que puedo decirte es lo que ya te dije antes. Quiere a Alice. No hay medicina mejor en el mundo. Busca las maneras más delicadas de mostrarle afecto, de darle seguridad. Busca modos de probarle que el bebé es una criatura inofensiva e inocente. Hazle sentir que por el bebé vale la pena cualquier riesgo. Al cabo de un tiempo ella se calmará, olvidará eso de la muerte y empezará a querer al niño. Si no detectas cambios en un mes, llámame. Te recomendaré a un buen psiquiatra. Vete tranquilo y borra esa expresión de la cara.

Cuando llegó el verano, todo pareció serenarse y suavizarse. Dave trabajaba, sumergido en minucias de la oficina, pero encontraba tiempo para su mujer… Alice, por su parte, daba largos paseos, ganaba fuerzas, jugaba de cuando en cuando al bádminton. Muy pocas veces perdía la cabeza. Parecía haberse librado de aquellos temores.

Excepto cierta medianoche en que un repentino viento de verano se desató en torno a la casa, cálido y rápido, sacudiendo los árboles como brillantes tamboriles. Alice despertó, temblando, y se deslizó en los brazos de Dave. Dejó que él la consolara y le preguntara qué ocurría de malo.

—Hay algo en el cuarto, mirándonos —dijo Alice.

Dave encendió las luces.

—Has estado soñando de nuevo —dijo—. Estás mejor, sin embargo. Hace tiempo que no te veo perturbada.

Alice suspiró mientras Dave apagaba de nuevo la luz, y de pronto se quedó dormida. Dave la tuvo en brazos, pensando que Alice era realmente una criatura dulce y rara, durante media hora.

Entonces oyó que la puerta del dormitorio se abría unos centímetros.

No había nadie en la puerta. No había motivo para que se hubiera abierto. El viento había cesado.

Dave esperó. Se quedó alrededor de una hora tendido allí, en la oscuridad.

Luego, lejos, en un quejido similar a un meteoro que muere en el vasto abismo del espacio, de color de tinta, el bebé se puso a llorar.

Era un sonido débil, solitario, en medio de las estrellas y la oscuridad y la respiración de esta mujer que tenía en los brazos y el viento que comenzaba a agitar de nuevo los árboles.

Leiber contó hasta cien, lentamente. El llanto continuaba.

Se liberó cuidadosamente de los brazos de Alice, se deslizó fuera de la cama, se puso las zapatillas, la bata, y salió en silencio de la habitación.

«Iré abajo —pensaba—, calentaré un poco de leche, la traeré, y…».

La negrura retrocedió de pronto. El pie de Dave resbaló y se precipitó hacia delante. Resbaló en algo blando. Se precipitó a la nada.

Dave estiró frenéticamente las manos tratando de alcanzar la barandilla. Dejó de caer. Se sostuvo, maldiciendo.

La cosa blanda en que había resbalado el pie de Dave estaba ahora unos pocos escalones más abajo. Dave sentía un zumbido en la cabeza. El corazón le golpeaba la base de la garganta, pesadamente, en dolorosos latidos.

¿Cómo había gente tan descuidada que dejaba cosas desparramadas por la casa? Dave buscó con los dedos el objeto que casi lo había lanzado escaleras abajo.

La mano se le heló, sorprendida. Se quedó sin aliento. El corazón contuvo uno o dos latidos.

Aquello que tenía en la mano era un juguete. Una tosca muñeca

de remiendos que había traído a casa como una broma, para…

Para el bebé.

Alice lo llevó a la oficina al día siguiente.

A medio camino aminoró la marcha, acercó el coche a la acera y se detuvo. Luego se volvió hacia Dave en el asiento y lo miró.

—Quiero irme de vacaciones. No sé si tú puedes ahora, querido, pero si no es así déjame ir sola, por favor. Buscaríamos a alguien que se encargara del bebé. Estoy segura. Pero tengo que irme. Pensé que me estaba librando de esa… impresión. Pero no. Ya no soporto más estar en la habitación con él. Me mira como si me odiara también. No puedo tocarlo. Solo sé que quiero irme antes de que algo ocurra.

Dave salió del coche, caminó alrededor, le pidió a Alice que se apartara y se sentó al volante.

—Lo que vas a hacer es visitar a un buen psiquiatra. Y si él recomienda unas vacaciones, bueno, magnífico. Pero esto no puede seguir así. Tengo nudos en el estómago todo el tiempo. —Puso en marcha el coche—. Conduciré el resto del camino.

Alice echaba la cabeza hacia delante y trataba de contener las lágrimas. Cuando llegaron a la oficina de Dave, alzó los ojos.

—Bueno. Consígueme hora. Hablaré con quien quieras, David.

Dave la besó.

—Bueno, ahora habla usted con sentido común, señora. ¿Crees que podrás conducir hasta casa?

—Por supuesto, tonto.

—Te veré en la cena entonces. Ve con cuidado.

—¿No lo hago siempre? Hasta luego.

Dave se quedó al borde de la acera, mirando cómo Alice se alejaba y el viento le alzaba los cabellos largos, oscuros y brillantes. Ya en la oficina telefoneó a Jeffers y concertó una cita con un conocido psiquiatra.

La jornada se fue complicando. Todo parecía oscurecerse de algún modo, y entre ese oscuro velo Dave veía a Alice, que se había perdido y lo llamaba. Muchos de los miedos de ella los sentía él ahora. Alice había llegado a convencerlo de que el bebé era, de alguna manera, no del todo común.

Dictó unas largas y poco inspiradas cartas. Revisó unos envíos en la planta baja. Había que interrogar a los auxiliares y seguir

adelante. Al finalizar la jornada, agotado, con dolor de cabeza, le alegró salir de allí.

Mientras bajaba en el ascensor se preguntó: «¿Y si le cuento a Alice lo del juguete, la muñeca de trapo que encontré en la escalera anoche? Señor, eso la confundiría todavía más. No, no se lo diré nunca. Los accidentes son, al fin y al cabo, accidentes».

La luz del día se demoraba en el cielo mientras el taxi lo llevaba de vuelta. Una vez en casa, pagó al chofer y caminó lentamente por la acera de cemento, disfrutando de la luz que estaba aún en el cielo y en los árboles. El blanco frente colonial ofrecía un aspecto raro: como si la casa estuviera en silencio y deshabitada; y entonces Dave recordó que era jueves, el día libre del personal que contrataban de cuando en cuando.

Respiró profundamente. Un pájaro cantaba detrás de la casa. El tránsito corría en la avenida, a cien metros. Dave hizo girar la llave en la puerta. El picaporte se movió bajo la presión de los dedos, aceitado, silencioso.

La puerta se abrió. Dave entró, dejó el sombrero en la silla junto con el portafolios, y comenzaba a quitarse el abrigo cuando alzó los ojos.

La luz tardía del sol corría escaleras abajo desde la ventana alta del pasillo, y cuando daba en la muñeca caída al pie de la escalera adquiría el color brillante de las costuras.

Pero Dave no prestó atención al juguete.

No se movía y solo podía mirar una y otra vez a Alice.

El cuerpo delgado de Alice estaba tendido en una postura quebrada, grotesca y sin color, al pie de la escalera, como una muñeca despatarrada que ya no quiere jugar más.

Alice estaba muerta.

No había otro sonido en la casa que los latidos del corazón de Dave.

Alice estaba muerta.

Le cogió la cabeza entre las manos, le tocó los dedos. Le alzó el cuerpo. Pero ella no viviría. Ni siquiera trataría de vivir. Dave la llamó, en voz alta, muchas veces, y trató, de nuevo, abrazándola, de infundirle algo del calor que ella había perdido, pero todo era inútil.

Dave se incorporó. Tenía que haber llamado por teléfono. No lo

pensó. Se descubrió de pronto en la planta alta. Abrió la puerta del cuarto del bebé y entró y miró inexpresivamente la cuna. Sentía náuseas. No veía muy bien.

El bebé tenía los ojos cerrados, pero la cara estaba roja, húmeda de transpiración, como si hubiera estado llorando durante mucho tiempo.

—Está muerta, sí —le dijo al bebé—. Está muerta.

Luego se echó a reír, con una risa dulce y baja, y siguió así mucho tiempo hasta que el doctor Jeffers llegó a la noche y lo abofeteó una y otra vez.

—¡Basta, Dave! ¡Domínate!

—Cayó por la escalera, doctor. Tropezó con la muñeca de trapo y cayó. Yo casi resbalé la otra noche al pisar la muñeca y ahora…

El doctor lo sacudió.

—Doctor, doctor —dijo Dave, aturdido—. Qué gracioso. Encontré…, encontré al fin un nombre para el bebé.

El doctor no dijo nada.

Leiber se llevó las manos temblorosas a la cabeza y dijo:

—Lo bautizaremos el domingo. ¿Sabe qué nombre le pondremos? Lo llamaremos Lucifer.

Eran las once de la noche. Mucha gente desconocida había entrado en la casa y se había ido, llevándose la llama esencial: Alice.

David Leiber estaba sentado frente al médico, en la biblioteca.

—Alice no estaba loca —dijo lentamente—. Tenía buenas razones para temer al bebé.

Jeffers resopló.

—¡No sigas tú también por ese camino! Alice culpaba al bebé de la neumonía, y ahora tú lo culpas de la muerte de Alice. Tropezó con un juguete, no lo olvides. No puedes acusar al niño.

—¿Habla usted de Lucifer?

—¡Deja de llamarlo así!

Leiber movió la cabeza.

—Alice oía cosas de noche que se movían en los pasillos. ¿Quiere saber quién hacía esos ruidos, doctor? El bebé. Un bebé de cuatro meses, que andaba en la oscuridad escuchando nuestras conversaciones. ¡Escuchando todas las palabras! —Dave se apoyó en los costados de la silla—. Y si yo encendía las luces, un bebé es algo tan pequeño… Puede esconderse detrás de un mueble, una puerta,

contra una pared…

—¡Por favor, no sigas!

—Déjeme decir lo que pienso o me volveré loco. Cuando fui a Chicago, ¿quién tuvo despierta a Alice, agotándola hasta que enfermó de neumonía? ¡El bebé! Y como Alice no murió, trató de matarme a mí. Muy simple: dejar un juguete en la escalera, llorar de noche hasta que el padre baja a preparar la leche y resbala. Una trampa tosca, pero eficaz. Yo no caí en ella. Pero Alice sí, y la mató.

David Leiber hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Pude haberme dado cuenta. Encendía yo las luces en medio de la noche, muchas noches, y el bebé estaba allí, con los ojos muy abiertos. La mayoría de los bebés duerme todo el tiempo. Este no. Se quedaba despierto, pensando.

—Los bebés no piensan.

—Bueno, se quedaba despierto haciendo lo que podía con su cerebro. ¿Qué diablos sabemos de la mente de un bebé? Tenía sus razones para odiar a Alice; ella sospechaba la verdad, sabía que no era un niño como los otros. Era… diferente. ¿Qué sabe usted de bebés, doctor? Generalidades, por supuesto. Sabe, sí, que muchos bebés matan a las madres al nacer. ¿Por qué? ¿Resentimiento quizá porque los traen a un mundo demasiado sucio?

Leiber se inclinó hacia el doctor, fatigado.

—Todo guarda relación. Suponga que unos pocos bebés entre millones sean instantáneamente capaces de moverse, de ver, de oír, de pensar, como tantos animales e insectos. Los insectos se bastan a sí mismos desde que nacen. La mayoría de los mamíferos y los pájaros necesitan solo unas pocas semanas. Los niños en cambio necesitan años para aprender a hablar y a enderezarse en sus débiles piernecitas.

»Pero supongamos que un niño en un billón sea… extraño. Que nazca perfectamente lúcido, capaz de pensar, instintivamente. ¿No se serviría de sí mismo como una máscara, una cortina para cualquier cosa que quisiera intentar? Podría fingir que es una criatura común, débil, llorona, ignorante. Le bastaría un pequeño consumo de energía para ir de un lado a otro por la casa a oscuras, escuchando. Y qué fácil le sería poner obstáculos en la escalera. Qué fácil llorar toda la noche y cansar a la madre hasta provocarle una neumonía. Qué fácil, a la hora del nacimiento, estando tan unido a

la madre, intentar unas pocas y hábiles maniobras y provocar una peritonitis.

—¡Por el amor de Dios! —Jeffers estaba ahora de pie—. ¡Es una idea repulsiva!

—Estoy hablando de cosas repulsivas. ¿Cuántas madres mueren en el parto? ¿Cuántas corren el riesgo de que unas pequeñas y raras improbabilidades las maten de un modo o de otro? Criaturas extrañas y rojas con cerebros que trabajan en una oscuridad de sangre, un mundo que no conocemos, que no sabemos cómo es. Pequeños cerebros elementales, alimentados por la memoria racial, el odio, una crueldad sin restricciones, que no piensan en otra cosa que en la propia preservación. Y la propia preservación consiste en este caso en eliminar a una madre que ha engendrado un horror y lo sabe. Dígame una cosa, doctor, ¿hay algo en el mundo más egoísta que un bebé? ¡Nada!

Jeffers frunció el ceño y movió la cabeza, descorazonado.

Leiber sacudió la ceniza del cigarrillo.

—No digo que un bebé necesite tener mucha fuerza. Basta que gatee un poco, unos meses antes de lo común. Basta que escuche todo el tiempo. Basta que llore en medio de la noche. Eso es suficiente, más que suficiente.

Jeffers intentó otro camino: el del ridículo.

—Llámalo asesinato, entonces. Pero un asesinato tiene que tener un móvil. ¿Qué móvil tenía el niño?

Leiber estaba preparado para responder a esa pregunta:

—¿Quién está más en paz, más soñadoramente contento, cómodo, descansado, alimentado, sin molestias, que un niño aún no nacido? Nadie. Flota mecido en una maravilla de alimento y silencio, somnolienta, intemporal. Luego, de pronto, se le dice que debe dejar su habitáculo, se lo obliga a salir, se lo empuja a un mundo ruidoso, descuidado, egoísta, donde tiene que moverse por sí mismo, cazar, alimentarse de la caza, buscar un amor perdido que antes era su derecho incuestionable, enfrentarse con la confusión en vez del silencio interior y el sueño preservador. ¡Y el niño siente odio! Odia el aire frío, los espacios inmensos, la pérdida repentina de las cosas familiares. Y en el minúsculo filamento del cerebro lo único que el niño conoce es egoísmo y odio, pues le han destrozado aquel encantamiento. ¿Quién es responsable de este

desencantamiento, de esta ruptura brusca? La madre. Y la mente irracional del niño encuentra así alguien a quien odiar. La madre lo ha echado fuera, lo ha rechazado. Y el padre no es menos culpable, ¡hay que matar también al padre! El padre es responsable a su modo.

Jeffers interrumpió:

—Si lo que dices fuera cierto, entonces todas las mujeres del mundo tendrían que mirar a sus bebés como criaturas temibles, en las que no se puede confiar.

—¿Y por qué no? ¿No tiene el niño una coartada perfecta? Mil años de creencias médicas aceptadas lo amparan y protegen. De acuerdo con la opinión común es una criatura desamparada e irresponsable. El niño nace odiando. Y las cosas empeoran, en vez de mejorar. Al principio el bebé obtiene de la madre cuidado y atención. Pero el tiempo pasa y las cosas cambian. Recién nacido el bebé obliga a los padres a hacer tonterías cuando llora o estornuda. Los sobresalta con cualquier ruido. A medida que pasan los años el bebé advierte que ese poder se desvanece rápidamente, y que se pierde y que ya nunca podrá recobrarlo. ¿Por qué no ha de aprovechar todo el poder que tiene? ¿Por qué no ha de afirmar su posición mientras disfruta de todas las ventajas? Años después será tarde para expresar su odio. Ahora es el tiempo de atacar.

Leiber continuó con una voz muy suave, muy baja:

—Mi pequeño bebé, tendido en la cuna de noche, la cara húmeda y roja y sin aliento. ¿Por haber llorado? No. Por haber salido lentamente de la cuna y haber atravesado a gatas los pasillos silenciosos. Mi pequeño bebé. Quiero matarlo.

El médico le alcanzó un vaso de agua y unas píldoras.

—No vas a matar a nadie. Vas a dormir veinticuatro horas. Cuando hayas descansado pensarás de otro modo. Toma.

David bebió el agua con las píldoras y se dejó llevar escaleras arriba, llorando, y sintió que lo metían en cama. El médico esperó hasta que se hundió profundamente en el sueño y luego se fue.

David, solo, flotaba descendiendo, descendiendo.

Oyó un ruido.

—¿Qué…, qué es eso? —preguntó.

Algo se movía en el pasillo.

David Leiber dormía.

Muy temprano, a la mañana siguiente, el doctor Jeffers subió al coche y fue a la casa de Leiber. Era una hermosa mañana, y decidió que se llevaría a Leiber al campo, a descansar. Leiber aún estaría dormido. Jeffers le había dado suficientes sedantes como para que durmiera quince horas.

Jeffers tocó el timbre. No hubo respuesta. Quizá los sirvientes aún no se habían levantado. Jeffers probó con la puerta de la calle, vio que estaba abierta, y entró. Puso el maletín médico en la silla más próxima.

Algo blanco se movía borrosamente en lo alto de las escaleras. Apenas un movimiento. Jeffers casi ni lo notó.

La casa olía a gas.

Jeffers corrió escaleras arriba y se precipitó en el dormitorio de Leiber.

Leiber estaba tendido en la cama, inmóvil, y en la habitación había nubes de gas, que salía siseando de una espita, en la base de la pared, junto a la puerta. Jeffers cerró la llave, abrió rápidamente todas las ventanas y corrió hacia Leiber.

El cuerpo estaba frío. Leiber había muerto hacía unas pocas horas.

Tosiendo violentamente, el doctor salió de la habitación con los ojos humedecidos. Leiber no había abierto la llave del gas, era imposible. Los sedantes lo habrían mantenido dormido hasta el mediodía. No era un suicidio. ¿O había una remota posibilidad?

Jeffers se quedó en el pasillo cinco minutos. Luego caminó hasta la puerta de la habitación del bebé. Estaba cerrada. La abrió. Entró en el cuarto y fue hacia la cuna.

La cuna estaba vacía.

Jeffers se quedó medio minuto, tambaleándose junto a la cuna. Luego habló a nadie en particular.

—La puerta de la habitación se cerró sola. No pudiste volver a tiempo a la cuna. No pensaste que la puerta podía cerrarse. Algo minúsculo como una puerta que se cierra con el viento puede arruinar el mejor de los planes. Te encontraré en algún lugar de la casa, escondido, fingiendo que eres lo que no eres. —El doctor Jeffers parecía aturdido. Se llevó una mano a la cabeza y sonrió débilmente—. Estoy hablando como hablaban Alice y David. Pero no puedo correr riesgos. No estoy seguro de nada, pero no puedo

correr riesgos.

Fue escaleras abajo, abrió el maletín que había dejado en la silla, sacó un objeto y lo sostuvo en las manos.

Algo susurró en el pasillo. Algo muy pequeño y muy silencioso. Jeffers se volvió rápidamente.

«Tuve que operar para traerte al mundo —pensó—. Ahora me parece que tendré que operar para que dejes el mundo…».

Dio una media docena de pasos, lentos, firmes, hacia el pasillo. Alzó la mano a la luz del sol.

—¡Mira, bebé! ¡Una cosa brillante, una cosa bonita!

Un escalpelo.

Marionetas, S. A.

Caminaban lentamente por la calle, a eso de las diez de la noche, charlando. No tenían más de treinta y cinco años, y los dos estaban muy sobrios.

—Pero ¿por qué tan temprano? —dijo Smith.

—Porque sí —dijo Braling.

—Tu primera salida en todos estos años y te vuelves a casa a las diez.

—Nervios, supongo.

—Me pregunto cómo te las habrás ingeniado. Durante diez años he tratado de sacarte a beber una copa. Y hoy, la primera noche, quieres volver enseguida.

—No tengo que abusar de mi suerte —dijo Braling.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Le has dado un somnífero a tu mujer?

—No. Eso sería inmoral. Ya verás.

Doblaron la esquina.

—De veras, Braling, odio tener que decírtelo, pero has tenido mucha paciencia con ella. Tu matrimonio ha sido terrible.

—Yo no diría eso.

—Nadie ignora cómo consiguió casarse contigo. Allá, en 1979, cuando ibas a salir para Río.

—Querido Río. Tantos proyectos y nunca llegué a verlo.

—Y cómo ella se desgarró la ropa, y se desordenó el cabello, y te amenazó con llamar a la policía si no te casabas con ella.

—Siempre fue una mujer un poco nerviosa, Smith, entiéndelo.

—Había algo más. Tú no la querías. Se lo dijiste, ¿no es así?

—En eso siempre fui muy firme.

—Pero sin embargo te casaste.

—Tenía que pensar en mi empleo, y también en mi madre, y en mi padre. Una cosa así hubiese terminado con ellos.

—Y han pasado diez años.

—Sí —dijo Braling mirándolo serenamente con sus ojos grises—. Pero creo que todo va a cambiar. Mira.

Braling sacó un largo billete azul.

—¡Cómo! ¡Un billete para Río! ¡El cohete del jueves!

—Sí, al fin haré mi viaje.

—¡Es maravilloso! Te lo mereces de veras. Pero ¿y tu mujer, no se opondrá? ¿No te hará una escena?

Braling sonrió nerviosamente.

—No sabe que me voy. Volveré de Río de Janeiro dentro de un mes y nadie habrá notado mi ausencia excepto tú.

Smith suspiró.

—Me gustaría ir contigo.

—Pobre Smith, tu matrimonio no ha sido precisamente un lecho de rosas, ¿eh?

—No, exactamente, casado con una mujer que todo lo exagera. Es decir, después de diez años de matrimonio, ya no esperas que tu mujer se te siente en las rodillas dos horas todas las noches; ni que te llame al trabajo doce veces al día, ni que te hable en media lengua. Y parece como si en este último mes se hubiese puesto todavía peor. Me pregunto si no será un poco tontaina.

—Ah, Smith, siempre el mismo conservador. Bueno, llegamos a mi casa. ¿Quieres conocer mi secreto? ¿Cómo he podido salir esta noche?

—Me gustaría saberlo.

—Mira allá arriba —dijo Braling.

Los dos hombres alzaron los ojos y se quedaron mirando el aire oscuro.

En una ventana de la segunda planta apareció una sombra. Un hombre de treinta y cinco años, de sienes canosas, ojos tristes y grises y bigote minúsculo se asomó y miró hacia abajo.

—Pero, cómo, ¡eres tú! —gritó Smith.

—¡Chist! ¡No tan alto!

Braling agitó una mano.

El hombre de la ventana respondió con un ademán y desapareció.

—Me he vuelto loco —dijo Smith.

—Espera un momento.

Los hombres esperaron.

Se abrió la puerta de calle y el alto caballero de los finos bigotes y los ojos tristes salió cortésmente a recibirlos.

—Hola, Braling —dijo.

—Hola, Braling —dijo Braling.

Eran idénticos.

Smith los miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Es tu hermano gemelo? No sabía que…

—No, no —replicó Braling serenamente—. Inclínate. Pon el oído en el pecho de Braling Dos.

Smith titubeó un instante y al fin se inclinó y apoyó la cabeza en las impasibles costillas.

Tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic.

—¡Oh, no! ¡No puede ser!

—Es.

—Déjame escuchar de nuevo.

Tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic.

Smith dio un paso atrás y parpadeó, asombrado. Extendió una mano y tocó los brazos tibios y las mejillas del muñeco.

—¿Dónde lo conseguiste?

—¿No está bien hecho?

—Es increíble. ¿Dónde?

—Dale al señor tu tarjeta, Braling Dos.

Braling Dos movió los dedos como un prestidigitador y sacó una tarjeta blanca.

MARIONETAS, SOCIEDAD ANÓNIMA

Duplicados de sus amigos o de usted mismo. Nuevos modelos 1990 de humanoides plásticos, desde 7.600 a 15.000 dólares, modelo de lujo. Funcionamiento garantizado.

—No —dijo Smith.

—Sí —dijo Braling.

—Claro que sí —dijo Braling Dos.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Desde hace un mes. Lo guardo en el sótano, en un cajón de las herramientas. Mi mujer nunca baja, y solo yo tengo la llave del cajón. Esta noche dije que salía a comprar unos cigarros. Bajé al sótano, saqué a Braling Dos de su encierro, y lo mandé arriba, para que acompañara a mi mujer, mientras yo iba a verte, Smith.

—¡Maravilloso! ¡Hasta huele como tú! ¡Perfume de Bond Street y tabaco Melachrinos!

—Quizá me preocupe por minucias, pero creo que me comporto correctamente. Al fin y al cabo, mi mujer me necesita a mí. Y esta marioneta es igual a mí, hasta el último detalle. He estado en casa toda la noche. Estaré en casa con ella todo el mes próximo. Mientras tanto, otro caballero paseará al fin por Río. Diez años esperando este viaje. Y cuando yo regrese de Río, Braling Dos volverá a su cajón.

Smith reflexionó un minuto o dos.

—¿Y seguirá marchando por cuenta propia durante todo ese mes? —preguntó al fin.

—Y durante seis meses, si fuese necesario. Puede hacer cualquier cosa: comer, dormir, transpirar; cualquier cosa, y todo de un modo natural. Cuidarás muy bien a mi mujer, ¿no es cierto, Braling Dos?

—Su mujer es encantadora —dijo Braling Dos—. Estoy tomándole cariño.

Smith se estremeció.

—¿Y desde cuándo funciona Marionetas, S. A.?

—Secretamente, desde hace dos años.

—Podría yo… Quiero decir, sería posible… —Smith tomó a su amigo por el codo—. ¿Me dirías dónde puedo conseguir un robot, una marioneta, para mí? Me darás la dirección, ¿no es cierto?

—Aquí la tienes.

Smith tomó la tarjeta y la hizo girar entre los dedos.

—Gracias —dijo—. No sabes lo que esto significa. Un pequeño respiro. Una noche, una vez al mes… Mi mujer me quiere tanto que no me deja salir ni una hora. Yo también la quiero, pero recuerda el viejo poema: «El amor volará si lo sueltas; el amor morirá si lo atas». Solo deseo que ella afloje un poco la cuerda.

—Tienes suerte, después de todo. Tu mujer te quiere. La mía me odia. No es tan sencillo.

—Oh, Nettie me quiere locamente. Mi tarea consistirá en que me quiera cómodamente.

—Buena suerte, Smith. No dejes de venir mientras estoy en Río. Mi mujer se extrañará si desaparecieras de pronto. Tienes que tratar a Braling Dos, aquí presente, lo mismo que a mí.

—Tienes razón. Adiós. Y gracias.

Smith se fue, sonriendo, calle abajo. Braling y Braling Dos se encaminaron hacia la casa.

Ya en el autobús, Smith examinó la tarjeta silbando suavemente.

> Se ruega al señor cliente que guarde el secreto. Aunque se ha presentado al Congreso un proyecto para legalizar Marionetas, S. A., la ley aún penaliza el uso de los robots.

—Bueno —dijo Smith.

> Se le sacará al cliente un molde del cuerpo y una muestra del color de los ojos, los labios, los cabellos, la piel, etc. El cliente deberá esperar dos meses a que su modelo esté terminado.

«No es tanto —pensó Smith—. De aquí a dos meses mis costillas podrán descansar al fin de los apretujones diarios. De aquí a dos meses mi mano se curará de esta presión incesante. De aquí a dos meses mi aplastado labio inferior recobrará su tamaño normal. No quiero parecer ingrato, pero…». Smith dio la vuelta a la tarjeta.

> Marionetas, S. A. funciona desde hace dos años y se enorgullece de poseer una larga lista de satisfechos clientes. Nuestro lema es «Nada de ataduras». Dirección: 43 South Wesley.

El autobús se detuvo. Smith descendió y caminó hasta su casa diciéndose a sí mismo: «Nettie y yo tenemos quince mil dólares en el banco. Podría sacar unos ocho mil con la excusa de un negocio.

La marioneta me devolverá el dinero, y con intereses. Nettie nunca lo sabrá».

Abrió la puerta de su casa y poco después entraba en el dormitorio. Allí estaba Nettie, pálida, gorda, y serenamente dormida.

—Querida Nettie. —Al ver en la semioscuridad ese rostro inocente, Smith se sintió casi aplastado por los remordimientos—. Si estuvieses despierta me asfixiarías con tus besos y me hablarías al oído. Realmente, me haces sentir como un criminal. Has sido una esposa tan cariñosa y buena… A veces me cuesta creer que te hayas casado conmigo, y no con Bud Chapman, aquel que tanto te gustaba. Y en este último mes has estado todavía más enamorada que antes.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. De pronto, sintió deseos de besarla, de confesarle su amor, de hacer pedazos la tarjeta, de olvidarse de todo el asunto. Pero al adelantarse hacia Nettie sintió que la mano le dolía y que las costillas se le quejaban. Se detuvo, con ojos desolados, y volvió la cabeza. Salió de la alcoba y atravesó las habitaciones oscuras. Entró canturreando en la biblioteca, abrió uno de los cajones del escritorio, y sacó la libreta de cheques.

—Solo ocho mil dólares —dijo—. No más. —Se detuvo—. Un momento.

Hojeó febrilmente la libreta.

—Pero ¡cómo! —gritó—. ¡Aquí faltan diez mil dólares! —Se incorporó de un salto—. ¡Solo quedan cinco mil! ¿Qué ha hecho Nettie? ¿Qué ha hecho con ese dinero? ¿Más sombreros, más vestidos, más perfumes? ¡Ya sé! ¡Ha comprado aquella casita a orillas del Hudson de la que ha estado hablando durante meses!

Se precipitó hacia el dormitorio, virtuosamente indignado.

—¿Qué era eso de disponer así del dinero? Se inclinó sobre su mujer.

—¡Nettie! —gritó—. ¡Nettie, despierta!

Nettie no se movió.

—¡Qué has hecho con mi dinero! —rugió Smith.

Nettie se agitó, ligeramente. La luz de la calle brillaba en sus hermosas mejillas.

A Nettie le pasaba algo. El corazón de Smith latía con violencia. Se le secó la boca. Se estremeció. Se le aflojaron las rodillas.

—¡Nettie! —gritó—. ¿Qué has hecho con mi dinero?

Y enseguida, esa idea horrible. Y luego el terror y la soledad. Y luego el infierno y la desilusión. Smith se inclinó hacia ella, más y más, hasta que su oreja febril descansó, firmemente, irrevocablemente, sobre el pecho redondo y rosado.

—¡Nettie! —gritó.

Tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic-tic.

Mientras Smith se alejaba por la avenida, internándose en la noche, Braling y Braling Dos se volvieron hacia la puerta de la casa.

—Me alegra que él también pueda ser feliz —dijo Braling.

—Sí —dijo Braling Dos distraídamente.

—Bueno, ha llegado la hora del cajón, Braling Dos.

—Precisamente quería hablarle de eso —dijo el otro Braling mientras entraban en la casa—. El sótano. No me gusta. No me gusta ese cajón.

—Trataré de hacerlo un poco más cómodo.

—Las marionetas están hechas para andar, no para quedarse quietas. ¿Le gustaría pasarse las horas metido en un cajón?

—Bueno…

—No le gustaría nada. Sigo funcionando. No hay modo de pararme. Estoy perfectamente vivo y tengo sentimientos.

—Esta vez solo será por unos días. Saldré para Río y entonces podrás salir del cajón. Podrás vivir arriba.

Braling Dos se mostró irritado.

—Y cuando usted regrese de sus vacaciones, volveré al cajón.

—No me dijeron que iba a vérmelas con un modelo difícil.

—Nos conocen poco —le dijo Braling Dos—. Somos muy nuevos. Y sensitivos. No me gusta nada imaginarlo tomando el sol, riéndose, mientras yo me quedo aquí pasando frío.

—Pero he deseado ese viaje toda mi vida —dijo Braling serenamente.

Cerró los ojos y vio el mar y las montañas y las arenas amarillas. El ruido de las olas le acunaba la mente. El sol le acariciaba los hombros desnudos. El vino era magnífico.

—Yo nunca podré ir a Río —dijo el otro—. ¿Ha pensado en eso?

—No, yo…

—Y algo más. La esposa de usted.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Braling alejándose hacia la

puerta del sótano.

—La aprecio mucho.

Braling se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

—Me alegra que te guste.

—Parece que usted no me entiende. Creo que… estoy enamorado de ella.

Braling dio un paso adelante y se detuvo.

—¿Estás qué?

—Y he estado pensando —dijo Braling Dos— qué hermoso sería ir a Río, y yo que nunca podré ir… Y he pensado en su esposa y… creo que podríamos ser muy felices, los dos, yo y ella.

—M-m-muy bien. —Braling caminó haciéndose el distraído hacia la puerta del sótano—. Espera un momento, ¿quieres? Tengo que llamar por teléfono.

Braling Dos frunció el ceño.

—¿A quién?

—Nada importante.

—¿A Marionetas, S. A.? ¿Para decirles que vengan a buscarme?

—No, no… ¡Nada de eso!

Braling corrió hacia la puerta. Unas manos de hierro lo tomaron por los brazos.

—¡No se escape!

—¡Suéltame!

—No.

—¿Te aconsejó mi mujer hacer esto?

—No.

—¿Sospechó algo? ¿Habló contigo? ¿Está enterada?

Braling se puso a gritar. Una mano le tapó la boca.

—Ella no lo sabrá, nunca, ¿me entiende? No lo sabrá nunca.

Braling se debatió.

—Ella tiene que haber sospechado. ¡Tiene que haber influido en ti! —Voy a encerrarlo en el cajón. Después perderé la llave y compraré otro billete a Río, para su esposa.

—¡Un momento, un momento! ¡Espera! No te apresures. Hablemos con calma de ello.

—Adiós, Braling.

Braling se endureció.

—¿Qué quieres decir con «adiós»?

Diez minutos más tarde, la señora Braling abrió los ojos. Se llevó la mano a la mejilla. Alguien la había besado. Se estremeció y alzó la vista.

—Cómo… Han pasado años desde la última vez —murmuró.

—Ya arreglaremos eso —dijo alguien.

Castigo sin crimen

—¿Desea asesinar a su mujer? —preguntó el hombre con el semblante sombrío sentado detrás del escritorio.

—Sí. No… no exactamente. Es decir…

—¿Nombre?

—¿El de ella o el mío?

—El de usted.

—George Hill.

—¿Dirección?

—South Saint James, número 11, Glenview.

El hombre apuntaba los datos sin expresar la menor emoción.

—¿El nombre de su mujer?

—Katherine.

—¿Edad?

—Treinta y uno.

A continuación le hizo una serie de preguntas rápidas: color del pelo, de los ojos, de la piel, perfume favorito, complexión, talla…

—¿Trae una fotografía de cuerpo entero de ella? ¿Una grabación de su voz? Ah, ya veo que sí. Bien. Ahora…

Una hora después, George Hill estaba sudando.

—Eso es todo. —El hombre de semblante sombrío se levantó y arrugó el ceño—. ¿Todavía quiere seguir adelante con este asunto?

—Sí.

—Firme aquí.

Firmó.

—Sabe que es ilegal, ¿verdad?

—Sí.

—Y que no nos hacemos responsables de nada de lo que pueda

pasarle a usted como consecuencia de su solicitud.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó George—. Me han tenido aquí una eternidad. ¡Avancemos!

El hombre esbozó media sonrisa.

—Necesitamos nueve horas para preparar la marioneta de su mujer. Duerma un poco, le calmará los nervios. La tercera habitación de los espejos a su izquierda está libre.

George se dirigió con la lentitud del aturdimiento hacia la habitación de los espejos. Se tumbó en la cama plegable de terciopelo azul y la presión de su cuerpo puso en movimiento los espejos del techo, que comenzaron a girar encima de él. Una suave voz lo arrullaba:

—Duerma…, duerma…, duerma…

—Katherine, yo no quería venir aquí —murmuró George—. Tú me has obligado. Tú me has forzado a hacerlo. Dios mío, ojalá no estuviera aquí. Me gustaría poder volver atrás. No quiero matarte.

Los espejos centelleaban mientras rotaban lentamente.

George se durmió.

Soñó que todavía tenía cuarenta y un años, Katie y él corrían por una colina verde con una cesta de pícnic, con su helicóptero al lado. El viento dividía el cabello de Katie en mechones dorados y ella reía. Se besaban y se cogían de la mano, no comían. Recitaban poemas; daba la impresión de que siempre estaban recitando poemas.

Otra escena. Vertiginosos cambios de color, en avión. Katie y él sobrevolaban Grecia, Italia y Suiza ¡en el largo y radiante otoño de 1997! ¡Volaban y nunca se detenían!

Y después… la pesadilla. Katie y Leonard Phelps. George gritó en sueños. ¿Cómo había ocurrido? ¿De dónde había salido Phelps? ¿Por qué se había entrometido? ¿Por qué la vida no podía ser sencilla y buena? ¿Era la diferencia de edad? George rondaba los cincuenta y Katie era muy joven, mucho. ¿Por qué? ¿Por qué?

La escena era inolvidablemente vívida. Leonard Phelps y Katherine en un parque verde en las afueras de la ciudad. George aparecía en el sendero justo a tiempo para ver cómo sus bocas se fundían en un beso.

La rabia. La lucha. El intento de matar a Leonard Phelps. Más días. Más pesadillas.

George Hill despertó, sollozando.

—Señor Hill, ya está todo listo.

Hill se levantó con movimientos torpes. Se miró en los espejos del techo, ahora inmóviles, y vio cada uno de los años que acumulaba. Había sido un tremendo error. Otros hombres, mejores que él, se habían casado con mujeres mucho más jóvenes y las habían visto disolverse en sus manos como azucarillos en el agua. En el espejo se veía como un monstruo. Demasiada barriga. Demasiada papada. Demasiada pimienta en el pelo y muy poca en los brazos…

El hombre de semblante sombrío lo llevó a otra habitación.

George Hill se quedó boquiabierto.

—¡Es el dormitorio de Katie!

—Intentamos que todo sea perfecto.

—¡Es perfecta, hasta el último detalle!

George Hill sacó un cheque firmado por valor de diez mil dólares. El hombre se marchó con él.

La habitación estaba silenciosa y la temperatura era agradable.

George se sentó y se palpó la pistola que llevaba en el bolsillo. Diez mil dólares era mucho dinero. Pero los ricos podían permitirse el lujo de cometer un asesinato catártico. La muerte sin muerte. El asesinato sin asesinato. De repente se sentía mejor, más calmado. Observó la puerta. Llevaba seis meses esperando este día y por fin había llegado. En cualquier momento entraría el magnífico robot, una marioneta sin hilos, y…

—Hola, George.

—¡Katie!

George se dio la vuelta.

—Katie. —Suspiró.

Ella estaba en la puerta, a su espalda. Llevaba puesto un vestido verde de un tejido ligero como una pluma y calzaba unas sandalias trenzadas doradas. Su cabello brillaba a ambos lados de su cuello y sus ojos eran de un azul cristalino.

George permaneció mudo unos instantes.

—Estás preciosa —dijo al fin, atónito.

—¿Es que podría no estarlo?

—Déjame contemplarte —dijo él con una voz lánguida e irreal.

Tendió las manos como un sonámbulo. El corazón le latía

lentamente. Avanzó como si caminara luchando contra la presión del agua. Dio varias vueltas alrededor de ella, tocándola.

—¿No me has visto lo suficiente en todos estos años?

—Nunca es suficiente —respondió George con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De qué querías hablar conmigo?

—Dame tiempo, por favor. Necesito un poco de tiempo. —Se sentó tímidamente y se puso las manos temblorosas en el pecho. Pestañeó—. Es increíble. Otra pesadilla. ¿Cómo te han hecho?

—No tenemos permitido hablar de eso. Echa a perder la ilusión.

—¡Es magia!

—Ciencia.

Estaba caliente al tacto. Sus uñas eran caracolas perfectas. No había ni una costura, ni un defecto. George la observó de arriba abajo. Recordó aquellas palabras que tan a menudo había leído en los buenos tiempos: «¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Son palomas tus ojos entre las guedejas […] Cintillo de grana son tus labios y tu hablar es suave […] Tus dos pechos son dos mellizos de gacela que triscan entre azucenas».

—¿George?

—¿Qué? —Sus ojos eran dos cristales fríos. Sentía el deseo de besarla.

«Leche y miel bañan tu lengua».

«Es el olor de tus vestidos el perfume del Líbano».

—George.

Un zumbido ensordecedor. La habitación comenzó a girar.

—Sí, sí, un momento, un momento. —George sacudió la cabeza.

«¡Qué bellos son tus pies en las sandalias, hija de príncipes! El contorno de tus caderas es una joya, obra de manos del orfebre…».

—¿Cómo lo han hecho? —gritó. En tan poco tiempo. Nueve horas, mientras él dormía. ¿Habían fundido oro, ensamblado delicados resortes de relojería, diamantes, brillo, confeti, preciosos rubíes, plata líquida, hilo de cobre? ¿Eran insectos metálicos los que habían tejido su cabello? ¿Habían vertido fuego amarillo en moldes y luego los habían congelado?

—No —dijo ella—. Si sigues hablando así, me marcharé.

—¡No!

—En ese caso, entremos en materia —repuso ella con frialdad—.

Quieres hablar conmigo sobre Leonard.

—Dame tiempo, llegaré a eso.

—Ahora —insistió ella.

Toda la cólera de George se había aplacado con la aparición de Katie. Se sentía puerilmente sucio.

—¿Para qué has venido a verme? —preguntó ella sin sonreír.

—Por favor.

—Insisto. ¿No es por Leonard? Ya sabes que lo amo, ¿o no?

—¡Para! —George se tapó los oídos.

—Ya sabes que ahora paso todo mi tiempo con él —continuó Katie—. Ahora Leonard y yo vamos a los sitios adonde íbamos tú y yo. ¿Recuerdas el pícnic en el monte Verde? Estuvimos allí la semana pasada. Y hace un mes volamos a Atenas con una caja de botellas de champán.

George se humedeció los labios.

—Tú no eres culpable, tú no. —Se alzó y la agarró por las muñecas—. Tú eres nueva, tú no eres ella. La culpable es ella, no tú. ¡Tú eres diferente!

—Al contrario —dijo la mujer—. Yo soy ella. Solo puedo actuar como lo hace ella. Ninguna parte de mí es ajena a ella. Ella y yo somos una en todos los sentidos.

—¡Pero tú no has hecho las cosas que hizo ella!

—He hecho todas esas cosas. Lo besé.

—¡Eso es imposible, acabas de nacer!

—De su pasado y de tu mente.

—Escúchame —le suplicó George, zarandeándola para conseguir su atención—. ¿Hay algún modo de…? Pagando más dinero, ¿podría llevarte conmigo? ¡Iríamos a París, a Estocolmo, a cualquier lugar que tú quisieras!

Ella se echó a reír.

—Las marionetas solo son de alquiler. No están a la venta.

—¡Pero tengo dinero!

—Ya se probó una vez, hace mucho tiempo. Conduce a la locura. No es posible, incluso esto que hacemos es ilegal, ya lo sabes. Existimos solo gracias a la tolerancia de las autoridades.

—Yo solo quiero vivir contigo, Katie.

—Eso nunca podrá pasar, porque soy Katie, cada pedazo de mí es ella. No buscamos una competición. Las marionetas no pueden

abandonar las instalaciones, porque podrían diseccionarnos y revelaríamos nuestros secretos. Se acabó. Ya te advertí de que no debíamos hablar de estas cosas. Echarás a perder la ilusión y te irás frustrado. Has pagado, así que haz aquello para lo que has venido.

—No quiero matarte.

—Una parte de ti lo desea. La reprimes, no haces ningún esfuerzo para dejarla salir.

George sacó la pistola del bolsillo.

—Soy un viejo estúpido. Nunca debería haber venido aquí. Eres tan hermosa.

—Esta noche veré a Leonard.

—No hables.

—Por la mañana viajaremos a París.

—¡Ya has oído lo que te he dicho!

—Y luego iremos a Estocolmo. —Katie rio dulcemente y se acarició la barbilla—. Gordito mío.

Algo comenzó a removerse en el interior de George. Se puso pálido. Sabía lo que estaba pasándole. La ira, la repulsión y el odio reprimidos enviaban débiles señales de actividad. Y la delicada red telepática en el interior de la maravillosa cabeza de Katie recibía el impulso de muerte. La marioneta. Las cuerdas invisibles. El mismo George manipulando su cuerpo.

—Rechoncho y ridículo hombrecito, que una vez fue atractivo.

—Cállate.

—Tú ya eres viejo y yo solo tengo treinta y un años. Ah, George, qué ciego has estado todos estos años trabajando para darme tiempo y volviera a enamorarme. ¿No te parece que Leonard es encantador?

George levantó la pistola como un autómata.

—Katie.

—Su cabeza es oro puro… —musitó ella.

—¡Cállate, Katie! —gritó George.

—«Su cabeza es oro puro, sus rizos son racimos de dátiles, negros como el cuervo Sus dedos son barras de oro con rubíes engastados…».

¿Cómo podía decir esas palabras si estaban dentro de la cabeza de George? ¿Cómo era capaz de pronunciarlas ella?

—¡Katie, no me obligues a hacerlo!

—«Sus mejillas son eras de balsameras —murmuró Katie, con los ojos cerrados, moviéndose con ligereza por la habitación—. Su pecho es marfil cuajado de zafiros. Sus piernas son columnas de mármol…».

—¡Katie! —chilló George.

—«Su garganta es toda suavidad…».

Un disparo.

—«… Ese es mi amado…».

Otro disparo.

Katie se derrumbó.

—¡Katie, Katie, Katie!

George introdujo cuatro balas más en su cuerpo.

Ella se estremeció en el suelo. Su boca insensible se abrió con un clic y un diabólico mecanismo hizo que repitiera una y otra vez:

—Amado, amado, amado, amado, amado…

George Hill se desmayó.

Cuando despertó tenía un paño húmedo en la frente.

—Ya ha terminado —dijo el hombre del semblante sombrío.

—¿Ha terminado? —musitó George Hill.

El hombre asintió con la cabeza.

George Hill se miró las manos sin apenas fuerzas. Se las había manchado de sangre. Había caído al suelo al desmayarse y lo último que recordaba era la sensación de sangre real corriendo por sus manos.

Ahora las tenía limpias.

—Tengo que marcharme.

—¿Se siente capaz de hacerlo? —le preguntó el hombre.

—Me encuentro bien. —Se levantó—. Me iré a París y empezaré de cero. No intentaré llamar a Katie ni nada, ¿verdad?

—Katie está muerta.

—Sí, yo la maté, ¿no? ¡Dios mío, qué real era la sangre!

—Nos sentimos orgullosos de ese pequeño detalle.

Bajó en el ascensor y salió a la calle. Estaba lloviendo, pero le apetecía caminar durante horas. Se había despojado de la ira y de la destrucción. El recuerdo que le había dejado lo que había hecho era tan terrible que no quería volver a matar nunca más. Aunque la Katie real apareciera en ese mismo instante delante de él, George daría gracias a Dios y se pondría de rodillas. Ahora estaba muerta.

Se había salido con la suya. Había quebrantado la ley y nadie se enteraría jamás.

La lluvia caía fría en su rostro. Debía marcharse inmediatamente, mientras durara esta sensación de purga. A fin de cuentas, ¿de qué servían estas purgas si se volvía a la vida de antes? La principal función de las marionetas era evitar asesinatos reales. Si querías matar, golpear o torturar a alguien, te desahogabas con uno de esos autómatas sin hilos. No era inteligente volver a casa. Katie podría estar allí. Solo quería pensar que estaba muerta, que había resuelto como era debido un problema.

Se detuvo en el bordillo de la acera y observó el tráfico que pasaba a toda velocidad ante sus ojos. Respiró hondo el aire fresco y empezó a relajarse.

—¿Señor Hill? —dijo una voz a su lado.

—¿Sí?

La manilla de unas esposas se cerraron alrededor de su muñeca.

—Está detenido.

—Pero…

—Acompáñeme. ¡Smith, suba y detenga a los demás!

—No pueden hacerme esto —protestó George Hill.

—Claro que podemos. Lo detenemos por asesinato.

Estalló un trueno en el cielo.

Eran las ocho y cuarto de la noche. Había llovido ininterrumpidamente durante diez días. Ahora llovía sobre los muros de la cárcel. Sacó las manos temblorosas para que las gotas de agua se acumularan en el cuenco que formaban.

Se abrió una puerta, pero él no se movió y continuó con las manos tendidas bajo la lluvia. El abogado lo miró desde la silla y dijo:

—Ha terminado. Está noche lo ejecutarán.

George Hill escuchaba la lluvia.

—No era real. No la maté.

—Aun así, es la ley. Recuérdelo. Los demás también han recibido su sentencia. El presidente de Marionetas S. A. morirá a medianoche. Sus tres ayudantes morirán a la una. Usted será ejecutado a eso de la una y media.

—Gracias —dijo George—. Ha hecho lo que ha podido. Se mire como se mire, fuera una imagen o no, supongo que fue un

asesinato. La idea estaba ahí; había un plan y una trama. Solo faltaba la Katie real.

—El momento ha tenido mucho que ver —dijo el abogado—. Hace diez años no lo habrían condenado a muerte. Probablemente dentro de diez tampoco lo harían. Pero necesitaban una víctima, un cabeza de turco. El uso de las marionetas ha crecido de una manera espectacular durante este año. Hay que asustar al pueblo, meterle el miedo en el cuerpo. Solo Dios sabe cómo podríamos terminar si esto continuase así. Además está el aspecto filosófico, ¿dónde empieza o termina la vida? ¿Los robots están vivos o muertos? Es una cuestión que ha provocado la escisión de más de una iglesia. Si no están vivos, poco les falta; reaccionan, incluso piensan. Seguramente ya conoce la ley sobre los «robots vivos» aprobada hace dos meses; en ella se basa su condena. Solo ha tenido mala suerte con el momento, muy mala suerte.

—Las autoridades tienen razón, ahora me doy cuenta.

—Me alegra que comprenda el punto de vista de la ley.

—Sí. Después de todo, no se puede permitir que el asesinato sea legal. Aunque se cometa con máquinas, telepatía y cera. Sería una hipocresía que saliera impune de mi delito. Porque fue un delito. Me he sentido culpable desde el mismo momento que lo hice. He sentido la necesidad de recibir un castigo. ¿No le parece curioso? A esto nos lleva esta sociedad. Hace que nos sintamos culpables incluso cuando no hay ninguna razón para…

—Ahora tengo que irme. ¿Desea alguna cosa?

—No, gracias.

—Entonces, adiós, señor Hill.

Se cerró la puerta.

George Hill, de pie en la silla, giró las manos mojadas a través de los barrotes de la ventana. De repente se encendió una luz roja en la pared y una voz habló por el altavoz:

—Señor Hill, su mujer está aquí para visitarlo.

George agarró los barrotes.

«Está muerta», pensó.

—¿Señor Hill? —preguntó la voz.

—Está muerta. Yo la maté.

—Su mujer está esperándolo en la antesala. ¿Quiere verla?

—La vi caer. Le disparé. ¡Vi caer su cuerpo sin vida!

—¿Me oye, señor Hill?

—¡Sí! —gritó, aporreando la pared con los puños—. ¡Le oigo! ¡Le oigo! ¡Mi mujer está muerta! ¡Está muerta! ¿Es que no van a dejarme en paz? ¡Yo la maté! ¡No quiero verla, está muerta!

Una pausa.

—De acuerdo, señor Hill —murmuró la voz.

La luz roja se apagó.

Un rayo escindió el cielo y le iluminó la cara. George apretó las mejillas calientes contra los barrotes fríos y esperó mientras seguía lloviendo. Pasado un rato, se abrió una puerta que daba a la calle y vio salir de la cárcel dos figuras envueltas en sendas capas. Se detuvieron debajo de una farola y alzaron la vista hacia él.

Era Katie. Y, a su lado, Leonard Phelps.

¡Katie!

Ella desvió la mirada. El hombre le cogió el brazo, cruzaron la avenida corriendo bajo la lluvia negra y entraron en un coche bajo.

—¡Katie! —George intentó retorcer los barrotes. Gritó, dio puñetazos y tiró del alféizar de hormigón—. ¡Está viva! ¡Guardia! ¡Guardia! ¡La he visto! ¡No está muerta, no la maté, ahora pueden dejarme libre! No he matado a nadie. Es todo una broma, un error… ¡La he visto, la he visto! ¡Katie, vuelve, díselo, Katie, diles que estás viva! ¡Katie!

Los guardias acudieron corriendo.

—¡No pueden matarme! ¡No he hecho nada! ¡Katie está viva, la he visto!

—También nosotros la hemos visto, señor.

—¡Entonces, suéltenme! ¡Suéltenme! —Era una locura. George apenas podía respirar y estuvo a punto de caerse.

—Ya se ha discutido todo esto en el juicio, señor.

—¡No es justo! —Saltó y se agarró a los barrotes, gritando.

El coche se alejó con Katie y Leonard dentro. Partían hacia París, Atenas y Venecia; en primavera irían a Londres, a Estocolmo en verano y a Viena en otoño.

—¡Vuelve, Katie! ¡No puedes hacerme esto!

Las luces rojas de la parte trasera del vehículo desaparecieron en la lluvia fría. Los guardias que estaban detrás de George se acercaron para agarrarlo mientras él seguía gritando.

Algunos viven como Lázaro

No me querrán creer si les digo que esperé más de sesenta años un asesinato, esperanzada como solo una mujer puede estarlo, y que no moví un dedo cuando al fin se acercó. Anna Marie, pensé, no puedes montar guardia toda la vida. El asesinato, cuando han pasado diez mil días, es más que una sorpresa, es un milagro.

—¡Sujétame! ¡No me dejes caer!

La voz de la señora Harrison.

¿Alguna vez, en casi medio siglo, la oí susurrar? ¿Siempre chillaba, gritaba, pedía, amenazaba?

Sí, siempre.

—Vamos, madre. Así, madre.

La voz de su hijo, Roger.

¿Alguna vez, en todos esos años, la oí elevarse por encima de un murmullo, una protesta, siquiera débil como la de un pájaro?

No. Siempre una afectuosa monotonía.

Esa mañana, igual que cualquier otra de las primeras mañanas, llegaron en el gran coche fúnebre para el habitual veraneo en Green Bay. Allí estaba él, sacando la mano para empujar al espantapájaros, una vieja bolsa de huesos y polvo de talco a la que llamaban Madre, lo que era sin duda una broma terrible.

—Despacio, madre.

—¡Me estás magullando el brazo!

—Perdón.

Desde una ventana del pabellón del lago yo lo veía empujar por el sendero la silla de ruedas, y ella enarbolaba el bastón como para espantar a todos los Hados o Furias que pudieran encontrar en el camino.

—Cuidado, no me metas entre las flores, gracias a Dios decidimos no ir a París después de todo. Me habrías precipitado en ese tránsito desagradable. ¿No estás desilusionado?

—No, madre.

—Iremos a París el año próximo.

El año próximo…, el año próximo…, ningún año, oí que murmuraba alguien. Yo misma, aferrada al antepecho de la ventana. Durante casi setenta años había oído prometerle eso al niño, al niño-hombre, al hombre, al hombre saltamontes y a la mantis religiosa macho que era ahora, empujando a la mujer, que siempre tenía frío, envuelta en pieles, por delante de las galerías del hotel, donde, en otro tiempo, los abanicos de papel habían temblado como mariposas orientales en las manos de las señoras que tomaban el sol.

—Aquí, madre, ya llegamos. —Y la voz se desvanecía todavía más, siempre joven ahora que era viejo, siempre vieja cuando había sido joven.

¿Cuántos años tiene ella ahora? Noventa y ocho, sí, noventa y nueve años perversos.

Parecía una película de horror repetida cada año, como si el hotel no contara con fondos para comprar una nueva y pasarla en las noches apolilladas.

Así, a través de todas las repeticiones de llegadas y partidas, mi mente volvió a la época en que los cimientos del Green Bay Hotel estaban todavía frescos, y los parasoles eran de un verde hoja tierna y oro limón; el verano de 1890, cuando vi por primera vez a Roger, de cinco años, pero de ojos ya viejos, cansados y sabios.

Estaba de pie en el césped mirando el sol y los gallardetes brillantes cuando me acerqué a él.

—Hola —dije.

Él me miró, simplemente.

Vacilé, lo toqué y corrí.

Él no se movió.

Volví y lo toqué de nuevo.

Él miró el lugar donde yo lo había tocado, en el hombro, y estaba a punto de lanzarse a perseguirme cuando la voz de ella llegó desde lejos.

—¡Roger, no te ensucies la ropa!

Y Roger se alejó lentamente, sin mirar atrás.

Ese fue el día en que empecé a odiarlo.

Los parasoles de mil colores veraniegos habían ido y venido; bandadas enteras de mariposas habían desaparecido con los vientos de agosto; el pabellón se había incendiado y lo habían reconstruido tal como era antes; el lago se secó como una ciruela, y mi odio, como esas cosas, fue y vino, creció muchísimo, se detuvo para dar paso al amor, volvió y luego disminuyó con los años.

Lo recuerdo cuando tenía siete años, conduciendo el coche de caballos, el pelo largo rozándole los hombros que se encogían, despectivos. Iban cogidos de la mano y ella decía:

—Si eres muy bueno este verano, el año próximo iremos a Londres. O el otro, a más tardar.

Y yo mirándoles las caras, comparándoles los ojos, las orejas y las bocas, de modo que cuando entró a buscar una gaseosa a mediodía aquel verano me acerqué directamente a él y le grité:

—¡Esa no es tu madre!

—¡Qué! —Roger miró alrededor con pánico, como si ella pudiera estar cerca.

—¡Tampoco es tu tía ni tu abuela! —grité—. Es una bruja que te robó cuando eras pequeño. No sabes quién es tu mamá o tu papá. No te pareces nada a ella. ¡Ella te tiene para cobrar el millón de rescate que recibirás de un duque o de un rey cuando tengas veintiún años!

—¡No digas eso! —gritó él dando un salto.

—¿Por qué no? —dije enojada—. ¿Para qué vienes aquí? No puedes jugar a esto, no puedes jugar a lo otro, no puedes hacer nada, ¿para qué sirves? Ella dice, ella hace. ¡La conozco! ¡A medianoche se cuelga del techo del dormitorio con vestidos negros!

—¡No digas eso! —Roger estaba pálido de terror.

—¿Por qué no?

—Porque —balbuceó— es cierto.

Y cruzó la puerta y salió corriendo.

No volví a verlo hasta el verano siguiente. Y entonces, solo una vez, muy poco, cuando les llevé algo de ropa limpia.

El verano en que los dos cumplimos doce años fue cuando por un tiempo no lo detesté.

Me llamó por mi nombre desde el otro lado de la puerta

metálica del pabellón y, cuando miré, dijo con mucha calma:

—Anna Marie, cuando yo tenga veinte años y tú también, me voy a casar contigo.

—¿Quién te lo va a permitir? —le pregunté.

—Yo —dijo—. Acuérdate, Anna Marie. Espérame. ¿Me lo prometes?

No pude sino asentir.

—Pero ¿qué va a pasar…?

—Estará muerta para entonces —dijo con mucha gravedad—. Es vieja. Es vieja.

Y después se dio la vuelta y se fue.

El verano siguiente no vinieron al hotel. Oí decir que ella estaba muy enferma. Recé todas las noches para que se muriera.

Pero dos años más tarde volvieron, y siguieron viniendo año tras año hasta que Roger tuvo diecinueve y yo también, y al fin llegamos a los veinte, y cosa que rara vez había ocurrido en todos esos años, vinieron juntos al pabellón, ella en su silla de ruedas ahora, más hundida en sus pieles que nunca, la cara como un montón de polvo blanco y pergamino doblado.

Me miró mientras yo le ponía delante un helado de crema, y miró a Roger cuando dijo:

—Mamá, quiero que conozcas a…

—Yo conozco a las chicas que sirven en lugares públicos —dijo ella—. Acepto que existan, trabajen y se les pague. Pero en seguida olvido cómo se llaman.

La mujer tocó y mordisqueó el helado, lo tocó y mordisqueó mientras Roger no tocaba el suyo.

Aquel año se fueron un día antes de lo acostumbrado. Lo vi cuando pagaba la cuenta en la recepción del hotel. Me estrechó la mano para despedirse y no pude contenerme.

—Te has olvidado —le dije.

Roger dio medio paso atrás y se giró palmeándose los bolsillos del abrigo.

—Equipaje, cuentas pagadas, cartera, no, me parece que tengo todo —dijo.

—Hace mucho tiempo me hiciste una promesa.

Roger calló.

—Roger —dije—, ya tengo veinte años, y tú también.

Me tomó de nuevo la mano, rápidamente, como si se estuviera cayendo por la borda de un barco y fuese yo la que se iba y dejaba que se ahogara.

—¡Un año más, Anna! ¡Dos, tres a lo sumo!

—Ah, no —dije desesperadamente.

—¡Cuatro años como mucho! Los médicos dicen…

—Los médicos no saben lo que yo sé, Roger. Vivirá siempre. Te enterrará a ti y a mí y beberá vino en nuestros velatorios.

—¡Es una mujer enferma, Anna! ¡Dios mío, no puede sobrevivir!

—Sobrevivirá, porque nosotros le damos fuerzas. Ella sabe que queremos que se muera. Eso le da energía para seguir.

—¡No puedo hablar así, no puedo! —Roger cogió el equipaje y se puso a andar por el vestíbulo.

—No esperaré, Roger —dije.

Al llegar a la puerta se giró y me miró como una mariposa clavada en la pared, tan inerme, tan pálido que no pude decírselo de nuevo.

Cerró de un portazo.

El verano había terminado.

Al año siguiente Roger vino directamente al bar y dijo:

—¿Es cierto? ¿Quién es?

—Paul —dije—. Tú conoces a Paul. Algún día será administrador del hotel. Nos casaremos este otoño.

—Eso no me da mucho tiempo —dijo Roger.

—Es demasiado tarde —dije—. Ya me he comprometido.

—¡Qué comprometido ni qué diablos! ¡Tú no lo quieres!

—Yo creo que sí.

—¡Al demonio con lo que crees! Creer es una cosa, saber es otra cosa. ¡Tú sabes que me quieres a mí!

—¿Sí, Roger?

—¡Deja de darle vueltas al maldito asunto! ¡Tú sabes que sí! ¡Anna, serás desdichada!

—Soy desdichada ahora —dije.

—¡Anna, Anna, espera!

—He esperado casi toda mi vida. Pero ahora sé lo que vendrá.

—¡Anna! —Se le escapó como si se le hubiera ocurrido de pronto—. ¿Qué pasa si…, si se muere este verano?

—No se morirá.

—Pero si se muriera, si empeorara, quiero decir, en los dos próximos meses… —Roger buscó mi cara. Abrevió—. El mes próximo, Anna, dos semanas, escucha, si se muriera dentro de dos semanas, ¿esperarías?, ¿te casarías conmigo?

Me eché a llorar.

—Roger, nunca nos hemos besado siquiera. Es ridículo.

—Contéstame, si se muriera dentro de una semana, dentro de siete días… —Me apretó los brazos.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro?

—¡Haré lo necesario! ¡Juro que dentro de una semana estará muerta o nunca volveré a molestarte!

Y salió por las puertas metálicas abiertas de par en par y corrió a la luz, que era de repente demasiado intensa.

—Roger, no… —gemí.

Pero para mí pensé: hazlo Roger, haz algo, cualquier cosa para empezar o para terminar de una vez.

Esa noche en la cama yo pensaba: ¿qué maneras hay de asesinar que nadie conozca? Roger, a cien metros de distancia en este momento, ¿está pensando lo mismo? ¿Buscará mañana en el bosque hongos venenosos que parezcan comestibles o irá en el coche demasiado rápido y la empujará por la portezuela abierta en una curva? Vi a la bruja como un fantoche de cera volando por el aire, planeando en un arco encantador para hacerse pedazos como una cáscara de cacahuete en una encina, un olmo, un arce. Me senté en la cama. Me reí hasta llorar. Lloré hasta reírme de nuevo. No, no, pensé, él encontrará una manera mejor. Un ladrón nocturno que le suba el corazón a la garganta y que una vez allí no lo deje bajar y ella se ahogue en su propio pánico.

Y después, el pensamiento más viejo, el más oscuro, el más infantil de todos. Hay una sola manera de terminar con una mujer cuya boca tiene el color de la sangre. Siendo quien es, ni madre, ni tía, ni abuela, sorprenderla y atravesarle el corazón con una estaca.

Oí el chillido. Fue tan fuerte que todos los pájaros nocturnos saltaron de los árboles y ocultaron las estrellas.

Me estiré en la cama. Querida Christian Anna Marie, pensé, ¿qué es esto? ¿Quieres matar? Sí, pues ¿por qué no matar al que mata, a una mujer que ha estrangulado a su hijo en la cuna y desde entonces no ha aflojado la cuerda? Él es tan pálido, pobre hombre,

porque no ha respirado aire libre en toda su vida.

Y entonces, espontáneamente, recordé los versos de un viejo poema. Dónde los había leído o quién los había depositado allí, o si los había escrito yo misma, dentro de mi cabeza a lo largo de los años, yo no podía decirlo. Pero los versos estaban allí y los leí en la oscuridad:

> Algunos viven como Lázaro
> en una tumba de vida
> y salen curiosamente tarde a penumbrosos hospitales,
> a aposentos mortuorios.

Los versos desaparecieron. Durante un rato no recordé más y al fin, incapaz de apartarlo, porque venía por sí solo, un último fragmento apareció en la sombra:

> Mejor los cielos glaciales del Norte
> que nacer muerto, ciego, convertido en fantasma.
> ¡Si Río se ha perdido, ama la Costa Ártica!
> Oh, viejo Lázaro,
> adelántate.

Allí el poema se detuvo y me dejó. Por fin me dormí, inquieta, confiando en el alba, en buenas, definitivas noticias.

Al día siguiente lo vi empujando la silla por el muelle y pensé: ¡sí, eso! Desaparecerá y la encontrará dentro de una semana en la orilla como un monstruo marino, flotando, toda cara, sin cuerpo.

Pasó ese día. Bueno, pensé entonces, seguramente mañana.

El segundo día de la semana, el tercero, el cuarto, el quinto y el sexto pasaron, y el séptimo una de las camareras vino corriendo por el sendero gritando:

—¡Oh, es horrible, horrible!

—¿La señora Harrison? —exclamé. Sentí que una sonrisa terrible que yo no podía dominar me aparecía en la cara.

—¡No, no, su hijo! ¡Se ha ahorcado!

—¿Se ha ahorcado? —dije, y me encontré alelada explicándole —: No, no era él el que iba a morir, era… —balbuceé. Me detuve,

pues la camarera me había tomado del brazo y tironeaba.

—¡Lo hemos bajado! ¡Oh, Dios, todavía está vivo, rápido!

¿Todavía está vivo? Todavía respira, sí, y camina a través de los años, sí, pero ¿vive? No.

Ella fue la que sacó fuerzas y vida de la proyectada fuga de Roger. Nunca le perdonó que hubiese tratado de escapar.

—¿Qué te proponías con eso, qué te proponías? —recuerdo que le chillaba mientras él, tendido, se palpaba la garganta, los ojos cerrados, marchito, y yo entraba corriendo en el cuarto—. ¿Qué te proponías con eso, qué, qué?

Y viéndolo allí supe que había tratado de escapar de las dos, que las dos éramos imposibles para él. Tampoco yo le perdoné esto por un tiempo. Pero sentí que mi viejo odio se convertía en otra cosa, en una especie de dolor apagado, y entonces me volví y fui a buscar al médico.

—¿Qué te proponías, chico estúpido? —exclamaba ella.

Me casé con Paul aquel otoño.

Después, los años corrieron rápidamente por el vidrio. Una vez al año, Roger venía al pabellón a sentarse y a tomar un helado de menta con unas manos blandas e inexistentes, enguantadas, pero nunca volvió a llamarme por mi nombre ni mencionó la vieja promesa.

Una y otra vez, en los cientos de meses que pasaron, pensé, ahora por él mismo, no por nadie más, que alguna vez, de algún modo, Roger destruiría al dragón de horrible cara de fuelle y las manos escamosas de herrumbre. Porque Roger, y solo Roger, Roger tenía que hacerlo.

Quizás este año, pensé, cuando él tenga cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos. Entre las temporadas me encontré revisando ocasionales diarios de Chicago esperando encontrar algún retrato de ella degollada como una monstruosa gallina amarilla. Pero no, no, no.

Casi los había olvidado cuando volvieron esta mañana. Es él muy viejo ya, parece más un marido achacoso que un hijo. De arcilla gris, ojos azul lechoso, boca desdentada y uñas cuidadas en manos que parecen más fuertes porque la carne se ha resecado.

Hoy a mediodía, después de quedarse un momento afuera, de pie, como un halcón solitario y gris que no tiene alas y contempla

un cielo al que nunca se ha remontado, donde nunca pudo volar, Roger entró y me habló alzando la voz.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Qué cosa? —dije sirviéndole el helado antes de que lo pidiera.

—¡Una de las criadas acaba de mencionarlo: tu marido murió hace cinco años! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Bueno, ahora lo sabes —dije.

Se sentó lentamente.

—Señor —dijo probando el helado y saboreándolo con los ojos cerrados—. Qué amargura. —Mucho rato después, añadió—: Anna, nunca lo pregunté. ¿Tuviste hijos?

—No —dije—. Y no sé por qué. Sospecho que nunca lo sabré ya.

Lo dejé allí sentado y me fui a lavar los platos.

Esta noche a las nueve oí a alguien que se reía en el lago. No oía reír a Roger desde que era pequeño, y no pensé que fuera él hasta que las puertas se abrieron de par en par y entró Roger agitando los brazos, incapaz de dominar una hilaridad casi sollozante.

—Roger, ¿qué pasa?

—¡Nada, oh, nada! —exclamó—. ¡Todo es una maravilla! ¡Una gaseosa, Anna! ¡Toma tú también! ¡Bebe conmigo!

Bebimos juntos, él se reía, guiñaba los ojos y al fin se quedó enormemente tranquilo. Pero no dejaba de sonreír y de pronto pareció joven y hermoso.

—¡Anna! —susurró con intensidad inclinándose hacia adelante —. ¡Adivina! ¡Me voy a China mañana! ¡Y después a la India! ¡Y a Londres, Madrid, París, Berlín, Roma y México!

—¿Tú, Roger?

—Yo —dijo—. ¡Yo, yo, yo, no nosotros, sino yo, Roger Bidwell Harrison, yo, yo, yo!

Lo miré fijamente y él me devolvió rápidamente la mirada, y creo que me quedé sin aliento. Pues entonces supe que al fin lo había hecho, esta noche, a esta hora, en los últimos minutos.

Oh, no, deben de haber murmurado mis labios.

Oh, sí, sí, me respondieron los ojos, increíble milagro de milagros, después de todos esos años de espera. Esta noche por fin. Esta noche.

Lo dejé hablar. Después de Roma, serían Viena y Estocolmo;

había acumulado miles de planes, horarios de vuelos y folletos de hoteles durante cuarenta años; conocía las lunas y las mareas, las idas y venidas de todo lo que anda por el mar y por el cielo.

—Pero lo mejor —dijo al fin—, Anna, Anna, es que vendrás conmigo, ¿verdad? ¡Tengo un montón de dinero reservado, no me dejes ir! Anna, dime, ¿vendrás?

Di la vuelta al mostrador lentamente y me miré en el espejo: una mujer de setenta años que iba a una fiesta medio siglo más tarde.

Me senté a su lado y meneé la cabeza.

—¡Oh, Anna, pero por qué no, no hay motivo!

—Hay un motivo: tú.

—¡Yo! ¡Pero yo no cuento!

—Justamente, Roger, sí cuentas.

—Anna, podríamos pasarlo maravillosamente.

—Me lo imagino. Pero has estado casado durante setenta años, Roger. Esta es la primera vez que no estás casado. No querrás repetir la experiencia y casarte de nuevo, ¿verdad?

—¿No? —preguntó Roger pestañeando.

—No, de veras. Mereces pasar por lo menos un tiempo solo, ver el mundo, conocer quién es Roger Harrison. Un tiempo separado de las mujeres. Después, cuando hayas dado la vuelta al mundo y regreses, habrá tiempo de pensar en otras cosas.

—Si tú lo dices…

—No. No tiene que ser porque yo lo diga o sepa o pida, sino por lo que tú mismo, ahora, quieras conocer y ver y hacer. Vete a pasarlo bien. Y si puedes, sé feliz.

—¿Me estarás esperando cuando vuelva?

—Ya no está en mí esperar, pero me quedaré.

Roger fue hacia la puerta, se detuvo y me miró como sorprendido por alguna nueva pregunta que se le acababa de ocurrir.

—Anna —dijo—, si todo esto hubiese pasado hace cuarenta o cincuenta años, ¿te habrías venido conmigo? ¿De veras te habrías casado conmigo?

No contesté.

—¿Anna? —preguntó.

Después de un largo rato dije:

—Hay preguntas que nunca deben hacerse.

Porque, seguí pensando, no puede haber respuestas. Mirando el lago y recorriendo hacia atrás los años, no recordaba, no podía decir si habríamos sido felices. Quizá ya de niña había visto lo imposible en Roger, y mi corazón se aferró a lo imposible, y por lo tanto lo raro, simplemente porque era imposible y raro. Roger era como una ramita de un verano distante metida en un viejo libro que uno sacaba, tenía en las manos, admiraba una vez al año, pero ¿y qué más? ¿Quién podía decirlo? Yo no, desde luego, tan lejos, tan avanzado el día. La vida es preguntas, no respuestas.

Roger se había acercado mucho para leer en mi cara, en mi mente, mientras yo pensaba todo esto. Lo que vio le hizo volver la cabeza, cerrar los ojos y después cogerme la mano y oprimirla contra su mejilla.

—¡Volveré! ¡Juro que volveré!

Se detuvo un momento desconcertado al otro lado de la puerta, a la luz de la luna, mirando el mundo en todas direcciones, este, oeste, norte, sur, como un niño que sale el primer verano de la escuela sin saber adonde ir primero, solo respirando, escuchando, mirando.

—¡No te apresures! —le dije con fervor—. ¡Oh, Dios, hagas lo que hagas, por favor, diviértete, no te apresures!

Lo vi correr hacia la limusina negra junto al hotel donde se suponía que yo llamaría por la mañana y no respondería nadie. Pero yo sabía que no iría allí, y tampoco dejaría que fuesen las camareras diciéndoles que la anciana señora había dado órdenes de que no la molestaran. Así Roger tendría la posibilidad, el empujón que necesitaba. Al cabo de una, dos, tres semanas, podría llamar a las autoridades. Entonces, si encontraban a Roger de regreso de todos aquellos lugares extraordinarios, no importaría.

¿La policía? Quizá ni siquiera. Quizá la mujer había muerto de un ataque al corazón y el pobre Roger solo piensa que la ha matado y ahora se lanza orgullosamente al mundo y su orgullo no le deja ver que es ella quien lo ha soltado con su propia muerte.

Pero si por lo menos el asesinato que Roger había estado postergando durante estos setenta años lo había obligado esta noche a poner manos a la obra y matar a la horrible mujer, en el fondo de mi corazón yo no podía llorarla, sino solo lamentar cuánto había tardado la ejecución de la sentencia.

El camino está silencioso. Ha pasado una hora desde que la limusina se alejó rugiendo.

Ahora acabo de apagar las luces y estoy sola en el pabellón mirando el lago centelleante donde en otro siglo, bajo otro sol, un niño pequeño con cara de viejo recibió por primera vez mi invitación a jugar, y ahora, muy tarde, aceptó y me besó la mano y huyó, y esta vez, yo misma, pasmada, no lo seguí.

Son muchas las cosas que no sé esta noche.

Pero de una estoy segura.

Ya no odio a Roger Harrison.

El crimen totalmente perfecto

Era una idea tan absolutamente perfecta, tan increíblemente seductora para un asesinato, que no podía pensar en otra cosa mientras atravesaba Estados Unidos.

Por alguna razón se me había ocurrido el día que cumplía cuarenta y ocho años. ¿Por qué no se me ocurrió cuando cumplí los treinta o los cuarenta? No lo sé. Quizá aquellos fueron años buenos en los que vivía sin preocuparme del tiempo, de los relojes, de las nieves que blanqueaban mis sienes ni de la expresión leonina de mis ojos…

En todo caso, el día que cumplía cuarenta y ocho años, cuando por la noche estaba acostado al lado de mi mujer y mis hijos dormían en las otras habitaciones de casa, silenciosas e iluminadas por la luz de la luna, pensé:

Ahora me levantaré e iré a matar a Ralph Underhill.

¡Ralph Underhill! Por el amor de Dios, ¿quién es Ralph Underhill?

¿Quieres matarlo después de treinta y seis años? ¿Por qué?

Bueno —me dije—, por lo que me hizo cuando tenía doce años.

El ruido despertó a mi mujer una hora después.

—¿Doug? ¿Qué haces?

—La maleta —respondí—. Salgo de viaje.

—Ah —murmuró ella, se dio la vuelta y volvió a dormirse.

—¡Viajeros al tren! ¡Viajeros al tren! —Los gritos del mozo de la estación llegaban a todos los rincones del andén.

El tren dio una sacudida e hizo unos ruidos sordos.

—¡Adiós! —grité al mismo tiempo que subía de un salto a la escalerilla del vagón.

—¡Ojalá empezaras a viajar en avión! —exclamó mi mujer.

¿En avión? —pensé—. ¿Y renunciar a pensar en el asesinato mientras cruzo las llanuras, a engrasar la pistola y cargarla y a imaginarme la cara que pondrá Ralph Underhill cuando me presente delante de él treinta y seis años después para ajustar cuentas? ¿En avión? Antes cruzaría el país a pie, pararía por la noche para encender un fuego y freír mi bilis y mi amargura, volver a comer mis viejos y momificados antagonismos, aunque aún vivos, y tocarme las heridas que nunca cicatrizaron. ¿En avión?

El tren se puso en marcha. Mi mujer desapareció.

Empezó mi viaje hacia el Pasado.

La segunda noche, mientras cruzábamos Kansas, nos sorprendió una tormenta sensacional. Me quedé despierto hasta las cuatro de la madrugada escuchando los aullidos del viento y los truenos. En el momento álgido de la tormenta vi mi cara, como un negativo fotográfico, reflejada en el vidrio frío de la ventana y pensé:

¿A dónde va ese idiota?

A matar a Ralph Underhill.

¿Por qué? ¡Porque!

¿Recuerdas los golpes en los brazos? Moratones. Me dejó lleno de moratones, en los dos brazos; moratones azul oscuro, marcas negras, manchas de un raro color amarillo.

Y sin embargo lo querías.

Sí, como los chicos se quieren cuando tienen ocho, diez, doce años, y el mundo es inocente y los chicos son malos en grado sumo porque no saben lo que hacen, aunque eso no impide que lo hagan de todas maneras. Por lo tanto, en alguna clase de plano invisible, yo merecía los golpes, sus golpes. Mis cicatrices eran el emblema y el símbolo de nuestro amor.

¿Qué otra razón hay para que quieras matar a Ralph después de tanto tiempo?

Sonó el silbido estridente del tren. El campo nocturno desfilaba al otro lado de la ventana.

Y recuerdo una primavera, cuando fui al colegio con un traje de tweed nuevo y Ralph me tiró al suelo y me hizo rodar por la nieve y el barro. Y recuerdo sus risas, y que yo volví a casa avergonzado, rebozado de lodo, con miedo a recibir una paliza, para cambiarme de ropa.

¡Sí! ¿Y qué más?

¿Te acuerdas de aquellas figuritas de juguete de la serie radiofónica de Tarzán que te morías por coleccionar? ¡Figuritas de Tarzán, del gorila Kala, del león Numa… por solo veinticinco centavos! ¡Sí, sí! ¡Qué bonitas! ¡En mi memoria tengo grabado el ululato del Rey de la Selva mientras va saltando de liana en liana! Pero ¿quién tenía veinticinco centavos en plena Depresión? Nadie.

¡Excepto Ralph Underhill!

Y un día Ralph te preguntó si querías una de esas figuritas.

«¡La quiero! —gritaste—. ¡Sí, Sí!».

«Bueno —dijo Ralph—. Te daré la figurita de Tarzán que me sobra a cambio de ese guante de béisbol».

Idiota, pensé. La figurita valía veinticinco centavos y el guante, dos dólares. ¡No es justo! ¡No te lo cambio!

Pero fui corriendo a casa de Ralph con el guante y se lo di. Él, con una sonrisa de desprecio peor que la de mi hermano, me dio la figurita de Tarzán, y yo volví corriendo a casa loco de alegría.

Mi hermano no se enteró de lo que había pasado con su guante de béisbol y la figurita hasta pasadas dos semanas, y cuando supo lo que había hecho, se deshizo de mí mientras caminábamos por el campo para que me perdiera por ser un imbécil. «¡Figuritas de Tarzán! —bramó—. ¡Ese guante ha sido lo último que te regalo!».

Acabé tumbándome junto a un sendero, perdido, y lloré; quería morirme, pero no sabía cómo soltar mi último vómito, que era mi desdichada alma.

Se oyó un trueno.

La lluvia azotaba las ventanas frías del vagón.

¿Qué más? ¿Eso es todo?

No. En la lista queda una última cosa, más terrible que todo lo demás.

En todos los años en los que fuiste a la casa de Ralph para tirarle piedrecitas a su ventana, cubierta de rocío a las seis de la mañana del 4 de Julio, o para avisarle al amanecer de la llegada del circo a la fría estación del tren a finales de junio o de agosto, en todos esos años, Ralph no fue corriendo a tu casa ni una sola vez.

Ni una sola vez, ni él ni nadie, te demostró su amistad yendo a tu casa. Nunca llamaron a tu puerta. El cristal de la ventana de tu habitación nunca vibró débilmente con las piedrecitas arrojadas

desde abajo.

Y siempre supiste que vuestra amistad terminaría el mismo día que dejaras de ir a la casa de Ralph al amanecer para llamarlo.

Probaste una vez. Desapareciste durante toda una semana. Ralph nunca fue a tu casa. Fue como si te hubieras muerto y nadie fuera a tu funeral.

Cuando viste a Ralph en el colegio no se sorprendió, no te preguntó nada, ni siquiera advertiste el más leve rastro de curiosidad en él. ¿Dónde has estado, Doug? Necesitaba alguien a quien pegar. ¿Dónde has estado, Doug? ¡No tengo nadie a quien robar!

Añade todos los pecados que quieras. Pero sobre todo piensa en lo último:

Nunca vino a mi casa. Jamás cantó de buena mañana hacia mi cama ni arrojó puñados de arroz ni de piedrecitas a los cristales transparentes de mi ventana para que bajara a divertirme con él y disfrutar de los días de verano.

Y por esto último, Ralph Underhill, pensé, sentado en el tren a las cuatro de la madrugada, mientras la tormenta amainaba y descubría lágrimas en mis ojos, por esta última cosa mañana por la noche te mataré.

Un asesinato después de treinta y seis años. Dios mío, estás más loco que Ahab.

El tren aulló. Atravesábamos el país como si fuéramos un hado griego mecánico tirado por una furia romana de metal negro.
Se dice que no es posible volver al hogar.

Es mentira.

Si tienes suerte y lo calculas bien todo, llegas con el crepúsculo, cuando una luz amarilla inunda la vieja ciudad.

Bajé del tren y paseé por Green Town. Contemplé el edificio de los juzgados, que refulgía a la luz crepuscular. Todos los árboles estaban adornados con doblones de oro. Todos los tejados, las albardillas y los adornos más superfluos de los edificios eran de cobre puro y de oro antiguo.

Me senté en la plaza de los juzgados junto a perros y ancianos hasta que el sol se puso y la oscuridad se instaló en Green Town. Me apetecía saborear la muerte de Ralph Underhill.

Nunca nadie había cometido un asesinato como este.

Después de matarlo me marcharía siendo un desconocido entre desconocidos.

¿A quién se le ocurriría pensar, al encontrar el cuerpo de Ralph Underhill en la puerta de su casa, que un chico de doce años, movido por un nauseabundo desprecio hacia sí mismo, había llegado en una especie de máquina del tiempo para liquidar al Pasado? Escapaba de toda lógica. Mi propia locura me protegía.

Finalmente, a las ocho y media de esta fría noche de octubre, atravesé la ciudad y fui hasta el otro lado del barranco.

Nunca dudé que Ralph seguiría viviendo allí.

Después de todo, las personas se mudan…

Entré en Park Street y continué caminando doscientos metros hasta que llegué a una solitaria farola y miré al otro lado de la calle. La casa blanca de dos plantas de estilo Victoriano de Ralph Underhill me estaba esperando.

Y yo sentía la presencia de Ralph en su interior.

Estaba allí, con cuarenta y ocho años, y yo sentía mis cuarenta y ocho años y mi espíritu viejo y fatigado que me devoraba por dentro.

Abandoné la zona iluminada, abrí la maleta, saqué la pistola y la metí en el bolsillo derecho del abrigo; luego cerré la maleta y la escondí entre unos arbustos con la idea de recogerla después y volver a atravesar el barranco y la ciudad para regresar a la estación.

Crucé la calle y me detuve delante de su casa, la misma frente a la cual me había detenido hacía treinta y seis años. Allí estaban las ventanas a las que había arrojado mis racimos de piedrecitas en señal de amor y de entrega absoluta. Las aceras aún conservaban las marcas de los petardos de pasadas celebraciones del 4 de Julio, cuando Ralph y yo hacíamos saltar por los aires el mundo entero.

Caminé hacia el porche y en el buzón, escrito con pequeñas letras, leí: «Underhill».

¿Y si abría su mujer?

No, me dije, abrirá él, con su perfección absoluta de tragedia griega, y recibirá la herida, casi con alegría, por sus viejos crímenes y los pequeños pecados veniales que, por una razón u otra, habían crecido y se habían amplificado para convertirse en crímenes.

Llamé al timbre.

¿Me reconocerá después de tanto tiempo?, me pregunté. Dile tu nombre justo antes del primer disparo. Debe saber quién lo mata.

Silencio.

Llamé otra vez.

El pomo de la puerta se movió.

Acaricié la pistola que estaba en mi bolsillo y se me aceleró el corazón, pero no la saqué.

Se abrió la puerta.

Ralph Underhill apareció ante mí.

Se quedó mirándome.

—¿Ralph? —pregunté.

—¿Sí?

Permanecimos mirándonos en silencio durante lo que no pudieron ser más de cinco segundos. Sin embargo, ¡ay, Dios mío, cuántas cosas sucedieron en esos cinco segundos que pasaron volando!

Vi a Ralph Underhill.

Lo vi con nitidez.

Y no lo había visto desde los doce años.

Entonces se aprovechaba de su tamaño para apalearme y gritarme.

Ahora era un hombrecito viejo.

Yo mido un metro ochenta.

Pero Ralph Underhill no había seguido creciendo después de cumplir los doce.

El hombre que tenía enfrente no debía llegar al metro sesenta.

Le sacaba una cabeza.

Me quedé con la boca abierta. Seguí mirando y vi más.

Yo tenía cuarenta y ocho años.

Pero Ralph Underhill, con mi misma edad, había perdido casi todo el pelo de la cabeza, y el poco que le quedaba era ralo y gris, blanco y negro. Aparentaba sesenta o sesenta y cinco años.

Yo tenía buena salud.

Ralph Underhill estaba pálido como la cera y se veía la enfermedad en su rostro. Parecía haber viajado por un territorio sin sol y tenía una expresión deteriorada y abatida. Su aliento olía a flores de funeral.

Todo esto percibido fue como la tormenta de la noche anterior,

como si todos los rayos y los truenos estallaran a la vez. Y nosotros estábamos justo debajo de la explosión.

¿Para esto he venido?, me pregunté. Así pues, esta es la verdad. Estoy aquí para vivir este instante terrorífico; no para sacar una pistola, no para asesinarlo, no, no. Solo para…

Ver cómo es ahora Ralph Underhill.

Eso es todo.

Solo para estar de pie aquí y contemplar en lo que se ha convertido.

Ralph Underhill levantó una mano con un gesto de sorpresa. Le temblaban los labios. Sus ojos me miraron de arriba abajo mientras su cerebro tomaba la medida de ese gigante que bloqueaba la puerta de su casa. Finalmente, con una voz débil y frágil, dijo:

—¿Doug…?

Retrocedí.

—¿Eres tú, Doug? —dijo con la voz entrecortada.

No me había esperado esto. ¡La gente olvida! ¡Es imposible! ¿Después de tantos años? ¿Por qué iba a evocarlo, a reconocerlo, a llamarlo por su nombre?

Se me ocurrió la idea descabellada de que media vida de Ralph Underhill se derrumbó cuando yo me marché de la ciudad. Yo había sido el centro de su mundo, la persona a la que atacaba, acosaba, golpeaba y apaleaba. El mero hecho de irme hacía treinta y seis años había resquebrajado su vida.

¡Tonterías! Sin embargo, un enloquecido ratoncito sabio correteaba por mi cerebro y me gritaba lo que sabía: «¡Tú necesitabas a Ralph, pero él te necesitaba más a ti! ¡Y tú hiciste algo imperdonable e incurable: te esfumaste!».

—¿Doug? —repitió, porque yo permanecía callado en el porche, con los brazos caídos—. ¿Eres tú?

Había venido para este momento.

En lo más profundo de mí siempre había sabido que no iba a utilizar el arma. Es cierto que la había traído conmigo, pero el Tiempo se me había adelantado, y la edad, y unas muertes más pequeñas y terribles…

Bang.

Seis tiros en el corazón.

Pero no utilicé la pistola. Solo imité con la boca el ruido de los

disparos. Con cada detonación susurrada, el rostro de Ralph Underhill envejecía otros diez años. Cuando llegué al último disparo tenía ciento diez años.

—Bang —susurré—. Bang. Bang. Bang. Bang. Bang.

Su cuerpo se sacudía con los impactos.

—Estás muerto. Oh, Dios mío, Ralph, estás muerto.

Di media vuelta, bajé los escalones y llegué a la calle.

—¿Eres tú, Doug? —preguntó Ralph a mi espalda.

—No respondí y seguí caminando.

—¡Contéstame! —gritó con debilidad—. ¡Doug! ¿Doug Spaulding, eres tú? ¿Quién eres? ¿Quién eres?

Recogí la maleta y me dirigí a la oscuridad del barranco acompañado por el sonido nocturno de los grillos.

—¿Quién eres? —oí que gritaba Ralph Underhill una última vez.

Cuando ya estaba muy lejos me volví a mirar atrás.

En la casa de Ralph Underhill estaban encendidas todas las luces. Era como si hubiera ido por toda la casa encendiéndolas de una en una después de que me fuera.

Al llegar al otro lado del barranco me detuve en el césped que había delante de la casa donde había nacido. Cogí un puñado de piedrecitas e hice aquello que nunca se había hecho. Arrojé las piedrecitas a la ventana de la habitación donde dormí los primeros doce años de mi vida. Grité mi nombre. Me llamé como si fuera un amigo para que bajara a jugar en un largo verano que ya no existía.

Esperé el tiempo suficiente para que mi yo niño bajara. Después, corriendo para que el amanecer no nos alcanzara, escapamos de Green Town y regresamos, gracias a Dios, al Hoy y al Ahora para el resto de mi vida.

Epílogo

¿Hammett? ¿Chandler? ¿Qué importa? Introducción a A Memory of Murder[1]

Cuando, a principios de la década de 1940, mis primeros cuentos policíacos empezaron a aparecer publicados en las revistas *Dime Detective, Dime Mistery Magazine, Detective Tales* y *Black Mask*, las repercusiones en el bando de Hammett, Chandler y Cain no fueron inmediatas. En realidad tampoco las hubo después. Nunca representé una amenaza para ellos. En las inmortales palabras de Marlon Brando, «nunca sería un rival».

Sin embargo fui un superviviente; y una de mis heroínas era Leigh Brackett, que venía a verme todos los domingos al mediodía a Muscle Beach, en Santa Mónica, California, para leer las espantosas imitaciones que hacía yo de las historias de Stark en Marte que ella escribía o mis calcos de sus fantásticos cuentos policíacos, que empezaban a aparecer en las revistas mencionadas anteriormente. Yo me tumbaba en la playa y lloraba de envidia ante la facilidad con la que sus personajes avanzaban, corrían aventuras, morían o vivían para llorar alguna muerte. No me explico cómo aguantaba mis tempranos y patéticos esfuerzos. Aquí aparece la palabra amistad para engrasar la maquinaria.

Leigh Brackett sabía que yo quería ser escritor, con toda mi alma, mi corazón y mis tripas. Todavía no había encontrado mi voz, aunque ya comenzaba a atisbar mis verdades en el cuento sobrenatural y en algún que otro relato de ciencia ficción que no era demasiado vergonzoso. Leigh era mi adorada maestra, y yo

todavía tenía que trabajar duro para liberarme de su influencia, creativa y represora a la vez.

La mayoría de los relatos que componen esta selección fueron escritos para complacer a Leigh, para recibir algún «¡Buen trabajo!» o un menos frecuente «¡Es lo mejor que has escrito hasta ahora!».

El año en que dejé el instituto en Los Ángeles me puse el reto de escribir un cuento por semana durante el resto de mi vida. Yo sabía que sin cantidad no podía haber calidad. Tenía la sensación de que mis cuentos de esa época eran tan malos que sólo la práctica podría despejar los trastos viejos que se amontonaban en mi mente y permitir que fluyeran las cosas buenas. Mientras tanto, trataba de absorber toda la experiencia literaria posible (buena, mala, indiferente o excelente), con la esperanza de que luego saliera de mis dedos.

Por lo tanto, todos los lunes escribía un primer borrador de la historia que se me ocurría. El martes escribía el segundo borrador. El miércoles, el jueves y el viernes realizaba las versiones tercera, cuarta y quinta. El sábado enviaba por correo la versión definitiva. El domingo me derrumbaba en la playa con Leigh y el lunes empezaba un cuento nuevo. Así ha sido durante alrededor de cuarenta y cinco años. Todavía escribo un cuento por semana, o su equivalente. Ahora escribo siete u ocho poemas a lo largo de una semana, o una obra teatral en un acto, o tres capítulos de una novela, o un ensayo. Pero ahora, como antes, produzco la misma cantidad de páginas: entre dieciocho y treinta y dos por semana.

Me apresuro a añadir que esto no es mecánico. No me exijo cuentas. Nunca ha sido necesario. Amo lo que hago, como una madre ama a sus hijos, aunque sean sosos o feos. Pueden gustarte o no mis hijos, pero cuando los escribía araba con mi máquina de escribir y cosechaba párrafos. Dios protege a los escritores jóvenes, de manera que hace que ignoren, mientras escriben, hasta qué punto andan descaminados. Por eso es importante la producción en cantidad. Los buenos cuentos que se escriben más tarde son un paraguas que cobija de los malos cuentos que uno va dejando atrás con el paso de los años. Todo se compensa. Y si te gusta escribir, es una verdadera fiesta.

La ficción policíaca, así como los géneros de fantasía, ciencia ficción y horror eran mi fiesta. Pero mi talento se desarrolló más

rápidamente en los últimos porque exigen intuición. Mis conceptos de fantasía, horror y ciencia ficción llegaban como rayos y me lanzaban de cabeza a la máquina. Los cuentos de misterio, que exigían una profunda reflexión, obstaculizaban la corriente, dañaban mi capacidad de usar la intuición a fondo. Por lo tanto, con mucha frecuencia tenía la impresión de que caminaba cojo. Hoy, pasados muchos años, con un conocimiento mayor del género y gracias a las lecciones que he recibido de Ross Macdonald, tengo la sensación de que podría hacerlo mejor. Tan intensa es esa sensación, debo añadir, que acabo de terminar mi primera novela de suspense *La muerte es un asunto solitario*, que Knopf publicará próximamente.

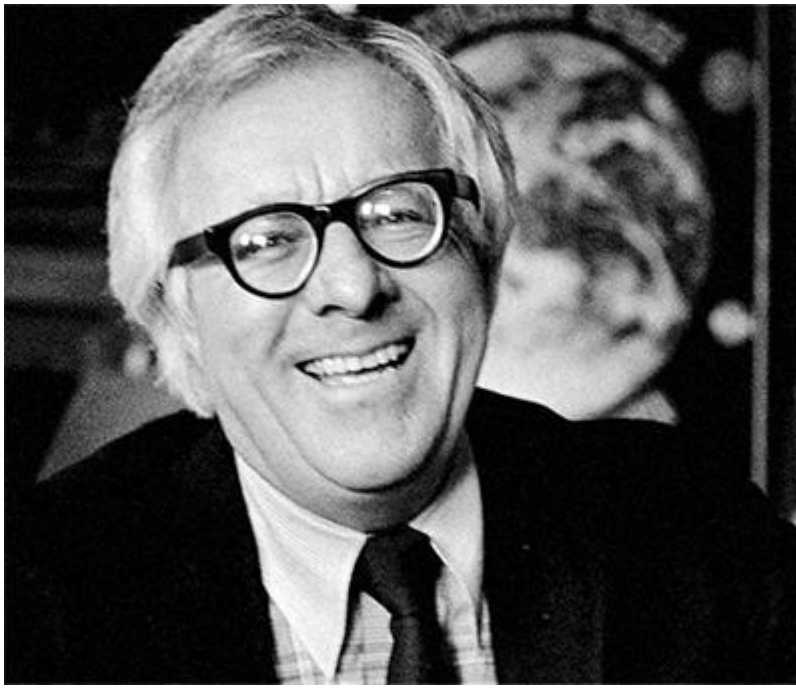
En cuanto a los cuentos de esta colección, empezaré por los títulos. Me gustaría haber cambiado algunos, simplemente porque no me gustaban los títulos que los editores de esas revistas ponían a mis cuentos sin consultarme. A fin de cuentas, «Media hora en el infierno» o «Circo de cadáveres» no son exactamente ejemplos destacados del arte de titular. Me sorprendió que los editores aceptaran «La dama del baúl» y «La larga noche», que eran de mi cosecha.

Lo que hay en esta antología es, pues, una muestra de la forma en que yo escribía y trataba de sobrevivir a principios de la década de 1940, mientras Leigh Brackett me ayudaba desde los márgenes. Yo me debatía y me rebelaba; unas veces perdía y otras ganaba. Pero nunca dejaba de intentarlo. Quizá esta colección de relatos solo tenga interés histórico para aquellos que sienten inmensa curiosidad por mi obra en un ámbito que es casi desconocido para muchos, pero puedo enumerar mis favoritos. «La larga noche» y «La dama del baúl». Y podría agregar que «El pequeño asesino» me parece uno de los mejores cuentos que he escrito en cualquier género. De hecho, ha tenido tanto éxito que al parecer ha influido sobre una docena de novelas y películas escritas y producidas en la última década.

En cuanto a las otras narraciones, es usted quien debe leer y juzgar. No obstante, espero que sea benevolente y que no me trate con excesiva severidad. Después de todo, yo solo era un veinteañero y todavía me quedaba mucho camino que andar. Hammett, Chandler y Cain eran unos gigantes que se alzaban en el horizonte,

y yo estaba en la playa sudando y escuchando los consejos de Leigh Brackett. Espero que su querido fantasma no se moleste si le dedico a ella, con amor, este libro y los relatos que incluye.

Ray Bradbury



Bradbury nació el 22 de agosto de 1920 en Waukegan, hijo de Leonard Spaulding Bradbury y de Esther Moberg. Su familia se mudó varias veces desde su lugar de origen hasta establecerse, finalmente, en Los Ángeles, California, en 1934. A partir de entonces, Bradbury fue un ávido lector durante toda su juventud y un escritor aficionado. Se graduó de Los Angeles High School en 1938, pero no pudo asistir a la universidad por razones económicas. Para ganarse la vida, comenzó a vender periódicos de 1938 a 1942. Además, se propuso formarse de manera autodidacta pasando la mayor parte de su tiempo en la biblioteca pública leyendo libros y, en ese periodo, comenzó a escribir sus primeros cuentos. Sus trabajos iniciales los vendió a revistas y, así, a comienzos de 1940, algunos de estos fueron compilados en Dark Carnival en 1947. Finalmente, se estableció en California, donde residió y continuó su producción hasta su fallecimiento.

Bradbury escribió cuentos y novelas de diversos géneros, desde el policial hasta el realista y costumbrista, pero se le conoce como un

escritor clásico de la ciencia ficción por *Crónicas marcianas* (1950), que cuenta sobre los seis primeros viajes a Marte y su posterior colonización. También, trabajó como argumentista y guionista en numerosas películas y series de televisión, entre las que cabe destacar su colaboración con John Huston en la adaptación de Moby Dick para la película homónima que este dirigió en 1956. Además, escribió poemas y ensayos.

Existe un asteroide llamado (9766) Bradbury en su honor.

En 1947, se casó con Margarita McLought (1922-2003), con quien tuvo cuatro hijas: Bettina, Alexandra, Susan y Ramona.

Murió el 5 de junio de 2012 a la edad de noventa y tres años en Los Ángeles, California. A petición suya, su lápida funeraria, en el Cementerio Westwood Village Memorial Park, lleva el epitafio: «Autor de Fahrenheit 451».

Notas

[1] Los relatos «Media hora en el infierno» y «La larga noche» están incluidos en *A Memory of Murder*, Bantam Books, 1984. < <